

Selección RNR

NIEVES HIDALGO

Rivales de día,
amantes de noche



Romance histórico

Rivales de día, amantes de noche
Trilogía Un romance en Londres – Libro 1

Nieves Hidalgo



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial

*A Dánae,
un ángel que ha llegado para hacernos felices a muchos.*

Inglaterra. 1818

«¡¡Un condenador tutor!!», pensó enfadada.

Una fina película de agua empapaba caminos y prados, y el cielo estaba cubierto de nubes grises. El carruaje pasó por encima de un socavón, una de las ruedas se atoró y la cabina se ladeó peligrosamente, haciendo que el cochero jurase entre dientes y la muchacha que ocupaba el vehículo se golpeará un hombro contra la puerta. Abrió la cortinilla al ver que paraban y escuchó de fondo los epítetos ásperos de su cochero en contra de los elementos. Lo vio trajinar junto a la rueda, de rodillas sobre el barro, chorreando agua su capote y su sombrero, que apenas lo protegían de la lluvia.

—¿Qué ha pasado, señor McBain?

—Que si llegamos a la ciudad con esta rueda, va a ser un milagro, señorita. Intentaré ponerle remedio, a ver si resiste. Cierre la cortina, cada vez llueve con más fuerza.

—¿Puedo ayudarle en algo?

La risa del sujeto llegó hasta ella amortiguada por el ruido del agua que repiqueteaba sobre el techo del vehículo.

—No, señorita, aunque se agradece el gesto.

Barbara cerró, recostándose de nuevo en el asiento.

Desde que salieran de Edimburgo no había tenido más que problemas. En realidad, desde que a Thomas Ross se le ocurriera morir, dejándola sumida en la incertidumbre y la pena. Porque, a pesar de haber sido un hombre severo, de férreas costumbres, que nunca le dispensó demasiadas muestras de cariño, ella lo quiso. Huérfana desde niña, la había acogido, procurándole la mejor educación y

siendo para ella el único padre conocido.

La vida no era justa.

Al menos, a ella, parecía querer quitarle siempre lo que más amaba. Primero sus padres, luego su tío... No le conoció enfermo, ni siquiera un resfriado, y seguía extrañándole su repentina muerte. Lo encontraron en la biblioteca, con un libro en las manos, como si durmiese. Por lo que dijo el médico, su corazón no quiso seguir latiendo.

Volvía a estar sola.

Se recriminaba a sí misma el abominable sentimiento de efímera libertad que, por escasos segundos, la embargó al conocer su fallecimiento. Había sido un instante, pero se arrepentía: le parecía repugnante y la denigraba como persona. A pesar de avergonzarse, se lo confesó a su vieja dama de compañía, Cliona, con la que no tenía secretos.

—No hay nada de malo en que, por un instante, te hayas sentido aliviada. Todos sabemos que tu tío no era, lo que se dice, un sujeto de costumbres alegres. Ni cariñoso. No lo fue con nadie, en realidad, aunque a ti te quería como si fueras su hija. Era un buen hombre, eso sí, uno de los mejores, pero nunca acabó de entender que tú estás en la flor de la vida. Para ti no ha sido fácil pasar tantos años encerrada en colegios o entre estos muros. No te culpes, niña, la aspiración a ser libre nace con el ser humano.

Mantuvo la compostura durante el entierro, soportó con estoicismo el pésame de amigos y conocidos, se encargó de organizarlo todo, de atender a quienes se quedaron a pasar la noche en la mansión... Fue un modelo de serenidad y fortaleza. Pero cuando todo terminó, se encerró en su cuarto, negándose a ver a nadie. Cliona consiguió que saliera, aunque fuera para deambular por la casa como un alma en pena, sin fuerzas para nada, abrumada de ver los ventanales y los espejos cubiertos de telas negras. Le dolían los ojos de tanto llorar.

Sin embargo, cuando dos días más tarde escuchó de labios del abogado, Cuthbert Angis, las disposiciones dejadas en el testamento, se olvidó del dolor y le sobrevino un arrebato de furia.

—¡Un tutor!

—Su difunto tío deseaba que quedara protegida.

—¿Protegida de qué? Encarcelada de nuevo, diría yo. Y esta puñalada es cosa suya, Angis.

—Yo no...

—Aclaremos las cosas, creo que ya va siendo hora. Yo no soy mi tío. Él llegó a depender casi por completo de usted hasta mi vuelta a casa, sé que en los dos últimos años dejó el control del negocio en sus manos. Control que, no me lo irá a negar, le ha reportado estupendos beneficios, ¿no es cierto? —Sonrió con ironía al ver que enrojecía—. He estudiado las cuentas, de modo que intentar negar sus chanchullos no va a servirle de nada.

—Me está insultando, señorita Ross.

—Le estoy informando —contradijo ella—. Si no lo puse en conocimiento de mi tío fue por no preocuparle. Claro que hube de hacerme cargo del negocio, aunque usted se opuso con uñas y dientes; era eso o permitir que todo desapareciera, gracias a sus malas gestiones y a sus robos. Edimburgo crece, necesita madera y la Ross Company se la va a proporcionar. Una empresa dirigida por mí, no por usted. Y su venganza es esta: haber convencido a mi tío para que me asignara un tutor si él faltaba.

—¡No puede probar que le he robado!

—Cierto. Es usted muy listo. Lo que desde luego no quitará que difunda sus indignas «cualidades» de estafador entre las amistades de mi tío. Está acabado, Angis.

—Habla como una loca. —El abogado empezaba a respirar con dificultad; tanto, que hubo de aflojarse el nudo de la corbata y no encontraba postura cómoda en el asiento.

—¿Se lo parezco?

Angis se estremeció. Si aquella muchacha se hubiera echado a llorar, si se hubiera mostrado histérica o empezado a gritar... Pero no. Barbara Ross mantenía un tono de voz pausado, frío. Hasta ese momento, la había considerado una muchacha callada. Con conocimientos suficientes como para dirigir la puñetera Ross Company, sí, pero sin llegar a más. Siempre estuvo convencido de conseguir, a la muerte de Ross, que se fiara de sus consejos. ¡Qué equivocación! Aquella insolente que lo miraba con desdén, que se atrevía a tratarle de tú a tú a

pesar de ser una simple mujer, tenía un coraje que le estaba sorprendiendo.

Además, ella tenía todos los ases en su mano.

Y lo sabía.

En su profesión primaba la confianza; si ella destrozaba su reputación, y podía hacerlo, se vería abocado al ostracismo.

Thomas Ross debería haberle bajado aquellos humos de princesa con unas cuantas palizas. De haber estado en su mano... Ajustó de nuevo su corbatín, cerró la carpeta de los documentos y concretó, sin atreverse a mirarla a los ojos:

—Esto es lo que hay: debe cumplirse la última voluntad de su tío.

Barbara apretó con fuerza los brazos del sillón, hasta que los nudillos se le pusieron blancos. De buena gana hubiera saltado por encima de la mesa y rodeado el cuello escuálido de aquel leguleyo.

—Salga de esta casa y no vuelva nunca.

—Tengo cosas que...

—¡Nunca!

Él tomó la carpeta y salió de allí a escape, no sin antes regalarle una apagada maldición.

Barbara elevó entonces la mirada hacia el óleo colgado encima de la chimenea. El hombre del retrato, de pie, vestido de oscuro, apoyaba su mano derecha en el respaldo de un sillón de brocado rojo. Su gesto le pareció más severo que otras veces que miró el excelente trabajo del pintor, como si le recriminara su comportamiento, para nada femenino.

—¿Qué has hecho, tío?

Una semana más tarde tenía solucionado el control de la fábrica de maderas: quedaba en manos de un hombre de su total confianza, hasta ahora encargado de la misma, que le haría llegar sus informes a Londres.

No estaba preocupada por el negocio. Con o sin ella en Escocia la fábrica continuaría suministrando los pedidos, cada vez más frecuentes y abultados.

Pero la mansión...

La casa se asemejaba a un enorme fantasma cubierto de sudarios. Muebles, lámparas y espejos yacían ahora ocultos tras los oscuros lienzos; los postigos estaban cerrados, las plantas que con tanto esmero cuidaba se habían sorteado

entre los criados, que ya habían comenzado a marcharse. Ninguno se quedaría en la calle. Thomas dejó dispuesto que se entregara una generosa cantidad de dinero a cada sirviente, junto con una carta de inmejorables referencias.

Poco quedaba pues por hacer allí y Barbara lo sabía.

Dolía.

¡Cómo dolía despedirse de cada habitación, de cada objeto! De Cariño, su caballo; un animal de color café con buena alzada, cabeza elegante, ojos despiertos, crines sedosas y largas extremidades rematadas por borlas blancas. Su imagen era portentosa, se había enamorado de él nada más verlo, cuando su tío se lo regaló al regresar del internado; desde ese instante, fueron inseparables.

Pero no podía llevarlo con ella a Londres.

Lo que más le punzaba el alma era tener que decir adiós a cada una de las personas que conocía desde que era una niña, aunque pasó más tiempo fuera de la casa que dentro. De todos sabía sus nombres, el nombre de sus hijos, sus problemas y sus alegrías. Una gran familia a la que se veía obligada a abandonar.

La fuente del jardín, esa en la que tres querubines dejaban correr el agua que manaba de sus flautas en un pilón octogonal, callaba.

En esos momentos odió ser mujer. Odió las leyes que la obligaban a depender de un hombre, como si las mujeres fueran incapaces de subsistir solas. Odió tener que esperar hasta una mayoría de edad impuesta por una sociedad rancia que, sin embargo, se la concedía a los varones años antes que a la mujer. En un futuro, las cosas cambiarían, lo intuía y soñaba, pero de momento tenía que claudicar y adaptarse a las normas. ¡Que no resignarse a ellas!

Allí se encontraba pues, metida en un carruaje de camino a Londres, la ciudad en la que llegara al mundo y a la que nunca regresó, donde debería ir y venir vigilada por alguna alcahueta proporcionada por su nuevo tutor.

De hecho, tendría que haber emprendido viaje con alguna otra dama y no solo en compañía de su cochero. Se había negado en redondo. Conocía a McBain desde que no abultaba un palmo y le confiaría su vida. Ojalá hubiese podido tener el apoyo de Cliona, pero ni su edad recomendaba un viaje tan agotador ni hubiera sido justo separarla de sus nietos, ahora que podía disfrutar de ellos. Habían prometido escribirse cada poco.

El carruaje volvió a ponerse en marcha minutos después y la joven se asomó por la ventanilla.

—¿Todo bien, señor McBain? —alzó la voz para hacerse escuchar por encima del ruido de la lluvia.

—Llegaremos, señorita.

Cerró la cortina, se recostó de nuevo en el asiento y entretuvo el tedio imaginándose cómo sería el hombre elegido por su tío. No sabía de él nada en absoluto, salvo que se llamaba Alan Chambers y era el vizconde de Maine.

Pensar en ese individuo la alteró.

«Dios mío, cómo voy a echar de menos Escocia».

Cansada de darle vueltas al problema, suspiró y cerró los ojos, rezando por llegar cuanto antes. Después de varios días de viaje, parando en posadas de camas poco o nada cómodas, le dolían todos los huesos. Necesitaba un baño caliente y dormir veinticuatro horas seguidas.

—¡**P**or todos los demonios, Benjamin! —protestó, mirando la muñeca de cara redonda, que a él le parecía horrorosa—. ¿No se le ha ocurrido nada mejor?

—Milord, una muñeca siempre es algo que agrada a una jovencita. Le aseguro que esta en concreto, está haciendo furor; se ha puesto de moda coleccionarla con distintos vestidos.

—Pues a mí me parece fea de narices. Cintas de colores, un costurero, un chal... Qué sé yo, hombre, algo con un poco más de gusto que este monstruo.

Benjamin Kipling se encogió de hombros, envolvió de nuevo la muñeca en el papel y confirmó:

—Cambiaré el regalo, milord.

—Olvidelo y déjelo en su cuarto, no merece la pena que pierda más tiempo con esto. ¿Qué sabemos de la institutriz?

—Es posible que llegue hoy mismo, milord.

—Bien. Ande, llévese eso. —Señaló la muñeca.

—Como guste el señor. Excelencia. —Hizo una inclinación de cabeza al hombre que se encontraba de pie, con las manos cruzadas a la espalda, mirando por la ventana. Apenas oyó que se cerraba la puerta, este se volvió hacia el dueño de la casa.

—Has sido un auténtico grosero, después de ocuparse de ir a comprar un regalo. Regalo, dicho sea de paso, que deberías haber ido a adquirir tú mismo.

—Yo no tengo tiempo para esas cosas.

—Ya. Solo tienes tiempo para lo que te interesa.

—No empieces, Conrad, hoy no estoy de humor.

Conrad Chambers, duque de Hatfield, se quedó mirando a su hermano con cara

de pocos amigos. Alan tenía un carácter endemoniado, pero no toda la culpa era suya. Él, como cabeza de familia tras la muerte de su progenitor, debería haberle puesto freno. A él y a Vincent, tres años menor que Alan y el que solía reírle las gracias cuando no participaba en algún escándalo.

El duque observó cómo su hermano iba y venía por la sala, echando rápidas miradas al bonito reloj dorado que adornaba la repisa de la chimenea.

—¿Qué pasa?

—Que tengo una cita, eso es lo que pasa, y he de esperar a que llegue esa mocosa. Oye, ¿no podrías...?

—No.

—Al menos, déjame acabar.

—Ni falta que hace porque sé lo que vas a pedirme: yo me quedo aquí, espero a esa chiquilla y mientras, tú, te largas a ver a tu amante de turno o a jugar en Brooks's.

—Conrad, es preciosa —rogó.

—No me hagas repetir las cosas. Tuviste tiempo de sobra para responder al abogado de ese sujeto... ¿cómo se llamaba? Ross. Para poner una excusa que te librara de hacerte cargo de la niña.

—Estuve ocupado.

—Por supuesto que sí: con Josephine Crane. Cantante, rubia y con más curvas que la costa de Cornualles.

—¿Me estás espiando?

—¡No digas necedades!

—Entonces ¿cómo sabes que...?

—¡Maldita sea, Alan! —Dio un paso hacia él, pero se impuso la disciplina de la que siempre hacía gala—. Te tuvieron que sacar de White's borracho como una cuba, acabaste en su casa y hube de ir a por ti porque la chica pensó que te morías.

Alan apretó las mandíbulas y dio la espalda a su hermano. Recordaba perfectamente esa noche, que intentó transcurrir sin incidentes. Pero alguien había sacado a colación un nombre en el club. Un maldito nombre que le lanzó a dolorosos recuerdos. Y empezó a beber como un maldito. Para olvidarse de ese

título y de la mujer que destrozó la vida de su padre y la suya. Conrad llevaba razón: acabó en casa de su amante y no se comportó como se esperaba de un caballero con dos dedos de frente.

—Pero dejemos ese asunto y volvamos a lo que interesa ahora: eres el tutor de esa pequeña y tienes que recibirla —le azuzó el duque—. Esa niña está sola en el mundo. Ahora es tu responsabilidad.

—No sé qué diferencia hay en que la reciba uno u otro.

—Pues la hay. Ella querrá conocer al hombre que va a cuidar de ella y no soy yo. Además, me esperan, esta noche tenemos invitados.

—No te llevaría mucho tiempo. De verdad que me harías un grandísimo favor.

Conrad suspiró con cansancio y se dirigió a la puerta. Alan nunca rogaba; que lo estuviera haciendo solo podía significar que estaba asustado ante la perspectiva de verse a cargo de una pequeña.

—Pídeselo a Ben —le fustigó, volviéndose a mirarlo tras abrir—. Puede que acceda a ejercer de anfitrión hasta que te dignes regresar a tu casa y cumplir con tus deberes. Desde luego, lo haría bastante mejor que tú.

—Gracias por nada, hermano.

—Un día de estos acabarás con mi paciencia y nos veremos la cara en el ring.

—Cuando quieras. Márchate de una vez, disfruta de tu condenada reunión.

El duque salió dando un portazo, manifestando su mal humor, y Alan abandonó su gesto sarcástico para fruncir el ceño. Con el índice y el pulgar se masajeó el puente de la nariz. No le preocupaba en absoluto la amenaza de su hermano, aunque era bastante bueno con los puños; siempre que se enfrentaban en el gimnasio solía ganarle y le dejaba dolorido por varios días. Lo que de verdad le preocupaba era la llegada de la sobrina de Thomas.

—El viejo Ross...

Se habían conocido en Aberdeen y, a pesar de la diferencia de edad, se hicieron grandes amigos, se vieron en varias ocasiones y mantuvieron correspondencia de vez en cuando. La noticia de su muerte le dejó un amargo sabor de boca. Pero endosarle la tutoría de su sobrina... Recordó, vagamente, la acuarela de una chiquilla con el cabello cobrizo y unos preciosos ojos verdes.

—¡Qué narices voy a hacer yo con una niña!

Subió a su recámara. Sin solicitar la ayuda de Benjamin, eligió la ropa que iba a ponerse, se cambió, tomó el sombrero y bajó a la planta inferior. Esa noche se emborracharía para olvidar el giro que había dado su vida de un día para otro: una mocosa y una institutriz en su casa. Se le acababa de ir al garete su tranquilidad de soltero.

Benjamin, como si le hubiera intuido, estaba al pie de la escalera con el bastón en la mano.

—¿Volverá tarde, milord?

—No me espere levantado. Quiero pedirle un favor: cuando llegue esa chiquilla, atiéndala usted. Espero que le guste su cuarto, a las crías les gusta el rosa, ¿verdad? Y diga a Rachel que prepare una tarta de chocolate.

—Sí, milord.

Justo en ese instante sonó la campanilla de la puerta principal y, dos segundos después, a lo lejos, la de la entrada de servicio. Ambos se miraron. Kipling se aproximó a la mirilla para ver de quién se trataba.

—Es lady Vivien, milord —le informó en tono muy quedo.

—La que me faltaba.

La llamada a la puerta de servicio se repitió.

—Debe de ser la nueva criada que pedimos. O la institutriz. ¿Abro a milady?
—preguntó el mayordomo, llevando la mano al picaporte.

—Deme un momento. A lady Vivien le dice que estoy enfermo. O que me he muerto, a su elección. Saldré por detrás.

A Benjamin no le dio tiempo a objetar nada antes de ver a su joven amo perderse pasillo adelante, hacia la parte trasera de la casa. Le dio unos instantes, como pidiera, antes de abrir la puerta.

Barbara aceptó la ayuda de McBain para descender del carruaje. Le iba a echar de menos, como a los demás; regresaría a Escocia en cuanto repararan los desperfectos del coche.

Mientras él bajaba su equipaje, abrió la verja que rodeaba la casa y avanzó por el caminillo de grava que llevaba a la puerta principal, cargando por sí misma el maletín de mano. Observó durante un momento la construcción: dos plantas, ladrillo rojizo y tejados de pizarra negra, rodeada por un cuidado jardín. Apenas se cruzaron con personas por la calle, reinaba la tranquilidad y las edificaciones colindantes estaban igual de pulcras, lo que indicaba que se trataba de una zona residencial y tranquila.

Reinició el camino, pero antes de poder dar dos pasos una mujer envuelta en un costoso traje y con un ridículo sombrero atado bajo la barbilla, pasó a su lado, haciendo que se apartara para evitar ser arrollada. La recién aparecida se la quedó mirado unos segundos y torció la boca en un gesto de disgusto.

—La puerta de servicio está a ese lado —dijo, olvidándose de ella y apurando el paso.

Barbara estuvo a punto de contestar algo, pero el desprecio de aquella mujer la dejó sin palabras. Tampoco era extraño que aquella gallina clueca la hubiese confundido con una criada, tal y como iba vestida, ya que había elegido su capa de entretiem po más usada para el viaje. No estaba con ánimos de discutir, de modo que prefirió dar un rodeo y entrar por donde le indicara.

La dama que la había menospreciado se paró ante la puerta principal, alisó las presuntas arrugas de su traje y recolocó su sombrero antes de tocar la campanilla. En cuanto abrieron, se coló en el interior de la casa como si fuera la

dueña.

Kipling inclinó ligeramente la cabeza en señal de respeto.

—Milady.

—Avisé a lord Maine.

—Lo lamento, pero ha salido.

—¿Salió?

—Eso es, milady.

—Y ¿dónde ha ido? —quiso saber, sin disimular su contrariedad.

—Lo ignoro, milady.

—¿De veras no le ha dicho dónde iba? Se supone que es usted su ayuda de cámara además de su mayordomo.

—No tuvo a bien ponerme en antecedentes, milady.

—¿Seguro?

—Seguro, milady —respondió él, con aire cansado.

La joven, visiblemente irritada, ni siquiera le dio las gracias, pero sí una orden.

—Dígale que tenemos que vernos. Que me mande una nota en cuanto regrese.

Benjamin, sin contestar, se limitó a abrirle la puerta. La vio alejarse, con ese paso altivo de siempre y movió la cabeza.

—El señor podría buscarse a una auténtica dama en vez de estar rodeado siempre de... —obvió el adjetivo, cerró y se dirigió hacia el otro extremo de la casa.

Entretanto, Alan había llegado a la puerta de servicio, que ya se disponía a abrir su ama de llaves. Se le adelantó, abrió él mismo, agarró a la muchacha que aguardaba fuera y tiró de ella hacia adentro.

Barbara, por completo descolocada, le vio mirar al exterior con todo sigilo, como si se escondiera de alguien, antes de desaparecer cerrando a sus espaldas.

—Qué tipo tan descortés... y tan loco.

—Sígame, por favor —escuchó que le decía la mujer, con un atisbo de risa en la voz—, estaba trabajando en la cocina.

La joven suspiró al darse cuenta de que, por segunda vez en pocos minutos, la habían confundido con una empleada.

La estancia indicada olía a pan recién horneado, a especias, a dulces. Casi al

mismo tiempo que ellas, por la puerta de enfrente, apareció un sujeto alto, delgado, con el cabello plateado en las sienes, ojos claros, traje oscuro y más tieso que el palo de una escoba.

—Bienvenida. —La miró con atención, catalogándola, y decidió que no daba el tipo de criada. Se hizo cargo del maletín y lo dejó a un lado—. Es usted más joven de lo que esperábamos. Soy Benjamin Kipling, mayordomo y ayuda de cámara de lord Maine. —Ella abrió la boca para presentarse, pero él no le dio oportunidad—. No se preocupe por las referencias, ya se las entregará a milord.

«McBain debe haber equivocado la dirección y esto es un manicomio», pensó la muchacha.

La mujer que la recibió, era la cara opuesta del mayordomo: rostro rubicundo y sonriente, cabello claro arreglado en un moño tirante y ancha de caderas. De edad aproximada a la de su compañero, vestía uniforme negro y delantal immaculado, que se alisó mientras sacaba una bandeja del horno y la examinaba al mismo tiempo.

—Yo soy la señora Palmer, el ama de llaves y la cocinera. Puede llamarme Rachel.

—Barb... Barbara.

—Es muy joven —repitió el mismo parecer que Kipling—. Se la ve algo pálida. ¿Ha cenado? ¿No? Siéntese entonces, queda algo de guiso.

—Bueno, señora Palmer...

—Rachel a secas —pidió, trajinando ya con los cacharros.

—Es muy amable, pero creo que existe una pequeña confusión.

—¿Confusión? —preguntó Benjamin, arqueando sus pobladas cejas—. ¿Acaso no la envía la agencia Marpel?

—Me temo que no, señor... ¿Kipling? —Él asintió—. No me envía ninguna agencia y no soy lo que... crean que soy.

—¿No es la institutriz que estamos esperando?

—Lo siento.

—La nueva criada, entonces.

—Tampoco.

—Entonces ¿quién es usted? —demandó, por completo desconcertado.

—Barbara Ross. Mi cochero está afuera, junto con mi equipaje. Si alguien pudiera echarle una mano...

—¡Virgen Santísima! —Sin tener en cuenta su posición social con respecto a la recién llegada, se dejó caer en una silla mientras se llevaba la mano a la garganta, notando que le faltaba el aire.

La señora Palmer, aunque tan confusa como él, reaccionó con premura vertiendo un poco de agua en un vaso, que le entregó. No es que el ayuda de cámara del joven amo fuera santo de su devoción, casi siempre andaban a la gresca, pero Benjamin se ahogaba y ella era buena cristiana. Esperó a que se recobrara antes de decirle:

—Yo que usted iría a ayudar al cochero de la señorita, señor Kipling. —El mayordomo cabeceó, pidió disculpas y desapareció—. Perdóneme a mí también por la confusión, pero ¿cómo es que ha entrado por la puerta de servicio?

—Mi intención era hacerlo por la principal, pero me di de bruces con una dama bastante emperifollada a la que le faltó poco para empujarme, que me «ordenó» dejar el paso libre.

—¡Dios bendito, qué embrollo tan tonto! Bueno, sea como sea, se ve que está agotada. Deme su capa, por favor. Eso es. —Entrecerró los ojos al darse cuenta de sus ropas de luto; creyó conveniente hacérselo notar—. Lamento su pérdida, señorita. Ahora mismo la conduzco al comedor y le sirvo.

—Gracias. No es necesario ir al comedor, aquí estaré bien. Tiene usted una cocina muy agradable. Es verdad que estoy fatigada del viaje, ha sido largo, bastante aburrido y hasta hemos sufrido una avería —confesó, dando un vistazo al lugar: pulcro, ordenado, con un fuego que creaba un ambiente cálido y acogedor—. De todos modos, si es posible, me gustaría conocer a lord Maine esta misma noche.

—Ya conocerá mañana a milord, ahora está a punto de dormirse de pie.

Despertó temprano, como era su costumbre.

Durante los primeros instantes se sintió aturdida al no saber dónde se encontraba. Luego recordó su llegada, la sucesión de errores hasta que quedó claro quién era, la desgarradora despedida de McBain cuando se marchó a la posada, porque con él se iba todo cuanto la unía a Escocia... y los ojos azules del hombre que le abriera la puerta.

No hubiera podido describir su rostro, tan pocos segundos estuvo a su lado, pero sus ojos era imposible olvidarlos. ¿Quién sería? ¿Un secretario? Sin duda, otro de los empleados de su nuevo tutor.

Se le atascó el aire en los pulmones al pensar en el hombre que controlaría cada uno de sus movimientos. ¿Por qué su tío decidió a última hora mandarla allí? Ella nunca quiso regresar a Londres, nada la unía a la ciudad, allí no tenía familia ni amigos. Todo cuanto amaba estaba en Escocia y Thomas nunca le mencionó nada al respecto.

Intentaba amoldarse a las circunstancias, pero se la comía la incertidumbre y, sobre todo, el temor ante la nueva vida que debía emprender.

Hizo un esfuerzo por serenarse. Recostada en los almohadones, inspeccionó el cuarto. Era amplio y cómodo, pero la decoración resultaba horrenda: la mullida alfombra, las cortinas, la tapicería rayada de los sillones junto al ventanal, la colcha... ¡Hasta el vestido de la muñeca que encontró sobre la cama era rosa! Y ella... odiaba el rosa.

Se levantó, se quitó el camisón para lavarse tras el biombo y luego abrió uno de sus baúles, que estaban a un lado del cuarto. Había llevado lo imprescindible; Cliona le enviaría el resto de sus cosas. Tomó el primer vestido que encontró, a

fin de cuentas, todos se parecían: grises y sin adornos, como correspondía a alguien que estaba de luto. Debería haber encargado todos negros, pero su tío le había pedido mil veces que, cuando él muriera, no usara ese color.

—*No te vistas nunca de cucaracha, niña. Prométemelo.*

Se le escapó una sonrisa al recordar la frase. Solo había faltado a esa promesa durante el entierro, al que asistió de luto riguroso. Podría haber seguido usando sus vestidos, pero le hubiera remordido la conciencia; ni colores ni cenefas griegas —que estaban de moda—, solo grises y, en todo caso, algún ribete blanco.

Suspiró ante los nada frívolos vestidos y cerró el baúl. Ya pediría más tarde que planchasen algunas prendas. Recogió su largo cabello en un rodete sobre la coronilla y se miró en el espejo de cuerpo entero, situado en una esquina del cuarto. A pesar de todo, parecía una cucaracha. Descolorida, eso sí. Bueno, pues tendría que aguantarse. De todos modos, su aspecto le importaba poco, lo primero en ese momento era atender la llamada de su estómago; la noche anterior casi se quedó dormida sobre la mesa de la cocina, escuchando la nerviosa cháchara del ama de llaves, sin probar apenas bocado.

Salió del cuarto y recorrió el pasillo admirando los cuadros, las pequeñas estatuas de mármol en cada rincón y los jarrones de flores estratégicamente colocados junto a las altas ventanas, hasta llegar a las escaleras. Una alfombra roja amortiguó sus pasos mientras descendía. Al llegar a la planta baja, dudó qué camino tomar, puesto que a derecha e izquierda del amplio recibidor se abrían otros dos pasillos, y no recordaba por dónde había seguido al mayordomo cuando la condujo a su cuarto.

Dejándose guiar por el lejano sonido de una cancioncilla entonada con bastante entusiasmo, encontró la cocina.

Una muchacha muy joven, que trasteaba con las cacerolas, le sonrió, haciendo después una graciosa reverencia.

—Buenos días —saludó Barbara.

—Muy buenos días, señorita. Es usted tal y como la ha descrito la señora Palmer: una joven preciosa, de cabello de fuego y ojos verdes. No se ha confundido en nada.

—Muchas gracias —rio—. ¿Y tú eres...?

—Alguien que habla siempre más de la cuenta —intervino Rachel, entrando en las dependencias—. ¿No tienes nada que hacer, Mary?

—Sí, señora.

La chica, un tanto ruborizada, hizo otra reverencia y salió.

—Se ha levantado temprano, señorita.

—Estoy acostumbrada a hacerlo. —Contempló el día a través de los cristales. Estaba nublado, como su ánimo.

—¿Desayunará ahora?

—Pensé que podría hacerlo con lord Maine. Aún no le he presentado mis respetos.

—Milord desayunará más tarde, de modo que le serviré a usted. ¿Alguna preferencia?

—Cualquier cosa estará bien. Lo tomaré aquí, si no le importa. Una tostada y un vaso de leche serían perfectos —pidió antes de sentarse.

—No me extraña que esté tan delgada. Le prepararé algo más consistente. —Sin darle opción a réplica, cascó dos huevos en una sartén—. Mary y Alfred, el lacayo al que conocerá en cuanto regrese de un recado, le subirán agua para el aseo cuando termine de desayunar; el cuarto de baño está al final del pasillo, dos puertas más allá de su dormitorio. ¿Qué tal un poco de beicon?

—Sí, gracias —respondió sin pensar.

«¿Un cuarto de baño, ha dicho? Menuda ostentación».

—Luego, si lo desea, el señor Kipling o yo misma le enseñaremos la casa.

—Parece bonita. Bueno... excepto, tal vez, mi habitación.

—¿Qué tiene de malo la habitación? —El ama de llaves se giró hacia ella con una ceja enarcada, blandiendo la paleta con la que revolvía los huevos como si se tratara de un arma. —Si hay algún problema...

—Todo está perfecto, señora Palmer.

—Anoche quedamos en que me llamaría Rachel.

—Está bien: Rachel. De veras que todo está en orden en el cuarto, pero... ¿quién lo decoró?

La mujer se quedó desconcertada unos segundos. Después se echó a reír.

—Fueron indicaciones directas de milord —explicó cuando pudo calmar la risa, secándose las lágrimas con el bajo del delantal—. Creo que pensó que era usted más... joven.

—Ya entiendo. Así que la muñeca que encontré sobre la cama era también para mí.

—Me temo que sí. —Y Rachel volvió a estallar en carcajadas—. ¡Señor, Señor!

—Imagino que, si pensaba que era una niña, se va a llevar una sorpresa.

—Sorpresa es decir poco.

Acabó de prepararle el desayuno y puso ante ella un plato de huevos revueltos, beicon, dos tostadas, un tarro de mermelada, otro de miel, un platillo con mantequilla y una jarra de leche caliente. Barbara se sirvió con moderación y se atrevió a preguntar:

—Rachel, ¿cómo es lord Maine?

—Un buen patrón.

Y no pudo sacarle ni una palabra más.

Tomó un baño largo y relajante, disfrutando al máximo del asombroso cuarto de baño. ¡Qué excentricidad! La habitación era grande, con dos ventanales que se abrían al jardín trasero, por los que en ese momento entraba la mortecina luz del sol. Las paredes de mármol blanco daban sensación de más amplitud y la bañera, rodeada por unos visillos para mantener la privacidad, podía albergar con facilidad a dos personas. En unas baldas de madera clara había toallas, pastillas de jabón, cepillos y peines, aceites, colonias y cremas. Un auténtico lujo que a ella le resultó maravilloso. Decadente y excéntrico, sí, pero maravilloso.

Mientras, la pizpireta Mary colocó su equipaje, entrando y saliendo del cuarto de baño para preguntarle si quería los vestidos de mañana a la derecha o a la izquierda, si prefería los zapatos en lugar distinto a los botines, si los sombreros... Si le pedía a Alfred que subiera más cubos de agua. La chiquilla ponía voluntad, intentaba complacer y tenía siempre una sonrisa en la boca.

La ayudó a enjuagarse el cabello, le alcanzó las toallas y, en cuanto Barbara terminó de secarse, allí estaba la muchacha con su bata en las manos.

—Eres un tesoro.

—Espero que le agrade cómo he colocado sus cosas.

—Seguro que sí. Gracias.

Mientras la chica limpiaba el cuarto de baño, ella aprovechó para valorar sus pertenencias. Tendría que comprar algún vestido más, a la modista solo le había dado tiempo a confeccionarle los justos para salir del paso. Ni siquiera se le pasó por la cabeza que ahora debería pedir permiso a su nuevo tutor hasta para adquirir un peine. Estuvo tentada de cambiarse de ropa, pero olvidó el asunto. ¿Para qué? Estaría igual de fea con cualquiera de ellos.

Al bajar al piso inferior, decidida a preguntar a la señora Palmer qué podía hacer para matar el tiempo hasta que lord Maine la recibiera, se encontró con Benjamin. El mayordomo, cargado con una bandeja en la que llevaba un servicio de café, le hizo una ligera inclinación de cabeza y siguió su camino.

—Señor Kipling...

—Enseguida estoy con usted, señorita, discúlpeme. La señora Palmer quería saber qué le apetecería para la comida.

—Sí. Bien. Hablaré con ella —respondió, sintiéndose como una intrusa.

Benjamin le dedicó un movimiento de cabeza y entró en una sala, cerrando tras de sí. Dejó el servicio sobre una mesita de centro italiana, de palosanto con incrustaciones de varios tipos de mármol. Sirvió una taza de café negro, sin azúcar, y carraspeó para llamar la atención del vizconde.

Maine abrió un ojo, lo cerró, suspiró con hastío y dijo:

—Ahora me lo tomo, Ben. Gracias.

—Bébaselo ahora, milord, le despejará para poder atender a la dama que está aguardando.

—¿Ya está aquí la institutriz? —Su mayordomo no abrió la boca y él supuso que era así. Maldita la gana que tenía de atender a nadie, con la resaca que sufría —. La recibiré más tarde.

—Si se me permite darle un consejo, milord, no debería dilatarlo más.

—¡Está bien! Concédame unos minutos, ¿quiere?

Se sentó derecho, alargó la mano hacia la taza de café y lanzó una mirada airada a su ayuda de cámara, que ya salía.

Mientras, Barbara pasó el tiempo charlando con Rachel. Se dio perfecta cuenta de que aquella mujer era capaz de llevar ella sola, ya no solo una casa, sino varias; no se estaba quieta un segundo y lo controlaba todo. Sin embargo, insistió en que la ayudase a confeccionar la lista de cenas y comidas para toda la semana. Accedió, aunque con maestría, permitió que fuera el ama de llaves la que eligiera los platos.

—No crea que no me he dado cuenta de que no ha decidido ni una triste ensalada —comentó Rachel, guardando la lista en un cajón.

—No crea que no me he dado cuenta de que me ha pedido ayuda para tenerme

entretenida.

Se miraron a los ojos durante unos segundos y se echaron a reír a un tiempo. Barbara supo que iba a llevarse muy bien con aquella mujer.

—¿Le apetece un poco de bizcocho con pasas? Lo acabo de sacar del horno.

—Se lo agradezco, pero no. Tal vez para la merienda. De verdad, Rachel, no hace falta que desatienda sus ocupaciones por mí.

—No lo hago, señorita.

—Si yo la llamo Rachel, usted debería llamarme Barbara.

—No sería apropiado.

—Las cosas apropiadas son aburridas la mayoría de las veces. Si no, míreme.

La franca risa del ama de llaves inundó de nuevo la cocina.

—No le voy a quitar la razón: no le sienta bien ese color, hace que parezca enferma.

—Estoy de luto.

—Lo sé. Pero la pena por la desaparición de un familiar o amigo no es menor por vestirse con colores más juveniles.

—Tío Thomas me hizo prometer que no usaría el negro a su muerte, pero el gris es lo máximo que mis escrúpulos me permiten.

—Su tío debió ser un hombre inteligente.

—¿Y lord Maine? —Volvió a la carga la joven.

—¿Quiere saber si es inteligente?

—No. Bueno... sí. En realidad, no lo sé, Rachel. Ni siquiera tengo claro que quiera conocerle. Mi vida se ha trastocado por completo y él es uno de los culpables. No es que sea responsable directo, no me entienda mal, pero si mi tío no le hubiera dejado la obligación de encargarse de mí... Me creo capaz de cuidar de mí misma sin la ayuda de nadie.

—Es muy joven aún, señorita.

—No tanto, pronto cumpliré veintitrés; lo que se dice, una solterona. Además, no soy tonta. Si un hombre puede tomarse ciertas... licencias y se lo considera adulto a los veinte años, no veo por qué una mujer debe depender de ellos hasta más tarde. No intento parecer petulante, pero le aseguro que podría dar más de una lección a unos cuantos petimetres.

La señora Palmer movió la cabeza como si negara. No dio su parecer, pero Barbara notó en sus ojos que estaba de acuerdo con ella, a pesar de escucharle decir un segundo después:

—No soy quién para aconsejar, señorita, pero tener pájaros en la cabeza nunca fue bueno. El mundo es como es y, si no quiere echar por tierra su reputación, tendrá que adaptarse a él. Además, a los hombres no suelen gustarles las mujeres que piensan por sí mismas.

—Yo lo hago y me importa poco si gusto o no a un caballero.

—Respecto a la pregunta sobre milord, solo puedo decir que le conocerá dentro de poco, así que podrá juzgar por usted misma. —Con el gesto serio, como si diera por finalizada la conversación, empezó a colocar unas cacerolas.

Barbara sintió que parte de la cordialidad que parecía haber surgido entre ellas, se desvanecía.

—Lo siento, Rachel, no pretendía incomodar ni tirar de la lengua. En mi defensa, solo puedo alegar que estoy bastante nerviosa. Le aseguro que intentaré poner todo de mi parte para conseguir una convivencia aceptable.

—Supongo que milord hará otro tanto. La decoración de su cuarto, por ejemplo, se puede cambiar, no pondrá impedimento alguno. Empecemos por eso.

—No se burle de mí, por favor.

El ama de llaves dejó lo que estaba haciendo para tomar las manos de la joven entre las suyas. Le brillaban los ojos y tenía la expresión de alguien que se está divirtiendo, no entendía por qué.

—Deje de preocuparse, señorita. Puede que milord no sea lo que espera, seguro que no lo es, pero ha nacido en una de las mejores familias de Inglaterra y es hermano de un duque.

La afirmación de la señora Palmer no le transmitió ninguna tranquilidad, ella conocía a algunos que se llamaban caballeros y no eran más que hombres deleznable y avariciosos. Así y todo, asintió y esbozó una sonrisa.

Kipling entró en ese momento.

—Si desea ver ahora a milord, señorita Ross...

A la joven se le encogió el estómago con una sensación parecida al miedo, aunque se negó a demostrarlo. Elevó el mentón, cuadró los hombros y avanzó

hacia él.

—Gracias, señor Kipling.

Se volvió hacia Rachel antes de salir y la otra le guiñó un ojo a la vez que levantaba el pulgar.

Benjamin la precedió por el pasillo.

—Señor Kipling, ¿puedo pedirle que me avise en cuanto llegue correspondencia para mí?

—La correspondencia se le deja siempre a milord en su despacho, señorita — repuso.

—La que venga a mi nombre déjela en mi recámara, si es tan amable.

—Veré lo que puedo hacer, aunque no es la costumbre de milord.

—Sea o no su costumbre, es la mía, señor Kipling.

Benjamin nada contestó, aunque ella notó que se envaraba más.

Se encontró poco después a solas en una habitación bastante grande. Las cortinas, a rayas azules y crema, habían sido confeccionadas a juego con la tapicería de los sillones y el sofá situados frente a la chimenea. Desde el amplio ventanal, se podía ver el jardín.

Supuso que debía aguardar allí hasta que lord Maine llegara. Con las manos cruzadas a la espalda, deambuló por el cuarto admirando los macizos muebles de madera oscura, la costosa alfombra, la pareja de jarrones etruscos, uno de los cuales representaba a Ulises luchando, y la maravillosa estatua en bronce de una mujer.

Bueno, al menos su nuevo tutor no parecía ser un bárbaro; solo alguien que amase el arte podía haber gastado una fortuna en esos objetos que, según sus modestos conocimientos, no eran simples reproducciones.

Se fijó en una vitrina en la que estaban expuestos cuatro escarabajos egipcios, a cada cual más hermoso. Oro, lapislázuli, turquesa, cornalina... Fascinada, se inclinó hacia la urna, apoyó los brazos en la mesa donde descansaba y pegó la

nariz al cristal.

—¡Dios mío, qué bellos!

Alan se había levantado con un dolor de cabeza insoportable, producto de una noche bastante movida y, por él, hubiese pospuesto conocer tanto a la sobrina del viejo Thomas como a la institutriz. Pero tenía obligaciones y no podía dejarlas de lado, Benjamin se lo había recordado con ese retintín que le ponía frenético. Kipling no solo era su ayuda de cámara y su mayordomo, era algo así como su conciencia. Una conciencia molesta la mayoría de las veces.

La entusiasta exclamación le hizo incorporarse de golpe del sofá, en el que se había recostado por ver si se le calmaba el martilleo de la cabeza. Abrió los ojos como platos ante la imagen de una mujer acodada sobre la mesa en la que estaba la urna con antigüedades egipcias, mostrando la redondez de un precioso trasero bajo la falda.

Hubiera podido delatar su presencia al instante, pero no lo hizo. Le gustaba lo que veía y quiso disfrutar unos momentos más del espectáculo. Se levantó con todo sigilo y aprovechó, fuese actitud de caballero honorable o no, para admirar la atrayente visión que se le regalaba. Pero al cabo de un momento creyó conveniente hacerse notar.

—¿Le interesan los escarabajos?

Barbara, cogida por sorpresa, dejó escapar un grito, se enderezó y se giró con tanta prisa que su codo golpeó la vitrina. Alan, viendo que iba a hacerse añicos contra el suelo, se lanzó a sujetarla con una maldición en los labios. Se quedó pegado a la joven y ella, mirándole con los ojos muy abiertos, con las mejillas sonrojadas, se alejó unos pasos. En su prisa, chocó contra una mesita baja, que volcó, mandando a freír espárragos el precioso cenicero de cristal de bohemia que había sobre ella.

—¡Oh! ¡Vaya! ¡Lo siento!

Alan colocó la urna, volvió a dejar el cenicero donde estaba y clavó su mirada en aquella intrusa... preciosa. Tenía los ojos grandes, de un increíble color verde; el cabello parecía fuego, recogido en un simple rodete del que escapaban algunos mechones. Su figura era inmejorable, con un busto ideal en tamaño, que pugnaba contra la tela del insípido vestido que la cubría. Cintura estrecha y

caderas no demasiado pronunciadas. Era menuda, pero bien formada. Y el sutil aroma que llegaba hasta él, le agradó. Era una lástima que estuviera en un período de luto porque el gris no le sentaba bien.

Y una lástima aún mayor, que él tuviera una norma que jamás se saltaba: no liarse con nadie del servicio. Porque de luto o no, le pareció cautivadora.

No era lo que esperaba para una institutriz, desde luego, pero las agencias de colocación enviaban cada vez a personal más joven.

—Y bien. No me ha contestado. ¿Le gustan los escarabajos?

—Eeeeeeh... No.

Barbara estaba confundida. ¿No le había dicho Kipling que el vizconde aguardaba? Entonces, qué hacía allí aquel hombre que, si no se equivocaba, era el mismo que la introdujo en la casa con modales nada elegantes. ¿Tan ocupado estaba su tutor que no podía recibirla en persona, y enviaba a su secretario o quién demonios fuera el sujeto? Desde luego, el menosprecio no le hizo la menor gracia.

—Pues parecía que disfrutaba mirando estos.

—Esos son una maravilla —contestó, sin muchas ganas de entablar conversación—. Y no son bichos.

—Ya. —Él sonrió y a ella la habitación se le iluminó como si hubiera salido el sol—. Si le interesa Egipto, hay algunos libros sobre el tema en la biblioteca. Puede utilizarla cuando guste.

Barbara agradeció el ofrecimiento con un movimiento de cabeza.

«Un punto para lord Maine», pensó.

Aunque muchos aristócratas se rodeaban de cultura solo por aparentar, su nuevo tutor no parecía de esos. Hasta era posible que se encontrara con un hombre sesudo. De todos modos, dejó de lado sus elucubraciones sobre el vizconde para fijarse en el hombre que tenía frente a ella. Llevaba el cabello oscuro algo despeinado y más largo de lo que la moda dictaba, tenía unos fascinantes ojos del color del índigo, era alto y un poco atractivo. «Bueno, bastante atractivo», rectificó de inmediato. Vestía pantalones y chaqueta gris oscuro, chaleco gris perla, camisa blanca, corbata de lazo sencillo y zapatos relucientes. Al parecer, su tutor no era mezquino pagando a sus empleados... o

aquel en concreto era un presumido de tomo y lomo, que gastaba todo su sueldo en vestirse.

—Bien, espero que su trabajo aquí le agrade, aunque esperábamos a alguien mayor. Dentro de poco podrá conocer a su alumna. Examinaré ahora las credenciales, señora...

«¿Señora? ¿Tan mayor parezco?».

Barbara empezó a pensar que no iba a quedarle más remedio que renovar su vestuario; tantas confusiones eran ya demasiadas y respondió de bastante mal humor.

—Estoy esperando a lord Maine.

Alan frunció el ceño. Le gustaban las mujeres con genio y la cosita tan bonita que tenía delante no parecía falta de carácter, pero si buscaba trabajo iba a tener que bajar esos aires de princesa.

—Está delante de él —dijo, estirando una mano hacia ella—. Ahora, si no le importa, me gustaría ver sus credenciales y saber su nombre.

Ella se quedó helada. Notó que el sonrojo la subía a las mejillas, sintió un vahído y se apoyó en el respaldo de uno de los sillones sin poder apartar los ojos de él.

«¡Por todos los infiernos, tío Thomas!».

Tragó saliva con esfuerzo. ¿Aquel sujeto era lord Maine?

Imposible.

Tenía que tratarse de una broma de mal gusto.

Pero él continuaba observándola fijamente, con la mano extendida, pidiendo unos condenados papeles que, por supuesto, no tenía. Por la tensión de su mandíbula, intuyó que empezaba a estar contrariado.

«Ni adrede hubiera hecho una presentación mejor», pensó.

Inspiró hondo, buscando qué decir; le temblaban las rodillas y, aunque luego lo lamentara, maldijo mentalmente la memoria de su tío. Sin embargo, ni aquel sujeto ni nadie iba a conseguir que diera la imagen de una corza asustada.

—Barbara Ross. Y, por descontado, no tengo referencia alguna, milord.

Alan parpadeó dos veces.

No hizo más.

Tampoco podía hacerlo porque no era capaz de reaccionar.

Para escapar de aquella mirada furiosa y verde, comenzó a caminar de un lado a otro de la sala, buscando las palabras. ¿Aquella era la sobrina de Thomas? ¡Maldita sea, había creído que se trataba de la institutriz! ¿Por qué nadie le había advertido? ¿Por qué Benjamin le había dejado creer que...?

Mataría a Kipling.

¡¡Esperaba a una niña, por todos los demonios del Averno!!

Cuando consiguió calmarse un poco, se volvió hacia ella. Barbara aguardaba, el rubor coloreaba su bonito rostro y hacía más visibles las encantadoras pecas que tenía sobre el puente de la nariz. Por sus puños apretados, tampoco parecía muy contenta.

—Esperaba a una...

—A una niña, ya —le cortó—. Solo hace falta ver el cuarto que me han destinado y la muñeca. Por cierto, gracias por el detalle, milord, pero hace tiempo que dejé de jugar a las casitas.

—Tu tío me enseñó una acuarela —dijo, a modo de excusa, tuteándola.

—¿Cuánto hace de eso, milord?

—Pues... Bueno...

¡Por la traición de Judas! Ella tenía razón, no había pensado en el tiempo. ¿Cómo se le podía haber pasado ese «pequeño» detalle? La última vez que Ross y él se vieron fue... cuatro años atrás.

—La acuarela a la que se refiere, la pintaron cuando cumplí ocho años. Creo

que ha dado muchas cosas por supuestas, lord Maine. Lo mejor será que le deje solo ahora y comience a preparar mi equipaje. Regresaré a Escocia mañana mismo.

Ella abandonó la habitación sin que Alan fuera capaz de encontrar una frase congruente para detenerla. Se sentía como un estúpido. No. ¡Se sentía como un auténtico gilipollas! Permaneció allí durante un buen rato, no supo cuánto, sin dejar de preguntarse qué iba a hacer.

Le mortificaba incluso pensarlo, pero no le quedaba otra opción que solicitar la ayuda de su cuñada; necesitaba contratar a una dama de compañía de inmediato. Y decirle a Benjamin, claro estaba, que pagase una semana de sueldo, por las molestias, a la institutriz que se presentara a ocupar un puesto que ya no necesitaban.

Barbara juró no volver a ponerse delante de lord Maine. Ni por todo el oro del mundo lo haría. Aún bramaba de indignación. La noche anterior, todos la habían confundido con una sirvienta, luego hubo de esperar, comida por los nervios, hasta que al gran hombre le vino en gana recibirla. Por último, la humillaba al reconocer que ni se había preocupado por saber su edad. Había aceptado la obligada tutoría del mismo modo que el que da una limosna sin mirar siquiera al pedigüeño.

Eso era ella: una limosna que dar. Alguien de quien hacerse cargo por compromiso y, tal vez, exigencias del honor, pero que le importaba un comino.

Pateó el baúl con ganas, imaginando que era el trasero de aquel mamarracho.

A pesar de haber jurado no volver a mirarlo a la cara, hubo de hacerlo aquella misma noche. Kipling le pidió que acudiera al comedor, ofreciendo las disculpas del vizconde como si fuera una más de sus obligaciones.

No respondió al mayordomo si bajaría o no a cenar. Pero tras recapacitar, decidió que lo mejor era aclarar las cosas cuanto antes. Entendía el desconcierto de lord Maine al no encontrar ante sí a una niña, pero eso no arreglaba nada.

Pidió ayuda a Mary para que le trenzara el cabello en un moño bajo. Después, la criada sacó un vestido que estiró sobre la cama que le hizo elevar las cejas. Cliona debió haberlo metido en su equipaje sin que ella se diera cuenta. Era de color cobre, aún no lo había estrenado y, dada su situación, tardaría en hacerlo.

De momento, no pensaba abandonar el medio luto.

—Ese no, Mary. Uno de los grises.

—Debería ponerse algo más alegre que lo que lleva.

—Un de los grises, Mary.

—Son feos.

—Es lo que tiene la ropa de duelo. Uno de los grises —repitió por tercera vez—, por favor.

—Pero es que este le quedaría de maravilla, milady.

—Posiblemente, pero no voy a utilizarlo.

—Está bien, está bien, el gris. —En vez de hacer lo ordenado, se volvió hacia Barbara mostrando otro—. ¿Y este negro? Al menos es elegante.

Tenía razón, pero no lo creía adecuado para una cena informal. Aunque era cierto que ese vestido le daría un aire sofisticado que era lo que necesitaba esa noche. Quería demostrar a lord Maine que era una mujer capaz, de mundo, que no precisaba supervisión. No pensaba dejarse amilanar.

—Nunca he conocido a nadie tan insistente como tú —se quejó—. Me agotas.

—Eso quiere decir que va a usar este negro. Es una decisión acertada, milady.

Barbara puso los ojos en blanco. Aquella chiquilla iba a sacarla de sus casillas más de una vez, pero no podía regañarla porque era un encanto y todo cuanto hacía era para satisfacerla.

Solo por hacer esperar a su tutor, se arregló con más esmero del que era habitual en ella, que casi nunca ponía demasiado cuidado en banalidades. Antes de bajar, incluso, se puso un ligero toque de perfume en las muñecas y tras las orejas y dio un vistazo al joyero. Los sencillos pendientes de perlas irían bien y destacarían con el vestido.

Kipling le abrió la puerta del comedor minutos después, y ella entró con aires de reina ofendida... Trastabilló con sus propios pies al ver a lord Maine. O ella había estado ciega al conocerle, o él se había acicalado de modo especial para la cena. Durante unos segundos, no supo qué decir.

—Siento haberme retrasado —balbució.

Le costó un triunfo apartar la mirada del hombre que se había convertido en su tutor. Estaba espléndido con un traje azul marino ajustado a un cuerpo

magnífico, camisa inmaculada y corbata de lazo. No podía negar que era bastante atractivo. Y joven; debía rondar los treinta. Lo que le hacía inapropiado para ser su protector.

Sintió que se le erizaba la piel bajo la atenta mirada masculina, y se alegró de haber hecho caso a Mary acerca del vestido. Odiaba la parafernalia de cambiarse para una simple cena casera, pero esa noche había hecho lo correcto; de otro modo, dada la elegante indumentaria de lord Maine, hubiera quedado como una estúpida.

—Por favor... —Le indicó Alan la larga mesa.

Él le retiró una de las sillas, a la vez que le dedicaba una sonrisa. Luego, hizo una seña y Alfred, el joven lacayo, en el que Barbara no había reparado al entrar, empezó a servirles. A ella no se le pasó por alto entonces que Mary permanecía en un rincón del comedor, supuso que a modo de chaperona. Agradeció el gesto mentalmente, ya que al menos así guardaban las apariencias; de ningún modo sería correcto que ella cenase con su tutor a solas. Ya no estaba en Escocia, donde las normas sociales eran menos estrictas.

Alan levantó su copa en un mudo brindis y ella hizo otro tanto. No solía beber. Bueno, eso no era cierto. En más de una ocasión, cuando se quedaba de noche cuadrando las cuentas de la Ross Company, le robó un dedo de whisky a su tío.

—En primer lugar, quiero darte mi más sentido pésame por la muerte de tu tío. Debería haberlo hecho esta mañana, pero no supe reaccionar al conocerlo.

—Gracias.

—En segundo lugar, ofrecerte mis disculpas.

—No tiene por qué disculparse.

—Quiero y debo hacerlo. —Ella encogió un hombro, perdida en el azul de sus ojos, sintiendo un escalofrío al mirarle—. Esta mañana no estaba muy receptivo y, además, esperaba a otra persona. Quiero también que comprendas que tu tío y yo no nos veíamos desde hacía tiempo.

—Debe de hacer muchos años, porque nunca me habló de usted.

—Con seguridad, no creyó importante mencionarme.

—¿Eso piensa? Si yo fuese a dejar a alguien como tutor, sacaría su nombre a colación en algún momento.

—Lo que menos imaginaba yo era que Thomas podría confiarme tu cuidado. En la escasa correspondencia que mantuvimos, jamás mencionó esa intención y me ha sorprendido.

—Lo entiendo. Y quiero presentarle también mis excusas por mi comportamiento, no suelo ser maleducada, pero estaba bastante enfadada.

—Disculpas aceptadas.

—En cuanto a tener que cuidar de mí, no se preocupe, puedo hacerlo sola a la perfección. Mi tío estaba... digamos chapado a la antigua. Cometió un error que podemos solucionar de inmediato.

—¿Error?

—Eso he dicho.

—Si quieres verlo así... El caso es que aguardaba a una niña, y tengo delante a una dama encantadora.

Ella controló un tic nervioso en una pierna. Adulándola no iba a ganársela, pero le agradó la lisonja porque parecía sincero.

—La acuarela la pintaron cuando cumplí ocho años, ya se lo dije. Lamento que eso le confundiera.

—Bueno, eso ya no viene al caso. Me gustaría saber algo sobre ti. Qué te gusta, qué has hecho estos años...

Barbara desvió la mirada y se dedicó a jugar con las verduras que componían el primer plato. Había ido con la idea de poner las cartas sobre la mesa, pero se le hacía complicado hablar bajo el atento escrutinio al que estaba siendo sometida. Lord Maine la ponía nerviosa.

—Estudié —contestó al fin, sin apartar sus ojos de la comida que, por más que tuviera una pinta excelente, se veía incapaz de tragar. Cambió el tenedor por la copa de vino—. Estuve unos años en Viena.

—¿Viena?

—Me formé en un colegio para señoritas y, por supuesto, aprendí alemán.

—*Sie haben noch Appetit?*

Barbara parpadeó al escucharle preguntar en ese idioma si no tenía apetito. Sin poder remediarlo, sonrió.

—*Ich bin nervös, milord.*

—Lamentaría que esos nervios no te permitieran apreciar los platos de la señora Palmer, se ha esmerado en tu honor. Si no me equivoco, el postre será pastel de calabaza; le sale exquisito.

—No le haré el feo al pastel —admitió, dejando aflorar una suave risa.

Alan carraspeó al escucharla, notando que su cuerpo reaccionaba a ese sonido musical.

—Cuéntame algo más acerca de tu vida.

—No hay mucho más. Al finalizar mis estudios regresé a Escocia, ansiosa por disfrutar de la compañía de mi tío, y me hice cargo de su fábrica. Él había dejado el negocio en manos nada fiables.

—¿Tú te hiciste cargo del negocio?

—¿Asombrado?

—No puedo negarlo.

—Así que es usted uno de esos misóginos que menosprecia la capacidad de las mujeres.

—¿He insinuado algo semejante?

—Me lo ha parecido.

—Si algo no hago con las mujeres, es menospreciarlas. En ningún campo. Sé muy bien de lo que son capaces. —Ella no supo cómo tomarse aquella respuesta que le sonó bastante agria—. De todos modos, ¿por qué asumiste las riendas de la empresa? ¿Thomas estaba enfermo y por eso delegó en ti?

—No. No estaba enfermo, al menos que yo supiera. Pero había abandonado sus quehaceres dejando las decisiones en manos de un hombre mezquino que acabó robándole y yo no quise permitirlo.

—Ya entiendo.

—Fue todo bastante repentino. Su muerte, quiero decir —aclaró—. Y le aseguro que fue toda una sorpresa saber que me había buscado un tutor que, dicho sea de paso y sin ánimo de parecer pesada, no me hace falta.

Alan se quedó muy serio e hizo caso omiso a su protesta.

—Cuando le traté no me pareció un hombre que tomara decisiones precipitadas.

—No lo hacía. Aunque es cierto que, en los días anteriores a su muerte, estaba

algo raro.

—¿A qué te refieres?

—Vigilante. Huidizo. No sabría explicarlo. Apenas salía, se había vuelto un auténtico ermitaño. Más ermitaño de lo que ya solía ser. Incluso mandó reforzar la vigilancia de la casa, me puso un guardaespaldas e hizo lo imposible para convencerme de que volviera a Viena. Nunca antes se comportó de un modo tan errático.

—Tal vez temiera problemas.

—¿Por qué dice eso?

—No lo sé, pero lo que me cuentas da pie a pensarlo. Yo conocí al Thomas arriesgado, no al medroso; el que me describes, me resulta ajeno. ¿Tenía enemigos?

—Un hombre de su posición siempre los tiene, milord. Competidores en los negocios, ya me entiende. Pero tío Thomas era un hombre justo, equitativo, nunca llevó a cabo un negocio deshonesto y se le apreciaba en la ciudad. —Abrió mucho los ojos y un escalofrío le recorrió la nuca—. No estará insinuando que su muerte pudo no ser natural, ¿verdad?

—Simplemente, me extraña lo que cuentas. ¿Qué dijo el médico?

—Que se le paró el corazón. —Se le llenaron los ojos de lágrimas que no intentó disimular.

—Dejemos este asunto, te afecta y es lógico. Hablemos de temas más frívolos. Imagino que tienes ropa, alhajas...

—Mi tío fue generoso en ese aspecto, aunque solo he traído lo imprescindible. Ahora me alegro, porque no tendré que viajar con varios baúles cuando regrese.

—Cuando regreses ¿a dónde?

—No puedo quedarme aquí, no sería apropiado.

—Eso ya lo discutiremos.

—No, milord. Lo discutiremos ahora. Tengo una reputación y usted, perdone, no me parece el caballero adecuado para ser mi tutor. Me pregunto en qué estaría pensando mi tío cuando redactó su última voluntad.

—¿Cómo dices? —Alan se quedó de una pieza.

—¡Está soltero, por amor de Dios! ¿Pretende que me aloje en la casa de un

hombre soltero que, para más datos, se escabulle durante las noches por la puerta de servicio?

—¿Cómo dices? —Volvió a preguntar Alan.

—No cuestiono sus movimientos, lord Maine...

—Faltaría más...

—Pero convendrá conmigo en que es del todo inadecuado que permanezca entre estas paredes un minuto más de lo imprescindible. Soy una dama y usted es un hombre joven. No es que me importen demasiado las insidias de los chismosos, pero he de velar por mi buen nombre, aunque solo sea por la memoria de mi tío y, permanecer bajo su tutela daría que hablar.

Lo soltó de carrerilla, sin respirar, como si su situación civil —la de soltero— fuera una felonía, como si no haber pasado por la vicaría supusiera una deshonra imperdonable.

Como un insulto.

—Pues sí, cumpliré treinta años dentro de unos meses y estoy soltero. Y no tengo intenciones de casarme nunca, por si te interesa saberlo.

—Yo no quiero saber nada, milord —Barbara empezaba a irritarse—, por mí puede hacer de su capa un sayo. Pero me niego a vivir aquí. Además, si me pierde de vista, se quitaría un peso de encima, los dos saldríamos ganando.

—Empiezo a pensar que podría ser así.

—Podemos llegar a un acuerdo beneficioso para ambos.

—Acuerdo...

—Como mi tutor, tiene derecho a administrar todos mis bienes

—En efecto.

—La fábrica incluida.

—Por descontado.

—Yo no trato de perjudicarlo. Pero no estaría de más llegar a un mutuo entendimiento: usted se olvida de su papel de tutor, me concede la libertad y yo le cedo parte del negocio.

—Me dejas pasmado, muchacha.

—Pongamos un... cinco por ciento —se arriesgó a proponer ella.

Alan no salía de su asombro. ¿De verdad aquella muñeca de ojos verdes estaba

intentando sobornarle? ¿Le estaba ofreciendo un porcentaje del negocio con tal de librarse de él? ¡Nunca había vivido una situación tan grotesca! Igual debería hacer que la examinara un especialista en problemas mentales.

—Olvida semejante insensatez.

—No creo que lo sea, milord.

—Thomas te confió a mi cuidado y aquí te quedas.

—Tengo por costumbre valerme por mí misma, milord.

—Te moleste o no, yo tengo la de cumplir mis compromisos —respondió agriando el gesto—. Adquirí uno al aceptar tu tutela y pienso llevarlo a cabo.

Barbara se levantó, apoyó las palmas sobre la mesa y se inclinó hacia él.

—¡No me hace falta un maldito tutor!

Alan estuvo a un paso de perder la compostura. ¿Qué le había hecho él a Thomas para endilgarle a semejante loca? Volvería a pensarse muy mucho sacar de un apuro a alguien.

—Te aconsejo que dejes tus rebuznos para quien quiera escucharlos, pequeña.

—La cara que puso su pupila casi le hizo sonreír. Se levantó y dejó la servilleta junto a su plato—. Por de pronto, conocerás a mi familia pasado mañana. Hasta entonces, no quiero una queja de mis criados. Te alojarás en esta casa, te guste o no. Si tengo que ordenar a Benjamin que te mantenga encerrada en tu cuarto, ten por seguro que soy capaz de hacerlo. Tendrás una asignación mensual más que suficiente para tus gastos y si necesitas más dinero para fruslerías, me lo pides. Y no debes preocuparte por tu reputación, contrataré a una dama de compañía.

Salió del comedor y la dejó sola, con la boca abierta, completamente conmovida.

¿La había llamado burra?

¿Acababa de decirle que, si ponía impedimentos, la mantendría encarcelada?

¿A casa de qué condenado desgraciado había ido a parar?

«Sí, de acuerdo, he perdido los estribos, me he comportado como una arrabalera. Pero es que ese aire de superioridad que tiene me saca de quicio», admitió.

—¡Botarate! —masculló en voz alta, olvidando que no estaba sola en el comedor.

Por fortuna, no había vuelto a ver a su maldito tutor durante los dos días siguientes, y su ánimo se fue tranquilizando.

Nunca se había preocupado demasiado por la moda, pero mientras analizaba con detenimiento la figura reflejada en el espejo, se preguntó si estaría a la altura.

La señora Palmer había mencionado a un duque. Aunque para ella carecían de importancia los títulos nobiliarios, no podía presentarse ante él como una campesina. Hubiera podido volver a ponerse el mismo vestido que utilizó para cenar con lord Maine, pero no lo creyó conveniente.

—Mary.

La joven criada cubría, desde su llegada, el puesto de doncella cediendo parte de sus ocupaciones a la nueva sirvienta externa, Jodie, que finalizado su turno de trabajo regresaba a su casa. Se la veía radiante con su impensado cometido. Tenía carencias, pero para Barbara era suficiente; Mary le caía bien, ponía empeño en su cometido y su modo de decir las cosas le hacía reír a veces.

—Diga, milady.

—No soy milady —le rectificó por cuarta vez aquella tarde—, intenta recordarlo. ¿Cómo me ves?

—¿Puedo serle sincera?

—Por favor.

—Sosa. —Babs alzó una ceja—. Quiero decir que, ya que insiste en usar esos vestidos grises que le sientan fatal, podríamos hacer al menos algunos cambios en ellos.

—Por ejemplo...

—El escote es demasiado puritano, debería prescindir de la puntilla negra, olvidarse de cubrirse los hombros con esa pañoleta oscura y dejar más piel a la vista.

—No creo que sea...

Estudió de nuevo su imagen. Mary tenía razón, el escote alto y la pañoleta le daba un aire triste, soso y demasiado provinciano.

—Puedo arreglarlo en un momento, si usted quiere; se me da bien la aguja, milady. Estará listo antes de la cena.

—Solo espero que no resulte escandaloso.

—Imposible con esa creación —se quejó la muchacha, mirando el vestido con el ceño fruncido—, pero al menos se verá más bonita. Además, le arreglaré el cabello dejando algunos mechones sueltos, así no parecerá que acaba de salir de un convento —protestó, haciendo sonreír a Barbara.

En efecto, una vez retocada, la prenda no parecía la misma. La señora Palmer, que subió por ver si echaba una mano, lo confirmó.

—Le sienta bien.

—El escote es demasiado bajo.

—Tonterías. Queda donde debe quedar. Haga caso a una vieja que ya ha visto demasiado: está guapa. Mary, te has esmerado con el cabello; no sabía de tus habilidades en ese campo —alabó, con lo que consiguió la sonrisa complacida de la muchacha—. ¿Va a ponerse alguna joya, señorita?

—¿Debería?

—Un colgante sería un estupendo modo de llamar la atención sobre sus pechos.

—¡Rachel, por Dios, que estoy de luto!

—Otra vez con eso. No se obsesione. Y deje de subirse el escote, la tela no va a estirar por mucho que lo intente.

Por completo turbada, hizo caso a los consejos del ama de llaves y decidió ponerse el collar de perlas. Pero al abrir el cajón de la coqueta, sus ojos se quedaron fijos en una caja de raso negro y un sudor frío le recorrió la espalda.

Recordó el día en que Cliona se la entregó, con una actitud misteriosa que la dejó intrigada.

—Tu tío la puso bajo mi custodia la noche antes de morir, niña, como si presintiera que iba a abandonarnos pocas horas después. No debería dártela salvo que ocurriera una desgracia, como así ha sido. Por encima de todo, me pidió que la mantuvieras a buen recaudo.

—¿Qué contiene?

—No la he abierto, tesoro.

Una sensación extraña la embargó y sus manos temblaron al girar la diminuta llave dorada que abría la cajita. Justo en ese momento, un ensordecedor trueno hizo que ambas dieran un brinco y el lejano aullido de un perro les puso el vello de punta. Se le olvidó todo durante unos segundos viendo la maravilla que Thomas le había legado: una extraordinaria esmeralda, engarzada en oro. A pesar de la belleza de la joya, la percepción de que aquella piedra entrañaba un peligro no le abandonó, y la guardó con prisas.

Desde ese momento no había querido ni tocarla. Y tampoco lo haría esa noche. Debería haberla dejado en el banco, junto a la mayoría de las alhajas. No era una persona miedosa, todo lo contrario, pero ese magnetismo que parecía poseer la joya le espeluznaba. ¿Por qué su tío nunca le habló de aquella esmeralda? ¿Por qué ocultarla? Era valiosa, de eso no cabía duda, pero no más que otras de las joyas pertenecientes a la familia, que quedaron en custodia en el Royal Bank of Scotland. ¿Por qué ni siquiera figuraba entre las pertenencias enumeradas en el testamento? Demasiadas preguntas sin respuesta.

—Dios mío, abra esa caja de una vez, señorita, que ya están esperando —le instó Rachel, haciéndose con ella.

Barbara retrocedió y su protesta quedó silenciada por las exclamaciones al unísono de ambas mujeres.

—¡Qué preciosidad!

—¡Menudo pedrusco! —soltó Mary.

No sucedió nada.

Contra todo pronóstico, en manos de Rachel, aquella esmeralda engarzada en oro no parecía tener más efecto que el de fascinar a quien la miraba.

—Pertenece a mi tío —murmuró, notando que le temblaba la voz.

—Una pieza excepcional.

—Lo es —admitió, sin apartar los ojos del colgante, esperando que sucediera algo extraño, no sabía qué; tal vez que el techo se desmoronase sobre ellas—. Pero no es lo adecuado, mejor me pongo las perlas.

—Se pondrá la esmeralda —zanjó la señora Palmer, haciendo que se diera la vuelta para cerrarle el broche—. Va a juego con sus ojos. Falta algo... Ahora vuelvo, creo que tengo lo que dará el toque definitivo para que hechice a todos.

Salió del cuarto para regresar poco después con unos cordones dorados, que le entretejió en el cabello, consiguiendo un efecto increíble. Por primera vez, desde que usara las ropas de medio luto, Barbara se vio bonita. Incluso se sintió un poco coqueta.

El duque de Hatfield y su familia llegaron a la hora en punto, como era costumbre en ellos. Kipling les recibió con una reverencia, les cedió el paso y correspondió a la sonrisa de lady Sarah. De cabellos platino y dueña de unos enormes ojos azul claro, aquella galesa había conquistado el corazón del par del reino con una sola mirada.

—Buenas noches, Benjamin.

—Bienvenidos, excelencias. Lady Liliana —saludó a la hija de ambos.

Mientras Kipling se hacía cargo de capas y sombreros, la joven se acercó a las escaleras para mirar hacia el piso superior.

—¿Seguro que el tarambana de la familia no se nos ha fugado?

—¡Liliana! —reprendió su madre.

—Milord les aguarda en la salita anexa al comedor.

—No puedo creerlo, mi tío se está regenerando: cena familiar en lugar de estar apostando en algún garito o seduciendo a una dama. —Suspiró la joven con afectación—. ¡El mundo que conocemos se derrumba!

—¡Lili, ya está bien! —pidió la duquesa—. Y tú no deberías saber nada acerca de garitos.

—El día menos pensado me colaré en uno para saber qué se cuece en ellos.

Hatfield le lanzó una mirada de advertencia y Kipling, que ya colgaba la ropa en el armario de la entrada, sufrió un repentino ataque de tos que disimuló su carcajada. Los sirvientes de lord Maine, él el primero, tenían debilidad por la muchacha. Rubia como su madre, pizpireta, muy poco coqueta y bastante atrevida, había heredado de su bisabuelo la audacia y el amor a la aventura. Era imposible parar a ese torbellino cuando se ponía en marcha.

—Bueno, vayamos pues a ver al regenerado, como dice Lili.

Sarah Chambers puso los ojos en blanco y tomó el camino al comedor; luchar contra la ironía de padre e hija cuando decidían ponerse de acuerdo, era una batalla que nunca podría ganar.

—¿Qué mosca le habrá picado para invitarnos a cenar hoy? —preguntó la muchacha, tomándose del brazo de su padre.

—Supongo que presentarnos a la pequeña de la que se ha hecho tutor.

—No veo al tío Alan en ese papel.

—Tampoco yo. Si hubiera sido un chico...

—Démosle un voto de confianza —pidió Sarah hablando por encima del hombro.

Salían risas de la salita cuando Barbara se acercó a la puerta y alcanzó a escuchar algunos comentarios.

—De veras, tío: hasta pareces un caballero de provecho, correctamente vestido y todo.

—Suelo ir siempre vestido, mocosa.

—Bueno, no es eso lo que se escucha por ahí.

—¡Liliana!!

En el pasillo, Barbara recompuso el gesto e intentó aparentar tranquilidad. Se sintió de nuevo como una intrusa y, por unos segundos, sus pies se negaron a avanzar. Mary, tras ella, la empujó con suavidad.

—Todo irá bien, milady.

Con el corazón latiendo a mil por hora, agradeció con una sonrisa sus ánimos y empujó la puerta. Se quedó allí, parada, sin poder dar un paso, con el ritmo cardíaco disparado. Sintió un ligero vahído al pasear la mirada por los rostros de los presentes. Todos, menos su tutor, la miraban desconcertados.

Sin poder remediarlo, los ojos de Alan se quedaron clavados en ella. Fue imposible no hacerlo. Cada detalle, desde el trenzado cabello hasta los coquetos zapatos que asomaban bajo el ruedo del vestido, eran deliciosos.

Grises, eso sí, pero deliciosos.

Le había parecido bonita al conocerla, pero aquella noche, bajo la suave luz dorada de los candelabros, resultaba cautivadora. Sus ojos se quedaron

prendados, durante más tiempo del prudente, en la porción de piel sobre la que descansaba una esmeralda. Algo dentro de él, muy dentro, le avisó del peligro que Barbara podía significar si no tenía cuidado.

—Tío, no me digas que te has atrevido a traer a esta casa a una de tus... —La queja llegó a los oídos de Barbara, que enrojeció, y afianzó su decisión de marcharse de Londres.

La voz de Alan sonó demasiado ronca al presentarla a su familia:

—Barbara Ross. Mi pupila.

Desazonada y temerosa, ni se atrevió a dar un paso hacia dentro del comedor. Sin embargo, un segundo después, la elegante dama de cabello platino, tras comentar algo en voz baja al caballero que tenía a su lado, avanzó hacia ella con las manos extendidas y una sonrisa que percibió sincera.

—Bienvenida a la familia.

Al momento siguiente, estaba recibiendo la salutación del duque, un beso en la mejilla de la más joven y era asaeteada a preguntas que Alan hubo de cortar para pasar al comedor e ir sentándose a la mesa.

A Barbara no le sedujo en absoluto que su lugar estuviera justo frente a él.

Porque era imposible no mirarlo, no fijarse en cada detalle que le hacía un hombre sumamente atrayente.

Atendió las preguntas de lord Hatfield, a su derecha, y al tercer grado de lady Liliana, tratando de olvidar la inquietante presencia del anfitrión. Misión imposible, cuando los ojos se le iban una y otra vez hacia aquel cuerpo esbelto y musculado, hacia esos ojos azules, hacia su gesto huraño. Hubiera jurado que sonrió al verla entrar y, sin embargo, ahora parecía molesto.

Alan dejó que sus familiares acapararan la conversación durante la cena, y se dedicó a observar a su pupila con disimulo.

¡Pupila!

No podía dejar de pensar en ello. ¡Qué extraña le sonaba la palabra! De no ser eso, su protegida —estuviera o no de luto—, ya habría ideado un modo de seducirla. ¡Condenada situación!

A los postres, seguía sin abrir la boca mientras los demás no habían dejado de parlotear. Sobre todo, Lili, a la que parecía interesar todo lo que pudiera contar la

nueva integrante de la familia. Y ¡cómo no!, llevó la conversación a un tema que a ella le convenía y que, como casi siempre, contravenía las reglas.

—Han abierto una nueva tienda en Bond Street y dicen que la dueña, una belga, diseña auténticas maravillas. Blenda Jones estuvo la semana pasada y me ha contado que, además de estar revolucionando la moda actual, tiene como ayudante a su primo. ¿Os imagináis? Podríamos ir mañana.

—Yo no pienso permitir que un hombre me tome medidas —aseguró la duquesa, muy digna.

—¡Vamos, mamá! ¿Dónde se perdió tu pasión por la aventura?

—En la entrada de Westminster, el día que me casé con tu padre y me convertí en duquesa. Y tú ¿dónde has visto que un hombre trabaje en una tienda de ropa para damas? Menudo desvarío.

—Blenda dice que es muy educado. Y si se presta oído a algunos rumores, no hay peligro en que sea él quien atienda a una dama.

—Blenda dice, Blenda dice... —rezongó la duquesa—. ¿Qué puede saber un varón de prendas femeninas, hija?

—Pues...

—No insistas Lili; tu madre no va. Y tú no deberías, por mucho que hayas escuchado chismes al respecto.

—Me gustaría que alguna vez dierais argumentos de más peso, papá, no estamos en el siglo XV. O ideas, para poder soportar lo aburrido que es Londres en esta época.

A Barbara no le convencía el hecho de que una modista tuviera a un hombre de ayudante, pero sí que despertó su curiosidad y ella tenía necesidad de ampliar su vestuario.

—Si no le importa, excelencia, me gustaría acompañar a lady Liliana.

—¡Sería estupendo!

El duque de Hatfield se permitió entonces poner una mano sobre la suya.

—Ahora perteneces a la familia, muchacha, y entre nosotros sobran los títulos y las formalidades. Si me pedís opinión, no creo acertado que visitéis esa tienda. No lo prohíbo, pero pensadlo las dos, ¿de acuerdo? Además, espero que aprendas pronto a decir «no» a mi hija, de lo contrario, cuando menos te lo

esperes, estarás metida en un problema; Lili es propensa a causarlos.

—Eso no es justo, papá.

—Tu padre lleva razón. No voy a dar mi permiso a Barbara.

La repentina intervención de Alan en la conversación, con un tono demasiado seco, acaparó la mirada de todos.

Había intentado no inmiscuirse, quedarse a un lado mientras veía el modo en que Barbara se integraba en el grupo, fascinado por el modo en que sonreía, en cómo sujetaba los cubiertos, en la manera tan exquisita de tomar su copa, en sus jugosos labios acariciando el borde cuando bebía.... Quería saber hasta dónde era capaz de llegar, porque estaba intrigado. ¿Dónde estaba la gata salvaje que se le enfrentó un minuto después de conocerle? ¿Dónde, la arpía que intentó comprarlo con un porcentaje de la fábrica de Thomas a cambio de su libertad? Lo que ahora tenía enfrente era todo sonrisas, todo dulzura y candor, una joven recatada, educada y... anodina. Le gustaba mucho más la otra, la atrevida, la que le había taladrado con la mirada y le propuso comprar su tutoría.

Sí, intentó quedarse al margen.

Pero imaginar a un hombre tomando medidas a Barbara le revolvió el estómago, por mucho que dijeran de él que no constituía un problema. Y la mano de su hermano, sobre la de ella, tampoco ayudó a suavizar su repentino mal humor. No entendía qué le pasaba y eso le irritaba porque, desde hacía años, pocas cosas conseguían descentrarle. Además, nada más abrir la boca, supo que acababa de quedar como un cretino: ninguna mujer de su familia pedía permiso para nada.

Aceptaban consejos, nunca imposiciones.

Mucho menos para ir de compras.

Sarah le miraba con el ceño fruncido; su sobrina, como si acabaran de salirle cuernos y rabo, y Barbara, con seguridad, pensando en cómo podría matarlo.

Carraspeó porque, de repente, le apretaba demasiado el nudo de la corbata.

—Quiero decir que, si tan interesadas están, y para evitar problemas o comentarios, puedo servir de escolta.

—Eso ya está mejor, tío —manifestó su sobrina con sarcasmo—. Esa sí es la frase adecuada. De paso, ya que iremos contigo, podríamos acercarnos a un

lugar que llevo tiempo queriendo conocer. Está es...

—A la modista, Lili —cortó Alan, que imaginaba su intención de acercarse a un cubil inadecuado—. Solo a la modista. No te pases de listilla.

—Está bien. Pero quiero hacer constar aquí y ahora, que los hombres de esta familia sois un verdadero fastidio.

Acabada la cena, la duquesa insinuó que los caballeros podían quedarse a fumar y mandó luego a su hija a la biblioteca, con la excusa de que mirara si su tío había hecho alguna nueva adquisición de libros. Invitó a Barbara a acompañarla al salón adjunto al comedor, pero ella vio el rápido intercambio de miradas.

Aisladas del resto, la duquesa se acercó a ella y pasó un dedo, casi con prudencia, por la pulida superficie de la esmeralda.

—¿Desde cuándo la tienes?

—¿Es su interés por el colgante lo que ha provocado que nos hayamos quedado solas con tanta diplomacia? No soy tonta, excelencia, me he dado cuenta. —Sarah asintió con una sonrisa—. Pertenece a mi tío.

—No me has parecido tonta, Barbara. Pero sí, deseaba estar a solas contigo, tienes razón. Así que es una herencia.

—Eso es, aunque desconocía su existencia hasta después de la muerte de tío Thomas.

—¿Nunca te habló de esta joya?

—Es posible que lo olvidara.

—Lo dudo. Nadie olvida algo así. Es más factible que no quisiera que la usaras. —Por un momento, lady Hatfield permaneció en silencio—. Solo una vez he visto una esmeralda igual a la que llevas, cuando me presentaron en sociedad. Desapareció hace años. Pertenece a un barón alemán que murió... en extrañas circunstancias.

—No entiendo qué tiene que ver eso conmigo.

—La esmeralda del barón Von Fuster era la gemela a la tuya.

—Puede que solo se parezcan.

—Te aseguro que no.

—Lo dice muy convencida.

—Lo estoy. Se cuenta que durante el reinado de Iván IV Vasílievich, más conocido por *el Terrible*, un español llamado Diego Belmonte salvó la vida de un hombre y de su familia en un espantoso naufragio. A cambio, ese individuo le regaló dos piedras de inigualable belleza. Belmonte encargó a un orfebre toledano que las engarzara en dos colgantes, uno de los cuales regaló a su esposa; el otro sería para su hija cuando contrajera matrimonio. Pero un año después, los colgantes desaparecían y toda la familia del español moría asesinada.

—¡Dios mío!

—Desde entonces, ambas joyas han sido vistas, aunque nunca juntas, en distintos lugares: Viena, Roma, Sevilla, Colonia, Estambul... Y allá donde aparecían, moría la gente. Se las conoce como Los Ojos de Taimir.

Barbara disimuló con esfuerzo que empezaba a estar asustada. Era como si de pronto, la zozobra que sentía cada vez que pensaba en la esmeralda desde que se la entregara Cliona, tuviera una explicación.

—Simples habladurías, excelencia —dijo, de todos modos—. Nunca he creído en leyendas ni en brujas.

—Algo habrá de superstición, desde luego. —La duquesa encogió un hombro—. A la gente le entusiasman los relatos macabros. Lo único que sé es que el gobierno ruso ha reclamado esas joyas en muchas ocasiones, cada vez que han aparecido. Y cada vez que han tratado de recuperar una de esas esmeraldas, se ha esfumado, dejando un rastro de cadáveres, para reaparecer después de un tiempo al otro lado del mundo.

—¿Insinúa que debería deshacerme del colgante?

—No. Solo que tengas cuidado, porque la creencia popular es que Los Ojos de Taimir están malditos.

Conrad saboreó el brandy y fijó la mirada en su hermano, esperando la respuesta a su pregunta.

—¿Qué voy a hacer? ¿Por qué crees que os he invitado a cenar esta noche, aparte de para presentar formalmente a la muchacha? No es que me agrade pedir favores, sobre todo a ti, pero necesito la ayuda de Sarah para que me recomiende a una dama intachable que sea la acompañante de Barbara.

—Gracias por eso de no querer pedirme favores.

—No puede estar en esta casa sin una chaperona.

—En eso estoy de acuerdo contigo.

—Ya se me ha olvidado cuánto tiempo hace que coincidimos en algo —ironizó Alan.

—Me ofrecería a que viviera en Hatfield Manor, pero es tu problema y tú debes resolverlo. Deberá alojarse aquí, mal que nos pese. Y también sería prudente que no luciera demasiado la joya que lleva esta noche, es tras la que anda el gobierno ruso.

—¿Quieres decir que esa esmeralda es El Ojo de Taimir?

—Uno de ellos, si mi esposa no se confunde; me lo susurró nada más verla aparecer. Por otro lado, habremos de buscarle un marido lo antes posible.

—No tiene título alguno —comentó, aún anonadado de que su pupila fuera la poseedora de una alhaja sobre la que había oído mil habladurías.

—Pero sí fortuna. Habrá más de un caballero que obvие su falta de abolengo a cambio de hacerse con su dinero; Londres está repleto de hombres con título y más pobres que las ratas.

—Parece que hablaras de comprar y vender caballos.

—Así es esta podrida sociedad, Alan, lo sabes mejor que yo. Unos tienen linaje y otros peculios; es cuestión de ponerse de acuerdo y sacar ambos el mejor partido de la transacción.

—Te pones odioso cuando hablas con tanta suficiencia, hermano. Es curioso que lo hagas así, cuando tú te casaste enamorado hasta el tuétano de Sarah.

—Me casé enamorado y sigo estándolo. Pero los matrimonios por amor no son la regla, algunos incluso los ven anómalos salvo que se produzcan entre personas de clase inferior. Si nos ceñimos a lo que vemos a nuestro alrededor, una boda por interés puede ayudar a llevar una vida cómoda. El amor, nunca se sabe. Puede convertirse en una trampa mortal.

—Lo sé. Por desgracia, lo sé.

Conrad apretó los dientes y maldijo haber sacado el tema. Sabía a qué se refería su hermano con ese parco comentario. No quería hablar sobre ello esa noche. Hacía tiempo que había tirado la toalla con Alan, que seguía atormentado por lo que pasara años atrás. ¿De qué le servía martirizarse? También él echaba de menos a su padre, sufrió lo indecible por su muerte y le seguía horrorizando que se hubiera quitado la vida poco después de perder a su segunda esposa, la madre de Alan y Vincent. Pero él, al igual que el menor, consiguieron recobrase y seguir adelante con sus vidas.

Alan no. Alan continuaba castigándose, como si hubiera sido el culpable de aquellas muertes.

Muchas veces quiso hablar con él, hacerle ver que estaba confundido, que la muerte de su madre fue un desgraciado accidente y que su padre, víctima de la desesperación, tomó sus propias decisiones. Nadie podía culparse por lo que sucedió. La vida daba zarpazos de los que era difícil reponerse y nada se podía hacer contra el destino de cada uno. Pero siempre que sacaba a colación el tema, a su hermano se le ensombrecía el gesto y terminaba por encerrarse en un mutismo que le dañaba más.

—Hablaré con Sarah sobre tu pupila —aceptó, haciendo a un lado sus pensamientos—, ella se encargará de buscarte una dama de compañía adecuada. Puede que la fiesta de los Berrington sea un lugar idóneo para estudiar candidatos y encontrarle un marido.

—¿A quién hay que encontrar un marido? —preguntó una voz varonil y alegre desde la puerta.

—Hola, Vincent.

—Hola, enano.

—¿Qué te dijeron en Eton?

Antes de responder, el recién llegado se sirvió una copa y se acomodó junto a los otros dos, poniendo los pies sobre la mesita lacada. Podía haber pasado por el gemelo de Alan: el mismo color de cabello, los mismos ojos ligeramente rasgados, la misma complexión. Lo único que les diferenciaba era la edad —Vin tenía tres años menos— y la cicatriz que partía en dos su ceja derecha, recuerdo de un accidente infantil.

—Tengo que soportar el rapapolvo del director del colegio, me trago cuarenta y cinco millas desde Berkshire para daros prontas noticias —protestó, mirando con fingido enfado a sus dos hermanos—, y ni siquiera me preguntáis cómo estoy. Al parecer soy el último mono de la familia. ¿Por qué narices nadie me dijo que teníamos cena familiar? He ido a Hatfield Manor solo para saber que estabais todos aquí.

—Ha sido improvisada y no estabas.

—¿Ha pasado algo?

—Que ha llegado la pupila de Alan.

—Por fin. Estoy deseando conocer a esa pequeña escocesa.

—No es escocesa y no es tan pequeña —musitó Conrad.

Vincent Chambers enarcó las cejas y abrió los brazos, pidiendo una explicación.

—La chica está en edad de casarse; de hecho, lleva un par de años de retraso.

—¡Joder!

—¡Vincent, esa lengua! —avisó el duque—. Y cuenta de una vez qué era tan importante como para amenazar con expulsar a mi hijo.

—Tampoco era tan grave, aunque si se repite no van a tener piedad de él. En realidad, solo se ha tratado de una chiquillada, un flirteo con una muchacha del pueblo; cosas de críos. Lo malo es que les pillaron escondidos en la capilla.

—¡La madre que lo...! Hace un momento pensaba que mi hijo se os parecía. Y

así es —certificó el duque, mirando a ambos como si quisiera estrangularlos—. Lamento que hayas tenido que ir tú, de todos modos; de no haber sido por la reunión en el Parlamento...

—Lo entendieron, tranquilo.

—¿Le han impuesto algún castigo?

—Dos semanas sin pisar la calle.

—No es demasiado por dejarnos en vergüenza.

—Y un donativo, que me permití hacer en tu nombre y en el de Sarah. —Su hermano entrecerró los ojos—. Tres mil libras de nada. No me mires así, las van a destinar a mejorar una de las alas y pondrán una placa en vuestro honor. Bueno, ¿dónde están nuestras damas?

—En el saloncito.

Vincent se acabó la copa de un trago, se levantó y abandonó la habitación sin despedirse.

—¿A ti te importaría que fuéramos solo dos hermanos, Alan? —preguntó el duque, con la mirada fija en la puerta.

Encontrarlo en el vestíbulo aquella mañana, hablando con Kipling, le provocó a Barbara un vuelco en el estómago. Llevaba un traje azul oscuro con chaleco crema, que le sentaba como un guante. Acertó a darles los buenos días y no supo si quedarse allí o enfilarse hacia el comedor. Por suerte, Lili llegó un segundo después, saludó con alegría a todos, se colgó del brazo de su tío e instó a ambos a apresurarse a tomar un bocado para salir lo antes posible.

—¿Qué tal me queda lo que me ha prestado Barbara, tío Alan? —preguntó, dando una vuelta sobre sí misma.

Era el vestido de color cobre; se lo había ofrecido puesto que no había llegado su equipaje. Y es que, por decisión general —en la que obviaron la opinión de su tutor—, Lili viviría allí, junto a su dama de compañía, hasta que tuvieran una para Barbara. El vizconde pareció aceptarlo con deportividad, aunque a ella no le pasó por alto que apretaba los puños a los costados.

—Un poco largo, ten cuidado de no pisártelo.

—Y un poco flojo de aquí, ¿verdad? —se señaló el pecho, haciendo que Alan resoplara—. Barbara lo llena más por todas partes.

La aludida sintió que le ardía la cara.

«Debo parecer un farolillo rojo», pensó, desviando los ojos de la mirada interesada de su tutor, que parecía querer comprobar la afirmación de su sobrina.

—Diría yo que sí —murmuró el vizconde al cabo de un momento y antes de ofrecer el brazo a ambas para ir al comedor.

Barbara se limitó a apoyar las yemas de sus dedos sobre la chaqueta, pero el liviano contacto hizo que se le agitara la respiración. Lo miró de reojo mientras él bromeaba con su sobrina. Era guapo. Mucho. Sin embargo, no era algo tan

superficial como su apostura lo que provocaba en ella una desazón. Era la sensación de estar ante un hombre con secretos que lo atormentaban. No podía explicarlo, acababa de llegar a aquella casa, no le conocía y él aparentaba ser un noble sin más problemas que visitar su club, ir correctamente vestido y gastar su fortuna. Pero ella había creído observar algo más en aquella mirada azul. Algo que la inquietó.

Se obligó a prestar atención a lo que estaba contando Lili y no volvió a pensar en ello.

Bond Street y las calles aledañas bullían de actividad. Escaparates repletos de sombreros, tiendas de guantes, zapaterías, perfumerías... Babs comprendió entonces por qué Cliona no había dejado de hablar y hablar sobre esa calle de Londres al saber que tendría que trasladarse allí. Y es que la realidad superaba a cuanto imaginara al escuchar a su vieja aya. Para ella, que se había limitado a aceptar las indicaciones de la modista que acudía a casa de su tío dos veces al año, poder entrar y salir de distintos comercios, tocar telas, probarse botines o comprar cintas para el cabello era una diversión inesperada.

Por mucho que se empeñara en no hacer caso a Lili y optar por elegir solo tonos oscuros.

De todos modos, disfrutó de la salida menos de lo deseado por culpa de su tutor. Los nervios no le abandonaron en ningún momento; se le aceleraba el corazón cada vez que escuchaba su voz pidiendo prudencia a Lili o dando su parecer a un sombrero o unos zapatos. No entendía qué le pasaba con ese hombre; el menor atisbo de sonrisa, el mínimo roce cuando la ayudaba a bajar o subir del carruaje, la ponían en tensión y se acaloraba.

Lord Maine insistió —sin admitir protestas— cuando entraron en la modista en que solo les atendiera la dueña del establecimiento; no quiso saber nada de que su ayudante estuviera en medio, cinta de medir en ristre.

—Esa tela te quedaría bien.

Barbara observó la que él le señalaba, de entre todas las que estaban en el mostrador.

—No es gris.

—Es lo suficientemente oscura como para que no te sientas incómoda.

—Estoy de luto.

—Es preciosa, hazle caso. Tío Alan tiene muy buen gusto para la ropa femenina, te lo aseguro —aconsejó Lili mientras se envolvía con otra tela del muestrario frente a un espejo.

—Estoy convencida de que es así.

Su irónico comentario hizo que Maine enarcara sus oscuras cejas con un rictus juguetón y a ella se le subieron los colores. Para disimular su turbación, tomó la tela y la examinó con interés. Desde luego, era una maravilla: un tafetán verde oscuro de delicado tacto que, sin duda, quedaría primoroso sobre su cuerpo. Y su tutor tenía razón: era lo bastante oscuro como para no salirse de los cánones establecidos para el luto.

No pudo resistirse y acabó aceptando su sugerencia para un vestido de fiesta. Las otras confecciones, deberían ser grises.

Lili eligió una seda rosa, un tafetán azul y una muselina amarilla. La dueña de la tienda, encantada por el gasto que iban a hacer, les pidió que pasaran a los probadores, momento que Alan aprovechó para excusarse indicando que, entretanto, daría un paseo.

—¿Una hora será suficiente, *madame*?

—*Bien sûr que non*, milord! Mis diseños son siempre *exclusif* y tomar bien las medidas lleva su tiempo. Dos horas. *Oui*?

—Dos horas —asintió con cara de circunstancias. Se inclinó hacia Barbara para decirle en tono quedo—: Déjate aleccionar por mi sobrina para la ropa interior. Y por favor, no pidas que te hagan las enaguas grises.

Ella se quedó tan perpleja que no pudo responderle antes de que él se despidiera y cerrase la puerta del local.

—¿Qué te ha dicho mi tío? Tienes una cara...

Barbara se tragó la vergüenza, sonrió como si acabaran de condenarla a la horca y contestó:

—Que exijamos a *madame* unas creaciones realmente exclusivas.

Durante los días siguientes a aquella ajetreada mañana, en la que regresaron a casa con el vehículo repleto de cajas de sombreros, botines, medias y enaguas —por supuesto, blancas— Barbara no volvió a ver a su tutor.

Siempre escuchaban una excusa, a través de Benjamin, que argumentaba una reunión importante o un asunto ineludible. Era como si lord Maine tuviera aversión a estar en su propia casa.

La compañía de Liliana durante aquellos días —recibió un baúl con algunas de sus pertenencias, que llegó junto a su dama de compañía, Flora Pitt— fue una bendición. Ambas coincidían en muchas cosas, su gusto por la literatura, por ejemplo. Agotaron una tarde completa charlando sobre libros y autoras, revisando ejemplares en la biblioteca, lo más parecido al cofre del tesoro que Barbara hubiera visto nunca, con cuidadas ediciones en piel.

—¿Son los padres del vizconde?

Lili desestimó dos de los libros elegidos, los dejó en la estantería y observó con atención el cuadro al que se refería Barbara.

—Se ve el parecido en él, ¿no es cierto? El tío Alan era el que más unido estaba a él. El abuelo murió cuando yo tenía pocos años, no le recuerdo apenas. A ella no llegué a conocerla.

—Tu abuela tiene un aire... No sé definirlo. Encanto. Una se siente serena al mirarla.

—Los que tuvieron la suerte de conocer a lady Margaret dicen de ella que era una gran dama —suspiró—. Pero no es la madre del tío Alan y del tío Vin; el abuelo volvió a casarse con Katherine Falls cuando enviudó.

—¡Ah! No tenía idea.

—Mi tío no quiso deshacerse de este cuadro y a mí me encanta. ¿Has leído este libro, Barbara? —Lili le puso uno delante de las narices.

—No. Pero por el título no parece muy sugerente.

—¿Verdad? —Lo dejó para dedicarse a buscar otro.

Barbara volvió a centrar su atención en el cuadro. ¿La madre de Conrad? ¿No su propia madre? Le resultó bastante extraño.

—¿Hay alguna pintura de lady Katherine?

—En el despacho. ¿Y este otro qué te parece? *La ilustre fregona*. —Arrugo la nariz y dio una ojeada a las primeras páginas—. 1613.

—Forma parte de una serie de novelas de Don Miguel de Cervantes. Mi tío era un enamorado de la obra de ese autor español.

—¿Es interesante?

—Es pícara, desvergonzada, repleta de enredos y hasta hay un romance.

—¿De veras? —Ojeó el libro con más interés.

—¡Ajá! Dos muchachos conocen a Constanza, que en apariencia no es otra cosa que una criada pero que, al final, resulta ser de origen noble.

—La empezaré esta misma tarde. ¿Has encontrado tú algo?

—*El castillo de Otranto*. Terror.

—¡Puaj!

Dejaron la biblioteca para ir a la salita a leer y durante un buen rato no volvieron a hablar. Flora Pitt, entretanto, dormitaba en una butaca junto a la ventana.

Barbara no consiguió centrarse. A pesar del lujo y las comodidades, para nada comparables con las de la vetusta mansión de Escocia, y el permiso de su tutor para modificar su dormitorio de arriba abajo, sentía que le habían robado su propia vida para arrojarla en brazos de otra que no había elegido.

Seguía añorando a Cliona, el verde lujurioso de la campiña escocesa, las largas cabalgadas a horcajadas a lomos de Cariño, los juegos con el animal a la orilla del estanque, el modo travieso con que la empujaba hasta conseguir un poco de azúcar. Añoraba el aroma que desprendía la hierba tras una tormenta, los relámpagos cruzando el cielo en medio del páramo, el sonido del agua que movía los molinos, el olor de la madera recién cortada... Y le desagradaban los olores, algunas veces hediondos, de Londres. Además, la capital inglesa era demasiado ruidosa y ella adoraba el silencio. En el internado, el sonido más estridente que se escuchaba era la campana llamando al estudio o la risa de sus compañeras; en la propiedad de su tío, reinaba siempre la quietud.

Reconocía, sin embargo, que las salidas con Liliana le abrían los ojos a un mundo más real, aunque angustioso. Uno en el que existía la pobreza, los niños mendigaban por las calles, los obreros trabajaban de sol a sol por un mendrugo de pan y mujeres de gesto hastiado vendían sus favores en las esquinas, incluso a pleno día. En Edimburgo, esas penurias no le fueron ajenas, pero no las había visto tan de cerca. La hija de los duques resultaba una maestra formidable mientras le enseñaba la ciudad... y lugares nada apropiados para dos jóvenes.

Lili creía, como ella misma, que una mujer debía tener iguales oportunidades que un hombre. Sobornaba, sin pudor alguno, a su cochero y se tenía ganada a su chaperona, la cándida señora Pitt. Flora no era lo que se podía llamar una dama de compañía adecuada, se distraía a menudo y estaba bastante mal de la vista, pero Lili se había negado en redondo a buscar otra porque la apreciaba de veras. Ambos criados hacían la vista gorda cuando la joven decidía internarse en zonas nada recomendables y Michel, el cochero, ejercía bastante bien de guardaespaldas.

El duque llevaba razón: Lili podía ser un foco de problemas.

—Te gustará mi bisabuela.

Barbara dejó su lectura a un lado para prestarle atención.

—Es francesa —continuó Lili—. El bisabuelo se casó con ella en la iglesia de Saint-Severin, en París, sin el consentimiento del rey, aunque le perdonó porque era uno de sus mejores consejeros. Fue el escándalo del año, por supuesto.

—Qué interesante.

Lili cerró el libro, apoyó los codos en las rodillas y el mentón en las palmas de las manos.

—Figúrate: el heredero del ducado de Hatfield desestimando una boda por todo lo alto y pisoteando las reglas sociales, para unirse a la hija de un comerciante. Dicen que a mi tatarabuela le dio una pataleta.

Barbara no pudo retener la carcajada ante su mirada pícara.

—Entonces, tienes a quién parecerte.

—Eso dicen todos, que me parezco a él. Charlotte te gustará, es una mujer encantadora. Siempre que abandona su aburrido Bath y viene a Londres, se aloja aquí, en casa del tío Alan. Según ella, es el menos *vain* de toda la familia. Siento por ti que parezca haberse esfumado y nos dedique poco tiempo.

El rubor le tiñó las mejillas al recordar su apostura. Su tutor había ocupado buena parte de sus pensamientos durante aquellos días, pero le fastidiaba ser un libro abierto para Lili.

—Si tu bisabuela cree que no es vanidoso, es posible que haya perdido vista con la edad. Y tú, también; a mí me parece un hombre arrogante, inmodesto y pagado de sí mismo. A veces, da la impresión de haberse tragado un

puercoespín. Me importa muy poco si tu tío se esfuma o no, la verdad, la casa está más tranquila sin él dando órdenes.

—A mí no me engañas, Babs. He visto el modo en que le miras y el modo en que te mira él. Para alguien con dos ojos en la cara...

—Tienes demasiada imaginación, deberías aprovecharla para escribir cuentos infantiles o algo así.

—La intuición no me falla nunca.

—No me pareció eso anteayer, cuando entramos por la puerta trasera de aquel tugurio en el que se jugaba, y casi nos vemos envueltas en una trifulca. ¿Quién era ese sujeto tan apuesto que intentó detenerte y al que agrediste sin venir a cuento? Pobre hombre. Aún deben de dolerle las costillas por haber caído sobre la mesa.

—Ni idea.

—Te juro que aún tengo el corazón en la boca por la carrera que nos dimos para llegar al carruaje.

—Olvidalo. Y olvida a ese individuo. Era un imbécil, hay muchos en Londres. A Barbara, su respuesta le sonó a falsa, pero no quiso insistir.

—¿Qué tal tu libro?

—Estupendo. ¿Y el tuyo?

—No está mal.

—Mi tío te gusta —insistió Lili, terca, volviendo al asunto.

—Deja de decir tonterías. Lord Maine es el último hombre sobre la tierra que podría gustarme.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—No puedes decir que no sea atractivo, las mujeres se lo disputan en Londres. Además, tiene fortuna.

—Demasiada imaginación —repitió.

—Vale. Estoy segura de que te atrae, pero te guardaré el secreto. Entre amigas hay que guardarlos, ¿verdad?

Barbara regresó a la lectura. Aquella chica era imposible. Al cabo de un minuto hubo de mirarla de nuevo al escuchar que le decía:

—En cuanto a lo de escribir, lo hago. —Arrugó de nuevo la nariz, en ese gesto suyo tan característico—. Lo malo es que no son exactamente cuentos infantiles, sino panfletos de corte político.

Mientras desayunaban, lord Maine apareció sin avisar y Barbara se atragantó con el sorbo de chocolate.

—¿Habéis terminado? —preguntó—. Bueno, es lo mismo, tengo asuntos que tratar, no puedo entretenerme. Pase, Señora Woodman, por favor.

Entró una mujer no muy alta, rellenita, de rostro en forma de corazón y nariz ligeramente aguileña; escondía sus ojos negros y grandes tras unas gafas con montura de plata. Vestida de oscuro de la cabeza a los pies, daba la imagen de una persona bastante seca. A pesar de la invitación de lord Maine, no pasó de la entrada, manteniendo una actitud distante, con las manos cruzadas sobre el regazo.

—Mi sobrina, lady Liliana. La señorita Ross —las presentó Alan—. Barbara, ella será tu dama de compañía desde ahora. Espero que se encuentre cómoda en esta casa, señora Woodman.

—Estoy segura de que así será, milord.

—Todo perfecto entonces.

—Disculpe, lord Maine —intervino Barbara antes de que él se marchara—, pero ya tenemos a la señora Pitt.

—Que deberá irse con mi sobrina en cuanto regrese a Hatfield Manor —contestó en tono seco—. Es decir, mañana mismo.

—No me estarás echando, ¿verdad, tío?

—Siempre has sido la más inteligente de la familia. No te echo, te invito a que te marches. Si necesita cualquier cosa, señora Woodman, hable con el señor Kipling o con la señora Palmer. Ahora, lo lamento, pero he de ausentarme.

—Que tenga un buen día, milord.

Antes de salir, Alan se volvió para mirar a Barbara, que no disimulaba un gesto de irritación. Era posible que ella pensara que, habiéndose instalado Lili en la casa, podría librarse de una celadora personal, pero se equivocaba. La señora Pitt era mayor, estaba medio sorda y veía poco; no era adecuada para vigilar a una amazona como ella. Además, Lili suponía un peligro añadido. Y su capacidad de aguante había llegado al límite. Adoraba a su sobrina, pero ya era hora de que ella y su dama de compañía se volvieran por donde vinieron; suficiente tendría con Barbara, la señora Woodman y la próxima llegada de su abuela. No iba a consentir que su casa se convirtiera en una feria, con demasiados inquilinos deambulando de un lado a otro.

Avanzó hacia la muchacha, que cambió su ceño fruncido por una mirada de alerta.

Le molestó su animosidad.

Porque desde que la viera de pie ante él, negándole las credenciales que le exigía, la levantisca señorita Ross aparecía a cada instante en su pensamiento. Aunque ella lo ignorase y él se reconviniere por lo que consideraba una locura, se acostara a la hora que se acostase madrugaba solo para poder verla, desde lejos, cuando bajaba a desayunar. Procuraba mantenerse ocupado para no volver a su propia casa hasta la noche; quería dejarle espacio mientras él se devanaba los sesos pensando en qué hacer para quitársela de la cabeza. Pero le tenía obsesionado.

Y eso que le importaba muy poco su gracioso modo de caminar.

O la forma delicada en que movía las manos.

O el hoyuelo que aparecía en su mejilla derecha cada vez que sonreía a todos, nunca a él.

Seguramente no estaba en sus cabales, porque no era el momento y la señora Woodman estaba delante, pero necesitaba tocarla.

—Os prometo que estaré aquí para la cena —dijo, incluyendo a Lili sin mirarla. Alisó una supuesta arruga del volante en la manga de Babs y aprovechó para rozarle la muñeca.

Ella tembló. Sus ojos se dilataron, al tiempo que sus mejillas se sonrojaban y entreabría los labios como si le faltara el aire. Alan lo interpretó como miedo y

encajó las mandíbulas.

—Gracias por tu generosidad, tío —intervino Lili, cáustica, al ver que su amiga se estremecía.

Alan se giró hacia ella, como si acabara de darse cuenta de que estaba allí. Por un instante fue como si el mundo hubiera desaparecido a su alrededor, salvo Barbara. Depositó un beso en la frente de su sobrina y volvió a despedirse con una sonrisa que no llegó a sus ojos.

Ya en el carruaje, se golpeó con el puño en el muslo.

No había dormido bien. Como otras tantas noches, desde hacía años, la iterada pesadilla le hizo despertarse con un grito en los labios y bañado en sudor. Ni siquiera una copa de brandy consiguió que volviera a conciliar el sueño. La visión era siempre la misma: una noche cerrada, una mujer gritando, una loca carrera en medio de las sombras, el llanto de su padre... Y los ojos de ella abiertos, mirándole sin ver, muertos. Llevaba casi diez años soportando esos terrores nocturnos y nada era capaz de ahuyentarlos. Una y otra vez lo atormentaban. Lo que sucedió le había marcado, hizo de él un hombre amargado y escéptico, por mucho que tratara de disimularlo frente a los demás.

Ella le empujó a no creer en el amor.

Ella obligó a su padre a suicidarse.

Ella...

No le cabía duda de que, de seguir con esa maldita pesadilla, acabaría volviéndose loco.

Y la atracción que sentía cada vez con más fuerza hacia su protegida, solo le dañaba más.

Barbara y él apenas se conocían, no habían empezado con buen pie... ¡y era su pupila, por amor de Dios! Pero que lo condenasen si no había estado a un paso de besarla hacía unos minutos.

Necesitaba buscarse una mujer. Necesitaba olvidarse de *ella* y de Babs. Podía incluso invitar a comer a Vivien, siempre que no volviera a incomodarle con sus insinuaciones sobre el matrimonio. La hija de lord Cavenfort seguía empeñada en que continuaran su extinguida relación, no admitía la ruptura de lo que hubo entre ambos y había tenido que soportar dos escenas en público de lo más

desagradables. Ruptura que él había promovido en el instante en que ella se adentró en terreno pantanoso, hablando de compromiso.

Él no iba a casarse.

Ninguna mujer tendría poder sobre él.

No acabaría como su padre.

Haciendo un esfuerzo por alejar los lúgubres pensamientos que le arrastraban al pasado, decidió que no quería correr el riesgo de volver a discutir con su ex amante y mucho menos darle falsas esperanzas. Comería en el club; con suerte encontraría a sus amigos, Sheringham y Wickford, que ya estaban de vuelta en Londres. Después, tal vez deberían pasar los tres por el cuadrilátero, enfrentarse a ambos y dejar que lo molieran a golpes por turnos. Lo que fuera, con tal de olvidarse de la boca de una mujer que le estaba prohibida.

Lejos de arrinconar el recuerdo de Barbara, empezó a contar las horas, los minutos y los segundos que quedaban para volver a verla en la cena.

Por suerte para Babs y Lili, la señora Woodman declinó la invitación a desayunar con ellas, alegando haberlo hecho ya y se excusó para ir a deshacer su equipaje. Nada más cerrarse la puerta, Lili soltó una grosería.

—¡Mierda!

—¡Lili!

—Lo siento. Es que, con este cuervo pegado a tus faldas, dime cómo vamos a apañarnos para seguir con nuestras salidas.

—Si he de serte sincera, eso es lo que menos me preocupa.

—¿Qué te perturba entonces?

—Tu tío. Cada vez me resulta más insoportable verle con el ceño fruncido; tengo la impresión de que mi presencia le molesta. Hoy, en especial, parece haberse tragado el palo de una escoba. Si él no soporta tenerme aquí y, con ello, aguantar a una dama de compañía, tampoco yo estoy dando saltos de alegría que se diga. Estaría encantada de marcharme, devolverle su vida y recuperar la mía.

—Creo que exageras.

—No lo hago, Lili. Cada vez es más difícil estar con él en la misma habitación y, cuando nos cruzamos, me mira como si deseara que me esfumara. No sé cómo aguantaré cuando te marches mañana.

—Yo no veo las cosas desde un prisma tan lóbrego, amiga mía. Es más, creo que le gustas y eso le tiene desconcertado.

—Decir tonterías a esta hora de la mañana no puede ser bueno para la salud mental. Él no me gusta y yo no le gusto. Es mi tutor, solo eso; a ver si te entra en esa dura cabeza que tienes.

—¿Dónde está escrito que un tutor no pueda sentirse atraído por su pupila? ¿Dónde, que ella no pueda tener sentimientos parecidos?

Barbara resopló bastante irritada y abandonó el comedor sin acabar su desayuno; le había desaparecido el apetito, sentía un nudo en la boca del estómago y el motivo tenía nombre: Alan.

Se encontraban en la habitación de Barbara. Por fin, a primera hora de la tarde, habían llegado sus baúles desde Escocia y las dos muchachas pensaron que colocar todo entre ambas, exonerando a Mary de ese cometido; era un modo como otro de pasar el tiempo.

—¡Qué curiosa! ¿Para qué demonios la quieres?

Lili sujetaba con dos dedos una falda escocesa.

—Mi tío la utilizaba en las grandes celebraciones y no quiero deshacerme de ella.

—He visto algún dibujo, pero en las manos parece un poco ridícula, ¿no? No consigo imaginarme a papá con este trapo.

—Los trajes de gala escoceses son bellísimos. El *kilt* no es solo una prenda, es un rasgo de identidad para los escoceses. A tu padre, con la apostura que tiene, le sentaría bien.

—A quien le sentaría bien sería a mi tío Alan.

Barbara se atragantó al imaginarse a su tutor vestido a la escocesa. Seguramente estaría impresionante enseñando las piernas y... Sacudió la cabeza para quitarse una imagen que la dejó sin respiración.

—He oído que no llevan nada debajo de esta falda. ¿Es cierto?

—¡Lili!! —reprendió entre risas.

No bajaron a tomar el té, la nueva criada subió una bandeja a la habitación con dos porciones de bizcocho de pasas y Lili, haciendo gala de sus buenas actitudes para conseguir lo que le interesaba, sustrajo del despacho de Alan una botella de brandy.

—Para alegrar el té —anunció antes de poner un chorrito en cada taza.

Fue después de dar buena cuenta del sabroso bizcocho cuando comentó:

—Te preguntarás el motivo por el que no hemos paseado en carruaje aún por Hyde Park, donde todo el mundo va a mirar y a que lo miren.

—No me interesa demasiado subirme a un carruaje con la única intención de dejarme ver. Pero no te niego que echo de menos cabalgar en campo abierto a lomos de Cariño.

—¿Quién es Cariño?

—Era mi caballo —aclaró ante la mirada atenta de la otra—. No podía traerlo a Londres, claro, pero lo añoro cada día.

—Y eso ¿por qué? Me refiero a no haber querido traerlo contigo.

—No sabía cómo era el lugar al que venía y tampoco si lord Maine permitiría que lo trajese. Una casa no es lugar adecuado para tener un caballo. ¿Dónde podría meterlo, en las cocinas? —bromeó, aunque sentía que la nostalgia la mataba y los ojos se le llenaban de lágrimas sin poder impedirlo—. Allí tenía la finca para salir a cabalgar, lo hacíamos durante horas.

—Podríamos haberlo acogido en las caballerizas de Hatfield Manor, junto a los nuestros. ¿Lo vendiste?

—Antes de salir hacia Londres lo envié a la granja de uno de los hijos de mi aya, a Glendfield; uno de sus nietos estaba enamorado de ese caballo. Allí le cuidarán bien hasta que pueda volver a tenerlo conmigo.

Lili, ante la profunda tristeza que emanaba de sus palabras, se dio cuenta de todo lo que su amiga había tenido que dejar atrás. Intentó animarla hablando de cosas más alegres.

—Seguro que será muy pronto. En todo caso, si no hemos paseado por el parque es porque mi madre me pidió que no te llevara, ya que se avecina la Gran Fiesta.

—¿Qué fiesta es esa?

—Uno de los acontecimientos del año. Se celebra en la mansión de los duques de Berrington. Si la aristocracia fuera menos comedida, habría tortas por conseguir una invitación. Y claro, mi madre ha pensado que es el momento perfecto para darte a conocer a todos y ponerte en el mercado matrimonial.

—No me gusta eso de «mercado matrimonial».

—Tampoco a mí, me hace sentir como si fuera un repollo puesto a la venta. Bueno... siempre podríamos fugarnos al continente. ¿Qué te parece la idea? Charlotte dice que París es precioso.

—¿Cuándo será esa fiesta?

—Dentro de dos semanas. El vestido verde que encargaste te quedará de ensueño con ese colgante tan fantástico que tienes. Gabina Martens tiene estilo, crea diseños maravillosos y algo... mundanos, ¿no te parece? Me gusta que haya bajado la cintura y puesto mangas abullonadas. Se pondrán de moda, seguro.

—Es posible, aunque lo de llevar corsé...

—Resulta un poco incómodo, lo reconozco, pero consigue que a una le quede una figura espléndida.

—Eso no puedo negarlo.

—Creo que yo optaré por el vestido rosa, igual enamoro a un caballero y todo. —De pronto, se quedó callada y empezó a jugar con las migas del bizcocho que quedaban en el plato—. Babs... ¿qué buscas tú en un hombre?

—No busco nada, porque no busco a ninguno.

—Pero tendrás que casarte algún día.

—Muy lejano, en todo caso. Por eso creo que tu madre pierde el tiempo con eso de intentar buscarme marido.

—Yo no pienso casarme si no es por amor.

—¡Salió la romántica!

—¿Tú no lo eres?

—La vida me ha enseñado a no serlo. El mundo no es de color rosa, Lili. Y la mayoría de los matrimonios entre la gente acomodada, son una mera transacción comercial.

—Pues yo quiero uno como el que tuvieron Charlotte y el bisabuelo, como el que tienen mis padres. No me conformaré con menos. Algunas de mis conocidas ya se han casado, pero salvo Perla Towns ninguna es feliz. ¿Cómo puede ser una feliz teniendo en la cama a un hombre que le lleva veinte años?

Barbara no supo qué decir. A pesar de tener solo un par de años más que Lili, se sentía como una mujer vieja, como si hubiera consumido varias existencias. Y eso que su amiga sabía más de la vida que ella. ¡Si hasta escribía panfletos

políticos denunciando las pésimas condiciones de los trabajadores o de los orfanatos! Le había dejado leer algunos y eran incendiarios. Pero Lili había crecido en una familia llena de cariño, tal vez por eso veía la vida desde un prisma de colores. Ella, por el contrario, maduró sin tener a sus padres, pasó más años en el internado que con el único pariente que le quedaba y luego... Luego, cuando ya tocaba la libertad con la punta de los dedos, hubo de someterse a una tutela inesperada.

Estimaba a Lili y no deseaba hacer trizas aquellos sueños románticos, así que cambió de conversación.

—¿Qué te parece si tomamos otro trozo de bizcocho y «alegramos» otro té?

—Le he prometido a Flora que leería para ella antes de la cena. La pobre está cada vez peor de la vista. ¿Te importa?

—Ve tranquila, yo acabo con esto. Gracias por ayudarme.

—Ha sido divertido. Esconde el brandy por ahí, no vaya a descubrirnos la señora Woodman —pidió antes de marcharse.

A solas, Barbara se preguntó cómo sería tener un amor como el que describían los poetas. Como el que soñaba Lili. Sentir la necesidad de abrazar a un hombre, de besarlo, de dejarse arrullar por su voz y sus lisonjas. Creer que el mundo empezaba y acababa en sus ojos...

Sin poder poner freno a su imaginación, fueron unos almendrados, fascinantes, de color índigo, los que acapararon su pensamiento.

Los de su condenado tutor.

Como si evocarlos hubiera supuesto un aviso, Benjamin llamó a la puerta para decirle que lord Maine solicitaba su presencia en su despacho.

Molesta consigo misma por notar que se le aceleraba el pulso, se echó un chal sobre los hombros y bajó. Aquel hombre la desconcertaba. ¿Había o no dicho que regresaría para la cena? Entonces ¿qué demonios hacía en casa horas antes y para qué quería hablar con ella?

Aplicó los nudillos a la puerta, esperó a obtener aprobación para entrar y abrió. Era la primera vez que estaba en aquella habitación; le agradó su aire masculino y el olor a cuero.

El vizconde, sentado tras la amplia mesa, revisaba unos documentos y tardó un largo minuto en prestarle atención. Barbara ni se dio cuenta de su falta de caballerosidad porque todo su interés recayó de inmediato en el cuadro que colgaba en la pared, detrás de Maine. Era la pintura de una mujer sentada en un tronco de árbol caído, con la pradera a su espalda y bajo un cielo tormentoso. La dama tenía —o tuvo— una belleza exquisita y los detalles habían sido trabajados con esmero: el cabello relucía como oro bruñido, la muselina del vestido blanco acariciaba su cuerpo y simulaba moverse como mecida por el viento.

Tenía que tratarse de la madre del vizconde, Lili le había dicho que el cuadro estaba en el despacho y en las paredes no colgaba ninguno más.

Barbara se sintió desazonada bajo la inspección de aquellos ojos grises que la observaban desde el lienzo. Era como si aún tuvieran vida, como si recriminasen algo, como si... odiaran.

—Siéntate, por favor —pidió Maine por fin.

Ella ocupó una de las sillas, cruzó las manos sobre las rodillas y aguardó, obligándose a no mirar la pintura.

Su tutor continuaba revisando papeles y ella aprovechó para observarlo a

placer. Brillaba su cabello de puro negro, sus manos se movían con elegancia, se mordía el labio inferior con una sensualidad que la hizo ahogar un suspiro... Que la hizo desear probarlo.

Ató en corto su imaginación, que se descontrolaba una vez más. No entendía por qué, puesto que Maine no le interesaba en absoluto.

No se fijaba en sus rasgos aristocráticos.

Ni en la anchura de sus hombros.

Tampoco en cómo se tensaba la tela sobre sus muslos cuando se sentaba.

O en su modo de fruncir el ceño, la forma de arquear sus negras cejas, la manera en que sujetaba los cubiertos, sus largos y seguros pasos...

¿Por qué no podía meter ella los dedos en ese cabello oscuro? Deseó estirar la mano y colocarle el mechón de cabello rebelde que le caía sobre la frente.

¿A qué sabría su boca?

No. Definitivamente, lord Maine no le interesaba en absoluto.

Tardaba más de la cuenta en atenderla y ella, molesta consigo misma por desvariar como una mema, comenzó a golpear el suelo con la punta de su zapato.

Al cabo de unos segundos, Maine alzó la mirada. Y Barbara volvió a pensar que era un hombre con una personalidad arrolladora; su sola presencia llenaba una habitación.

—¿Quién es Gare McRury?

Los ojos verdes de la joven volaron hacia los papeles que él ponía a un lado.

«Si se ha atrevido a abrir mi correspondencia, lo mato», se juró.

—¿Por qué le interesa?

—Porque te envía unos documentos que debería haberme remitido a mí.

—Es el hombre al que dejé a cargo de la fábrica. ¿Ha tenido usted la osadía de abrir la carta? ¡No tiene derecho!

—Eso está por ver.

Ella se levantó como si tuviera púas bajo el trasero y estiró hacia él la palma de la mano abierta.

—Entrégueme eso ahora mismo.

—Vuelve a sentarte.

—Esos papeles me pertenecen.

—Estos papeles se refieren a tu dote, y tu dote está bajo mi custodia.

—Son los informes de «mi» fábrica.

—Son los informes de la fábrica, sí, pero no será tuya hasta la mayoría de edad. O hasta que te cases. Y en ese momento, todo lo que tengas pasará a manos de tu esposo.

—Eso está por ver —remedó sus palabras.

—Barbara, puede que tu tío admitiera que una chiquilla llevara sus negocios, pero de ahí a que ahora lo hagas sin mi supervisión va un abismo.

La cólera empezaba a causar estragos en la joven: notaba que le ardían las mejillas, le temblaban las rodillas y quería asesinar al necio que tenía ante ella. ¡Chiquilla! ¿Qué entendía aquel cernícalo por mujer?

—De modo que pretende controlarlo todo, incluso el tiempo que ocupo en ir al excusado —dijo, mordiendo cada sílaba; quería controlarse, pero no era fácil conseguirlo y echaba chispas por los ojos.

—Más o menos.

—Es usted un cretino.

—Siéntate, Babs.

—No me llame Babs. Solo mi tío y mi criada personal me llamaban así. ¡Odio que usted lo haga! —Golpeó la mesa con las palmas abiertas.

—Te estás comportando como una criatura con una rabieta. Por última vez: toma asiento. Eso, claro está, si estás interesada en saber qué demonios dicen estos papeles. En caso contrario, puedes marcharte por donde has venido, no puedo estar perdiendo el tiempo contigo.

—Es usted un...

—Cretino. Acabas de decirlo.

—No era exactamente ese adjetivo el que iba a regalarle ahora.

Alan agachó la cabeza y se mordió un carrillo para disimular una sonrisa. Se había dado cuenta de que le encantaba encolerizarla. Se ponía muy bonita cuando se enfurecía: su rostro adquiría un tono melocotón que hacía que le resaltaran las escasas pecas que tenía en el puente de su respingona nariz; sus ojos verdes brillaban de tal modo que parecían los de una gata, se le enronquecía la voz...

Tras comer solo en el club, puesto que ninguno de sus antiguos camaradas hizo acto de presencia ese día, se había pasado por el gimnasio dispuesto a desfogarse con un intercambio de golpes, contra el primero que encontrara. Por desgracia, ninguno de los oponentes con los que podía contender tenían suficiente capacidad, de modo que buscó otros entretenimientos. Tampoco los encontró: la sola idea de ir en busca de una mujer se le antojó una escapada ridícula. Intentó convencerse de que regresaba a su casa porque tenía papeles que revisar, pero lo cierto era que deseaba estar cerca de Barbara. Saber que ella estaba bajo su techo, que en algún punto de la vivienda estaría leyendo, riendo o charlando, le era suficiente.

Por mucho que le exasperara, a cada segundo que pasaba se sentía más y más atraído hacia su pupila. Lo que no era nada aconsejable.

—El tal McRury habla de un problema en el Bonnie —puso en su conocimiento—. ¿Bonnie?

Al escucharlo, Barbara se tranquilizó lo suficiente como para dejar a un lado las mil maneras que ya ideaba para matarlo. Estiró de nuevo la mano exigiendo la carta y él se la entregó. Ella se obligó a centrarse en lo que de veras le importaba y, aún de pie, se apresuró a leerla. En efecto, Gare hablaba de que habían tenido que reponer dos aspas.

—Bonnie es uno de los molinos. Ponerles nombre es una costumbre que viene de lejos —explicó. Dobló la carta y se la guardó en el bolsillo del vestido—. Los usamos para el aserradero de madera. A veces, el agua del río no es suficiente para mover las sierras; en otras, se congela.

—¿La fábrica es un negocio productivo?

—Lo es. No solo elaboramos tablones para la construcción de viviendas, aunque en este último año han supuesto los pedidos más importantes. También tenemos encargos para hacer compuertas o barcos. La Ross Company fue fundada por el bisabuelo de mi padre y el tío Thomas.

—He de confesar que no entiendo un pimiento de ese tipo de negocios.

—Razón de más para que no meta las narices en él.

—Volvemos a lo mismo.

—El abogado de mi tío casi lo hunde. No voy a permitir, por mucho tutor mío

que usted sea, que un negocio familiar de hace décadas se desplome por su incapacidad.

Alan se acodó en la mesa, cruzó los dedos y apoyó el mentón en ellos. Su mirada no mostraba enfado alguno, más bien diversión.

—Cretino primero; incapaz, después. ¿Qué será lo siguiente?

—No voy a disculparme.

—¿Te lo he pedido?

—Aunque me lo rogase de rodillas no lo haría.

Maine se echó a reír de buena gana y a ella se le escapó una sonrisa que escondió de inmediato. Era gratificante escucharle; tenía una risa profunda que cautivaba. Debería hacerlo más a menudo en lugar de estar casi siempre crispado.

—¡Qué belicosa eres! —Se levantó, rodeó la mesa y fue hacia ella. Barbara retrocedió de inmediato, poniendo distancia entre ambos—. Reconozco que, aunque soy bastante despierto para los negocios, este no es el mío. Tampoco yo quiero que «tu» fábrica se vaya al garete, de modo que sigue llevando las riendas. Pero quiero estar informado de cada inconveniente que pueda surgir. ¿Estamos de acuerdo?

—Estamos.

—Puedes utilizar el juego de escritorio de la biblioteca para responder a tu encargado. Por cierto, te ha llegado otra carta... que no he abierto —indicó entregándole otro sobre.

—Se lo agradezco, lord Maine.

Estaba tan cerca de él, era tan deseable que Alan no pudo evitar que su cuerpo reaccionase.

—No sería nada difícil llamarme por mi nombre.

—Prefiero no hacerlo.

—¿Por qué, Babs? ¿Tanto me detestas?

—No pedí un tutor.

—Tampoco yo pedí tener que hacerme cargo de una pupila deslenguada y reticente.

Barbara elevó los ojos hacia él. Olía tan bien.

«¿Lo detesto? ¿O lo que detesto, en realidad, es empezar a sentirme atraída por él?», se preguntó.

Para no responderse, porque le daba miedo la contestación, le dio la espalda y fue hacia la puerta.

—Prefiero contestar la correspondencia en mi cuarto.

—Daré orden al señor Kipling para que, de ahora en adelante, te entregue la correspondencia que venga a tu nombre.

Ella se volvió a mirarlo sorprendida. ¿De veras acababa de hacerle una concesión? Le hizo un gracioso gesto con la cabeza a modo de agradecimiento y sus labios se estiraron en una sonrisa de triunfo antes de abrir la puerta y marcharse.

«Hasta es posible que Maine no sea tan pollino como creía», especuló mientras subía las escaleras.

Lloviznaba, pero la temperatura era agradable y Barbara disfrutaba de la impresionante arquitectura del castillo construido por Guillermo el Conquistador, allá por 1078. La Torre de Londres. Sitiada en varias ocasiones, armería, prisión de Isabel antes de convertirse en reina de Inglaterra...

Ella y la señora Woodman —que, a pesar de su severa apariencia, resultó ser una mujer de trato agradable y comprensiva—, atendían a las explicaciones de Vincent, su guía aquella mañana. El joven no perdía ocasión para hacerles sonreír y escandalizarlas con algunas anécdotas escabrosas acerca de la historia de La Torre.

Al salir, no pudieron eludir a una pareja de mujeres que les interceptó. Vincent hizo las oportunas presentaciones y ocuparon unos minutos en intercambiar algunas palabras con ellas. En eso estaban cuando les interrumpió una voz sensual y terriblemente varonil, que hizo a Barbara ponerse alerta.

—¿Se me permite saludar a unas encantadoras damas?

—¡Si es nada menos que lord Maine! —La mujer de mayor edad le obsequió con una sonrisa deslumbrante a la vez que le tendía la mano enguantada, sobre la que él se inclinó—. Se vende usted muy caro, vizconde.

—Lady Silverston, sigue siendo una de las mujeres más hermosas de todo Londres.

—Y usted, milord, el hombre más adulator y mentiroso de toda Inglaterra —suspiró ella halagada—. Supongo que recuerda a mi hija.

—Imposible no hacerlo. Si algún día se me olvida un rostro de dama tan encantador, le juro que ingresaré en un monasterio. —Ambas se echaron a reír y Babs se envaró cuando la mano masculina se colocó, como al descuido, en su

cintura; algo por completo inadecuado, que podía dejarla en mal lugar e hizo que se le calentara la sangre—. Lady Florentina. ¿Cuántos corazones ha roto este verano?

La muchacha, bajita y algo entrada en carnes, de rostro agraciado y ojos grandes y claros, pareció crecer varias pulgadas. Se le escapó otra risa nerviosa y el rubor que le subió a la cara acentuó su cándida belleza.

—Imagino que acudirán a la fiesta de los duques de Berrington, milord.

—Por supuesto. Espero que me reserve un baile, aunque el primer vals deberá ser para mi pupila —sonrió a Barbara y apretó con discreción su talle—; es su primera fiesta en Londres y tendré el honor de acompañarla. —Sin darles tiempo más que para el asombro, la tomó del codo—. Disculpen, pero hemos de atender algunos compromisos. Ha sido un placer volver a verlas.

—Trasmita nuestros saludos a su abuela —acertó a decir lady Silverston, sin salir de su estupor, viendo cómo se alejaban.

Junto al carruaje, Vincent cargó contra su hermano mayor.

—Mientes de un modo excelente para escabullirte, pero nuestra cuñada va a desollarte vivo.

—Pues mira qué bien. —Hizo señas a un coche de punto y se dirigió a la señora Woodman—. No le importará regresar sola a casa, ¿verdad? Tenemos que hablar de temas familiares.

La dama no puso impedimento alguno. Alan abrió la puerta del carruaje, la ayudó a subir y dio la dirección de su casa al cochero.

—Mi mayordomo le abonará el trayecto.

Vincent se apresuró a facilitar el acceso a su propio vehículo a Barbara, subió tras ella y se acomodó a su lado. Alan lo hizo enfrente. Sus largas piernas provocaron que sus rodillas se tocaran y a ella le recorrió un escalofrío por la espalda. Intentó retirarse, pero el espacio no daba para más.

«¡Maldito sea! Un simple roce y hace que me ponga nerviosa».

Vincent golpeó el techo y el cochero puso el carruaje en marcha.

—Sarah te va a despellejar —repitió—. Tu inoportuna aparición y tu lengua harán que lady Silverston le sople a todo Londres la noticia de que eres el tutor de Barbara. Vamos, que te has cargado la guinda del pastel.

—A ver si os queda claro una cosa a todos, Vin: soy el tutor de Barbara, en efecto, y tomaré las decisiones que me parezcan oportunas. En cuanto a vuestra intervención...

—¿Qué intervención?

—Estoy soltero, sí, y voy a seguir así. Pero que yo sepa no es pecado suficiente como para colgarme de una soga. Sin embargo, Lili se quedó en mi casa con su dama de compañía, para vigilar que... —Alzó una mano, deteniendo la protesta de su hermano—. Para vigilar que no sucediera nada indebido. Los demás, no me quitáis la vista de encima. Con franqueza, me irrita que mi casa esté más transitada que los Jardines de Vauxhall el año pasado, cuando representaron La batalla de Waterloo. ¡Y mucho más ser espiado!

—No seas necio ni exagerado.

—¿Lo soy? Y sigo: nadie me ha pedido que mantenga la boca cerrada. Así que, si a Sarah le fastidia que me haya ido de la lengua, es su problema. No sé si me he explicado claro.

—Cristalino, chico. ¡Pero con qué ganas te partiría la cara!

Alan apretó los puños. Barbara se removi6 en el asiento, terriblemente inc6moda al ser testigo mudo de la disputa entre los dos hermanos. Sobre todo, porque era la causante de ella. Puede que ellos estuvieran acostumbrados a reñir, pero para ella el momento resultaba embarazoso. Adem6s, su tutor se estaba comportando como un energ6meno y no dud6 en mediar a favor del otro.

—Si mi presencia en su casa es motivo de incomodidad, milord, su hermano no tiene por qu6 pagarlo. Insisto en que deber6a estudiar la posibilidad de renunciar a una tutor6a que tanto le incordia y permitirme regresar a Escocia.

—¿Deber6a hacerlo! —replic6 6l en tono hosco.

Ella le lanz6 una mirada que era puro veneno.

—¿Eres un...!

—Mejor te callas, Vincent. Con uno que d6 mala imagen en la familia, tenemos suficiente. Haz gala de tus modales de caballero mientras yo hago las veces de idiota, ¿quieres?

Golpe6 el techo con el bast6n, esper6 a que el carruaje se detuviera y se baj6. Por un momento, sus ojos se quedaron fijos en el rostro de Barbara.

—Salgo de Londres. Nos veremos en casa de los Berrington. Y recuerda, dulzura: el primer vals, es mío.

A la hora de la cena, Barbara continuaba irritada. Su tutor era un impertinente. Así que ella debía «recordar» que el primer vals era suyo y había tenido la osadía de llamarla «dulzura» con retintín. ¡Menudo pedante! Pues iba a llevarse un chasco porque pensaba frustrar sus planes, saliera el sol por donde saliese.

Sin embargo, y a pesar de su enojo, se preguntó cómo sería dejarse llevar por él y hasta se imaginó en la pista de baile.

De todos modos, olvidó por completo el fugaz espejismo cuando la señora Woodman le entregó un sobre al salir del comedor.

—Ha llegado esta tarde, señorita; lamento haber olvidado dárselo antes.

—Gracias. —Miró el remitente y sonrió—. Es de mi vieja aya. Si me permite...

Subió a su cuarto y no esperó ni un minuto para abrirlo. Sentada a los pies de la cama, empezó a leer. Y según lo hacía, iba perdiendo el color de las mejillas. Cliona le contaba en una larga misiva que unos desaprensivos habían entrado en la casa, lo habían revuelto todo, desde el sótano al desván, llevándose algunos objetos de valor. Al parecer, los agentes de la Ley no habían encontrado pistas sobre la identidad de los ladrones, y entre ella y dos de sus hijos estaban haciendo una lista de lo robado.

Le resultó enojoso y hasta intolerable el atropello a su propiedad, pero tampoco era tan extraño que algunos vagabundos se hubieran colado en ella para llevarse cuanto pudieran, dado que estaba cerrada desde su marcha. Fuera como fuese, decidió escribir a Cliona a vuelta de correo para agradecerle su interés, pidiéndole que la mantuviera al tanto de las pesquisas.

Charlotte Chambers, duquesa viuda de Hatfield, llegó justo el día antes de la fiesta.

Babs escuchó el revuelo en el vestíbulo y abandonó la salita en la que se encontraba leyendo desde hacía dos horas. La recién llegada era una mujer menuda, de porte elegante y cabello blanco que cubría con una delicada cofia. Kipling, Rachel y Mary sonreían de oreja a oreja y dos individuos cargaban, escaleras arriba, un pesado baúl.

—¡Qué ganas teníamos de volver a verla en casa, excelencia! —aseguró Benjamin.

—Ben, Rachel, Mary. —La anciana se quitó los guantes, los guardó en el bolsillo de la capa y una a una fue tomando la mano de los criados entre las suyas—. Yo sí que estoy contenta de veros. ¿Cómo están las cosas por el depravado Londres?

—Me temo, excelencia, que sigue siendo una ciudad agitada.

—Y tú, ¿quién eres, jovencita? —le preguntó a Babs, al reparar en su presencia—. Si alguien me dice que eres la prometida o esposa del crápula de mi nieto Alan, me iré al otro barrio en paz.

Babs enrojeció hasta la raíz del cabello, pero esbozó la mejor de sus sonrisas.

—Os presento a la señorita Barbara Ross, milady. Es la pupila de milord.

—Un honor conocerla, excelencia —ejecutó ella la mejor de sus reverencias.

—¿Dónde se ha metido Alan? ¿Qué hace que no viene a recibirme? ¿Desde cuándo ese desalmado tiene una pupila? ¡*Quel absurdité, mon Dieu!* Si aún está aprendiendo a sonarse la nariz. ¿Por qué nadie me ha avisado? ¿Tan vieja estoy que ya nadie me tiene en cuenta?

—Si me lo permite, trataré de contestar a sus preguntas más tarde, ahora debe estar fatigada del viaje y....

—¡Qué fatigada ni fatigada! Todavía tengo carrete para mucho, hija —protestó la anciana mirándola de arriba abajo—. Rachel, por favor, que nos sirvan el té en el saloncito azul. Y tú, niña, ven y dame un beso.

Barbara se lo dio con sumo placer. Al hacerlo, sintió que una corriente de afecto las unía. Los ojos azules de la francesa chispearon y ella tuvo el presentimiento de que iban a llevarse bien.

La charla con la septuagenaria de los Chambers resultó una delicia. Charlotte era una mujer inteligente, de conversación amena salpicada de algunos comentarios picantes que le hicieron reír, y se vanagloriaba de saber qué persona tenía una lengua viperina solo con mirarla a los ojos. Pidió a la joven que le contase las circunstancias que la habían llevado hasta Londres y ella así lo hizo.

—Lamento tu pérdida, pequeña. Pero así es la vida, nadie se queda en este valle de lágrimas para siempre y tú debes seguir viviendo.

—Gracias, milady.

—Entonces, dime ¿te encuentras cómoda aquí? ¿Te gusta Londres? Imagino que el descarriado de mi nieto habrá contratado a una dama de compañía.

—Muy cómoda, excelencia. Lady Lili y su nieto Vincent se han encargado de enseñarme casi toda la ciudad, y lord Maine ha tenido la gentileza de buscar a alguien que me acompañe —dijo con pesar—. La señora Woodman se encuentra hoy con jaqueca, os la presentaré en cuanto mejore.

Charlotte enarcó las cejas, echándose luego a reír, palmeando a la vez el brazo del sillón.

—¡*Mon Dieu!* ¿Mi bisnieta te ha enseñado la ciudad? A saber en qué lugares has estado, criatura. Lili es tan bala perdida como lo era mi difunto esposo. Además, me parece que no te gusta mucho estar controlada por una carabina, por la cara que has puesto.

—La señora Woodman es una buena mujer, pero es cierto: no me gusta tenerla siempre a mi espalda, milady.

—Puede que sea incómodo, sí. Pero es lo que está mandado. No sería correcto que vivieras en casa de un hombre soltero y joven sin la debida chaperona.

—No lo sería, excelencia.

—Niña, en la familia todos me llaman por mi nombre. Ni abuela ni milady. Menos aún, excelencia. Solo Charlotte. Bien, supongo que tendrás ropa adecuada para la fiesta de mañana. No me he perdido una. Georgina... Lady Berrington, siempre ha sido una buena amiga; no le importó demostrarme su apoyo cuando llegué a esta ciudad del brazo de mi esposo, aunque para todos era una advenediza.

La puerta de la sala se abrió y el entusiasta saludo del dueño de la casa interrumpió la conversación.

—¡Charlotte!!

Babs sufrió un sobresalto, como cada vez que él aparecía de improviso. Le suponía fuera de Londres pero, una vez más, la sorprendía con su presencia cuando menos lo esperaba. El corazón se le aceleró al mirarlo; resultaba casi irreverente que un hombre pudiera ser tan atractivo.

El rostro de la anciana se iluminó, se levantó para ir a su encuentro y Alan, alzándola en el aire, empezó a girar con ella por el cuarto.

—¡Bájame, demonio! —protestó la anciana entre risas—. Bájame te digo, mis huesos ya no están para ciertos trotes.

Él la dejó en el suelo, pero se le veía remiso a separarse y la abrazaba por los hombros. A Babs se le cortó la respiración viéndole sonreír como un niño al que acaban de hacer un regalo y notó un pinchacito de envidia. Ella no había tenido una familia como la de los Chambers y, aunque quiso a su tío Thomas, era poco propenso a las demostraciones de afecto; estar ahora rodeada de personas que manifestaban su cariño abiertamente, que se gastaban bromas, hacía que extrañara aún no haberlas disfrutado.

—No te esperaba hasta mañana —dijo Alan mientras tomaba asiento a su lado, en el brazo del sillón.

—Empezaba a aburrirme en Bath y mi abogado, el señor Bowlet, se ha puesto pesado para que me piense con detenimiento los cambios que quiero hacer en mi testamento.

—¿Otra vez estamos con eso, Charlotte? —El ceño del vizconde se frunció. Ese sí era un gesto que Barbara conocía muy bien.

—Otra vez, sí. Cualquiera día de estos me tocará presentar cuentas allá arriba y si os hiciera caso acabaría redactando el testamento el mismísimo Lucifer. Hay que dejar las cosas lo mejor atadas posible. Esta noche, después de la cena, échale un vistazo y me dices qué te parece. He incluido a un par de asociaciones benéficas y Bowlet insiste en que estoy dilapidando el dinero.

—Nos enterrarás a todos, *grand-mère*. —Le dio un beso en la mejilla—. Además, tu fortuna es tuya y puedes dejársela a quien te apetezca. De todos modos, si te quedas más tranquila, lo revisaré. Pero tendrá que ser mañana, esta noche me es imposible. Solo he venido a cambiarme, no me quedo a cenar, tengo asuntos que resolver.

—Pues ya puedes ir posponiéndolos, porque hoy no sales.

—Charlotte...

—No sales —decretó ella—. Si tu cita es con un hombre, envía una nota de disculpa; si es con una mujer, un ramo de flores. Tienes exactamente veinte minutos para cambiarte y bajar al comedor, el mismo que yo tardaré en quitarme el polvo del camino. Ni uno más, cachorro.

—Sigues siendo una cascarrabias y una dictadora.

—*Oui*. No pretenderás que cambie a mis años, ¿verdad? Vamos, muévete. Y ten en cuenta que me debes una explicación acerca de Barbara. —Miró a la joven y le sonrió—. Con franqueza, hijo, no entiendo cómo puedes estar fuera de casa teniendo que hacerte cargo de una princesa como ella.

Alan sintió como si acabaran de darle un puñetazo en pleno tórax. Era, casualmente, por esa belleza pelirroja por lo que se mantenía alejado. Pero Charlotte no lo sabía y él no pensaba decírselo. Le costaba admitir que la atracción que sentía por su protegida iba en aumento de día en día, que no era capaz de quitársela de la cabeza hiciera lo que hiciese.

—Está bien —claudicó. Se inclinó para depositar otro beso en el rostro de su abuela—. Me pongo decente y os veo en un rato.

«¿Decente? Por todos los santos del cielo, si puede presentarse así en la Corte», pensó Barbara. Presintió que, aquella noche, iba a sentarle mal la cena; el nudo de su estómago se contrajo un poco más cuando, al salir, él le dedicó una larga y severa mirada.

El gran día había llegado y estaba nerviosa. Recordaba muy bien las palabras de su tutor diciendo que le correspondía el primer vals. Tras pensarlo mucho, había decidido que no podía dejar en evidencia a toda la familia. Era la costumbre y por tanto era impensable negarse a concederle esa pieza por mucho que le fastidiara.

Imaginarse bailando con él la tenía alterada. Demasiado. ¿Sería un buen bailarín? Era impensable que no lo fuera, se movía con gracia animal, como un felino; seguro que su arrogancia se trasladaría también a la pista de baile. La arrogancia iba con él como las moscas a los burros.

En el internado había dado clases de música y danza. No era una paleta, sabía cómo debía comportarse en un evento social, pero le espantaba la idea de no estar a la altura. A fin de cuentas, ella no había asistido más que a unas pocas fiestas con conocidos de su tío, nada de tanta rimbombancia como la celebración de los duques de Berrington.

Además, seguía creyendo que no era correcto acudir a esa fiesta estando de luto. Charlotte le había comentado que se organizaba con fines benéficos, pero así y todo tenía sus dudas. Debería haber rechazado la invitación y quedarse en casa haciendo compañía a la señora Woodman.

Absorta en sus pensamientos, olvidando que no estaba sola, la voz de la duquesa viuda casi le hizo dar un brinco.

—Guarda este colgante, por favor —rogó. Lo dejó en su caja y salió del cuarto.

Barbara parpadeó sorprendida, los ojos clavados en la puerta entreabierta. Charlotte le había pedido que le mostrara la joya que pensaba lucir esa noche y así lo hizo. Tenía decidido ponerse la esmeralda. Le gustaba porque hacía juego

con el color de sus ojos y no había vuelto a suceder nada extraño con ella, por mucho que lady Sarah jurase que estaba maldita. Sin embargo, la anciana había perdido el color al verla y la soltó como si le quemara. Por un momento se resistió a dejarse amedrentar con absurdas leyendas de joyas embrujadas, pero acabó por cerrar la caja y guardarla; no deseaba contrariar a la anciana.

Estaba colocándose las perlas cuando regresó Charlotte.

—Me gustaría que te pusieras esto —pidió.

Babs abrió los ojos como platos ante la finísima gargantilla de diamantes.

—No puedo...

—Es solo un préstamo.

—¿Por qué prefiere que luzca los diamantes?

—Son más elegantes.

—No es por eso, ¿verdad? He notado que se alteraba al tomar mi colgante.

—No voy a negarlo. Pero no hagas caso de las tonterías de una vieja y bajemos ya, querida —pidió, tendiéndole la capa—. Nos esperan.

Alan aguardaba en el vestíbulo, asentía muy serio a lo que le estaba diciendo su ayuda de cámara y Barbara tropezó con la alfombra por quedarse mirándolo. ¡Si sería idiota! Si no tenía más cuidado acabaría rompiéndose la crisma por fijarse en él, cuando no merecía ni uno de sus pensamientos.

El vizconde llevaba un traje negro con chaleco de raso color crema, que acrecentaba su magnífica complexión y una capa con forro blanco cuyos bordes le caían hacia atrás, sobre los hombros. Estaba impresionante.

El corazón se le paró unos segundos —lo que empezaba a ser una enojosa costumbre— cuando él se apresuró a acercarse.

—Espléndidas.

Lo dijo en plural, pero no apartó los ojos ni un segundo de Babs para fijarse en su abuela. Las pupilas azules se demoraron en su rostro y ella sintió el pulso en la garganta. Nunca se había encontrado tan insegura en toda su vida salvo cuando estaba delante de aquel hombre. Era irritante, porque no sabía con exactitud cómo explicar las distintas sensaciones que la embargaban: euforia y malhumor, atracción y rechazo.

—Espera a ver el vestido —murmuró Charlotte, a la que no se le escapó la

larga inspección de su nieto a la joven.

Tal y como temía Barbara, el trayecto en el carruaje fue un suplicio. Alan, acomodado en el asiento de enfrente, charlaba con su abuela, pero era a ella a quien miraba. Y sus ojos quemaban allí donde se posaban. Agradeció ir cubierta hasta el cuello con la capa, temiendo el momento en que hubiera de dejarla. El vestido que llevaba esa noche, confeccionado con la tela que él insistió en que adquiriera, era precioso. A su modo de ver, un poco más atrevido de lo que hubiera deseado. El escote de barco y el bajo de la falda iban ribeteados de seda blanca para dar un poco de luz al oscuro tafetán. Lili le aconsejó que encargara los guantes a juego, en blanco, pero ella se había negado y pidió que los hicieran de la misma tela que el vestido. El corsé le apretaba, era incómodo y pensaba que sería complicado que las damas se acostumbraran a una prenda que constreñía el cuerpo hasta impedirles respirar en condiciones. Ella tenía la cintura estrecha, no le hacía falta sufrir de forma innecesaria, pero la modista insistió y ella acabó dando su beneplácito. Ahora lo lamentaba, porque entre el sofoco del corsé y el que sentía bajo la intensa mirada de su tutor, no sería extraño que acabara dándole un desmayo.

Por olvidarse de aquellos ojos perturbadores, se entretuvo en mirar por la ventanilla y recitó una a una las normas que debería recordar: no abandonar el salón sin compañía, no aceptar bailar con un caballero si se acababa de negar ese placer a otro, no tener largas conversaciones con el hombre con el que bailase...

En los alrededores de la mansión de los duques de Berrington se encontraban ya bastantes carruajes aparcados. Aceptó la mano de lord Maine para apearse, retirándola de inmediato y disimuló su nerviosismo observando la impresionante construcción: piedra blanca, tejados de pizarra, columnas en la entrada principal, grandes ventanales... Cuidados parterres se alineaban a lo largo del camino de entrada con farolillos encendidos entre uno y otro, dando la bienvenida a los afortunados que llevaban la invitación en su bolsillo. Media docena de lacayos con libreas rojas y doradas, como si de generales se tratara, se encargaban de atender a los que llegaban.

La planta baja estaba profusamente iluminada, al igual que algunas estancias del piso superior. Era como entrar en un cuento de hadas, en un sueño y Babs

deseó formar parte de ese cuento, aunque fuera por una sola noche.

La propia anfitriona los recibió a la entrada del palacete. Se trataba de una mujer elegante, de mediana estatura, cabello negro entrecano y unos ojos claros que destilaban bondad. Lucía un vestido oscuro al que le habían cosido espejitos y cristales, como era la moda, de manera que la luz del salón incidiese en ellos.

—Mi querida Charlotte, cuánto tiempo sin verte. Estás radiante. —La cascada risa de la anciana quedó apagada por el coro de otras más jóvenes que provenían del interior—. Brummell debe estar haciendo ya de las suyas. Lord Maine. De usted espero que no me deje a demasiadas muchachas desmayadas por el salón.

—Lo procuraré —sonrió Alan.

—Y esta encantadora muchacha es...

—La señorita Barbara Ross, milady —presentó Alan, que aprovechó para poner una mano en su espalda después de que ella hiciera una reverencia—. Mi pupila.

La duquesa asintió; sin duda ya le habían llegado los rumores.

—Bienvenida, querida.

—Gracias por invitarme, excelencia.

Dos lacayos se acercaron para tomar las capas. Y Alan fue incapaz de escuchar otra cosa que no fuera el retumbar de su corazón en las sienas al descubrir lo que ocultaba la de Barbara. Simplemente, lo dejó mudo.

«¡Por Cristo, nunca lo hubiera imaginado después de verla con los sosos vestidos que suele ponerse!».

Advertir su sonrojo y ver cómo intentaba cubrirse con disimulo, jugando con la gargantilla de diamantes, hizo que la deseara con anhelo. Babs era una mezcla explosiva para su salud mental: mitad leona, mitad gacela, hermosa hasta dejarle sin aliento.

«¡Mi condenada pupila!», se recordó, haciendo un esfuerzo titánico para atender lo que decía su anfitriona y apartar los ojos de ella.

—Si es cierto lo que me han dicho, esta noche no tendremos que soportar la presencia de Prinny, a Dios gracias —les confesó en un susurro lady Georgina, con un brillo pícaro en los ojos—. Creo que padece una afección intestinal, consecuencia de alguna de sus comilonas. Espero que disfruten de la velada. —

Les cedió el paso y avanzó hacia otros invitados que llegaban en ese momento.

Charlotte se disculpó para integrarse en un grupo de conocidos que la acogieron con entusiasmo. Alan puso la mano de Barbara sobre su brazo y la fue presentando a varias personas. Dedicaron un par de minutos en saludar a Conrad y Sarah y continuaron su recorrido por el salón. Lo hacía todo el mundo. Hasta que comenzara la música, el entretenimiento era ese. A Lili la vieron desde lejos en compañía de un joven desconocido, pero el saludo de un caballero les impidió ir hacia ella y un momento después había desaparecido.

El salón era amplio, lo suficiente como para acoger a un buen número de invitados; los altos ventanales se abrían al jardín y, junto a cada uno de ellos, búcaros plateados repletos de flores desprendían un exquisito aroma; espejos en las paredes forradas de raso dorado y arañas que colgaban del alto techo difundían su luz sobre los invitados. Refulgían las joyas, los adornos en los vestidos femeninos y los alfileres de corbata de los caballeros.

Lujo, lujo, lujo. Barbara nunca había visto nada igual y estaba impresionada.

—Un completo derroche. —Escuchó decir a Lili que, de pronto, estaba a su lado.

—Hola. Estás preciosa.

—Y tú. Ya sabía yo que esa modista no nos defraudaría. ¿Te has fijado cómo te miran las mujeres?

—No me miran.

—Lo hacen —corroboró su tutor y ella notó un nudo en el estómago—. Os miran a las dos. Debo reconocer que los diseños son... interesantes. Sois la comidilla de la fiesta.

—De eso se trata, tío. ¿O no? Bueno, disfrutemos de ella, para eso hemos venido. Aunque no sé si vamos a poder hacerlo —rezongó al ver que se les acercaba una mujer.

Barbara, al reparar en ella, se puso a la defensiva. La reconoció de inmediato: era la altanera que la envió a la puerta de servicio. Llevaba un vestido rojo sangre con multitud de cristales cosidos al bajísimo escote, a las mangas y a la cintura. Un vestido confeccionado única y exclusivamente para llamar la atención.

Lili puso de manifiesto que podía ser irónica hasta la exacerbación.

—¡Lady Vivien, qué inesperado placer encontrarla aquí! Oí que había tenido que viajar a Bath por culpa de una dolencia. ¿Se encuentra ya recuperada?

—No he salido de Londres y estoy muy bien, lady Liliana —respondió la otra, en un tono de lo más arisco, con una mirada que podría haber congelado la selva africana. Obviando a Barbara, centró su interés en la presa elegida para esa noche, convertida de repente en pura melaza—. ¿Dónde has estado escondido, Alan? Llegué a pensar que te habías ido de Londres. No importa, puesto que ya estás aquí. Te he reservado el primer vals.

Alan permaneció impasible mientras ella hablaba y, como al descuido, acariciaba con las yemas de los dedos la solapa de su chaqueta. Le molestó sobremanera el modo en que contestó a su sobrina —aunque la chica mereciera unos buenos azotes por su insolencia— pero, sobre todas las cosas, el flagrante desprecio hacia su protegida.

—Cambia tu agenda de bailes, Vivien. Te presento a la señorita Barbara Ross, mi pareja para el vals.

—Tu pupila, ¿verdad? —Demostró su desdén negándose a mirarla, sin disimular lo mucho que le fastidiaba la negativa masculina—. Algo he oído sobre ella.

—Espero que cosas buenas.

—No sé qué decir... Las escocesas...

Era una insinuación tan humillante que a Barbara se la llevaron los demonios. Que una vez le hiciera de menos por haberla confundido con una sirvienta ya la irritó; nadie debía ser tratado despectivamente por su condición social. Pero que lo intentara una segunda vez y estando acompañada de dos de los Chambers, no se lo iba a consentir.

—Yo sí sabría decirle a usted, lady Vivien —señaló con firmeza—. Para su información, soy inglesa de nacimiento. Pero es cierto que por mis venas corre también algo de sangre escocesa, de la que estoy muy orgullosa. Se dice que esa sangre da muy malas pulgas. —La otra la miraba ahora con los ojos como platos y había retrocedido un paso, sin creerse que aquella muchacha le hablara en ese tono. A ella, la hija de un par del reino—. Sin duda podría explicárselo mejor en

privado. Si quiere reunirse conmigo en el jardín, estaría encantada de demostrarle a qué llaman la mala leche escocesa... *milady*.

Lili, que estaba disfrutando de lo lindo, se cubrió la boca con la mano para sofocar una carcajada. Alan la miró como si le hubiesen cambiado a la pupila. Minutos antes la notaba azorada mientras apuntaba en su librito de baile los nombres de los caballeros que le solicitaban una danza. Y así, como por ensalmo, acababa de convertirse en una fiera. Le gustó. Le gustó mucho.

Vivien se irguió, echó los hombros hacia atrás y dijo, antes de darles la espalda para alejarse:

—No suelo discutir con las clases bajas.

Barbara apretó los puños, controlando las ganas de irse hacia ella y arreglarle el peinado.

—*¡Saën!*

Alan no pudo entonces reprimir la risa al oír que llamaba puerca a Vivien. Tomó la mano femenina para ponerla sobre su brazo, hizo una seña a su sobrina para que se perdiera y musitó al oído de Babs:

—Es un adjetivo que le va muy bien. Tienes un genio endemoniado, pero me has deslumbrado esta noche por segunda vez.

Babs cruzó la mirada con la suya. Odiaba que la lisonjeara. Aunque también le agradaba. Lo odiaba y le agradaba. ¡Qué dilema! Acabaría demente por su culpa.

Alan se acercó más a ella, manteniendo a duras penas las normas del decoro. Hubiera dado toda su fortuna por poder mandar la etiqueta al infierno y besarla en ese mismo instante. Barbara lo trastornaba. Lo irritaba, le hacía sentirse un estúpido, le fastidiaba tener que hacerse cargo de ella... Pero, al mismo tiempo, se daba cuenta de no haberse sentido tan vivo desde hacía años. Estaba a punto de decirle algo cuando una voz le sacó del trance en que los labios de la muchacha le tenían cautivo.

—¿Puedo rogar que me sea presentada la dama más fascinante de esta fiesta?

Un sujeto alto, de ojos claros y cabello muy rubio la miraba como si fuera una aparición. Alan luchó contra el deseo de soltarle un puñetazo.

—La señorita Ross. Barbara, te presento a Sergei Varinov.

—Un placer. —Tendió ella su mano.

—Sin duda, el placer es mío, señorita Ross. ¿Se me permite soñar con tener un hueco en su cuadernillo de baile?

—Creo que ya los tiene todos ocupados —gruñó Alan.

—Ya veo.

La muchacha fue testigo del intercambio de miradas belicosas. Seguramente se equivocaba, pero ¿acababa o no de comportarse su tutor como un hombre celoso? ¿Por qué parecía fastidiarle que concediera bailes a los caballeros que se lo pedían? No había puesto buena cara ante ninguno. Un tanto perturbada, revisó sus notas.

—Tengo libre la primera cuadrilla.

—Es usted un ángel.

El ruso, tras una inclinación de cabeza y otra mirada airada al vizconde, se perdió entre el resto de los congregados. Ella le siguió con los ojos y luego anotó su nombre. Sintió la mano de lord Maine en su brazo; le apretaba sin darse cuenta, lo que demostraba que estaba irritado.

—No deberías haber aceptado tantos bailes.

—Entonces, usted debería haberle dicho a su abuela que no insistiera tanto en que acudiera a la fiesta. Y si sé algo sobre este tipo de acontecimientos, es que se viene a bailar; en caso contrario, mejor es no acudir. Negarse a hacerlo sería poner en un compromiso a la anfitriona. Además, Varinov es un caballero

bastante atractivo.

—¿Te lo parece?

—Me lo parece. ¿Está soltero?

—¿Te interesa saberlo?

—No lo preguntaría de no ser así. Podría ser un candidato, la fiesta es el lugar ideal para conocer a caballeros y ver si alguno me interesa. Sé que lady Hatfield se alegraría si encontrara un marido cuanto antes.

—¿No crees que es el estado ideal para la mujer? —preguntó en tono sarcástico.

—En todo caso, para algunas mujeres. Usted le dijo a su hermano que estaba muy bien soltero; yo también lo estoy. No me entusiasma en absoluto la idea de contraer matrimonio, pero reconozco que en mi condición de mujer no tengo muchas alternativas. O mayoría de edad o casamiento para poder hacerme con mi herencia. Porque le aseguro que no tomaré esposo si él, a cambio de una bonita cantidad de dinero, por supuesto, no renuncia por escrito a controlar mi fortuna. —Ojeó de nuevo la libretita, como si ya meditara sobre los posibles nombres a tener en cuenta.

—Varinov no es una opción.

—¿Está soltero o no?

—Lo está.

—Si tiene algún vicio, querría saberlo.

—¿No los tenemos todos?

—Por su respuesta, conjeturo que él no tiene ninguno del que avergonzarse.

Alan la vio poner un círculo junto al nombre de Varinov y apretó los dientes. Qué pronto comenzaba a hacer sus cuentas. El enviado ruso era un caballero intachable, pero él no iba a cantarle sus bondades a Barbara. ¡Solo faltaría eso!

—Si ese círculo es un punto a favor, puedes borrarlo: le gusta maltratar a las mujeres —dijo, pidiendo disculpas mentales al sujeto por la flagrante mentira.

—¡Oh! —El círculo fue sustituido de inmediato por un aspa—. Lord Swan entonces.

—Demasiado viejo.

Aspa.

—¿El vizconde de Tusset?

—Demasiado joven.

Aspa.

—¿Qué tal el barón de Moregan?

—Ni siquiera sé cómo ha conseguido las cien libras que ha costado la entrada.

—¿Perdón?

—Mi abuela ya te dijo que es una fiesta benéfica. Cada uno de los invitados ha pagado esa cantidad por estar aquí.

—¡Oh! ¡Vaya! Y dígame, milord: ¿quién ha pagado lo que me corresponde?

—Yo.

—Espero que descuente esas cien libras de mi asignación.

—No digas tonterías.

—Insisto, lord Maine.

—Y yo insisto en que dejes de portarte como una cría fastidiosa.

Barbara se tragó la réplica. No era cuestión de ponerse a discutir con él en medio del salón. Le devolvería esas cien libras lo quisiera él o no. Podría ser su tutor, pero desde luego no su niñera; ella podía contribuir a la recaudación con su propio dinero.

Optó por fastidiarle de otra manera y volvió a revisar el libro de baile.

—Así que Moregan no. —Otra aspa que hizo sonreír a Alan—. Deme su opinión sobre lord Weston.

—Juega. Y pierde. Está arruinado.

—¿Lord Coburn?

—Bebe. Como una esponja.

—Trenton.

—Usa peluquín.

—¡Por Dios, milord! —estalló ella cerrando el librito de golpe—. ¿Es que ni uno solo de los caballeros que me han pedido bailar es adecuado?

Alan enarcó las cejas y la miró con detenimiento.

«Ninguno lo es para ti. Ya me encoleriza demasiado que tengas que bailar con ellos, no pienso corear ni una de sus puñeteras virtudes», pensó.

—Me has pedido mi opinión y te la estoy dando. Si no te gusta escuchar las

verdades, no preguntes.

Ella estuvo tentada de soltarle una patada en la espinilla. ¡Era insufrible! Dudaba mucho de que todos los caballeros fueran unos depravados o tuvieran flaquezas, seguro que estaba mintiendo como un bellaco.

—Si conoce sus defectos, será por algo. Acaso porque usted mismo los tiene, todos a la vez —insinuó.

A él se le escapó una media sonrisa que disimuló mirando hacia otro lado.

—Es muy posible. Solo que yo, cariño, no estaré nunca en tu lista de posibles candidatos a la vicaría. Así pues, no te debe importar si tengo defectos.

—¡Por descontado que nunca lo tendría como postulante! —saltó ella como si acabaran de clavarle un alfiler en el trasero.

Maine no contestó, solo la miró unos segundos.

No pudo evitar sentirse enfurecido ante una afirmación tan categórica. De modo que él sería el último hombre en la tierra en el que pensara para casarse. Él quería permanecer soltero, pero eso era una cosa y otra que le dijeran a uno a la cara que no le consideraban siquiera. Ocultó el enojo echando una ojeada en derredor. Algunos invitados les miraban y susurraban. No era extraño. La noticia de que el vizconde de Maine tenía una pupila resultaba sin duda un tema interesante sobre el que hablar. A él, en realidad, todos aquellos idiotas le importaban un ardite; podían cotillear hasta hartarse.

Distraído con sus pensamientos, no vio llegar al hombre que se les acercaba a grandes pasos. Cuando el sujeto llegó a su altura, inclinó la cabeza en señal de respeto sin dejar de observar a Barbara. De ojos oscuros y algo saltones, su estatura, su complexión y su sonrisa, lo hacían un hombre interesante.

—Andrew Rushy. A sus pies, señorita.

Presentarse a sí mismo era una falta imperdonable, hasta Barbara lo sabía. Se quedó callada, esperando a que su tutor cumpliera con las formalidades, pero el muy condenado se limitó a mirar al individuo de arriba abajo, como si se tratara de un insecto molesto.

—Barbara Ross —respondió ella al cabo de unos embarazosos segundos.

—Mi pupila —apostilló entonces Alan.

—Nadie ignora eso, Maine. Si no se ha percatado aún, la joven es el tema de conversación en la fiesta.

—Fiesta, en la que usted ha conseguido colarse.

—Tengo muchas malas costumbres, pero una de ellas no es esa. El marqués de Preston me consiguió la invitación y he abonado las libras correspondientes. No ponga esa cara, su protegida pensará que nos odiamos.

—¿Y no es así?

Las notas de la primera pieza musical que comenzaba y finalizaba las veladas organizadas por familias nobles, invadieron el salón. Una polonesa que fue acogida con aplausos e hizo que comenzaran a formarse las parejas.

—¿Me concede el honor? —solicitó Rushy.

Ella vio, por el rabillo del ojo, que su tutor se envaraba; por su modo de actuar, el individuo le caía como una patada en el estómago, así que...

—Será un placer.

Aceptó el brazo masculino para dirigirse a la pista y dedicó una caída de pestañas a Maine por encima del hombro.

Alan la vio alejarse y le faltó poco para maldecir en voz alta. Estaba lívido de furia.

Debería haberlo impedido, aunque se hubiera puesto en evidencia.

Debería haberla sacado del salón y al demonio con las reglas.

Debería haberle partido las narices a Rushy.

Pero el desparpajo de Barbara aceptando la invitación y la clarísima burla de su mirada, lo habían dejado pegado al suelo. ¡Condenada mujer!

Desde que Rushy se instalara en Londres meses atrás, muy pocos desconocían que su fortuna provenía de prestar dinero y cobrar intereses de usura. Él, en particular, sabía que llevaba a cabo operaciones que estaban al límite de la Ley, cuando no la pisoteaban. Había tenido algún que otro enfrentamiento con Rushy para salvar de sus garras a varios conocidos y le gustaría poder atraparlo en su juego sucio. Pero el muy ladino apostaba bien con sus cartas, actuaba a través de sicarios y era imposible pillarle en un renuncio. Con total seguridad tenía bien sujeto a Preston; eran muchos los que le debían dinero.

Siguiendo al anfitrión las parejas, tomadas de la mano, rodearon el salón, se internaron por la galería que lo rodeaba y acabaron saliendo al jardín.

A pesar de haber aceptado bailar con aquel hombre, única y exclusivamente por fastidiar a su tutor, a Barbara le había desagradado su modo de comportarse, pero lo dejó pasar. Sin embargo, no pudo evitar hacerle la pregunta que le rondaba en la cabeza desde que le vio ante ella.

—¿No nos hemos visto en alguna parte, señor Rushy?

—Imposible. Nunca olvido una cara bonita.

—Hubiera jurado que... No importa. Le agradezco el cumplido, señor.

—Lo es. Aunque, si me permite opinar, el brillo de los diamantes no hace honor al de sus ojos. Lo ideal hubiera sido ponerse esmeraldas. Tal vez, una sola. Una hermosa y perfecta. ¿Ha oído hablar de los Ojos de Taimir?

Ella tropezó, perdiendo el paso durante un segundo, y le bajó un escalofrío desde la nunca a los riñones. ¿La referencia de Andrew Rushy a la joya era mera casualidad o encerraba una insinuación?

—¿Disculpe?

—No tiene importancia; el baile está acabando, ya hablaremos en otro momento, si me concede el honor de ser su pareja en otra danza.

En efecto, la pieza terminó y él la acompañó de vuelta al salón; se despidió con

una reverencia y no volvió a verlo durante el resto de la noche.

Barbara tardó un largo minuto en recobrar el ritmo normal de sus pulsaciones. Trató de recordar dónde había visto antes de ese hombre porque estaba segura de haberlo hecho, pero por más que le dio vueltas no logró nada. Acabó por levantársele un molesto dolor de cabeza y buscó una silla libre donde sentarse.

Descubrió a su tutor hablando con la anfitriona y se olvidó por completo de Rushy. Lady Georgina asentía con la cabeza y palmeaba como una chiquilla. ¿Qué le estaría diciendo? ¿Es que Maine era capaz de seducir igual a una dama que a una monja? Sin poder quitarle los ojos de encima le vio atravesar el salón, desaparecer por una puerta lateral y un instante después volver a hacer acto de presencia en el balcón ocupado por la orquesta. Intercambió unas palabras con ellos y volvió a bajar.

Comenzó la primera cuadrilla y Varinov se acercó a reclamar su baile. Ella danzó sin dejar de lanzar insistentes miradas hacia donde se encontraba momentos antes Maine, mientras intercambiaba algunas frases de cortesía con el ruso.

La siguiente pieza sería el vals. Tenía que cumplir y bailar con su tutor, pero a él no se le veía por ningún lado. Le enojó. Por mucho que se sintiera nerviosa pensando en bailar con él, si se le ocurría dejarla plantada y en ridículo, le sacaría los ojos.

Los músicos afinaron sus instrumentos, las parejas se prepararon ocupando la pista. Y Barbara continuó esperando.

A pesar de lo que ella creía, Alan no la había perdido de vista ni un segundo. La vigiló cuando bailaba con Rushy, cuando habló con Sarah, cuando danzó con Varinov... Se rebeló ante cada sonrisa que regalaba a un hombre. Odió a cada uno de ellos. Incluso odió a su hermano Vin, por un segundo, cuando le vio guiñarle un ojo y seguirla con una mirada ardiente.

El interés del menor de los Chambers, tampoco pasó desapercibido para Conrad.

—Es muy bonita.

Vincent giró un poco la cabeza para ver el gesto severo del duque.

—Lo es.

—No te estarás emocionando con la muchacha, ¿verdad?

—¿Y qué pasaría si fuera así?

—Olvidalo. El hecho de que seas más alto que ella, no es suficiente.

—Le caigo bien.

—Barbara nos aprecia porque la hemos recibido con los brazos abiertos. No lo estropees.

—Tranquilo, hermano, me quedan unos cuantos años de libertad antes de pensar en el matrimonio. No he perdido la cabeza. Otra cosa es Alan.

—¿Qué quieres decir?

—Que no le quita ojo y parece un perro de presa. Nunca le he visto tan pendiente de una mujer.

—Es su protegida.

—Si solo se tratara de eso... —insinuó—. Disculpa, voy a intentar que lady Ofelia me anote para otro baile.

Se alejó, dejando a Conrad pensativo hasta que oyó una dulce voz a su lado.

—¿Has visto un fantasma, querido?

El duque se inclinó para besar a su mujer en la mejilla, aunque fuera por completo inadecuado estando en público. Ella le sonrió y disimuló el calor que le produjo el beso recolocándole el alfiler de corbata.

—Ten cuidado: el duque de Hatfield no debería estar en boca de todos. ¿Qué has hablado con Vincent para que tengas esa cara?

—¿Tú has notado que Alan se muestre demasiado... atento con Barbara?

—Siempre parecen estar como el perro y el gato. —Abrió mucho los ojos—. No querrás decir que...

—A Vincent se lo parece.

—La llegada de esta muchacha va a darnos muchos quebraderos de cabeza —sentenció ella.

Barbara continuaba esperando y crecía su irritación. Se preguntó si su tutor se habría olvidado del vals, si estaría flirteando con alguna damisela, incluso si se encontraría en compañía de lady Vivien. Al recordar el modo con que ella le había acariciado la chaqueta, comiéndoselo con los ojos, tuvo un repentino acceso de celos. ¿Podría haber sido capaz de perderse con esa mujer en alguna de las habitaciones superiores?

Se sorprendió cuando la orquesta, en lugar de tocar el vals, comenzó a desgranar las notas de una canción que hicieron que se le encogiera el corazón. Faltaba el melódico sonido de las gaitas, pero los músicos suplieron con maestría la carencia de ellas. Se sintió transportada, casi pudo oler el aroma de los brezos y sentir la mullida hierba de la campiña escocesa bajo sus pies.

Y allí, a su lado, sin haberle oído llegar, estaba Maine.

Alan la miraba con fijeza. Como si no hubiera nadie más en el salón. Como si el resto del mundo hubiera desaparecido y solo estuvieran ellos dos.

Amazing Grace. La composición creada por el poeta y clérigo John Newton y publicada en 1779, se expandió, se metió en su sangre y Barbara se sintió en el séptimo cielo. El himno hablaba de perdón, de redención de los pecados, ella conocía la letra. Acompasada y mágica a la vez, la música la llevó de regreso a las Highlands y no pudo remediar que los ojos se le llenaran de lágrimas.

Las parejas bailaban ya y él la condujo hacia la pista.

Barbara flotaba como si estuviera entre nubes. Alan le enjugó una lágrima con el índice al tiempo que le dedicaba una sonrisa que la dejó sin aliento. Él apenas rozó su cintura al enlazarla para bailar aquella pieza como si se tratara del vals, aunque mucho más lento, tomó con delicadeza su mano derecha y ella descansó

la izquierda sobre el ancho hombro masculino.

—Sublime gracia —dijo él al iniciar el baile.

—Así es —asintió la muchacha creyendo que se refería al título de la balada.

Él no la rectificó. No aludía al himno, sino a ella, pero guardó silencio.

Barbara ni siquiera supo dónde ponía los pies; él la llevaba como el que lleva una pluma poniendo de manifiesto que, en efecto, era un magnífico bailarín.

Un siglo después la música finalizó, se escucharon algunos aplausos y regresaron las conversaciones a su alrededor.

«Y había pensado sacarle los ojos», se recriminó Barbara.

Le hubiera gustado reclinar la cabeza en el amplio pecho masculino, probar la boca de Alan... Se limitó a apartarse de él.

Fue como si él adivinara sus pensamientos porque sus labios se estiraron en una sonrisa satisfecha.

—Pensé que esa pieza te agradaría más que un vals.

—Lo ha hecho. Gracias.

Alan la acompañó hasta donde se encontraban su hermano Conrad y Sarah, dedicó a los tres una inclinación de cabeza y se marchó. Babs no reaccionó hasta que la duquesa, notando su aturdimiento, la tomó del codo y se la llevó a la terraza.

—¿Te encuentras bien?

¿Qué podía contestar? Se sentía pletórica y a la vez confundida. En su pecho pugaban dos sentimientos totalmente opuestos hacia Maine, y no era capaz de decantarse por ninguno de los dos. Ella no deseaba un tutor, quería poder tomar sus propias decisiones sin tener que dar cuentas a nadie. Pero él empezaba a socavar sus defensas con pequeños detalles, como el de permitirle seguir dirigiendo la Ross Company o solicitar esa pieza en concreto para bailarla con ella.

Quiso convencerse de que no había pasado nada extraordinario. Su tutor había querido tener una deferencia con ella, tal vez porque era su primer baile y estaba lejos de lo que ella consideraba su casa. Bailaron y punto. Desistió de intentar engañarse un segundo después: no podía olvidar el calor de la mano de Alan en su cintura, el poder de sus dedos apretando los suyos, sus ojos índigo fijos en

ella.

—Sí, gracias, excelencia —contestó por fin, añadiendo una sonrisa forzada—.
Ha sido la emoción al escuchar la melodía.

Después de aquella fiesta, la temporada estaba en pleno apogeo y las invitaciones a otros eventos no paraban de llegar. A pesar de que lo había pasado muy bien en su primera salida, y le era imposible olvidar la maravillosa sensación de haber bailado con el vizconde, Barbara desestimó acudir a más celebraciones; una cosa era ser vista en una fiesta benéfica y otra asistir a todas porque, a fin de cuentas, seguía estando de luto.

También llegaron ramos de flores y bombones a su nombre; se limitó a enviar notas de agradecimiento, pero rehusó las invitaciones a dar algún paseo por el parque o acudir a la ópera. No es que hubiera hecho demasiado caso a Maine acerca de los supuestos defectos de los caballeros sobre los que le consultó, aunque en algunos estuvo del todo acertado; era que ninguno le interesaba en realidad.

Porque cada vez que leía uno de los nombres que anotó en su carnet de baile, lo comparaba con el vizconde. Y el otro salía perdiendo.

Maine pasaba cada vez más tiempo en la casa. Acudía a los desayunos y las cenas, pero las comidas las hacía en su club. Entre ambos parecía haberse firmado un armisticio. No hablaban mucho, apenas lo justo cuando coincidían en el comedor. Sin embargo, ella empezó a verle con ojos distintos. Su tutor no era tan huraño como le creyó al principio, amenizaba los desayunos contándoles las noticias interesantes que aparecían en los diarios, aunque tanto la duquesa viuda como ella, los leían durante la mañana; bromeaba con Charlotte y hasta le parecía que fruncía menos el ceño.

—¿Has pensado ya si acompañarás a mi abuela a la velada en casa de los Anderson?

La voz de Alan hizo que alzara la vista. Había estado tan enfrascada escribiendo a Cliona, pidiéndole nuevas noticias sobre la investigación que se estaba llevando a cabo tras la incursión perpetrada a su casa en Escocia, que no le oyó entrar en la biblioteca. Para no preocuparles ni tener que darle explicaciones, ni siquiera había comentado el incidente, decidida a llevar aquel asunto por ella misma.

Dejó la pluma en el tintero, cubrió con disimulo la cuartilla y le dedicó una media sonrisa. Iba impecable, como era costumbre en él. El traje azul oscuro le sentaba de maravilla y el níveo de la camisa y el pañuelo hacían destacar su moreno y atractivo rostro.

—He oído por ahí que lady Alice tocará el pianoforte.

—Eso no es lo más grave, aunque desafina. —Le sonrió, travieso y tomó asiento en una esquina de la mesa—. Lo peor es que su hermana, lady Isabella, suele acompañar sus estropicios musicales graznando como una urraca.

Barbara no fue capaz de aguantar la risa.

—Es usted malévolo.

—Soy sincero. La abuela no tiene más remedio que ir porque lady Anderson es una de las más fieles colaboradoras de las asociaciones de beneficencia. Pero tú no tienes por qué sentirte obligada. Siempre puedes poner el condenado luto como excusa.

—Es que sigo de luto, milord, por si no lo recuerda.

—¿Es por eso por lo que no has aceptado asistir a otras fiestas? ¿Por esa razón te has negado a recibir visitas o las invitaciones de caballeros a salir, que dicho sea de paso no han parado de llegar? ¿Qué diablos hace una mujer con tantos chocolates?

—Mary, Rachel y los niños de Jodie dan buena cuenta de ellos. Y sí, tiene razón: estar de luto es mi excusa para no aceptar invitaciones.

—Eso significa que no has encontrado a ningún caballero que pueda servirte para esposo.

—Los estoy estudiando, aunque he descartado a unos cuantos.

—Espero que Moregan sea uno de ellos.

—Me preguntó, muy sibilinamente eso sí, por mis finanzas.

—Te lo advertí. ¿Y Tusset?

—Me ofrecí a coserle un babero.

—¿Se le cayó o no el peluquín a lord Trenton?

—Le faltó poco. Con el mayor de los disimulos le sugerí que descansara en la siguiente cuadrilla. —Alan rio con ganas y ella le coreó. Le escuchaba pocas veces reír así y era gratificante—. De todos modos, he podido confeccionar una lista con el nombre de seis caballeros que no beben, no juegan y no utilizan peluquín.

Alan puso mala cara.

—Apuesto a que no te decantarás por ninguno.

A ella no acabó de gustarle su tonillo de suficiencia.

—No tengo prisa alguna en elegir marido y no me preocupa en absoluto que piensen que me estoy convirtiendo en una solterona. No estoy desesperada por casarme, como bien sabe. Además, tampoco podrá tratarse de cualquiera, sino de un hombre que acepte mis condiciones.

—Renunciar a administrar tu herencia, ¿no es eso?

—En efecto. No creo que tenga que explicarle a usted, la de conciencias que puede comprar una buena cantidad de dinero.

—Como dice mi hermano Conrad: hay un montón de condes y marqueses más pobres que las ratas.

—Así es. Sé que carezco de título, pero no creo que sea un impedimento para un hombre comido por las deudas y, a cambio de libertad, puedo ser muy generosa.

Alan movió la cabeza, asombrado. La frialdad de su pupila no hacía más que confirmarle lo despiadadas que podían ser algunas mujeres cuando perseguían un objetivo. A pesar de todo, no podía condenar su testarudez en lo que se refería al matrimonio. ¿Acaso no había prometido él no dejarse atrapar? Babs no quería esperar el tiempo que faltaba para su mayoría de edad, quería hacerse cargo de su herencia cuanto antes y si para ello tenía que pactar con el mismísimo diablo, lo haría. No le sería difícil, como decía, encontrar a algún desgraciado roído por las deudas que, a cambio de evitar la cárcel, firmaría lo que ella quisiera.

Solo que, a él, pensar en que ella fuera al altar del brazo de cualquier hombre,

lo sacaba de sus casillas.

Conjeturar sobre si su futuro marido le daría o no un beso de buenas noches lo encendía.

Imaginar que otras manos la tocaban, aunque solo fuera la noche de bodas para sellar el matrimonio, lo encrespaba hasta tal punto que no era capaz de pensar con lucidez.

Fue hacia el mueble de las bebidas y se sirvió una copa porque estar delante de ella empezaba a pasarle factura; su sola presencia lo excitaba. Ocupó el sillón frente a la mesa y consumió la mitad del alcohol de un solo trago.

—Entonces, ¿vas a ir o no con Charlotte mañana? —Retomó la conversación, queriendo olvidarse de la imagen de ella con otro hombre.

Ella guardó un minuto de silencio, torció un poco la cabeza y frunció el ceño.

—¿De verdad lady Isabella grazna?

—Ha sido muy poco caballeroso de mi parte decir tal cosa, pero puedo jurar que es cierto.

—¿Sería adecuado excusarme por un resfriado?

Él se echó a reír. Abrió las piernas, apoyó los codos en las rodillas y se inclinó un poco hacia ella.

—Te propongo algo más entretenido que escuchar a esa urraca.

Maine tenía un brillo pícaro en la mirada y a Barbara le resultó muy seductor.

—Soy toda oídos.

—Ven conmigo a Heritage.

—¿A dónde?

—Tengo una pequeña propiedad a las afueras. Apenas le doy uso desde que...

Se quedó callado, le desapareció la sonrisa y sus ojos se oscurecieron. Durante un momento, que a la muchacha le pareció inquietante, fue como si no estuviera allí, como si se encontrara muy lejos. Solo fue eso, un instante, pero suficiente para que Barbara refrendara la sospecha de que algún secreto del pasado lo torturaba.

Maine recuperó el buen humor y su mirada volvió a ser clara y lúcida.

—Cuando me agobia demasiado Londres, me pierdo por allí unos días. Tengo un empleado que se encarga de todo y que ejercita a mis caballos.

—¿Caballos? —A ella se le abrieron mucho los ojos y hasta se inclinó también sobre la mesa—. ¿Ha dicho caballos?

—Argos y Perseo —asintió Alan—. Andaluces. Los trajeron desde Sevilla gracias a un buen amigo. ¿Te gustan los equinos?

—Mucho. Tenía... —Estuvo a punto de hablar de Cariño, pero su recuerdo seguía lacerando y prefirió callar—. No niego que me apetece dejar la ciudad, aunque sea por unas horas.

—Pues está todo dicho. —Se levantó y sonrió como si acabara de ganar una estupenda partida de naipes—. Saldremos mañana, muy pronto. Podremos estar de vuelta para la cena.

—¡Pero no puedo ir sola con usted!

—Sabía que dirías eso. La señora Woodman vendrá con nosotros, por descontado; ya está avisada.

Se le veía tan contento, tan cercano, tan hechicero, que ella sonrió divertida. Su tutor estaba resultando ser un tipo de muchas facetas, y la que más le gustaba era la que mostraba esa tarde.

—Aún no he aceptado ir a esa excursión.

—¡Vamos, Babs! Te mueres por acompañarme.

—¡No sea fatuo, milord! —regañó animada—. En todo caso, me muero por ver esos caballos.

—Era demasiado bonito imaginar otra cosa —suspiró tan cómicamente, con la mano sobre el corazón, que ella volvió a reír.

Barbara apenas pudo probar bocado durante el desayuno debido a los nervios. Volver a montar a caballo era un regalo tan inesperado que se había pasado media noche dando vueltas en la cama. Bueno, por eso y por tener que viajar con su tutor fuera de Londres. No había nada de malo en ello, puesto que les acompañaría Helen; de hecho, Charlotte no puso impedimento alguno cuando se lo comunicaron durante la cena.

—Da mis recuerdos a Josue y a su familia —fue cuanto comentó.

El cielo estaba cargado de nubes, hacía frío y Barbara torció el gesto; si estallaba una tormenta, la ansiada excursión se iría al garete.

—No durará mucho —comentó Helen al tiempo que se arropaba más con la capa—. Aunque fresco, tendremos un día soleado.

—¿Le parece? Yo más bien creo que vamos a mojarnos.

—He pasado la primera parte de mi vida en el campo, señorita; sé de lo que hablo.

El cochero se apresuró a desplegar la escalerilla y tenderle la mano para ayudarla a subir. Alan hizo otro tanto con Barbara. A ella se le atoró el tacón en el peldaño y él, agradeciendo mentalmente la oportunidad que se le brindaba, le ofreció su asistencia. Asistencia que le permitió sujetar su tobillo para que pudiera liberar el botín. Fueron unos segundos, ni siquiera llegó a rozarle la pierna, pero se le aceleró la respiración y se quedó parado; ella, por el contrario, no hubiera podido acabar de ascender a la cabina con más rapidez de haber sido propulsada por un cañón.

Roja como la grana, Barbara se sentó muy derecha, pegándose al respaldo del asiento y, a pesar del frío, hubo de abanicarse con la mano para que le bajara el

bochorno.

«Pero ¡cómo se ha atrevido el muy...!».

Alan dio las últimas instrucciones al cochero, cerró él mismo la escalerilla y ascendió a la cabina de un salto. Se acomodó frente a ellas, miró a Barbara un instante y después se dedicó a quitar unas inexistentes pelusillas de pantalón. Ella no se dejó engañar: le delataba el brillo divertido de sus ojos. Era un redomado sinvergüenza. Se abrigó más con la capa, aceptó la manta de viaje que Helen extendía sobre las rodillas de ambas y volvió la cabeza hacia la ventanilla.

Alan carraspeó y se cubrió la boca con el puño para esconder una sonrisa que, segundos después y sin poder ponerle freno, se convirtió en una carcajada que disimuló con un golpe de tos.

«¡Por Dios! Ha dado tal brinco que parecía una liebre. No quiero ni pensar si en lugar de la piel del calzado le hubiera rozado la pierna».

La risa, al imaginarse tocando la piel de la muchacha, se le cortó de golpe. Notó cierta tirantez en los pantalones, de modo que se cruzó la capa y hasta decidió que lo más sensato era cubrirse con otra de las mantas. Ella lo miraba de nuevo, ahora con los ojos entrecerrados. Sin duda estaba enfadada, pero él no había planeado la excursión para empezarla con una disputa; obvió su enojo para dar conversación a su dama de compañía.

—Así que se crio en el campo, señora Woodman.

—En efecto, milord. Mi padre tenía una propiedad en Lewes; hasta que vine a Londres no había salido nunca del condado. Era una amazona pasable, aunque no volví a montar a caballo desde que dejé mi casa.

—Podrá recordar esos tiempos hoy mismo, si lo desea; Perseo es un animal tranquilo y no le dará problemas.

La risa de Helen inundó la cabina.

—¡Qué ocurrencia, milord! Hace demasiado tiempo de eso, ahora sería incapaz de mantenerme sobre un caballo, por muy manso que sea.

—Hay cosas que nunca se olvidan —objetó Alan.

—Eso es cierto, milord: hay cosas que nunca se olvidan.

Podría haberse tratado de un simple comentario, pero el tono bronco con que respondió hizo volverse a Barbara; presintió que Helen no se refería a cómo

dominar un caballo y la curiosidad pudo más que ella.

—¿Encontró en Londres lo que buscaba?

Helen contempló el ajetreo de la calle por la que discurría el carruaje antes de responder.

—Vine a casarme. —No quiso dar oportunidad a que ninguno de los dos jóvenes continuara haciendo preguntas acerca de su vida—. Él murió. Preferiría no hablar de ese tema. Pero usted, milord, sí debería contarnos algo sobre sus animales antes de que lleguemos.

—Argos es negro como el azabache y bastante inquieto; Perseo, completamente blanco, valeroso y más tranquilo. Le van a enamorar.

Cuando llegaron a Heritage las nubes empezaban a dispersarse, tal y como pronosticase la señora Woodman. Hacía frío, sí, pero haber dejado atrás el humo y el ruido de la ciudad y disfrutar del silencio y la subyugante visión de los campos, elevó el ánimo de Barbara.

El carruaje enfiló un camino flanqueado por robles y abedules que llegaba hasta la casa. No era demasiado grande, pero sí bonita: paredes blancas, dos columnas a la entrada y una galería que rodeaba el piso superior. Algo más allá, existían otras dos construcciones: una casa más pequeña de una sola planta y lo que, sin duda, eran las caballerizas.

Josue Brown era un hombre alto y fuerte, de abundante cabellera oscura adornada por escasas hebras plateadas en las sienes y mirada franca y directa. Estrechó de inmediato la mano que el vizconde le tendió en cuanto puso pie a tierra, saludó a las damas con una reverencia digna de un aristócrata y les franqueó la entrada.

A Barbara le agradó el confort y el lujo comedido que se respiraba dentro. Los leños crepitaban en la chimenea, las cortinas estaban abiertas permitiendo que la luz entrara en el salón, habían puesto flores frescas en los jarrones... La tapicería de los sillones era alegre, numerosos cojines invitaban a recostarse en ellos y dos alfombras con bellísimos motivos florales en tonos claros cubrían buena parte de un suelo de pulidas baldosas blancas y negras.

Mientras Alan les ayudaba a quitarse las capas, Josue se disculpó, desapareció por una puerta lateral y regresó un instante después con una bandeja en la que llevaba una chocolatera y varios platillos con dulces. Depositó todo sobre la mesita lacada que se encontraba a un lado de la chimenea y aguardó a que las

mujeres se acomodaran frente a la lumbre.

—¿Sirvo también para usted, milord, o prefiere café?

—El chocolate está bien, Josue, gracias. Pero solo veo tres tazas.

Josue asintió con una sonrisa y fue a buscar una cuarta taza, tomando luego asiento frente al vizconde. Estaba cantado que entre ellos existía algo más que una sencilla relación de amo-criado.

—¿La duquesa viuda se encuentra bien, milord?

—Mejor que nunca, aunque más cascarrabias; supongo que es la edad — bromeó—. Os manda su afecto. ¿Y tu familia?

—Aaron y Jonas siguen en Cardiff; Isaac se casó hace dos semanas con la chica del molinero.

—¡Por fin! —Se echó a reír Alan, dándose una palmada en la rodilla—. Les haré llegar mi regalo de bodas y mi felicitación.

—Noe ha decidido dedicarse a las ovejas —continuó, agradeciendo el detalle con una inclinación de cabeza—, algo denigrante en una familia que siempre se ha consagrado a los caballos, milord, pero así están las cosas. Delilah va a tener su cuarto hijo y en cuanto a Esther, ahí sigue, dando calabazas a los muchachos y más rebelde que antes.

—¿Todos ustedes tienen nombres elegidos de la Biblia?

—Mi madre fue una mujer muy religiosa, señorita. De haber tenido solo varones con total seguridad nos hubiera ido poniendo los nombres de los hijos de Jacob. Pero la segunda, fue niña —explicó en tono jovial.

—Esther aún no ha cumplido los dieciséis, Josue, no le metas prisa.

—Es una lástima que solo vayan a estar hoy aquí, milord; a ella le hubiera gustado decirle en persona lo contenta que está trabajando para usted. Ocupando solo un par de horas al día en mantener limpio Heritage, puede acudir a las clases que imparte el pastor.

Barbara tomaba su chocolate sin dejar de observar a los dos interlocutores... y a su dama de compañía. Helen escondía el rostro tras su taza de chocolate, pero no podía disimular que no veía correcto un trato tan distendido entre los dos hombres; al fin y al cabo, Josue era un sirviente y ella bastante rígida en lo que se refería a las normas entre amos y empleados.

Volvió a centrarse en su tutor. Maine departía con su empleado de igual a igual, sin la barrera de la clase social. Otra faceta que ella desconocía y le agradaba. El adjetivo de «petulante» con que le bautizó al conocerlo, no se podía aplicar en ese momento. Josue Brown, por su parte, no daba la imagen de ingenuo hombre de campo; hablaba con fluidez, las miraba a ellas a cada poco para no excluirlas de la conversación y no cabía duda de que se encontraba bastante cómodo sentado en el salón del vizconde e intercambiando noticias con él. Le agradó su modo de actuar, lejos del servilismo de la mayoría de los subordinados, porque le recordó su propia cercanía con sus trabajadores en Escocia.

Reconfortados por el chocolate caliente y los pastelillos, le siguieron minutos después al exterior. Se abrían cada vez más claros en el cielo, el viento no soplaba y todo apuntaba a poder disfrutar de un fresco, pero inmejorable día. A Barbara le bullía la sangre en las venas ante la oportunidad de volver a sentir el poder de un buen caballo al galope.

Felicitó mentalmente a Josue al entrar en las caballerizas. El pavimento, las mamparas construidas con madera de buena calidad y los herrajes que colgaban de las paredes, relucían de puro limpio.

Sin duda los animales olfatearon la presencia humana porque del cajón más cercano a la entrada asomó la cabeza de un caballo negro de mirada inteligente, que piafó, emitiendo después un relincho que a ella le sonó a bienvenida. Se echó a reír y acortó la distancia que le separaba del box para asomarse.

—¡Dios mío, qué magnífico ejemplar!

Metió el brazo por encima de la puerta para acariciarlo, pero el caballo piafó de nuevo, volvió grupas con un gesto presumido y se fue al final del cubículo.

—Mira qué engreído —rió Helen con ganas—. Sabe que es una belleza y presume de ello.

—Dicen que los caballos acaban por parecerse un poco a sus dueños, ¿no es cierto, señor Brown?

—Eso dicen, señorita.

Barbara miró a Maine por encima del hombro y él sonrió divertido. Ella no perdía la oportunidad de lanzarle una pulla en cuanto tenía ocasión.

—Perseo está en el siguiente.

Tanto Barbara como la señora Woodman se enamoraron también del otro caballo que, contrariamente a su compañero, dejó que le acariciaran la cabeza. Tan níveo como negro era el otro, tenía unos ojos claros igual de perspicaces y su estampa era soberbia.

—Son espléndidos. ¿Los ejercita a diario, señor Brown?

—Argos da su paseo por la mañana y Perseo por la tarde, salvo que esté diluviando.

—¿De verdad me permitirá montar? —le preguntó a Maine, con una sonrisa tan radiante que él perdió el hilo de la conversación y tardó en responder.

—¿Te gustaría hacerlo ahora mismo?

—¡Oh, sí! Sin ánimo de ofender a Perseo, preferiría cabalgar con Argos; me gustan los machos fogosos.

Los labios del vizconde se fueron estirando en una sonrisa traviesa.

—¿De veras?

Barbara abrió la boca para responder, pero no le salió ni una palabra. Los ojos de color índigo de su tutor estaban fijos en los suyos, tenía la expresión de un cazador y ella se sintió como una presa. Se le subieron los colores al darse cuenta de lo que acababa de decir y, peor aún, al imaginar lo que el muy bandido había interpretado. Tergiversar las palabras se le daba a las mil maravillas, pero no se dejó amilanar.

—Muy fogosos —repuso con sarcasmo.

—Probablemente te gustará mucho más montar a lomos del ejemplar que nos ha llegado hace dos días.

Ella enarcó las cejas, disfrazó bajo un gesto hastiado su turbación y le dio la espalda para caminar muy resuelta, aunque le temblaban las rodillas, hacia el siguiente box. Al ver al animal que estaba dentro, su rostro pasó del sonrojado al blanco en un segundo, los ojos se le llenaron de lágrimas que empezaron a rodar por sus mejillas y hubo de taparse la boca para no prorrumpir en sollozos.

Porque allí, sujeto al fondo del cubículo, estaba su caballo que, de inmediato, lanzó un relincho al reconocerla.

—Cariño... —Miró a su tutor limpiándose las lágrimas con las palmas de las manos— ¿Cómo es posible?

Alan reorganizó de inmediato la frase en su cabeza: *Cariño, ¿cómo es posible?* Fue un acto reflejo que le sorprendió a él mismo y le provocó un sobresalto. Barbara Ross empezaba, sin ella proponérselo siquiera, a dirigir sus pasos. La tontería de hacer que tocaran *Amazing Grace*, lo demostraba; la locura de mandar buscar a su caballo, después de que Lili le contara sobre él, lo confirmaba. ¿Cuál sería la siguiente mentecatez que llevaría a cabo con tal de verla feliz? ¿Qué demonios le estaba pasando?

Josue abrió la puerta del box, sacó al animal y fue en busca de una silla de montar.

Barbara se acercó al caballo y le acarició el hocico, Cariño volvió a relinchar y la empujó con el morro haciéndola reír de felicidad. No fue capaz de contenerse, no pudo esperar a toda la parafernalia que suponía preparar a un caballo, desde el cepillado hasta colocarle las bridas. Necesitaba volver a sentirse un solo ente junto a Cariño, dejar que la cabalgada le soltara el cabello y disfrutar del viento en la cara. Lo había echado tanto de menos... No lo pensó y antes de que Josue volviera del guarnés apoyó el pie en un saliente de la puerta y saltó a la grupa; taconeó los flancos del caballo y este, sin dilación, enfiló hacia la salida de las caballerizas.

—¡Señorita! —gritó Helen, aterrada—. ¡Señorita Ross, vuelva aquí ahora mismo! ¡Deténgala, milord, va a matarse!

Alan y Josue corrieron hacia el exterior, llegando a tiempo de ver a caballo y amazona saltar por encima de un seto.

—Va a romperse la crisma.

—¡Condenada muchacha! —juró Alan. Volvió sobre sus pasos, abrió el box de Argos y, como hiciera su pupila, montó a pelo para salir en su persecución.

Barbara cabalgaba como una auténtica demente agarrada con fuerza a las crines del caballo. Tras ella, Maine, con el corazón en la garganta, rezaba para que su locura no acabara en un trágico accidente. El pánico por la seguridad de la muchacha no le dejaba pensar con claridad y él, imitándola, exigía cada vez mayor velocidad a Argos. Solo tenía claro que cuando la alcanzara iba a retorcerle el cuello. Maldijo su estupidez por mandar buscar al caballo, maldijo el terreno que cada vez se hacía más abrupto, y maldijo a Barbara. La vio saltar

sobre arbustos, sortear las ramas de los árboles agachada sobre el cuello del animal. Era una excelente amazona, pero hasta el más avezado jinete podía romperse la cabeza si se caía del caballo a la infernal velocidad que ella cabalgaba.

—Corre, Argos, corre —le pidió a su montura.

Barbara estaba disfrutando de la carrera como niña con zapatos nuevos. Para ella no existía el peligro, sabía hasta dónde podía dar Cariño de sí y no iba a exigirle más de la cuenta, pero mientras él aguantase la marcha y continuara saltando con su innata elegancia, no pensaba regresar a Heritage. Por primera vez desde que saliera de Escocia, se sentía realmente libre.

Volvió la cabeza cuando creyó oír su nombre.

Su tutor la perseguía montado en Argos y ella sofrenó a Cariño para esperarle; no estaría mal retarle a una carrera de vuelta a las caballerizas. Caballo y jinete parecían uno solo y ella no pudo sino admirar la espléndida estampa que formaban los dos.

Al llegar a su altura, le saludó con una inclinación de cabeza, sonriente y feliz. Sin embargo, Maine no parecía para nada contento, su rostro estaba desencajado y sus ojos tenían un brillo peligroso. No pudo ni abrir la boca antes de que él desmontara anticipándose incluso a que Argos parase, llegara hasta ella, la tomase de la cintura y la pusiera en el suelo.

—¿En qué mierda estabas pensando, Babs? ¿Te has vuelto loca? —La tenía agarrada por los brazos y la zarandeaba sin que ella pudiera hacer otra cosa que mirarle asombrada—. Nunca más se te ocurra una idiotez semejante. ¿Me escuchas? ¡¡Nunca!!

El miedo a que se cayera del caballo le había enfurecido de tal modo que no se dio cuenta de estar gritándole. Porque no solo se había sentido aterrorizado pensando en que podía sufrir un accidente. También se había dado cuenta de que, si ella moría, él...

Esperó a que dijera algo, a que se disculpara por haberles asustado a todos. Pero ella solo lo miraba aturdida.

La vio maravillosa. El cabello se le había soltado y le caía en largos bucles por la espalda; tenía las mejillas sonrosadas por el aire, los ojos brillantes, los labios

entreabiertos por la agitada respiración...

Sin pensar en las consecuencias, dejándose guiar solo por sus instintos más primitivos, la pegó a él, bajó la cabeza y atrapó su boca. Notó el tacto de las manos de Barbara en su pecho y esperó su rechazo; en lugar de eso, los brazos de ella subieron hasta rodearle el cuello y le devolvió el beso.

Ninguno de los dos supo el tiempo que transcurrió hasta que sus bocas se separaron. Se miraron un instante, pero ninguno pronunció palabra; Barbara no era capaz de articular una sola sílaba y Alan sentía que el mundo acababa de hundirse bajo sus pies.

Ella fue la primera en reaccionar, intentando comportarse como si lo que acababa de pasar entre los dos no tuviera la menor importancia. Le quemaban los labios, notaba el sabor de la boca de Alan en la suya, hubiera deseado seguir besándolo... Pero lo que no podía ser, no podía ser; tenía que olvidarse de lo sucedido.

Maine se hubiera dado de cabezazos contra un muro. ¡Por todas las calderas del infierno! ¿Hasta dónde podía llegar la enajenación de un hombre por una mujer? De haber querido ella, se hubiera humillado, le habría suplicado con tal de seguir besando su boca. Sin embargo, ella lo miraba ahora con frialdad y él se sentía un despojo.

—Babs, lo siento. Yo...

—Volvamos, milord —le pidió—. No tiene por qué disculparse, ninguno de los dos pensábamos con claridad. Tome mi respuesta como un modo de agradecerle que me haya traído a Cariño.

En Alan se despertó un acceso de rabia. Apretó los dientes para contenerse, para no volver a tomarla en sus brazos y demostrarle que no había sido un simple gesto de gratitud lo que la había llevado a colaborar en el beso. Se limitó a entrecruzar los dedos y ofrecerle apoyo para subir a la grupa del caballo; luego, saltó al suyo y cabalgaron de regreso a Heritage en completo silencio.

A llegar a las caballerizas, Josue se ofreció para enseñar toda la propiedad a las mujeres; Maine no quiso acompañarles y dio la estúpida excusa de tener que visitar al vecino cuya propiedad lindaba con Heritage. No volvieron a verle hasta la hora de la comida, en la que degustaron algunos sencillos platos a base de

queso, pollo frío y fiambres, acompañados por un clarete excepcional. Barbara, sin poder quitarse de la cabeza el beso de su tutor, habló y habló para disimular su nerviosismo; la señora Woodman intercambió algunas frases con Josue. Pero Alan apenas dijo palabra durante el resto de la velada.

Antes de partir hacia Londres, agradecieron las atenciones de Josue, Barbara le indicó un par de golosinas con las que podía ganarse a Cariño y Alan pidió a su guardés que, como siempre, le mantuviera al tanto de las novedades.

El trayecto de regreso no fue ni de lejos animado; Barbara se dedicó a mirar por la ventanilla del carruaje y lord Maine hizo otro tanto. La señora Woodman intentó amenizar el viaje, pero apenas obtuvo respuestas y, echando una mirada de reojo a ambos jóvenes, acabó por sumirse también en el silencio. Algo había pasado entre ellos, pero no era quién para meterse dónde no la llamaban.

Ante la insistencia de Charlotte, Barbara claudicó y asistió a otra de las numerosas fiestas a las que estaban siendo invitados. Le vendría bien distraerse para olvidar, aunque fuera por unas horas, lo sucedido en Heritage. Tarea imposible porque aquella noche su tutor estaba más seductor que nunca.

Como si hubieran llegado a un acuerdo, no bailaron juntos. Ella lo hizo solo dos veces, una de ellas con lord Wickford y otra con el barón de Sheringham, ambos amigos de su tutor, denegando el resto de las invitaciones con una sonrisa agradecida. Alan, sin embargo, se dedicó a mariposear entre las damas y no se perdió ni una sola danza.

Barbara hacía esfuerzos por seguir las conversaciones en las que intervino, pero le fue imposible. Su mirada se desviaba una y otra vez hacia la pista donde él, sonriente y terriblemente encantador, embrujaba a cada una de sus parejas de baile, haciendo que ella sintiera el aguijón de los celos. En su insensatez, deseó haber bailado todas las piezas con él, que solo hubiera tenido ojos para ella, que volviera a besarla... y mucho más.

Claro que eso fue antes de verle subir, del brazo de lady Vivien, al piso superior. La anfitriona les había comunicado, a su llegada, que se abrirían un par de mesas de juego, pero aquellos dos no iban, exactamente, a jugar a los naipes. La fiesta se le agrió de un plumazo; por eso, cuando él les propuso abandonarla, aceptó de buena gana. Charlotte, que daba muestras de cansancio, tampoco puso trabas.

Pasadas pues las doce de la noche y, como dictaban las normas, sin despedirse de los anfitriones con el fin de no dar pie a otros invitados a marcharse, Alan pidió el carruaje. Dada la cantidad de vehículos que salían y entraban aún al

palacete, tardaron casi quince minutos en poder subir al coche y, nada más arrancar, la anciana reclinó la cabeza en el asiento y cerró los ojos.

—¿Qué tal lo has pasado?

En la penumbra —la luz del único farolillo incidía en el rostro de Barbara, manteniendo el masculino en la sombra—, era imposible ver su expresión. Pero su voz sonaba irritada.

—¿Y usted con lady Vivien? Me pareció ver que subían al primer piso. ¿Ganaron a las cartas o había otros juegos más interesantes? —Creyó escuchar una palabrota de grueso calibre y se felicitó; quiso imaginar que el encuentro de Maine con esa mujer no había sido satisfactorio porque le irritaba sobremanera deducir otra cosa—. La velada ha estado bien y he añadido tres nombres más a mi lista de posibles esposos.

Alan no dijo nada. No estaba de humor para hacer frente a las mofas de su pupila y mucho menos a sus veladas insinuaciones sobre su desaparición con Vivien.

«¡Tampoco lo estoy para discutir sobre tus jodidos candidatos!» pensó con rabia.

Había tenido suficiente con soportar que ella estuviera rodeada de moscones durante toda la noche, por más que desestimara bailar casi siempre y lo hiciera solo con Ken y Jason, en los que confiaba. Le carcomía que cualquier estúpido pudiese acercarse a ella mientras él debía guardar las distancias.

La discusión con la hija de lord Cavenfort, además, acabó por alterarle los nervios. Vivien le amenazó con montar un escándalo si no le concedía unos minutos en privado, así que no vio otro remedio que ceder a sus exigencias. A él le importaba un pimiento si aquella loca organizaba un alboroto, pero estaban su abuela y Barbara y no quiso avergonzarlas. Lo que desde luego no esperaba de Vivien es que volviera a insistir en retomar su concluida relación ni que, prácticamente, se le echara encima para besarlo. La había apartado con auténtico disgusto y ella se puso como una fiera.

—Es por culpa de esa perra escocesa, ¿verdad? —Se lo gritó roja de furia.

—No vuelvas a dirigirte a ella en esos términos, Vivien. Y baja la voz, vas a quedar en evidencia si te escuchan.

—¡Al infierno con todos! Así que defiendes a esa maldita mosquita muerta. ¿Puedes explicarme qué ves en ella? ¿Qué ves, que yo no tenga, Alan? ¿Buscas su dinero? —Sabía que él no necesitaba la dote de ninguna mujer, pero la inquina hacia Barbara le soltaba la lengua. En vista de que él no respondía, se echó a reír— Ya entiendo: la has probado y es buena en la cama.

—Vivien... —Se adelantó un paso hacia ella con los puños cerrados.

—¿Qué? ¿Vas a pegarme? Al menos así volverías a tocarme, Alan —gimió. Se acercó, solo para ser rechazada de nuevo—. ¿Por qué no podemos volver a estar juntos? ¿Por qué no tener una vida en común, Alan? Te quiero.

—Lamento no poder decir lo mismo. Nunca te he engañado, desde el principio sabías que no podías esperar nada de mí.

—Pero esa zorra sí puede esperarlo, ¿no es cierto?

—Vivien, no voy a advertírtelo otra vez...

—Tutor de día y amante de noche —Soltó con una risa sarcástica, aunque las lágrimas empapaban sus mejillas—. ¿En eso te ha convertido esa puta, orgulloso vizconde de Maine?

De no haber tenido una férrea disciplina y considerarse un caballero, le hubiera cruzado la cara. La dejó con la palabra en la boca, hizo oídos sordos a los insultos que desgranaba a su espalda y dio un portazo al salir.

¿Qué veía en Barbara? No podía explicarlo con palabras, solo sabía que le fascinaba, que se ahogaba cuando no la tenía cerca y que su día se iluminaba cuando ella aparecía.

Una adormilada Mary les estaba aguardando al llegar a casa. A Barbara le pesó en la conciencia que la muchacha hubiera de trasnochar para ayudarlas a desvestirse. Junto a ella, tampoco Kipling disimulaba el cansancio.

—¿Lo pasaron bien, excelencia?

—Fue una velada entretenida. Gracias por preguntar.

—Váyase a la cama, Benjamin; no voy a necesitarle esta noche —ordenó Maine.

—Pero milord...

—Haga caso, hombre de Dios —le apoyó la anciana—. Imagino que mi nieto puede quitarse solo los pantalones.

Sonrojado, el mayordomo hizo una reverencia, les deseó buen descanso y se alejó pasillo adelante.

—Tú puedes hacer lo mismo, Mary; yo asistiré a su excelencia.

La muchacha, que ya estaba subiendo apresurada las escaleras, se volvió azorada.

—Pero milady... Usted sola no va a poder...

—Nos las arreglaremos.

—Yo creo que es mejor que suba y...

—¡A la cama, Mary!

La muchacha permaneció aún unos segundos sin saber qué hacer. Estaba un poco pálida, tenía las manos metidas en los bolsillos del delantal y se la veía bastante nerviosa. Terminó por descender, hacer una rápida reverencia, dar las buenas noches y marcharse a toda prisa, corriendo casi por el pasillo.

Alan se despidió de ambas, pero en lugar de subir directamente a su recámara, se dirigió a su despacho. Era un ritual que solía hacer cada noche antes de acostarse.

Un rato después, Barbara sopló las velas, cerró la puerta de la habitación de Charlotte y, ya en la galería, se quedó un instante apoyada en la madera. Después del bullicio de la fiesta, el silencio en el que estaba sumida la casa era un sedante; solo se escuchaba el suave sonido del viento azotando las ramas de los árboles del jardín.

La alfombra acogió sus pasos mientras se dirigía a su cuarto, dos puertas más allá. Tal vez por eso pudo captar el apagado ruido procedente del interior un instante antes de accionar el picaporte. Suspiró, pensando que Mary había desobedecido sus indicaciones y se disponía a prestarle sus servicios. Empujó la puerta con un reproche cariñoso en los labios, pero no llegó a decirlo en voz alta porque se quedó petrificada en el umbral.

Las velas encendidas de dos candelabros lanzaban sombras y claros en la habitación, pero fue suficiente para darse cuenta de que todo estaba patas arriba. Su pulso se aceleró y una repentina sensación de miedo serpenteó por su espalda. Lo normal hubiera sido salir de allí a escape, pero el aturdimiento hizo que diera un paso hacia dentro.

—¡Pero qué...!

Notó una presencia a su derecha. No le dio tiempo a saber más porque la empujaron con fuerza, cayó hacia adelante, se golpeó la cabeza con el brazo de una butaca y una sombra escapó como una exhalación hacia el mirador. Fueron apenas dos segundos, pero acertó a ver el rostro marcado de su atacante cuando él la miró antes de saltar.

Barbara tardó solo un instante en sobreponerse al dolor del golpe y gritar a pleno pulmón pidiendo auxilio. Quiso levantarse, pero el mareo la obligó a desistir. A gatas, consiguió llegar hasta la cama y apoyarse en ella.

Así la encontró instantes después Charlotte, que irrumpió en la habitación enfundada en su camisa de noche, con el cabello recogido en una redecilla y empuñando una pistola de arzón. Sin soltar el arma, mirando a un lado y otro, se acercó a la joven para socorrerla.

Una fracción de segundo más tarde apareció Alan, armado también. No ocultó un suspiro de tranquilidad al verlas sanas y salvas. Y nadie hubo de explicarle lo que había pasado allí, la habitación era un completo caos.

—¿Os encontráis bien?

Barbara asintió, aceptó ayuda para sentarse a los pies del colchón mientras Maine cerraba la ventana, impidiendo que las hojas impulsadas por el viento entraran en el cuarto. Luego guardó la pistola en la cinturilla del pantalón y se acercó a ellas.

De cuclillas ante la muchacha, tomó las manos femeninas entre las suyas.

—¿De veras no estás herida? ¿Y tú, *grand-mère*?

—Yo estaba ya durmiendo cuando oí gritar a Barbara.

Helen Woodman golpeó con los nudillos en el cerco de la puerta antes de entrar.

—Me ha despertado un grito... ¡Por Dios! ¿Qué ha sucedido? ¿Se encuentra bien, excelencia?

—He gritado yo, señora Woodman; lamento haber asustado a todo el mundo.

—Barbara se llevó la mano a la sien.

—¿Le han atacado?

—Alguien me empujó y caí contra la butaca.

—Tengo algo de láudano en mi cuarto —ofreció Charlotte—. No me gusta abusar de él, pero a veces la condenada rodilla no me deja dormir.

—Gracias, prefiero no tomarlo.

—Cuenta de una vez qué ha pasado, Babs.

—Oí un ruido antes de entrar. —Desvió la mirada de Maine. No estaba correctamente vestido y, aunque ella daba escasa importancia a la etiqueta, la ponía nerviosa verle sin chaqueta, con la camisa desabrochada en el cuello y las mangas dobladas por encima de los codos—. Pensé que era Mary, encontré el cuarto así y el hombre que estaba dentro me empujó. Saltó por la ventana.

—¿Pudiste verlo?

—Tiene la mitad de la cara quemada. No se me olvidará ese horrible rostro nunca —dijo sin poder disimular un estremecimiento.

Alan evaluó los destrozos en una sola ojeada: el colchón estaba torcido, la ropa de cama yacía en el suelo, los cajones de la coqueta se veían abiertos y su contenido desperdigado por el suelo; habían levantado la alfombra y sacado cuanto tenía el armario: vestidos, zapatos y cajas de sombreros forraban el suelo de la habitación.

Todo eso le importaba un comino.

Le importaba encontrar al sujeto que se había atrevido a entrar en su casa y golpear a Barbara. Si era cierto que tenía la cara quemada no sería difícil dar con él. Contrataría a cada rufián que pululase por los barrios bajos, a cada alcahueta o prostituta; gastaría una fortuna si era preciso... Pero lo encontraría.

Y luego, lo mataría con sus propias manos.

—¡*Quel désastre!* —Charlotte palpaba el chichón con cuidado—. ¿Te duele?

—Muy poco.

—Salgamos de aquí; tendrás que dormir en una de las habitaciones de invitados, esta parece un campo de batalla. Señora Woodman, despierte a Mary y que nos prepare unas tisanas. Que las lleve al saloncito azul, por favor. Voy a echarme algo por encima y bajamos ahora mismo.

—Me reuniré con vosotras en un momento —dijo Alan antes de desaparecer.

Para cuando Maine entró en el salón minutos más tarde, seguido por un Benjamin con gesto preocupado, Barbara parecía haberse tranquilizado; su

abuela hablaba con Mary y Rachel y la señora Woodman intentaba que la joven se acabara la tisana.

—Hemos dado una batida con Alfred por el jardín y los alrededores y ni rastro del asaltante.

—¿Hay alguna puerta forzada?

—La ventana de la despensa estaba entreabierta; ha tenido que colarse por ahí.

—Pero ¿qué buscaba ese sujeto? —Se preguntó Helen en voz alta.

—El Ojo de Taimir. Barbara lo sospechó; la joya no está. ¡Misèrable!

—¿Dónde lo guardabas?

—En su caja. En la coqueta.

—Por sus palabras, excelencia —apuntó la señora Woodman, aún pálida por el susto—, supongo que se trata de un objeto valioso. Si yo fuera a robar alhajas sería donde primero miraría, en la coqueta de cualquier dama; no encuentro la lógica para que revolvieran todo el cuarto.

—Es que... Es que la esmeralda no estaba en la coqueta, señorita —confesó entonces Mary, que retorció el cinturón de su bata, a punto de echarse a llorar.

—¿Cómo dices?

—Lo siento. ¡Lo siento, milady, pero todo es culpa mía! Le juro que no tenía intención de quedarme con ella. La tomé prestada un poco antes de que ustedes llegaran porque quise ver cómo me quedaba con el vestido de los domingos. No me dio tiempo a reponerla porque usted no me permitió subir y ayudarles a desvestirse. —A esas alturas la chica era ya un mar de lágrimas y se explicaba entre hipidos—. Sé que he hecho mal, milady, que no debería haberla cogido, pero ¡le juro por mi alma que iba a devolverla a su sitio!

—Está bien, Mary, cálmate —le pidió Barbara al ver que estaba a punto de sufrir un ataque de histeria.

—¿La tienes en tu cuarto? —interrogó Maine.

—Sí, milord.

—Trae ese maldito colgante. Luego, recoge tus cosas y lárgate. Esta misma noche, Mary.

La voz de Alan fue tan dura que a Barbara se le encogió el estómago. La chica lloró con más desconsuelo, agachó la cabeza y volvió a repetir entre sollozos que

lo sentía antes de salir a escape de la sala.

—No puede despedirla.

—Acabo de hacerlo.

—Pues rectifique, se lo pido como un favor personal. A fin de cuentas, no se ha cometido ningún delito.

—¿Cómo llamas tú a que haya cogido la esmeralda, por todos los infiernos?!

El grito no era para ella, era la consecuencia de haber estado reteniendo el mal humor durante toda la noche y el miedo que lo traspasó como un cuchillo afilado al haberla oído pedir auxilio. Ni siquiera era capaz de recordar cómo había llegado hasta su cuarto, solo el pánico atroz que le paralizó durante unos segundos imaginando que estaba en peligro. Nada más vocear lo lamentó, porque Barbara interpretó su salida de tono como una ofensa y se irguió igual que una leona a punto de atacarlo. La vio apretar los puños y aguardó la invectiva, pero no se produjo en voz alta; ella se le acercó y, en un tono tan bajo que solo él pudo oírlo le dijo:

—Como me aconsejó a mí: guarde sus rebuznos para mejor ocasión, milord.

Alan estaba lejos de recuperarse del sobresalto, pero el correctivo le puso en su sitio y aplacó en parte su rabia; si ella era capaz de enfrentarlo, es que estaba repuesta de la impresión. Para acabar de mortificarle, su abuela apoyó la petición en favor de la criada.

—Barbara tiene razón: no se ha cometido ningún robo. Si Mary hubiera buscado quedarse con el colgante, nada más fácil que callar y dejarnos pensar que el ladrón lo encontró. Sin embargo, ha confesado su insensatez y va a devolverla.

—Ha cometido una falta muy grave, Charlotte.

—Una falta, sí, en eso no te quitaremos la razón y Mary debe ser reprendida, pero despedirla es un castigo demasiado severo. Por otra parte, la chiquilla acaba de hacernos un favor: de no haberse comportado tan descabelladamente, el colgante habría desaparecido. Rachel, por favor, intente consolar a Mary; mañana hablaré yo con ella, le pondré los puntos sobre las íes y veré el modo de que pague por su infracción. Y ya está bien de lamentaciones, deberíamos retirarnos todos a descansar, poco más podemos hacer.

—¿Quiere que me quede con usted esta noche, señorita? —se ofreció Helen.

—No será necesario, muchas gracias. Le aseguro que ya me encuentro bien.

—Si me necesita, no dude en llamarme sea la hora que sea.

—Gracias de nuevo, señora Woodman.

—Montaré guardia esta noche, milord. —Se ofreció Kipling.

—Vaya a descansar también, Benjamin, yo me encargaré. No creo que pueda dormir.

—Como guste, milord.

A solas ya, Maine se sirvió un brandy; notó que le temblaban las manos y maldijo en voz alta. Bebió todo el contenido de un solo trago y luego se dirigió a su despacho; una vez allí, se hizo con papel y pluma y empezó a escribir a los hombres que mejor podían ayudarle.

—¿Se puede saber desde cuándo duermes con una pistola, Charlotte?

La señora Woodman se había excusado para acompañarles debido a una terrible jaqueca. Estaban por tanto los tres solos en el comedor y, como era su costumbre a la hora del desayuno, sin criados, así que Alan no esperó a saciar su curiosidad.

El hecho de que su abuela hubiera aparecido en el cuarto de Barbara empuñando una pistola, era algo a lo que había estado dando vueltas durante toda la noche. Noche que, como bien había imaginado, pasó en vela. Seguía encolerizado por el asalto a su casa, pero los estropicios se arreglarían y asunto terminado. Otra cosa distinta era que buscaran la joya de Barbara. Si lo habían intentado una vez, ¿quién le aseguraba que no volverían a hacerlo? Y ¿cómo sabían que ella la tenía? Se le atascaba el aire en los pulmones y notaba un nudo en las tripas imaginando lo que podía haberle sucedido.

Su abuela, cuyas profundas ojeras delataban también la mala noche pasada, levantó una ceja como si la pregunta fuera una completa necedad.

—¿Desde cuándo lo haces tú, muchacho?

—Eso no viene al caso.

—Explícaselo a esta torpe anciana para que lo entienda.

—Bueno... Quiero decir que no es lo mismo que yo tenga un arma en mi despacho a que tú duermas con una debajo de la almohada.

—¡Hombre, eso tiene gracia! —La dama golpeó la mesa con la palma de la mano abierta—. Supongo que no estarás queriendo decirme que tienes licencia para guardar una pistola por el hecho de ser varón.

—No tergiverses mis palabras, Charlotte.

—No lo hago.

—Lo haces. Las armas no son exclusividad de los hombres, no he insinuado nada semejante. Pero tener una implica saber utilizarla.

—Y ¿quién te dice, cachorro, que tu abuela no sepa hacerlo?

—Es posible que sepas. Sin embargo, existe una ligera diferencia: yo la usaría en caso necesario.

—A veces no sé en qué estaba pensando el Creador cuando os puso a los hombres en el mundo —se quejó, untando mantequilla en la tostada. Barbara, que había estado muy callada, escondió una sonrisa—. Para tu información, esa pistola ha sido disparada en un par de ocasiones.

—¿En la época en que Napoleón usaba pañales?

—*Ne sois pas insolent*, muchacho! —Se enfureció la duquesa viuda de nuevo, dejando el pan a un lado—. Es un arma espléndida. De 1750. Puede que algo pasada de moda, pero te aseguro que funciona a las mil maravillas y no he tenido nunca problemas para acertar en el blanco.

—¿Cree usted, milord —se inmiscuyó Barbara para cortar la discusión—, que Andrew Rushy puede tener algo que ver con el asalto?

Maine frunció el ceño, reviviendo de nuevo la rabia sorda que le produjo verla bailando con el sujeto. Barbara simulaba tranquilidad, pero casi no había desayunado y estaba pálida; ni los suaves polvos que se aplicó esa mañana, nada habitual en ella, podían disimular las sombras de cansancio bajo sus párpados ni el cardenal en la ceja izquierda. Así y todo, él la encontraba exquisita.

Carraspeó e hizo un esfuerzo por centrarse en la conversación.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Creo que, tal vez, pueda imaginar que poseo esa piedra. Mientras bailaba con él hizo referencia a que una esmeralda iría mucho mejor con mis ojos que los diamantes y me preguntó si había oído hablar de los Ojos de Taimir.

—¿Y no se te ocurrió contármelo? —Alan se alertó.

—No vi la necesidad, fue un simple comentario y decidí tomarlo como un cumplido.

—Así que no viste la necesidad de decirme que un hombre, al que acababas de conocer, estaba informado de que eres dueña de esa joya.

—No ponga en mi boca palabras que no he dicho, milord. No he insinuado nada semejante. Y no hace falta que se muestre irónico.

—Más bien estoy resentido, Babs. Por lo que estoy viendo, en esta casa se me ocultan demasiadas cosas.

—No ha sido esa mi intención. ¿A quién más le podría interesar la esmeralda? ¿Quién puede sospechar que está aquí?

—No se me ocurre nadie... salvo que la muerte de tu tío Thomas tenga algo que ver con todo esto.

—¿Cómo dice?

—Tú misma me confesaste que el fallecimiento de tu tío fue sorprendente, que no estaba enfermo.

—Sí, pero...

—Puede que esté dejándome arrastrar por la imaginación, Babs, pero... ¿No comentaste que Thomas se mostraba intranquilo y reforzó la vigilancia? ¿No dijiste que te presionó incluso para que regresaras a Viena, tal vez temiendo que pudiera sucederte algo?

Ella ahogó una exclamación y se llevó la mano a la garganta. Recordó las palabras de Cliona y se le aceleró el pulso: «*Tu tío la puso bajo mi custodia la noche antes de morir, niña, como si presintiera que iba a abandonarnos pocas horas después.*»

—¿Está insinuando que pudieron asesinarle y que ahora...?

—Y que ahora tú puedes estar en peligro, sí. Eres la heredera de Thomas Ross.

—Es posible que estés yendo demasiado lejos en tus conclusiones, Alan —indicó la duquesa viuda.

—No lo creo. Podría meter en el mismo saco de sospechosos a Sergei Varinov; ese condenado ruso es uno de los muchos agentes que llevan tiempo tras la pista de Los Ojos de Taimir. Pero, por mal que me caiga, no le veo capaz de perpetrar un crimen. El papel de villano le va mucho mejor a Rushy.

—Lo único que tenemos claro —intervino de nuevo Charlotte—, es que todo apunta a que anoche buscaban esa esmeralda.

—No puedo admitir que mataran a mi tío por ella. Y resulta absurdo imaginar siquiera que me han vigilado desde entonces; tuvieron sobradas ocasiones para

intentar robarla durante mi viaje desde Edimburgo. ¿Por qué anoche? —De repente se quedó muda y sus pupilas se dilataron—. ¡No sabían que yo la tenía hasta ahora! La esmeralda me fue entregada por mi aya, ni siquiera figuraba en el testamento. ¡Por eso entraron en la casa!

—¿Qué dices?

Barbara se sonrojó y agachó la mirada. Estrujó la servilleta en su mano mientras buscaba el modo de explicarse.

—Irrumpieron en mi casa, en Escocia. Según la carta de mi aya, la registraron a conciencia y se llevaron algunas cosas de valor.

—¿Y nos lo cuentas ahora?!

—Me intrigó y me enojó, claro, pero no lo asocié de ningún modo con la joya; pensé, simplemente, creí que había sido obra de algunos vagabundos buscando qué llevarse. Ahora, desde luego, lo veo desde otro prisma. Es muy posible que estuvieran buscando la piedra.

—Ahí tienes la respuesta, entonces. Es bastante probable que hayan estado tras su pista desde la muerte de tu tío, suponiendo que estaba oculta en alguna parte de la casa. Y también, con seguridad, alguien les ha avisado de que estaba aquí y de que esta noche regresaríamos tarde.

—Tengo total confianza en el servicio... —proclamó la joven con vehemencia— a pesar de lo sucedido.

—Eso es otro asunto del que debo estar al tanto. —Miró directamente a su abuela—. ¿Has arreglado lo de Mary?

—Se va a encargar, en exclusiva, de limpiar la plata durante seis meses. —Vio que él arqueaba las cejas, bastante escéptico—. Si te parece sanción insuficiente, intenta limpiar por ti mismo una simple tetera, muchacho.

Barbara no comentó nada sobre la punición de la chiquilla; no era excesiva para la falta cometida y si hubiera servido en otra casa ya estaría en la calle. De todos modos, no quiso dar pie a su tutor para que protestara y comentó:

—Lady Sarah me dijo que las esmeraldas proceden de la época de Iván el Terrible.

—Eso se dice. Al parecer, son los ojos de una imagen erigida en un antiguo monasterio ortodoxo en la isla de Taymyra. Si Varinov tuviese algo que ver con

el intento fallido de robo, hasta se le podría perdonar. Sin embargo, si Rushy está detrás... Es un sujeto sin escrúpulos.

—Da la impresión de que sabe algo de él que nosotras desconocemos.

—Sé lo suficiente de esa rata como para pedirte que te alejes de él si vuelves a encontrártelo.

—Así lo haré. De todos modos, me resisto a creer que una simple esmeralda tenga tanto interés como para, presuntamente, matar a mi tío, dismantelar mi casa y arriesgarse a entrar aquí a robarla. Es hermosa, pero nada excepcional; poseo joyas de más valor custodiadas en Edimburgo.

—Sea como sea —indicó Charlotte—, debes ponerla a buen recaudo hasta que decidas qué hacer con ella.

—No he pensado en venderla, si es lo que insinúa, excelencia. Y creer que pueda estar maldita, es una tontería.

—Mira, pequeña, hay cosas que pueden no entenderse, pero ahí están. A veces, una leyenda resulta más admitida que una verdad. Si hay un rumor acerca de que un objeto está maldito, puede que acabe estándolo realmente. No es nada nuevo, hasta los griegos demandaban maldiciones para sus enemigos grabándolas en tablillas de plomo y dejando estas en tumbas o cementerios. Quién sabe si los dueños de Los Ojos de Taimir no lanzaron una maldición sobre las esmeraldas cuando les fueron robadas. Y ahora, disculpadme los dos, tengo algunas cartas que escribir. —Antes de llegar a la puerta se volvió hacia ellos—. Puedo acompañarte a ver al gobernador del Banco de Inglaterra, Barbara. Sería buena idea que dejaras esa joya a su cuidado.

En cuanto quedaron a solas, Alan abandonó su asiento para acercarse a la muchacha. Ella tembló de pies a cabeza cuando él pasó los nudillos, con mucho cuidado, por el cardenal de su ceja.

—¿Te duele?

—Apenas.

—Babs, si te hubiera ocurrido algo yo...

Se puso a su espalda, sus manos se apoyaron en sus hombros, comenzó a masajearlos y a ella se le cortó la respiración. El calor que emanaban sus largos dedos se expandió desde la nuca a los riñones. Cerró los ojos y deseó más que

nada en el mundo dejar caer la cabeza hacia atrás, apoyarse en él cuando notó las manos masculinas en el cuello. La tenue caricia entibió su corazón. A pesar de sus constantes trifulcas, notaba que Alan estaba preocupado por ella. Y tenía el presentimiento de que no solo le perturbaba su seguridad por ser su tutor. Había algo más que él no dejaba entrever con claridad, pero que le llenaba de esperanza.

De repente, deseó que la besara de nuevo.

Era un pensamiento absurdo, fuera de toda lógica, pero no podía controlar que su imaginación se disparara cada vez que lo tenía cerca. Había probado su boca una vez y soñaba con poder volver a hacerlo. Abrigar esa quimera sin poder cumplirla estaba siendo un suplicio.

Alan luchaba con encono por alejarse, pero el tacto de la anacarada piel femenina lo tenía fascinado, no era capaz de pensar en otra cosa que en seguir acariciándola. ¿Qué demonios le pasaba con Barbara? Había tenido relación con unas cuantas mujeres, nunca fue un monje y le gustaba disfrutar del sexo. Pero no se liaba con vírgenes; era menos complicado acostarse con casadas hastiadas de sus maridos, viudas que solo buscaban un rápido revolcón entre las sábanas o mujeres de dudosa moral. Jamás comprometió a una dama y, sin embargo, ardía de deseo por aquella mujer a la que, para su desgracia, debía proteger de sinvergüenzas como él.

¡Valiente tutor estaba hecho cuando anhelaba, sobre todas las cosas, llevársela a la cama!

Rogó mentalmente a Barbara que se apartara de él, que le recriminase su atrevimiento. Aceptaría incluso que lo insultara pues sus dedos coqueteaban ya con la trémula carne de su escote.

En lugar de evitar su contacto, la oyó suspirar y relajarse.

Y su control se fue al garete.

La levantó, tomó su rostro entre sus manos y su boca se apoderó de la de ella, de unos labios que lo habían vuelto loco desde la primera vez que la viera.

La alarma bloqueó a Barbara durante un instante. Solo un instante. Luego, el calor de la boca de Maine, su sabor, el tacto de sus labios sobre los suyos la arrojó a una espiral de deseo que la dejó aturdida. Era lo que había estado

deseando con vehemencia. No solo aceptó el beso, sino que lo devolvió, con tal inexperiencia que hizo gemir al vizconde, lo empujó a la perdición y abrasó cada molécula de su cuerpo.

La repentina y dolorosa erección que no fue capaz de reprimir, enloqueció a Alan. Se encontró superado por un deseo tan voraz que no controlaba, sino que le controlaba a él.

Porque estaba cruzando los límites y no quería.

Porque sentía por Barbara un deseo tan grande que le asustaba.

Porque había prometido no dejarse embaucar por una mujer y, en ese momento, no era otra cosa que un tronco a la deriva.

Pero a pesar de sus dudas y de su cada vez menos férrea decisión de no dejarse hechizar por ella, profundizó el beso. Barbara emitía gemidos que lo estaban llevando al delirio, sus pequeñas manos subían y bajaban por su espalda haciendo que se estremeciera.

Ella lo deseaba.

Lo deseaba y esa convicción le dolió más que si le hubiera rechazado.

¿Qué podía ofrecerle, cuando era incapaz de amar como ella se merecía? Sus locos sueños de juventud, cuando se imaginaba compartiendo su vida con una mujer a la que adorase y tener hijos que heredarían su título y sus propiedades, quedaron enterrados junto al cuerpo de su padre.

«No acabaré como él», se repitió con fiereza, aunque esa obstinada decisión se convertía en falacia mientras la seguía besando.

—Babs... —gimió sobre sus labios.

Ella se separó un poco para mirarle a los ojos. Los suyos estaban tan brillantes que parecían a punto de romperse en mil pedazos.

—Bésame otra vez, Alan —le pidió.

Su nombre en sus labios casi le hizo llorar. Y la besó de nuevo. No podía hacer otra cosa porque ya carecía de voluntad. Mientras lo hacía sus manos ascendieron por los costados, tan inseguras como las de un muchacho, hasta envolver los juveniles pechos. Los sopesó, los acarició con delicadeza por encima de la tela del vestido, sus pulgares agasajaron la protuberancia de los pezones que se volvieron duros como puntas de diamante.

Barbara dejó escapar el gemido más sensual que él hubiera oído nunca.

—Te deseo —le confesó—. ¡Dios mío, Babs, no te imaginas cuánto! Por favor, para esta locura porque yo soy incapaz de hacerlo.

—No quiero pararla —dijo ella, mordisqueando su labio inferior—. Tengo miedo, pero no quiero que acabe.

Alan estuvo a un paso de barrer con su brazo todo cuanto había en la mesa y tumbarla en ella. No podía pensar con claridad, una especie de nube roja lo estaba llevando hacia el abismo. Necesitaba tanto a Barbara que le dolía.

Al demonio con las normas de conducta.

Al demonio con las consecuencias posteriores de lo que estaba a punto de hacer.

¡Al demonio con la promesa que hizo ante la tumba de su padre!

Quería tener a Barbara e iba a tenerla.

Gracias a Dios, la llamada a la puerta les devolvió la cordura a ambos.

Se apartaron de inmediato el uno del otro. Ella, sofocada y repentinamente avergonzada, con los labios hinchados por los besos, se arregló la ropa con toda la premura de que fue capaz; él, luchando contra el deseo de degollar a quien acababa de interrumpir el momento más sublime de su vida, le ayudó a recolocar los mechones que se habían escapado de su peinado. Con un esfuerzo titánico, se alejó hacia el otro lado de la habitación.

—Adelante.

Entró Benjamin, al que hubiera matado de buena gana.

—Me pidió que le informara sobre la entrega de las cartas, milord.

—¿Y bien?

—El vizconde de Wickford y el barón de Sheringham las han recibido en persona, milord.

Alan se maldijo por haber olvidado el encargo hecho a Kipling. Barbara no solo le empujaba a la locura, también le apartaba de sus objetivos. Eso le demostraba lo peligroso que podía ser dejarse envolver por una mujer y juró que no volvería a repetirse. Sin volverse siquiera a mirarla, porque de haberlo hecho no hubiera sido capaz de salir de allí, advirtió:

—No vendré a cenar.

—Lo están buscando.

Andrew Rushy miró de reojo a la persona que, sentada frente a él, degustaba una copa de clarete. La noticia no le agradaba en absoluto, pero sabía hacer frente a las adversidades; llevaba media vida haciéndolo y ni los hombres ni los contratiempos consiguieron dejarle en la cuneta. Hacía muchos años que se había propuesto conseguir dinero y poder y no se quejaba de sus logros. Pero quería más. Quería poseer aquella maldita esmeralda y, de paso, destruir al hombre que le llevó a la desgracia. Sí, sobre todas cosas quería acabar con el vizconde de Maine.

Estaba muy cerca de conseguirlo.

Tal vez entonces, cuando todo hubiera terminado, podría volver a dormir en paz; olvidar el modo en que hubo de ganarse cada mendrugo de pan, las deleznable compañías con las que hubo de compartir jergones repletos de inmundicia, los hombres a los que tuvo que matar para conquistar un puesto entre la escoria de los barrios bajos de Liverpool.

—Ya deberíamos tener esa joya en nuestras manos —dijo entre dientes.

—Si no te hubieras propasado con Ross, tal vez así sería. De nada sirvió, a fin de cuentas, intentar chantajearle con su sobrina.

—¡Cómo iba a saber que su corazón no resistiría! Fue mala suerte. Y de no ser por tus reservas... —se quejó.

—Entrar antes en casa de Maine suponía un riesgo que no podíamos correr. A veces, es mejor esperar.

—Estoy cansado de esperar. ¡Llevo diez largos años esperando!

—Lo haremos el tiempo que haga falta.

—Además, ahora resulta que ese idiota se ha dejado ver y, según me dices, lo están buscando. Es cuestión de tiempo que lo encuentren.

—Entonces... que no lo hagan.

Rushy observó el brillo siniestro de aquellos ojos. Eran los de alguien que quiere venganza a cualquier precio y es capaz de todo por saborearla, aunque hubiera de aguardar toda una vida. Como él. En eso estaban los dos de acuerdo, por mucho que él tuviera prisa en acabar con todo aquello y largarse de Londres. Lo tenía todo planeado y bien planeado: una vez con la esmeralda en su poder, tomaría un barco con destino al otro lado del Atlántico y allí comenzaría una nueva vida. Diría adiós a los negocios sucios y se convertiría en otro hombre, en un caballero. En lo que debería haber sido de no haber tenido a un desgraciado como padre. En lo que le correspondía de no haberse cruzado el vizconde de Maine en su camino.

La persona que estaba frente a él tenía razón: ahora importaba no dejar pistas.

—Me encargaré de él esta misma noche.

Quien había ido a avisarle asintió, dejó la copa sobre la mesa y se dirigió a la puerta.

—Esta misma noche, Andrew —dijo con voz dura.

—Sheringham. Wickford. —Cerró la puerta del camerino donde se habían dado cita.

—Maine. —Saludó el segundo.

—Chico, te ves hecho un asco —señaló Sheringham.

—Tú no te ves mucho mejor, Ken. ¿Una velada movidita la de anoche?

—No voy a negarlo; aún me duele la cabeza.

—Bien, desembucha. Tu nota parecía urgente.

—Lo es. Espero no haberos fastidiado nada haciéndoos venir esta tarde.

—Tranquilo —dijo Jason—, a mí me has hecho un favor dándome una excusa para largarme de casa. —Estiró sus largas piernas y su mirada se quedó fija en la

copa que sostenía entre los dedos.

Rowland, el único de los tres que inclinó la cerviz pasando por la vicaría, lo que sirvió de chanza a los otros dos durante bastante tiempo, no gozaba de un matrimonio feliz y sus amigos lo sabían. Se había enamorado de una mujer bellísima que, para su desgracia, resultó ser más falsa que una moneda de madera. Cada uno llevaba su vida: Jason buscaba sus propias diversiones mientras ella hacía otro tanto, eso sí, dilapidando la fortuna a manos llenas.

—Yo no tenía nada importante —apuntó el otro.

—Perfecto entonces. Os he citado por dos motivos. El primero, que rubriquéis un documento en el que ya han estampado su firma caballeros como lord Berrington y lord Silverston. No os lo he pedido antes porque habéis estado fuera de Londres.

—¿De qué se trata?

—De conseguir mejores condiciones para los hospicios y acabar con la explotación infantil.

—Y deberá ser antes de que haya una revuelta con víctimas —indicó la voz del duque de Hatfield desde la puerta.

Se levantaron los tres, Wickford y Sheringham le estrecharon la mano y luego, antes de sentarse, Conrad Chambers lanzó sobre la mesa un papel. Jason lo tomó, le echó un vistazo y dejó escapar un taco.

—Este tipo de panfletos altera los ánimos del pueblo —dijo, antes de pasárselo a los otros.

—Pero son verdades como puños y está bien que alguien se lo haga saber a la gente —asintió el barón, entregándoselo a Alan después de leerlo—. Me he desvinculado durante un tiempo de los problemas que tenemos aquí por haber estado fuera, pero es hora de que me involucre de nuevo. Firmaré lo que sea que me pongáis delante.

—La aristocracia, o sea nosotros, somos propietarios de casi el setenta por ciento de la riqueza del país. Los únicos que podemos dar una educación a nuestros hijos. —El duque se sirvió una taza de café negro—. Los pobres, por el contrario, deben abandonar muchas veces a los suyos en asilos para que, en ocasiones, sean vendidos como mano de obra a las industrias. He visto a

demasiados chiquillos trabajando en las minas. Eso, en el mejor de los casos. Los que no tienen tanta suerte, pululan por las calles prostituyéndose y engordando las bolsas de los desgraciados que los explotan.

—Quien ha escrito ese panfleto parece conocer bastante bien la situación. ¿Se sabe quién es?

—No. Pero esta mañana Londres ha aparecido empapelado, literalmente, con esas octavillas. Los ánimos están caldeados, como bien dices, Rowland. Desde hace meses hay manifestaciones y Prinny, nuestro Regente, no sale demasiado bien parado de las consignas que se vocean en ellas.

—Si hiciera más por su pueblo, en lugar de dedicarse a sus placeres...

—Necesitamos presentarle de una vez por todas una propuesta que le haga reaccionar; el descontento general puede acabar en un baño de sangre.

—¿Qué podemos hacer, además de firmar esa petición?

—Buscar más apoyos. Por de pronto, yo esta noche voy a jugar unas partidas al *ving et un* —aseguró Alan—. Si todo sale como espero, tendremos también la rúbrica del general Gotiers.

—Se ha negado en repetidas ocasiones a respaldarnos. No quiere entrar en esta guerra, imagino que para no arriesgarse a perder el favor de Prinny.

—Comprobaré entonces si le es más penoso deteriorar un poco su amistad con Jorge o el agujero que pretendo dejarle en el bolsillo.

—¡Pobre desgraciado! Contra ti es imposible ganar.

—Has hablado de dos motivos para citarnos, Alan. ¿Cuál es el segundo?

—Quiero dar con el paradero de un sujeto.

—¿Por?

—Los motivos no importan.

—Como quieras. Su nombre nos será suficiente.

—Lo desconozco. Lo único que puedo decir es que tiene medio rostro quemado. Yo empezaré mis pesquisas hoy mismo y agradeceré cualquier información que podáis conseguir los tres —incluyó a su hermano— de vuestros contactos.

Mientras tanto, en casa de Alan, Lili seguía sin poder creerse que hubieran entrado a robar, aunque se tranquilizó viendo que su amiga parecía estar

sosegada y no había sufrido contusiones graves.

—Mi tío dará con él —expresó con convicción. Acto seguido sacó un papel de su bolso y se lo mostró a Barbara—. Quería saber tu opinión, aunque ya están en la calle.

—Esto es un cañonazo —consideró Barbara tras leerlo—. ¿De veras te has atrevido a...?

—Lo he hecho. —Recuperó la octavilla y volvió a guardarla.

—Si alguien descubre que eres la autora, van a crucificarte.

—Cosa poco probable. Que me descubran, quiero decir; todo el mundo piensa que quien redacta los pasquines es un hombre.

—Hasta en eso nos hacen a un lado los varones —convino Barbara.

—Que sigan creyéndolo. Mientras, yo continuaré luchando por esa gente, sobre todo por los niños. Sucios, desnutridos, trabajando de sol a sol en minas o fábricas, entregándose muchas veces al primer degenerado que se cruza en su camino con tal de ganar unas monedas. ¿Sabes que hace cuatro años vendieron a una mujer y a su hijo, en el mercado de Croydon, por un miserable chelín? ¡Emplean a los niños desde los cinco años, por el amor de Dios!

—Son mano de obra barata —asintió con pesar—. Conozco el problema, en Escocia no es tan distinto. Llevará tiempo conseguir que las cosas cambien.

—Aquí, bastante, teniendo a la cabeza de Inglaterra a un tipo que solo piensa en comilonas, mientras aguarda la muerte de su padre para ser proclamado soberano.

—¿Puedo yo hacer algo, Lili?

—Seguir guardándome el secreto de la autoría de esas octavillas subversivas. Mi padre, mis tíos y algunos otros nobles intentan forzar al gobierno a que tome medidas urgentes, presentándole un documento avalado con la firma de nombres influyentes.

—¿Maine también?

—El primero. No es tan fiero el león, querida —sonrió—. Nosotras no podemos poner nuestra firma, así que yo peleo a mi modo. Esta noche, por ejemplo, tengo algo que hacer.

—¿Esta noche? ¿Qué vas a hacer esta noche, Lili? Me inquieta tu mirada,

seguro que es peligroso.

—Depende del prisma con que se mire. ¿Te atreverías a acompañarme?

Maine echó un vistazo a las apuestas. Había una cantidad indecente de libras sobre el tapete, pero al individuo que lo miraba con el ceño fruncido le gustaba apostar alto y él le estaba dando cuerda. Ni Ken ni Jason habían querido perderse la partida y, aunque algo apartados de la mesa, no descuidaban la atención de los envites.

La partida había conseguido reunir a un buen número de curiosos en torno a la mesa.

No era la primera vez que se aventuraba en ese juego, aunque solía apostarse uno contra uno. Esa noche, sin embargo, jugaban a tres por petición expresa del general, con el fin de hacerlo más interesante. El militar se había aficionado a ese juego en Francia, mientras luchaba contra las tropas napoleónicas, y no era la primera vez que desplumaba a algún incauto; dos noches antes el conde de Stonfield perdió contra él su precioso y amado faetón, caballos incluidos.

El *ving et un* era un juego sencillo, ni de lejos tan complicado como el *whist*: se trataba de acercarse lo máximo posible a veintiún puntos, lo que no era nada fácil.

Alan había apostado fuerte desde las primeras jugadas. Y perdido. Dos mil libras habían pasado ya a manos de su competidor y el general estaba confiado porque iba ganando; era el momento de llevar a cabo un cambio de táctica.

Levantó la cuarta carta que pidiera. Un dos. Con esa sumaba diecinueve.

—Cuatro mil libras más.

Gotiers se removi6 en su asiento y la expectaci6n de los que seguían la partida aument6. El general era un hombre de baja estatura, fuerte como un toro y de rostro anguloso que, en esos momentos, estaba perlado de sudor. No dijo nada,

solo volvió a mirar sus cartas. Lord Ashford, el encargado de repartir, esperaba. Lord Cavenfort, el tercero en discordia, apartó sus naipes.

—Demasiado para mí, Maine.

—Quedamos entonces usted y yo, mi general. ¿Qué dice?

—Deje que lo piense, pollo —masculló el militar, con ese tono barriobajero que le caracterizaba y sin disimular que el giro del juego lo descolocaba—. Déjeme que lo piense.

—Cuanto guste.

Al cabo de un momento pidió a gritos papel y pluma, firmó un pagaré y lo tiró sobre el tapete.

—Veamos hasta dónde tiene huevos para apostar, muchacho. Mil libras más, además de sus cuatro mil. Una carta, Ashford.

—Una más para mí también, por favor —pidió Alan, tras depositar el dinero.

El corazón le bombeaba como un tambor. Si perdía aquella mano iba a estar llamándose idiota durante meses; más por no conseguir la firma de Gotiers que por el montante perdido. El Regente tenía en muy alta estima las opiniones del general, al que acababa de conceder el título de conde de Pleters, de modo que si Gotiers ponía su firma en el documento, el que subiría al trono de Inglaterra como Jorge IV no haría oídos sordos a las reformas que se exigían en él.

Miró la carta. Ni uno solo de los músculos de su cara se movió, aunque notó que el estómago se le daba la vuelta. Otro dos. ¡Tenía veintiuno!

El general sonreía como una hiena ante un ciervo a medio descomponer, seguro de ir a ganar.

—Me planto.

Los murmullos se extendieron por Brooks's y los curiosos cerraron el círculo que les rodeaba.

—Me planto —dijo Alan.

Gotiers, muy ufano, mostró sus cartas: veinte puntos. Alan tardó aún un momento en voltear las suyas, haciendo que el interés de los presentes fuera mayor. Cuando por fin las dejó ver se escucharon exclamaciones de asombro y juramentos.

—Lo lamento mi general, pero yo tengo justo veintiún puntos.

—¡Me cago en los cuernos de Lucifer! —maldijo su contrincante—. ¡Joder, Maine! ¿Se puede saber cómo mierda lo ha conseguido?

—Hago trampas.

Un coro de risas acogió la broma. Gotiers sacó un pañuelo, se secó el sudor de la frente y se lo quedó mirando con cara de pocos amigos. Fue solo un momento; sabía perder como un caballero, aunque sus modos y su vocabulario demostraran que no lo era.

—Me ha dejado sin blanca, hijo.

—Si me permite que hablemos en privado, general, tal vez podríamos llegar a un acuerdo.

—¿Beneficioso para mí?

—Yo diría que sí; no me gustaría perder a un contrincante tan avezado como usted en las mesas de juego.

—Vayamos entonces a uno de los camerinos. ¡Tú, muchacho, ven aquí! —llamó a uno de los camareros—. Que nos lleven otra botella de brandy al número uno.

Barbara notaba un nudo en la boca del estómago. Seguía sin creerse que estuvieran allí, en medio de Whitechapel, el barrio más marginal de Londres donde el hacinamiento, la miseria y la delincuencia gobernaban la calle. No era una mujer cobarde, pero reconocía que estaba asustada a pesar de que cualquiera podría haberlas confundido con unas pordioseras.

Escaparse esa noche no supuso problema alguno: esperó a que la duquesa viuda se fuera a la cama, Helen hiciera otro tanto y la servidumbre se retirase a descansar. Tan pronto pudo subió a su cuarto para cambiarse. Sabiendo el lugar al que pensaba llevarla Lili, había elegido su vestido y su capa más usados. Bajó deprisa, conteniendo la respiración y salió por la puerta de servicio. Solo esperaba que a Kipling no le diera por hacer una ronda nocturna; desde el asalto, se encargaba de cerrar puertas y ventanas a cal y canto.

Lili aguardaba en un carruaje de alquiler, con Michel en el pescante, a poca distancia de la casa. Al montar, Barbara se quedó asombrada por la andrajosa apariencia de su amiga, pero no tuvo tiempo de abrir la boca antes de que la otra le pusiera un fardo de ropa en el regazo, golpeara el techo para ponerse en marcha y le dijera:

—Cámbiate.

Barbara no preguntó, se limitó a hacer lo que Lili le pedía y reemplazó sus ropas por otras que le hicieron arrugar la nariz. Al acabar se veía tan mal como su amiga. Entretanto, el carruaje se alejaba de las zonas seguras de la ciudad para adentrarse en otras cada vez más inciertas.

Pasaron junto a destartalados mataderos, fábricas, cervecerías y tabernas a la puerta de las cuales hombres ruidosos y descuidados vociferaban su borrachera,

y mujeres de apariencia derrotada intentaban conseguir sus favores. Poco a poco, se aventuraron por calles cada vez más estrechas, malolientes y oscuras.

Por fin, pararon. Lili bajó del coche y ella hizo otro tanto, estremecida, asqueada y, a la vez, sintiendo que empatizaba con quienes soportaban vidas tan miserables.

—Dentro de media hora, Michel —pidió Lili a su hombre de confianza.

—Tengan cuidado, milady. Estaré aquí mismo —prometió dando un par de toques a la culata de la pistola que asomaba por la cinturilla del pantalón.

Lili hizo sonar tres veces la aldaba de una puerta y algo después les cedieron el paso. Barbara hubiera jurado que el edificio estaba a punto de derrumbarse; el interior no era mejor que el exterior. El hombre que abrió era muy alto, extremadamente delgado, de rostro cadavérico y gesto adusto, pero sus ojos azules irradiaban humanidad.

—Dios bendiga a milady —saludó después de echar una mirada inquieta a Barbara.

—Es una buena amiga, Samuel. ¿Cómo se encuentra hoy nuestra pequeña Betsy?

El tipo negó con la cabeza y sus pupilas claras se ensombrecieron.

—No creo que pase de esta semana, milady.

Le siguieron por un pasillo estrecho y oscuro; la lamparilla de aceite que portaba Samuel apenas iluminaba los contornos. Llegaron hasta una habitación de buenas dimensiones y a Barbara se le cayó entonces el alma a los pies. En unos veinte jergones dormitaban otros tantos cuerpos. Lili fue derecha hacia el que se encontraba más al fondo, pegado al muro, donde una criatura tosía.

Barbara se ahogaba mirando a su alrededor. Todos eran niños. Era imposible determinar qué edad tendrían, pero le parecieron muy pequeños.

—Samuel, está ardiendo —oyó decir a su amiga y se acercó a ellos—. ¿No le están haciendo efecto las medicinas?

—Pagamos al matasanos con parte de lo último que nos entregó, milady, pero el muy cabrón... Perdón —se disculpó de inmediato, avergonzado—. El médico solo nos dio un frasco con jarabe que no le ha hecho nada.

—¡Voy a matar a ese hijo de perra! —imprecó Lili. Le entregó la bolsa que

ocultaba bajo su capa y se arrancó la cadena que llevaba al cuello—. Con esto tendrás para más comida y mantas hasta que vuelva a veros. Por el colgante te darán unas cuantas libras más.

—No puedo aceptarlo, milady; ya hace usted mucho por todos nosotros.

—Déjate de bobadas. Busca esta misma noche a otro médico que atienda a la niña y dáselo como pago.

Barbara se arrodilló junto a la pequeña para tocarle la frente; estaba ardiendo.

—¿Qué tiene?

—Empezó con un resfriado que se ha ido complicando, milady.

Ella se deshizo de su pulsera. Perteneció a su madre y nunca se la había quitado desde que su tío Thomas se la entregó. Era casi parte de ella, pero ante el cuadro de miseria y dolor que tenía ante sus ojos, quedársela le parecía un pecado mortal.

—Véndela también.

Se volvió de nuevo hacia la niña enferma, cuya tos ronca le hacía estremecerse. Era una criatura preciosa. Incluso con los rubios cabellos sucios y apelmazados alrededor de su carita sonrojada por la fiebre, parecía una muñeca. No debía tener más de cuatro años, aunque aparentaba menos. Un golpe de tos más fuerte consiguió despertarla y abrió los ojos. Eran tan azules como un cielo de primavera, muy hermosos, pero lo que Barbara vio en ellos fue una profunda tristeza, una desolación devastadora. Betsy le recordó a ella misma cuando tenía su edad, cuando un buen día le dijeron que sus padres se habían ido y no volvería a verlos nunca. Había hambre de cariño en esos ojos y Barbara tomó una decisión repentina.

—Nos la llevamos.

—Pero milady...

—Tienes razón —apoyó Lili—. Nos la llevamos. Volveré con más dinero en cuanto me sea posible. Las cosas van a cambiar, Samuel, te lo juro. Tened confianza.

Envolvieron a la niña en la misma manta con la que se cubría. Samuel les acompañó hasta la calle, le dio un beso a la pequeña en la mejilla e hizo intención de devolverles sus joyas. Ninguna de las dos quiso recuperarlas.

Michel bajó la escalerilla del carruaje en cuanto las vio aparecer, les ayudó a subir sin hacer una sola pregunta sobre la criatura y un momento después estaban en marcha.

Barbara estrechó a la pequeña contra su pecho y sintió el sabor de sus propias lágrimas en los labios.

—No sé cómo puedes soportar esto, Lili.

—Lo que no sé es qué vamos a hacer ahora con la niña; mi padre me mata si se entera de que he estado aquí esta noche y te he arrastrado conmigo.

—No tiene por qué saberlo. A Betsy me la llevo yo.

—Entonces será el tío Alan quien te mate a ti.

—No le tengo miedo —dijo, con una confianza de la que carecía.

Porque, en realidad, sí que temía las represalias de su tutor. Su aventura le acarrearía, con seguridad, una vigilancia más estricta; la exigua libertad conseguida, acababa de irse al garete.

Andrew Rushy acabó de anudarse la bata y saludó con una leve inclinación de cabeza a la mujer que lo aguardaba en su salón.

—Espero que no le importe que haya asaltado su casa a estas horas de la noche —se disculpó ella quitándose los guantes y tomando asiento—. ¿Me invita a una copa?

—¿Un oportó?

—Que sea algo más fuerte. Diría que no le asombra demasiado mi presencia aquí.

—No suelo asombrarme de casi nada, milady —comentó dando una ojeada al reloj—, pero sí me intriga una visita a las dos de la madrugada. ¿A qué debo el honor? ¿Tiene algún problema en el que yo pueda ayudar?

—Sé a qué se refiere; mi primo, sin ir más lejos, le debe una buena suma de dinero. Pero no estoy aquí con ánimo de que me preste nada. Al contrario: he venido para hacerle ganar una sustanciosa cantidad. —Aceptó la copa que le tendía, probó el ambarino líquido y asintió, satisfecha—. He oído que le gusta lo mejor y parece que es cierto.

Andrew frunció el entrecejo. No tenía por costumbre hacer tratos con las mujeres, salvo que se refirieran a asuntos de sexo. Lady Vivien era muy hermosa y no le pondría reparos a pasar unas horas con ella en la cama, pero no pensaba aceptar ningún tipo de negocio y dudaba que ella estuviera allí por encontrarlo encantador.

—Escucho.

—Quiero que desaparezca una persona.

—¿Es siempre tan franca, milady? —Ella se encogió de hombros—. No niego

tener negocios un tanto... turbios, podríamos decir, pero creo que está en el sitio equivocado. No me alquilo como asesino.

—Si quiere engañarse a sí mismo... Será algo fácil y puedo ofrecerle mucho dinero, además de otras cosas más... interesantes si cerramos el acuerdo — insinuó, pasándose la punta de la lengua por los labios.

—De usted solo me interesaría un buen revolcón.

Ella se echó a reír.

—Usted sí que es directo.

—La vida me ha enseñado a serlo.

—¿Y si le digo que podría señalarle como el responsable de la intrusión en casa del vizconde de Maine? No, no tengo pruebas, pero ya sabe cómo son estas cosas: una palabra aquí, otra allá... Y la Ley estaría vigilándole incluso cuando vaya al excusado. No creo que eso fuera conveniente para sus negocios.

Andrew guardó silencio un largo minuto. Aquella zorra parecía estar bien informada. Cómo le había relacionado con el intento de robo se le escapaba, con seguridad se trataba de una simple conjetura para ponerlo nervioso, pero si le daba por hablar, ahora que estaba tan cerca de conseguir su objetivo...

—No niego que ha despertado mi curiosidad.

—¿Hablamos pues de sus servicios?

—Soy todo oídos, milady.

Vestida de nuevo con sus ropas, se despidió de Lili y entró en la casa con el mayor sigilo, rezando para que la niña no llorara o comenzara a toser. Maine no tenía por qué enterarse de su escapada. Sin embargo, al doblar el pasillo se dio de bruces con Benjamin que, habiéndose quedado en vela, escuchó la puerta de servicio cerrarse y acudió de inmediato. Barbara retrocedió, asustada, con el corazón en la boca.

—¡Madre de Dios, señor Kipling! ¿No se había ido a dormir?

El mayordomo, alarmado, porque con total claridad ella llegaba de la calle, no

podía apartar la mirada de la criatura que Barbara llevaba en brazos.

—¿Señorita Ross? ¿Dónde estaba? ¿Qué ha ocurrido? ¿Quién es esta niña?

—Ya habrá tiempo para explicaciones. Ahora, me viene usted como anillo al dedo. Por favor, llame a la señora Palmer y a Mary, voy a necesitarlas. ¿Qué demonios hace levantado a estas horas?

—Espero el regreso de milord —dijo, haciendo oídos sordos a la palabrota.

—Como si no pudiera quitarse los calzones sin su ayuda —rezongó ella, adentrándose en la cocina.

—No es eso, señorita. Su administrador vino pasadas las doce, haciéndome salir de la cama y ha dejado unos documentos importantes que debe firmar. Prefiero esperar a que llegue a casa antes de tener que despertarlo a primera hora de la mañana.

—Por favor, llame a Rachel y a Mary —volvió a pedir ella—. Y necesito que vaya a buscar ahora mismo al doctor Penrose. Sáquelo a rastras de la cama si es necesario, pero lo quiero aquí lo antes posible.

—¿Quién es la niña? ¿Está enferma? No será nada contagioso...

—¡Por favor, Benjamin!

—Está bien. Pero va a tener que dar muchas explicaciones a milord —murmuró antes de salir con premura para hacer el encargo.

Demasiado sabía ella que iba a tener que darlas. Un montón de ellas. A ver qué le contaba a su tutor porque, lo que estaba claro, es que no podía decirle que Betsy había caído del cielo. Se iba a descubrir todo el pastel y, con total probabilidad, iba a tener que soportar una buena bronca. Eso sí, no pensaba delatar a su amiga. Si tenía que cargar sola con las culpas, lo haría. Y pasara lo que pasase, el bienestar de la niña era lo primero.

Acostó a Betsy sobre la mesa de la cocina y buscó la leche. Estaba encendiendo la lumbre cuando hizo su aparición Rachel, envuelta en una gruesa bata y con el cabello repleto de bigudíes. Mary le pisaba los talones, con apariencia bastante semejante. Ambas se quedaron paradas en la entrada, por completo confusas.

—Rachel, prepare usted un vaso de leche con miel. Mary, pon agua a calentar y trae uno de los barreños. ¡Vamos, que es para hoy!

Betsy comenzó a toser y, como si hubiera sido el aldabonazo de salida, ambas mujeres se pusieron en movimiento. Mary encendió el fuego, puso una olla a calentar y salió a escape de la cocina, regresando un minuto después con dos mantas y el barreño. Colocaron una de las mantas a modo de colchón, cerca de la lumbre y arroparon a la niña con la otra, tirando a la basura la que traía. Rachel, por su parte, preparó la leche, aunque se tomó la libertad de cambiar la miel por un chorrito de líquido de un frasco marrón que sacó de una alacena.

—Un remedio casero para la tos —informó, cuando Barbara la interrogó con la mirada—. Raíz de malvavisco, eucalipto, anís e hinojo. Esta criatura está ardiendo.

Les costó que la pequeña ingiriera la leche, pero el efecto se notó casi de inmediato. Volcaron el agua caliente en el barreño, la templaron con fría y ninguna de las tres dijo palabra mientras desvestían a Betsy, la metían en el agua y la bañaban. Le lavaron el cabello, se lo secaron y luego Rachel le dio unas buenas friegas de alcohol por todo el cuerpo. Limpia y calentita, la pequeña se durmió en el regazo de Barbara.

—¿De dónde la ha sacado, milady? —interrogó Mary, recogiendo ya todo.

—De otro mundo. De un mundo de hombres vencidos, mujeres hundidas y niños hambrientos.

El reloj del vestíbulo daba las tres de la madrugada cuando Kipling, seguido de cerca por un sujeto alto y fuerte como un armario, que presumía de imponente mostacho, entró en las dependencias.

Penrose era el doctor de la familia Chambers desde hacía años, no era la primera vez que lo sacaban de la cama a media noche para atender alguna urgencia. Rápidamente se dio cuenta del problema y, sin objeción alguna, se hizo cargo de la niña. La examinó de arriba abajo, palpando su garganta, su vientre, mirando sus ojos, auscultándola y probando sus reflejos.

—¿Es tuberculosis? —pregunto Barbara, sin disfrazar su temor.

—Nada tan peligroso, solo se trata de un fuerte resfriado, aunque podría derivar en bronquitis si no se cuida. Imagino, señora Palmer, que le ha administrado ya esa pócima del diablo de la que hace uso cada vez que alguien estornuda.

—Por descontado, doctor. Hace milagros, de modo que pienso seguir teniendo reservas para este invierno. Le hemos bajado la temperatura con friegas de alcohol.

—A veces no sé ni para qué me llaman —gruñó él, aunque dejó entrever una media sonrisa satisfecha—. Bueno, siga dándole ese brebaje. Y tres gotas de este otro, disuelto en agua, cada seis horas. —Sacó un frasquito de su maletín y se lo entregó—. Que descanse y, sobre todo, que se alimente bien; no hay nada mejor para lo que tiene. En pocos días estará correteando por ahí.

—Gracias, doctor, es usted un tesoro. Le agradecería que no dijera nada de esto a lord Maine.

—Si lo cree imprescindible...

—Por favor.

Penrose asintió. Al fin y al cabo, a él ni le iba ni le venía lo que sucediera allí, se limitaba a cumplir con su cometido.

—Le acompaño, doctor.

—No se moleste, señor Kipling, conozco la salida. Buenas noches. Si nuestra enfermita empeorase, no duden en volver a llamarme.

Una vez el médico se hubo ausentado, Mary se hizo cargo de la niña.

—Dormiré conmigo, milady. Le avisaré si hubiera algún problema.

—Te lo agradezco. Se lo agradezco a todos, de verdad. Ahora, intenten descansar. Usted también, Benjamin; yo esperaré la llegada de lord Maine.

—Es mi obligación, señorita.

—Me sería imposible conciliar el sueño ahora, lo digo de veras. Sería una tontería que ambos estuviéramos en vela. Les doy las gracias de nuevo. Sé que les estoy pidiendo mucho, pero hasta que piense qué hacer con Betsy les rogaría que nadie, fuera de estas dependencias, supiera de su estancia en la casa.

—Cuenta con ello, señorita —afirmó el ama de llaves—. Al área de servicio no viene nadie, salvo usted.

—Los documentos...

—Milord los firmará en cuanto llegue, señor Kipling, le doy mi palabra. ¿Dónde están?

—En el despacho de milord; dejé la carpeta sobre la mesa.

El mayordomo dudó un segundo más, pero a sus años no llevaba bien pernoctar, la joven parecía bien dispuesta y se dejó vencer por la razón.

Barbara dio un beso a Betsy en la mejilla, comprobando que su piel estaba más fresca. Dedicó una última sonrisa a los tres sirvientes y se dirigió al despacho de su tutor. Sabía que, como era su costumbre, pasaría por allí antes de irse a acostar, fuera la hora que fuese. Antes de abrir, sin embargo, dudó un instante recordando el cuadro que colgaba tras la mesa. Sintió un escalofrío, pero no era momento para tonterías, de modo que entró y prendió las velas de dos candelabros. Bajo la tenue luz, volaron sus ojos al cuadro sin poder remediarlo. A pesar de su hermosura, había algo en las pupilas de la mujer pintada que conseguía ponerla en guardia.

Con esfuerzo, se olvidó del óleo, tomó el libro que descansaba en la esquina de la mesa y se acomodó en el sillón, dispuesta a pasar el rato. El tema era aburrido y a cada poco se le iba la atención a la carpeta roja. Acabó por dejar el ejemplar a un lado y la abrió. No tenía nada de malo echar un vistazo a los documentos que debería firmar su tutor, ¿verdad?

Media hora después, estaba tan asombrada que no podía digerir tanta cifra. Sin duda alguna, los negocios de Maine iban viento en popa: un astillero en Virginia, minas en Cardiff, dos barcos mercantes, cría de caballos, un casino en Viena... No era extraño que él pudiese llevar una vida tan acomodada, el dinero le entraba a manos llenas. ¿Y ella se creía una pequeña potentada por dirigir su fábrica de maderas?

Alan llegó a su casa a eso de las cinco de la madrugada, recordando machaconamente la fugaz conversación con Varinov, justo cuando se disponía a abandonar Brooks's tras despedirse de sus amigos. Con total posibilidad, la euforia por haber conseguido la firma de Gotiers le restó reflejos para negarse a su pedido.

—¿Puedo acercarle a su casa?

—Tengo mi propio carruaje, gracias —repuso en tono agrio, tomando la capa que le ofrecía uno de los empleados del local. El ruso parecía querer decirle algo y no saber cómo hacerlo—. Escupa de una vez, hombre, es tarde y quiero irme.

—Quería pedirle permiso para invitar a su pupila. Le he enviado un par de notas, pero parece remisa a aceptar mi compañía.

—¿De veras?

—Si está interesada en algún otro caballero, me haré a un lado, desde luego.

—No lo está.

—¿Tengo entonces su permiso para invitarla a salir?

—Haga lo que quiera, Varinov —concedió de mala gana.

Estaba cansado y sin ganas de alargar aquella estúpida conversación. Ahora, lamentaba haber dado su visto bueno. Porque cualquier hombre que se acercara a Barbara le hacía sentirse intranquilo, suspicaz y, no podía negarlo, celoso. Sí, celoso. Aun sabiendo que no tenía derecho a impedir que ella se interesara por algún caballero, la sola idea lo soliviantaba. Desde que la besara no hacía otra cosa que soñar con repetir la maravillosa experiencia de probar sus labios.

Se reconvino por pensar así. Él había jurado no casarse, no consentir que el amor por una mujer le volviera un idiota que bailara al son que ella marcara; sin

embargo, deseaba a Barbara. No era justo para ella porque, por mucho que hubiese hablado con ironía sobre el tema, él había adivinado en sus ojos que quería un matrimonio por amor. No pudo disimularlo cuando le habló de sus padres, de cómo les recordaba y lo que su tío Thomas le contase sobre el cariño que se profesaban.

Sí, ella quería amor.

Pero él no podía dárselo.

Solo podía ofrecerle un flirteo más o menos duradero, que tarde o temprano debería finalizar.

A pesar de todo, no podía dejar de pensar en ella, cuando estaba cerca se le olvidaba cualquier problema y si escuchaba su risa se sentía dichoso. Mirándola, hasta podía creer que también para él podría existir un futuro.

Tenía que poner distancia.

Sí, fuera como fuese tenía que poner distancia entre los dos.

Hasta que ella encontrara un marido al que, sin duda, él desearía matar por llevársela.

Cuando entró en el despacho, por tanto, su humor era tormentoso. Agradeció que hubiera un par de candelabros encendidos y que en la chimenea crepitara el fuego. El bueno de Kipling, siempre tan pendiente.

Por un momento, como siempre hacía, se quedó mirando el cuadro y su gesto se agrió aún más. Dejó capa, sombrero, guantes y bastón sobre uno de los sillones, se quitó la chaqueta y la corbata, se desabotonó el cuello de la camisa y se remangó. Después de servirse la que sería la última copa del día, se acercó a la mesa.

Entonces la vio y el corazón le dio un vuelco doloroso en el pecho.

Barbara yacía dormida en el sofá. Parecía una niña, en posición fetal y los brazos abrazados a un cojín. Su rostro exhalaba paz, sus largas pestañas formaban sombras en sus mejillas, tenía los labios entreabiertos. Un mechón de su flamígero cabello caía sobre su rostro.

Era preciosa. La mujer más bonita que hubiera conocido nunca, y había conocido a unas cuantas. No pudo evitar acercarse a ella y tomar esa suelta guedeja entre sus dedos. Seda pura. Le hubiera encantado hundir sus manos en

esa melena brillante y suave.

Anonadado —y asustado— por el impetuoso deseo que Barbara despertaba en él, se acuclilló frente a ella. Podría pasarse allí toda la noche mirando cómo dormía, alimentándose de cada suspiro que ella dejaba escapar, maravillado con ese atisbo de sonrisa que aparecía a cada poco en sus labios. ¿Con quién soñaría?

¿Y qué demonios hacía allí?

De pronto, ella se removió, inquieta en su sueño. El gesto placentero se permutó en otro inquieto y abrió los ojos de golpe. Dio un bote en el sofá al encontrar a su lado justo al hombre con el que había estado soñando. En su quimera, Alan la estrechaba en sus brazos, le susurraba palabras de amor, la besaba.

—Buenas noches —saludó él.

Se sentó derecha, recolocó los mechones que escaparan de su peinado y se estiró la falda. El rubor le cubrió las mejillas al mirarlo. Su tutor estaba tan atractivo que se le hizo la boca agua; en su desaliño, resultaba avasallador.

—Buenas noches, milord.

Alan no ocultó su fastidio al escucharla llamarle, una vez más, de ese modo.

—¿Alguna razón de peso para no utilizar la cama?

—Los documentos.

—¿Qué?

Ella se aclaró la garganta, repentinamente seca. Le costaba trabajo concentrarse en lo que tenía que decirle porque los ojos, sin remedio, se le iban a la piel descubierta de su cuello, a sus desnudos antebrazos, a la musculatura que se adivinaba bajo la ajustada camisa de lino, a la tela tirante del pantalón sobre sus muslos. Hasta ella llegaba el suave aroma a limón y a brandy, una mezcla que la desestabilizaba. Se controló para no dejarse arrastrar por su magnetismo.

—Su administrador dejó unos documentos que vendrá a recoger a primera hora de la mañana. Tiene que firmarlos. Están en esa carpeta roja.

Alan frunció el ceño, se puso en pie para acercarse a la mesa y, durante un buen rato, estudió los papeles. Ella, deseando irse, pero decidida a hacerle ver la importancia de algunos, permaneció de pie, muda. Puso las manos a la espalda para esconder su nerviosismo.

«¡Dios, qué guapo es!».

Alan la miraba de hito en hito mientras leía y ella se sentía cada vez más intranquila. El silencio se le estaba haciendo insoportable.

—Creo que los más urgentes son los de la mina —se atrevió a indicarle—. Esas familias podrían quedarse en la calle. El resto, me ha parecido, no requieren tanta urgencia. De todos modos, no estaría de más que estudiara una rebaja en el precio de... —Se mordió la lengua cuando él cerró la carpeta de un golpe seco.

—¿Perdona?

—Lamento... Lamento haber fisgado, pero no tenía otra cosa que hacer mientras aguardaba su regreso.

Alan se pellizcó el lóbulo de la oreja. Estaba anonadado. Ella no se conformaba con que la hubiera permitido seguir llevando el control de su fábrica, además se atrevía a mirar sus documentos y, lo que era más gracioso, a aconsejarle sobre sus negocios.

—Pago un buen salario a mi administrador para que se encargue de estos asuntos.

—Lo imagino. Es solo que he creído conveniente...

—Se agradece tu interés.

—Le he molestado y lo siento, milord. Creo que será mejor que me retire.

La vio caminar hacia la puerta y una sensación de desamparo lo embargó. Quería que ella se quedara. Necesitaba su presencia más que el aire que respiraba. Le importaba un pimiento si discutían de finanzas, de política o del maldito tiempo; hasta podían charlar sobre costura si ella se lo pedía, pero precisaba que no se alejara.

—Espera.

Ella se volvió, con la mano ya en el picaporte de la puerta.

—¿Sí, milord?

—¡Por todos los infiernos, mujer! —Rodeó la mesa para acercarse a ella—. ¿No puedes dejar ni una sola vez de interponer el puñetero «milord» o el condenado «lord Maine» como si fuera un ariete de asalto?

—¿Cómo dice?

—Siéntate, por favor.

—Es muy tarde.

—Por favor —insistió, con un tono de voz que hizo que a ella le temblaran las rodillas.

Ocupó de nuevo el sofá, entrelazó los dedos sobre la falda y bajó la mirada hacia la punta de sus zapatos.

—¿Tan difícil te resulta mirarme a la cara?

Barbara renegó una vez más de la desatinada decisión de su tío al enviarla allí. Claro que le resultaba espinoso mirarle de frente.

Porque cada vez que lo hacía quería lanzarse sobre él y besarlo hasta quedarse sin aliento.

Porque volver a probar su boca era el delirio que le impedía dormir.

Porque, condenada fuera su alma, se estaba enamorando de él como una mema.

Eso no era correcto. Tampoco la llevaba a ninguna parte. Alan no era de los que se casaban y ella, por mucho que le hubiera hablado de «comprar» un marido arruinado, deseaba una familia real, no un simple documento firmado para que cada uno llevase luego su vida. Quería tener hijos que tuvieran sus ojos y su cabello. Quería que la amase como ella había empezado a amarlo. ¡Qué loca ilusión!

—Babs... ¿Me estás escuchando?

—Sí.

—Entonces, mírame. —La tomó de los hombros para ponerla en pie y, con un dedo bajo su barbilla, la obligó a levantar la cabeza.

Al hacerlo, un escalofrío de placer la recorrió desde la nuca hasta los tobillos. Lo deseaba. ¡Dios, cómo lo deseaba! Intentar no sucumbir a ese sentimiento la estaba matando.

—Debería firmar los documentos de la mina, milord.

—¡Por el alma podrida de Satanás! —bramó él. Se alejó de ella para acercarse a la mesa, tomó los documentos, estampó en ellos su firma y los tiró a un lado—. Firmados.

Ella estaba tan cerca, olía tan bien, se la veía tan nerviosa. Notaba que no le era indiferente, que temblaba cada vez que se acercaba a ella, cada vez que la miraba. Evocó los momentos sublimes del baile, sus besos y su cuerpo reaccionó

sin proponérselo. ¿Por qué las normas sociales eran tan absurdas? ¿Por qué no estaba bien visto que un tutor se sintiera atraído por su pupila? Quería seducirla, enseñarle mil cosas sobre el sexo, que gritara de placer en sus brazos, que dijera mil veces su nombre en medio del éxtasis. Quería verla desnuda, entregada y húmeda para él, con las mejillas encendidas, los labios inflamados por sus besos, su glorioso cabello esparcido sobre las almohadas y mirándole con deseo.

Imaginar a Barbara en su cama, le trastornaba.

No le costaría trabajo seducirla, lo intuía.

Pero no podía hacerlo.

No debía hacerlo.

Debía abandonar esos pensamientos. Mancillarla, para dejarla luego, envilecería a Barbara, a la memoria de Thomas y a él mismo. Pero si ella seguía un minuto más allí, no respondería. Por tanto, pasó a su lado, abrió la puerta y la instó a marcharse.

—Que descanses.

Barbara vio el momento que ni pintado para escapar. Su cabeza le pedía salir huyendo, aunque su corazón le pedía quedarse y su cuerpo, traicionero y lujurioso, hacía que soñara con entregarse a él, saciarse de su fuerte cuerpo y de su boca. Fue un instante de enajenación que se evaporó, gracias a Dios, con rapidez. Sin despedirse siquiera, abandonó la biblioteca y echó a correr hacia las escaleras, que subió sin aliento.

Alan cerró, se dejó caer contra la puerta y de su garganta escapó algo parecido a un sollozo de frustración.

Tenía que olvidar lo que había pasado. Para ello, se centró en los presentes que seguían llegando: le gustó especialmente la cajita de música enviada por Sergei Varinov, que solicitaba una cita.

Alan parecía haber tomado la misma decisión: echar en el olvido los instantes en que ambos estuvieron a punto de traspasar los límites. Durante tres días, desayunó en su recámara y no se presentó ni a las comidas ni a las cenas, sin dar explicaciones.

Barbara acabó aceptando algunas invitaciones tras pedir su consejo a la duquesa viuda, que le indicó los caballeros más convenientes. Vincent también la invitó a salir, a lo que no puso inconvenientes porque el menor de los Chambers era divertido y hacía que se olvidara de los problemas. Helen Woodman, además, la dejaba más libertad con él que con los restantes acompañantes, a los que se pegaba como una lapa.

Sí, su tutor parecía no querer cruzarse con ella. Sin embargo, durante su primera salida por Hyde Park se lo encontró de frente y él se limitó a saludar inclinando la cabeza y lanzando una mirada asesina a su acompañante; en la siguiente salida, cuando estaba tomando un té en un local recién abierto, en compañía de lord Weston, entró él y ocupó otra mesa. No dejó de observarla durante todo el tiempo y a ella se le atragantaron las pastas; en la ópera, ocupó el palco que quedaba frente al de ella, no atendió ni una sola vez a lo que sucedía en el escenario y le chafó la diversión. Se dio de bruces con él junto al Serpentine, en los Jardines de Vauxhall y hasta en plena Bond Street.

Barbara no creía en las casualidades porque, además, eran ya demasiadas. Su tutor la espiaba descaradamente, como si no tuviera suficiente con llevar pegada

a sus faldas a Helen. Ni siquiera intentaba disimularlo el muy cretino.

Por un lado, la irritaba darse de bruces con él a cada paso, haciendo que se pusiera nerviosa y no atendiera con corrección a sus acompañantes, más preocupada por él que por el caballero de turno. Por otro, empezaba a buscarlo entre la gente cuando no lo veía y una sensación cálida se anidaba en su pecho al descubrirlo, imaginando que estaba comido por los celos.

Pero lo más grave no era eso; lo que más la inquietaba era que Charlotte empezaba a sospechar. De un modo u otro la situación resultaba bastante incómoda, por lo que esa noche, al saber por Kipling que estaba en casa, se armó de valor y llamó a la puerta de su despacho.

—Adelante.

—Lord Maine, ¿podemos hablar?

—Estoy ocupado.

—Será solo un momento.

—Estoy ocupado —repitió, levantando un segundo los ojos de los papeles que revisaba.

De inmediato se maldijo por haberlo hecho. Barbara llevaba puesto un sencillo vestido de color marrón que no le favorecía en absoluto, el cabello recogido en un soso rodete sobre la coronilla... pero era lo más dulce y bonito que recordaba haber visto nunca; su sola presencia lo excitó.

—Si necesitas alguna chuchería, cómprala y que la carguen en mi cuenta. Si quieres mi permiso para otra cita, lo tienes.

—Sobre mis citas quería hablarle.

—Deberá ser en otro momento. Ahora, por favor, déjame solo.

Ella dio un paso adelante, decidida a aclarar las cosas.

—No voy a irme hasta que...

—¡Márchate!

«Márchate, mujer, o voy a levantarme de esta silla y besarte hasta que pidas clemencia».

La aspereza con que le ordenó salir hizo que Barbara sintiera una rabia sorda. ¿Qué diantres había visto en ese hombre para creerse enamorada de él? No era más que un orgulloso memo que no dejaba de dar órdenes. Lo enfrentó con el

mentón alzado y los ojos lanzando chispas de indignación.

—Sea, milord. Si es lo que quiere, me voy. A fin de cuentas, nunca me agradó demasiado hablar con un pollino sin educación. No volveré a dirigirle la palabra hasta que me pida disculpas.

—¿Disculpas? —Eso pareció captar su atención.

—Me ha oído perfectamente. Le he hablado a usted con corrección, pero es un grosero y lo menos que puede hacer es excusarse.

—Entonces, espera sentada.

Durante unos segundos, se retaron con la mirada. Luego, ella dio media vuelta y el portazo al cerrar hizo temblar hasta los cimientos.

Alan dejó lo que estaba haciendo, era imposible concentrarse ya en los documentos porque en su cabeza estaba ella y solo ella. No debería haberla dejado ir así, hecha un basilisco; debería haberla envuelto en sus brazos, pedirle perdón como ella deseaba, por ser tan descortés. Hubiera sido más fácil explicarle que le estaba volviendo loco, que la deseaba de un modo feroz, que... Solo había callado y la había dejado marchar. Estaba claro que no tenía remedio: era un cretino de pies a cabeza. Luego, recordando que ella le había exigido disculparse, le regresó el mal humor.

—Si será cabezota... —farfulló en voz alta.

Barbara hablaba en serio al decir que no tenía intenciones de volver a dirigirle la palabra y lo comprobó en días siguientes, al ir encontrando sucesivas notas en su despacho. La primera le resultó divertida:

«Milord: El señor Kipling adolece de la pierna derecha; debería trabajar menos. B.».

Y el vizconde de Maine se encontró interesándose por la molestia de su mayordomo y ordenándole que visitara a Penrose y se tomara unos días de asueto en sus obligaciones.

La segunda nota, le hizo pensar que su pupila estaba mal de la cabeza:

«Milord: Pido su permiso para salir a merendar con el barón de Shellat. B.».

La tercera, que empezaba a pasarse de la raya:

«Milord: Uno de los chiquillos de Jodie está resfriado. Si le da unos días de permiso pagados, yo ocuparé su lugar en los quehaceres de la casa. B.».

Rara era la mañana o la tarde en que Alan no encontraba una de aquellos enojosos escritos. Se limitaba a leerlas, atravesar a Barbara con la mirada cuando se cruzaba con ella... y a cumplir como un majadero sus solapadas exigencias: le dio permiso, por medio de Kipling, para salir de merienda; mandó al doctor Penrose a casa de Jodie y le concedió algunos días de permiso a la sirvienta. Se estaba comportando como un papanatas, lo sabía, pero intentaba que reinara de nuevo la armonía en su casa porque hasta su abuela había tomado partido por Barbara. Su vida estaba patas arriba.

Eso sí, podían ahorcarle, pero no se rebajaría, bajo ninguna presión, a pedirle disculpas a su pupila.

Durante su recuperación, consiguieron mantener la presencia de la niña en secreto, recluyéndola en las dependencias del servicio, con cuidado de no dejar nunca abierta la puerta que daba a la parte principal de la casa. Kipling no había estado de acuerdo desde el principio en que la pequeña se quedara allí sin que lord Maine estuviera al tanto, pero se preocupó de comprarle camisón, bata y unas zapatillas; hasta le contaba cuentos cuando Rachel y Mary estaban ocupadas, y se le notaba encantado con ella. Mary, por su parte, le regaló una muñeca confeccionada a partir de telas viejas, lana y unos botones grandes a modo de ojos y boca, a la que Betsy llamó Dolly. Jodie, la nueva criada, una mujer madura que tenía ya cuatro vástagos, tomó cariño a la pequeña y le hizo una toquilla de ganchillo. Incluso Albert, el lacayo, le compró cintas para el cabello.

Pero esa tarde, la chiquilla decidió que ya estaba aburrida de estar encerrada y era tiempo de explorar. Burlando la vigilancia, escapó de la cocina; para cuando

quisieron darse cuenta y salir tras ella, la niña trotaba a sus anchas vestíbulo adelante.

Alan hubo de dar un salto para evitar ser arrollado por un torbellino que no pasaba tres palmos del suelo, y apartarse después, cuando Mary pasó a su lado como una flecha, le hizo algo parecido a una reverencia sin pararse y se perdió tras la niña. Su ama de llaves llegaba después, sofocada, con las mejillas enrojecidas, resoplando como un fuelle, sujetándose las sayas y dejando ver sus gruesas medias de lana.

Al final del pasillo se escuchó la risa cantarina de la criatura.

—Disculpe, milord —creyó escuchar que decía Rachel, antes de desaparecer tras las otras.

Diez minutos después todos, sin faltar uno de los habitantes de la casa, estaban reunidos en la biblioteca por orden expresa de Maine. La duquesa viuda, sentada en un sillón, acompañada por la señora Woodman; el resto, de pie ante el vizconde. Barbara, con la pequeña en brazos, entró decidida a explicarle a su tutor que la culpa de todo era solo suya, pero él no le dio opción al empezar con el interrogatorio.

—Charlotte, ¿sabías algo de la presencia de esta niña?

—No. Y me irrita que me hayan dejado al margen.

—¿Señora Woodman?

—Por supuesto que no, milord.

Confirmado lo que ya imaginaba, Alan apoyó la cadera en la mesa y cruzó los brazos sobre el pecho, en una postura tan dejada como intimidatoria.

—Señor Kipling, se supone que le pago para algo más que dirigir mi casa y ayudar a ponerme la chaqueta. Imagino que tendrá algo que decir.

—Nada, milord —repuso el mayordomo, bajando la mirada.

—Albert, Jodie...

Ambos agacharon la cabeza sin saber qué contestar.

—Señora Palmer...

—Bueno —se adelantó hasta ponerse junto a Barbara, demostrando de ese modo que no iba a dejar que cargara con toda la culpa—, no podíamos dejar a esta niña en la calle.

—Pero sí podía haberme puesto en antecedentes.

—No lo creí necesario, milord.

—¿No lo creyó necesario? ¿Ninguno lo creyó necesario, siendo esta mi casa?

—Usted no pisa el área de servicio, milord. No queríamos molestarle.

—¡Vaya! Eso me tranquiliza bastante —ironizó—. En cuanto a ti, Mary, es la segunda vez que me fallas en pocos días.

—Lo lamento, milord.

—No esperaba de ninguno de ustedes una actuación semejante. Nada menos que guardarme secretos en mi propia casa. —Comenzó a caminar de un lado a otro—. Una falta de consideración imperdonable. ¿Qué debería hacer yo ahora? ¿Ponerles de patitas en la calle a todos? Pago bien, su trabajo no es excesivo y no exijo demasiado. A cambio, solo pido que...

—Termine su soliloquio, lord Maine —le cortó Barbara. La pequeña no paraba de revolverse entre sus brazos y acabó dejándola en el suelo. De inmediato, Betsy se agarró a sus faldas asomando su cabecita tras ellas—. Ninguno de sus empleados tiene la culpa de nada, yo traje a la niña y yo les rogué que guardaran silencio.

—Pedir que no te enfrentes a mis decisiones, es como pedir la luna, ¿verdad, Babs?

—Solo me opongo a las medidas insensatas. Y a amenazas que no se van a cumplir, porque dudo mucho que quiera prescindir de un personal leal, que le sirve casi con adoración. Permita pues que se retiren y sigan con sus quehaceres, yo le explicaré todo. Si después de escucharme decide que haber sacado a la niña de Whitechapel es como para echarme a los lobos, con mucho gusto regresaré a Escocia, que es lo que estoy deseando, dicho sea de paso.

La duquesa y la señora Woodman dejaron escapar exclamaciones al escuchar el barrio; Alan perdió el color.

—¿Has dicho Whitechapel?

—Supongo que no está familiarizado con esa parte de la ciudad, no es frecuente ver por allí a caballeros distinguidos.

—Qué. Hacías. Allí. —Separó cada palabra encajando los dientes.

Podía haberse tragado un palo, por lo envarado que estaba, con las manos

convertidas en puños que apretaba contra las caderas. Al contrario de lo que ella suponía, Maine conocía muy bien la zona. Demasiado bien, incluso. Imaginarla a ella caminando por las estrechas y malolientes calles, donde podían haberle cortado el cuello después de robarle hasta los calzones y violarla, hacía que perdiera la capacidad de raciocinio y deseara ser él mismo quien le rebanara el cuello. Aquella mujer iba a acabar con su salud mental.

—Eso es cosa mía.

—De todas las imbecilidades que podías haber hecho, has elegido la más disparatada. ¡Ni siquiera puedes sospechar lo que se cuece en esas calles, mujer!

—¿Acaso que la gente se muere de hambre? —le rebatió altanera—. No hay nada que pueda decirme que no haya visto, milord. La niña estaba tan enferma que hubiera muerto de haberla dejado allí.

—Whitechapel es una zona donde mandan los bandidos, los criminales y los traficantes. Lleno de prostitutas. —Al escucharle, Charlotte y Helen Woodman soltaron otra exclamación.

—Exactamente.

La voz masculina, ronca y sosegada, tenía fascinada a la pequeña; no quitaba sus grandes ojos de Alan. Se soltó de la falda de su protectora y, a pasitos cortos, como el que se acerca a un peligro que lo atrae sin remisión, se aproximó a él. Alan no le prestó atención, enzarzado en su disputa con Barbara, pero ella contuvo la respiración y rezó para que la pequeña no fuera la diana de la cólera de Maine.

La niña acabó por asirse a su pantalón. Entonces sí, Alan bajó la mirada y se encontró con un par de ojos abiertos como platos y una sonrisa que hubiera derrumbado las murallas de Jericó.

No pudo remediarlo: su pecho se inundó de una sensación tibia y, sin pensar siquiera en lo que hacía, se agachó para tomarla en brazos. La cría desgranó una risa cantarina cuando la alzó y le acarició la mejilla.

—¿Puedo saber al menos si este querubín tiene nombre?

—Betsy —contestó ella, entretenida en deshacer su bien anudada corbata.

Alan cerró los ojos, aspirando el suave aroma a leche y jabón de violetas. Carraspeó para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta, fijando

a su vez toda la atención en la expresión imperturbable de su pupila, que seguía retándole incluso callada.

—Todos ustedes pueden irse. —Se dirigió al servicio—. Usted también, señora Woodman.

No tuvo que repetirlo, se apresuraron a salir un tanto atropelladamente. Una vez abandonaron la estancia, Alan dejó a la niña en el suelo y ella buscó de nuevo refugio tras las faldas de Barbara que, con el corazón latiendo a mil por hora, esperaba el estallido del vizconde.

No lo hubo. Solo le pidió:

—Ahora dime por qué no debo tomar represalias con nadie.

—Porque nadie es culpable más que yo. Salí de la casa cuando todos dormían —explicó mientras procuraba que Betsy no arrancara la cinta que adornaba el bajo de su falda— y pedí a todos y al doctor Penrose que callaran sobre su presencia.

—De modo que mi médico personal también está en este complot. —No sabía si echarse a reír o empezar a romper cosas. Le tenía pasmado la facilidad con que Barbara se había metido a todos en el bolsillo.

—No veo yo el complot por ningún parte, pero si lo cree así... Insisto en que soy la única responsable y acataré el correctivo que quiera imponerme. Siempre y cuando, por supuesto, Betsy no deba regresar al lugar de donde la saqué.

¿Correctivo? El que deseaba aplicarle era estrujarla entre sus brazos, besarla hasta saciarse, llevársela a la cama y hacerle el amor con vehemencia como pago a su osadía, su rebelión... y su encomiable valentía. No conocía a ninguna mujer capaz de arriesgarse a... ¡Salvo Lili! ¡Ahora lo veía claro! Todo aquel lío había tenido que ser orquestado por su sobrina.

«Voy a darle tal tunda en cuanto me la eche a la cara, que estará un mes sin poder sentarse».

—Dejadme solo, por favor; he de pensar en los... correctivos.

—Ya estudiaremos qué hacer con este diablillo —aseguró su abuela—. Hablaré con los condes de Burton, sabes que Melissa no puede tener hijos; Betsy podría llevar la alegría a esa casa.

Tomó a la niña de la mano e indicó con un gesto a Barbara que la siguiera;

continuar discutiendo no les llevaría a nada.

—¡No seré yo la que salga de casa esa noche!

La afirmación de Rachel, hecha con rotundidad, hizo volver la cabeza a Barbara.

Se encontraban en su habitación, acabando de vestir a Betsy. Estaba preciosa con el vestido rosa, las medias blancas y los botines de piel de cabrito. Durante aquellos días, Charlotte y la señora Woodman se volcaron también en la pequeña, que acabó convirtiéndose en el juguete de todos. Barbara hubiera querido que Lili disfrutara de algunos momentos con la niña, pero no fue posible porque, según la nota recibida la tarde siguiente a la confrontación con el vizconde, *se encontraba arrestada*. Palabras textuales. No había que ser muy lista para imaginar que, a su tutor, adivinando sin duda de quién fue la idea de visitar Whitechapel, le faltó tiempo para ir con el cuento al duque de Hatfield. ¡Condenado cotilla!

No dejaba de reconocer que su salida supuso un riesgo que podía haberles acarreado graves problemas. Tampoco negaba que era del todo normal que, tanto Alan como el padre de Lili, estuvieran más que enojados con ellas. Pero rechazaba de plano tener que dar explicaciones de sus idas y venidas, por mucho que estuviera bajo la tutela de Maine. Con diecisiete años, podría haber claudicado; a punto de cumplir los veintitrés, que se olvidara. Si él podía entrar y salir a su antojo, ella no era menos. De todos modos, no volvería a arriesgarse a deambular por lugares tan peligrosos como Whitechapel e intentaría quitar a Lili de la cabeza semejantes actividades; se podía intentar mejorar la vida de aquellas personas sin arriesgar el cuello.

Sin embargo, y aunque seguía de uñas con Alan por haber delatado a Lili, no

podía dejar de agradecerle los detalles que había tenido con Betsy. No solo permitió que se quedara en la casa por tiempo indefinido —lo que trastocaba aún más su vida, ella lo sabía—, sino que no apuró a su abuela para que buscara un nuevo hogar a la niña.

Una tarde, mientras Betsy y ella, sentadas sobre la alfombra del salón, jugaban a las carreras con dos caballitos de madera, llegó cargado de paquetes. Los depositó todos en el suelo, cerca de la niña, instándola con la mirada a que los fuera abriendo.

Aún se le formaba la sonrisa en la boca recordando los grititos de sorpresa y alegría de la pequeña cada vez que desenvolvía uno. Era como si Maine hubiera asaltado una tienda: calzones, medias, lazos para el cabello, guantes, varios vestidos, botitas... Cada paquete, envuelto en papel y con lazos de colores, fue una ilusión para Betsy. El salón acabó hecho un campo de batalla, con cajas por cualquier lado, cintas por cada rincón y papeles arrugados hasta por debajo de los muebles.

Se le esfumaba el enfado y el corazón le latía más aprisa evocando los gorjeos de la niña y la sonrisa de Alan mientras, como otro crío, ayudaba a romper los envoltorios y reía de buena gana viendo a Betsy dar palmas. Fue una estampa tan tierna, tan dulce y entrañable, que hubiera estado dispuesta a perdonarle todo. Maine se empecinaba en dar la imagen de disoluto, a veces insolente y siempre exasperante. Pero era otro el que se escondía realmente tras esa fachada: el hombre tierno que disfrutaba haciendo carantoñas a una niña que le habían endilgado sin pedir permiso.

No iba a resultar fácil para ninguno perder a aquella criatura tan encantadora. Sin embargo, reconocía que estaría mejor con Melissa Winthorpe, condesa de Burton. Ella y su esposo le habían parecido unas personas íntegras y, nada más ver a Betsy la tarde anterior, cuando se personaron para conocerla, notó que se encariñaban con ella. Con esa pareja, tendría cariño y todo de lo que había carecido hasta que Lili y ella la sacaran de Whitechapel, estaba convencida. De todos modos, iba a ser duro separarse de ella porque la niña se hacía querer.

Dejó a un lado los recuerdos para prestar atención al ama de llaves.

—¿Qué tiene contra la víspera de Todos los Santos, mujer? En Escocia la preparábamos semanas antes; invitábamos a una cena a los empleados de la fábrica y sus familias, lo pasábamos muy bien.

—Es posible. No estoy en contra de las fiestas, pero yo ese día no me muevo de casa.

—¡Vamos, Rachel! Lord Maine les ha dado permiso para esa noche, les ha pedido que se diviertan. Londres será una fiesta, podrán comer manzanas bañadas en caramelo y bailar hasta el amanecer.

—Mary y el señor Kipling —que es capaz de bajar a los infiernos si milord se lo pide—, pueden aprovechar esas horas libres. Yo, en mi cama y con la Biblia bajo la almohada.

—Pero ¿por qué? —se echó a reír Babs ante el énfasis que la otra ponía en sus palabras.

—Mi abuela era irlandesa, ¿se lo he dicho? —La muchacha negó con la cabeza. Terminó de abrochar los botines a Betsy y la dejó corretear por el cuarto—. Pues lo era. Cuando yo tenía seis años, mi padre consiguió un trabajo en su tierra y allí nos fuimos. Durante los dos años que le duró su ocupación en la fábrica, vivimos en casa de mi abuela. La recuerdo como una persona muy vieja y arrugada que, durante las noches de invierno, alrededor de la lumbre de la cocina, nos contaba historias. Sucesos extraños y leyendas de Irlanda. Decía que esa noche, la de *Samhain*, se abre la barrera que separa el mundo de los muertos y el de los vivos. Muchos no lo creen, señorita, pero yo le aseguro que he visto difuntos caminar por las calles del pueblo, allá en Nás na Ríogh.

—Serían supersticiones de niña. Y baje la voz; Betsy se entera de todo.

—He visto —continuó, en tono más quedo— luces al anochecer junto a la antigua iglesia donde se enterraba a los difuntos, señorita.

—Rachel, le digo que eso son solo leyendas. No puedo creer que una mujer como usted crea en supercherías.

—Hay cosas extrañas y desconcertantes que no tienen explicación —afirmó, frunciendo el ceño, en cierta forma irritada por no ser creída—. Betsy, baja de ahí. Vamos a echar de menos a este diablillo cuando se vaya.

—Lo haremos. Pero lord y lady Burton quieren adoptarla y estoy segura de que

será feliz con ellos. ¡Betsy, no arranques el pelo a Dolly, vas a dejarla calva! — La niña se echó a reír y continuó tirando de los bucles de lana de la muñeca—. Rachel, ¿qué ha querido decir con que hay cosas desconcertantes que no tienen explicación?

—Apariciones de personas que ya no están en este mundo, como le contaba. Objetos que se mueven solos. Joyas que arrastran maldiciones...

Barbara, que tenía la esmeralda relegada al olvido, sintió que el vello se le ponía de punta.

—Le rogaría que no incidiera también usted en lo mismo. Todo eso son bobadas. Es una simple piedra, por el amor de Dios. ¡Y basta ya! —Se enojó, notando que el miedo volvía a apoderarse de ella. Tomó a la niña en brazos y salió del cuarto.

La marcha de Betsy días después a la mansión de los condes de Burton, hizo que la casa se quedara silenciosa; todos parecían haber perdido las ganas de hablar o reír.

Incluso se paralizaron las notas que Barbara solía enviar a Alan, manteniendo la promesa de no dirigirle la palabra hasta que no le pidiese disculpas. Disculpas que, por descontado, nunca llegaron.

Fue Charlotte quien hizo regresar la actividad a la casa, haciendo llamar a su modista para que les terminara de confeccionar a Barbara y a ella los vestidos que llevarían a la fiesta del último día de octubre. Desde hacía años, los condes de Flatstone celebraban un baile de máscaras al que estaban invitados. Ella eligió un elegante vestido de tafetán gris; Barbara se había decantado por uno en color verde azulado. Los antifaces que lucirían ambas serían creados en seda del mismo tono que los vestidos, con plumas teñidas y lo suficientemente amplios como para cubrirles la mitad del rostro.

Charlotte arrastró también a Barbara a la joyería donde solía comprar cuando estaba en Londres. El dueño del establecimiento asintió, con una sonrisa de complacencia, viendo que la dama apartaba una fina y delicada gargantilla de diminutas esmeraldas, con pendientes largos a juego.

—Ha elegido algo muy especial, excelencia.

—Dispuesto a cobrarme más de lo que vale, ¿no es eso, señor Marrows? — bromeó la anciana al tiempo que se quitaba los impertinentes para guardarlos en el bolsito.

—¡Por Dios, excelencia! No es esa mi intención.

Charlotte arqueó las cejas, preguntando en silencio a Barbara.

—Es una maravilla.

—Nos quedamos con el juego. Hágamelo llegar lo antes posible a casa del vizconde de Maine y cárguelo en mi cuenta.

—Cuenta con ello, excelencia.

A bordo ya del carruaje, de vuelta a casa, la joven insistió:

—Charlotte, quiero que esas joyas sean pagadas con mi dinero.

—Y yo no quiero volver a oír una palabra más sobre este tema, jovencita. Es mi regalo adelantado de cumpleaños y podrás ponértelas en la fiesta. Ahora, niña, tú y yo tenemos que hablar. —Golpeó el ventanuco que comunicaba con el cochero con el bastón y él lo abrió de inmediato—. Da una vuelta por ahí, ya te indicaré cuándo regresar a casa.

El coche se puso en marcha y Barbara extendió la manta de viaje sobre las rodillas de la duquesa viuda. La pregunta de la anciana la dejó descolocada.

—¿Qué pasa entre tú y mi nieto?

—No comprendo...

—Soy vieja, tengo que usar esos enojosos impertinentes porque mis ojos no ven como antes, pero no me he quedado ciega por completo. Rehúyes a Alan, él te rehúye a ti, empieza a pasar más horas fuera de casa que dentro y sé que solo te comunicas con él a través de notas; no hemos vuelto a tener un desayuno o una cena en familia desde hace tiempo. Sin embargo, saltan chispas cada vez que estáis cerca, no podéis quitaros la vista de encima y se te suben los colores cuando lo miras.

—Imaginaciones tuyas, excelencia.

—A mí me pasó algo similar cuando conocí a mi difunto esposo. ¿Sabes cómo se llama a eso? Estar enamorada.

—Se c... c... confunde, excelencia —tartamudeó, poniéndose roja como un tomate.

—¡No me llames excelencia, diantres! —El bastón golpeó con fuerza el piso del carruaje—. Sí, eso es lo que pasa: te has enamorado de ese imprudente, que debería haberte enviado a casa de Conrad. Y lo que es más grave, creo que a él le pasa otro tanto contigo. Espero que no hayáis hecho ya una locura.

—Por Dios, Charlotte... Le aseguro que...

—No me asegures nada. He sido joven y caí en la tentación antes de casarme con el duque. Sí, no me mires así. Él era endemoniadamente apuesto, un seductor nato y yo estaba loca por él. Arriesgué todo por estar en sus brazos. Podría haberse aprovechado de mis sentimientos y luego dejarme. Pero me amaba y cumplió como el caballero que era, enfrentándose a su familia y al propio monarca.

—Conozco la historia.

—Y yo conozco a mi nieto. Lo he visto pasar de niño revoltoso a joven descontento y luego amargado tras la muerte de mi hijo. Eran uña y carne, nunca vi a un padre y un hijo tan unidos; perderlo supuso un golpe muy duro para Alan. Tal vez por eso, por olvidar, se volvió un tanto... licencioso. Sin que se le pueda tildar de libertino, ha tenido flirteos suficientes como para llenar alguna página del libro de apuestas de Brooks's o White's. Sin embargo, nunca he visto en él una mirada como las que te dirige a ti. Por tanto, vuelvo a preguntar: ¿qué hay entre vosotros? Alan cumplirá, si ha hecho algo indebido. Lo hará, si no quiere que le abra la cabeza.

Barbara no sabía dónde esconderse, de buena gana hubiera saltado del coche en marcha. ¡Pero qué se imaginaba la duquesa viuda! Ella no era ni una casquivana ni estaba tan enamorada de Alan como para...

«¿Me miento? ¿Ahora me intento engañar a mí misma? Porque sí, estoy enamorada de él, le he permitido ciertas libertades y sería capaz de lo que fuera por pasar una noche en sus brazos».

—No ha sucedido nada... irreparable, Charlotte —dijo al cabo de un tenso momento, desviando la mirada, incapaz de sostener la de la anciana—. Solo... solo ha habido algunos besos.

—Lo que me temía. Se empieza por los besos y se termina en la cama —sentenció, haciendo que la muchacha enrojeciera aún más—. No podemos permitirnos un escándalo de esa índole, así que tendrás que trasladarte a Hatfield Manor lo antes posible. Y no es una sugerencia, querida.

Aquella misma noche, en lugar de enviarle una nueva nota, Barbara llamó a la puerta del despacho.

Obtenido el permiso entró y cerró a sus espaldas, pero no fue capaz de dar un paso; la decisión que la había llevado hasta allí desapareció como por ensalmo: Alan estaba acomodado en uno de los sillones junto a la chimenea, leyendo.

Al ver de quién se trataba, cerró el libro y lo dejó a un lado.

Se obligó a permanecer impertérrito, aunque las pulsaciones se le dispararon al contemplarla mientras caminaba hacia él. Babs iba envuelta en una bata azul cerrada hasta el mentón y calzaba unas zapatillas del mismo color. No hubiese estado más recatada con un hábito de monja; salvo las manos y el rostro tenía todo tapado, pero incluso así, con ese aire de ingenuidad, era una delicia mirarla.

—¿Sí?

—¿Podemos hablar, milord?

—¿Se te ha terminado el papel?

Barbara bajó la cabeza. De repente, las puntas de sus zapatillas parecían ser su único interés. El vizconde tenía razón en burlarse de ella, se había comportado como una colegiala enviándole nota tras nota.

—Vuestra abuela ha decidido que me traslade a Hatfield Manor mañana mismo, milord. Venía a despedirme.

Alan sintió un sobresalto. ¡Condenada Charlotte! Aunque era cierto que la convivencia entre ambos era bastante tensa, pensar que Barbara podía estar alejada de él lo sublevaba. No le importaba que mantuviera un mutismo que lo atormentaba; podía conformarse con saberla cerca, disfrutar con el suave aroma que siempre la envolvía, escucharla reír o argumentar sobre política con

Charlotte.

La noticia de que se iba le hizo darse cuenta de cuánto la necesitaba.

Se levantó y acortó distancias. Despacio, como si temiera que un movimiento brusco pudiera hacer que escapara. Le temblaban las manos por el deseo contenido de tomarla en sus brazos y obligarla a que volviera a mirarle como cuando compartieron un beso.

Barbara empezó a arrepentirse de haber ido al despacho. Maine le atraía demasiado y estar a solas con él era un peligro. Lo deseaba y no creía saber disimularlo.

No quería marcharse. Quería seguir disputando con él, enviarle notas, divertirse viendo su gesto enfadado cuando recibía una... Deseaba escucharle hablar amistosamente con el señor Kipling, bromear con Charlotte. Sobre todo, sentir su presencia, pasar los dedos por la superficie de la mesa que él había tocado momentos antes, ojear los libros que le veía leer. Estar cerca de Alan era un suplicio y, a la vez, una dicha que le inflamaba el corazón.

No acababa de entender cómo había llegado a enamorarse de su tutor, pero le abrasaba la sangre en las venas con solo mirarlo.

Alan, a un paso de ella, no se atrevía a avanzar más. Le estaba costando un esfuerzo titánico no tomarla en sus brazos, no besar su boca, no mandar todo al infierno y hacerla suya. El deseo le torturaba y no era capaz de pensar con claridad.

Estiró una mano y recolocó tras la oreja un mechón de pelo rojizo que se le había escapado. Su suavidad hizo que retuviera el aire.

—Tú... ¿quieres marcharte? —preguntó temiendo la respuesta.

Barbara alzó la cabeza y se vio reflejada en unos ojos ardientes del color del índigo. Las pupilas de Maine hablaban de deseo contenido. El mismo que a ella le socavaba todos sus principios.

—No —musitó apenas sin voz, doliéndole los brazos por la necesidad de rodearle el cuello con ellos, de pegarlo a ella y besarlo hasta perder la cordura.

Alan, adivinando en ella el mismo apetito que le consumía, la tomó de los hombros para acercarla a él. Sus manos delinearon el rostro femenino, las yemas de sus dedos acariciaron las tersas mejillas, jugaron con las pecas del puente de

su nariz. Era un hombre sin voluntad. Lentamente, queriendo darle tiempo para alejarse y rezando a la vez para que no lo hiciera, acercó su boca a la suya.

El contacto con esos labios jugosos y frescos le hizo temblar de pies a cabeza, igual que un muchacho en su primera cita. Ella le rodeó la cintura con sus brazos y el beso se tornó codicioso y exigente. La estrechó contra su pecho sintiendo tanta necesidad por ella que tuvo deseos de llorar; abarcó su rostro entre sus manos para seguir saboreándola.

Era tan dulce...

Como un sediento al que acabaran de regalar agua fresca, bebió sin control, notó que la sangre le burbujeaba escuchando sus gemidos. En vez de escapar de él, ella le instigaba, lo incitaba a seguir besándola, le rodeaba con sus brazos y respondía al beso con toda su alma.

Con una insensatez de la que nunca hizo gala, Alan se negó a considerar las consecuencias de sus actos. Si alguien les veía, la reputación de Barbara quedaría arruinada, pero notar la caricia de sus dedos en la nuca y la redondez de sus pequeños pechos aplastados contra su tórax, le impedían recapacitar. Ningún hombre que se considerara tal podía escapar de aquel canto de sirena, aunque lo arrastrara al abismo.

Deseaba a Barbara y el resto del mundo no importaba. Quería besar cada trocito de su cuerpo, entregarse a ella en cuerpo y alma, prometerle que siempre la cuidaría. Como una descarga dolorosa, el recuerdo de otra mujer cruzó por su mente, pero lo desterró alentado por las manos de Barbara abriendo los botones de su camisa.

«Debería detenerla».

No lo hizo. No fue capaz. Los dientes de Babs mordisqueando su labio inferior le fascinaban. Sin permitir que ella separara sus labios de los suyos, la tomó en brazos y se acercó a la puerta para echar la llave. La apoyó en la madera y, como dos locos, empezaron a quitarse la ropa el uno al otro.

La bata de Barbara cayó al suelo con un siseo, ella tiró de la tela de la camisa desprendiendo varios botones que rodaron por todos lados y depositó un ligero beso en esa piel morena que tanto deseaba tocar. Luego, con las palmas abiertas, mientras los labios de Alan se unían a los suyos, acarició sus pectorales, se

deleitó con su tacto aterciopelado y pasó la yema del dedo corazón por encima de las tetillas masculinas, que se endurecieron.

Alan dejó de besarla un segundo para acabar de quitarse la camisa y dejarla colgando de la cinturilla de sus pantalones. La tomó en brazos, atravesó el despacho para dejarla tumbada en el sofá y puso su camisa bajo ella, sentándose en el borde del mueble. Debajo de la bata, ella llevaba un liviano camisón de algodón blanco, que le arrancó una sonrisa.

—Es la prenda más decente que haya visto nunca —le dijo con voz enronquecida por el deseo—, pero en tu cuerpo es erotismo puro.

Con paciencia, reprimiendo el loco deseo de poseerla, abrió la cinta que lo cerraba en el cuello. No se lo quitó, se entretuvo en besar el montículo de uno de sus pechos, humedeciendo la tela. Ella elevó la pelvis, dejó escapar un sollozo y Alan atrapó el pezón entre sus dientes. Dedicó igual trato al otro pecho, soplando sobre la tela mojada mientras sus manos perfilaban las caderas femeninas.

Barbara tenía los ojos cerrados con fuerza, se estaba dejando llevar por las mil sensaciones que la boca masculina despertaba en ella. Los abrió de golpe al notar que el camisón resbalaba por sus hombros, dejándola expuesta a los ojos de Maine. Respiraba aceleradamente, tenía turbia la mirada, deseaba más que nada que él la mirase así: como si fuera la mujer más hermosa del mundo. Porque con él se sentía así: hermosa. Pero desearlo no evitó que ante aquella mirada hambrienta se le encendieran las mejillas e intentó cubrirse.

Alan no se lo permitió: sujetó sus muñecas, le subió los brazos por encima de la cabeza y besó su tierna carne sin la barrera de la tela.

—Alan...

Levantó la cabeza para mirarla y ella advirtió que los ojos de Maine se habían oscurecido; eran fascinantes e hipnóticos. Notó su miembro, duro y palpitante apoyado en su cadera; imaginar lo que estaba a punto de pasar la dejó sin respiración, transida de deseo. Lejos de sentirse avergonzada, una calma infinita la invadió. Era lo que quería e iba a conseguirlo. Aunque después todo acabara, aunque no pudiera tenerlo para siempre, era la dueña de ese glorioso momento. Amaba a Alan y se olvidó de todo lo que no fuera él.

—Cuánto tiempo llevo soñando que pronuncies mi nombre así, Babs, con

deseo. ¡Cuánto tiempo!

—Alan —repitió ella—. Quiero tocarte.

Él le soltó las muñecas y los brazos femeninos lo abrazaron de inmediato.

Fue ella la que buscó su boca, jugó con sus labios, lo excitó aún más. Tenía hambre de él, lo quería todo y no le importaba lo que pasara luego.

Maine paladeó los jugosos labios que se le ofrecían y después dejó resbalar los suyos por la delicada piel de la garganta femenina. Regresó a sus pechos. Mientras, las manos de ella se hundían en su cabello oscuro, dibujaban la anchura de sus hombros, modelaban los músculos de su espalda y amasaban traviesas sus nalgas.

Con toda la lentitud de la que fue capaz, atando en corto el apetito que le pedía hundirse en ella, Alan acabó de quitarle el camisón hasta dejarla desnuda por completo. Ella la emprendió con los botones de la bragueta del pantalón, pero sus dedos, que temblaban, no acertaban a abrirlos.

—Quítatelos.

Maine se levantó, se liberó de la prenda despojándose a la vez de los calzones y creyó morir al ver la golosa mirada de Barbara fija en su miembro excitado. La muy tunanta sonrió y él se sintió de nuevo como un chiquillo sin experiencia.

De nuevo a su lado, acarició su garganta, sus hombros, sus pechos; jugó con el hueco de su ombligo y mimó la seda de sus muslos, que se abrieron para él a la vez que volvía a escuchar su nombre.

—Alan...

Un dedo invasor hizo envararse a la muchacha. Él la calmó con palabras dulces hasta que la notó relajarse.

—¡Dios mío, Babs! Estás tan caliente y húmeda... Vas a acabar conmigo, pequeña.

Se tumbó sobre ella y la penetró despacio, sujetando el peso de su cuerpo con los brazos tensos sin dejar de mirarla a la cara; no quería perderse ni una de las sensaciones de placer que se reflejaban en sus ojos verdes: fulgurantes de deseo y, tal vez, de un poquito de miedo.

—Todavía puedo detenerme —musitó—. Moriré si me lo pides, pero puedo detenerme, mi vida.

Barbara le rodeó con sus brazos, haciendo que cayese sobre ella y le besó el mentón; raspaba, pero era terriblemente sensual y agradable.

—¿De veras lo harías si te lo pidiera? —Había un atisbo de risa en su voz.

—Eres perversa.

—¿Lo harías? —insistió.

—Hasta pondría en tus manos una pistola para que me dispararas, si es tu deseo, bruja.

Ella enarcó las cejas y se le escapó una sonrisa diabólica.

—Estudiaré lo de la pistola mañana. Ahora, ni se te ocurra detenerte... *milord*.

Despertó en su propia cama, completamente desnuda y sin recordar cómo había llegado a ella. El camisón y la bata estaban doblados sobre la butaca; las cortinas, abiertas de par en par, permitían que la luz matinal se filtrara en el cuarto tiñéndolo de un tono dorado.

«Mi vida».

Alan lo había dicho varias veces y un instante antes de hacerla suya.

—Mi vida —repitió en voz alta para saborearlo y se echó a reír.

Se desperezó estirando los brazos sobre la cabeza y cubrió su rostro con la sábana, abandonándose al placer que suponía revivir las imágenes eróticas de un Alan desnudo y excitado en sus brazos. Evocó cada segundo pasado junto a él, cada caricia y cada beso, la indescriptible sensación de estallar en llamas. Algunas de sus compañeras de internado le habían hablado de lo que se podía sentir estando con un hombre, pero nunca imaginó que pudiera ser tan intenso, tan sorprendente y perturbador.

«¿Grité su nombre?».

Notaba la piel sensible en los pechos y una ligera molestia allí abajo, entre las piernas, donde él había hecho mil diabluras hasta llevarla al paroxismo. Le avergonzaba recordar que él, mimándola, había eliminado con su propia camisa los signos de su pérdida virginidad, pero fue un gesto tan lleno de ternura que las lágrimas acudieron a sus ojos. El arisco, engreído y orgulloso vizconde de Maine, había sido un amante dulce y considerado.

Le hubiera gustado quedarse a su lado toda la noche, saciarse de besarlo, volar junto a él a las estrellas mil veces... Pero en algún momento se quedó dormida y él la había dejado a salvo en su cuarto.

Sí, hubiera dado cualquier cosa por quedarse con él.

Sin embargo, tenía que marcharse.

La angustia le oprimió el pecho y sintió que se ahogaba. Le subió un sollozo a los labios que intentó reprimir sin conseguirlo. No le importaba haberse entregado a él, por mucho que eso significara que estaría arruinada socialmente si llegaba a saberse. Porque no pensaba casarse nunca. No lo haría salvo con Alan Chambers, y él era de los que no creían en el matrimonio. Desconocía lo que le había vuelto tan inflexible en el amor, pero no sería ella la que le obligara a nada. No quería tenerlo así y sabía que junto a él podría tener sexo, pero no amor. Prefería convertirse en una solterona o en una paria antes que constreñirle en un matrimonio forzado que les haría desgraciados a ambos.

Sin embargo, la imagen de Alan sosteniendo a Betsy en sus brazos le hizo soñar con un futuro distinto, con hijos que cuidaría y mimarían entre ambos.

¡Tontas ilusiones!

Se secó las lágrimas que le mojaban las mejillas, irritada por haberse dejado llevar por quimeras imposibles. A punto estaba de levantarse cuando llamaron a la puerta y entró Charlotte con el ceño fruncido.

—Mary volverá a deshacer tu equipaje, habremos de posponer tu marcha hasta dentro de unos días.

El corazón de Barbara dio un vuelco, pero se exigió mantener el gesto hierático, sin mostrar la alegría que la embargaba.

—¿Y eso?

—Sarah ha puesto Hatfield Manor patas arriba. Está lleno de obreros cambiando la tela de todas y cada una de las paredes de la mansión.

—Qué contrariedad. —dijo, aunque le entraron unas ganas enormes de echarse a reír de pura felicidad y empezar a saltar como una loca.

—De momento, se han trasladado al *cottage*, que por supuesto no es tan amplio como para admitir invitados. Muchacha, ¿te encuentras bien? —preguntó, acercándose a la cama al advertir su rostro sofocado.

—Creo que he pillado un resfriado.

—¡*Mon Dieu!* Diré a Rachel que te prepare uno de sus remedios ahora mismo. Para disimular, Barbara hubo de quedarse en cama un par de días,

representando el papel de enferma y tomando la pócima del ama de llaves. Ocupó el tiempo leyendo y charlando con Mary, cuando conseguía arrancarle una palabra; desde el incidente con la joya se mostraba muy reservada. Lo que más sintió fue no poder ver a Alan.

Cuando Charlotte encontró adecuado que se levantara, viendo que ni la tos ni la fiebre hacían acto de presencia, lo primero que hizo fue buscarle. Pero Alan no estaba en la casa.

Desanimada, sin nada que hacer y con nulas ganas de salir, se dirigió a la biblioteca. Escribiría a Cliona y revisaría de nuevo las cuentas de la fábrica por ver si era factible dedicar parte de las ganancias, que eran cuantiosas, a realizar mejoras. Incluso podría subir el jornal de los empleados. Al fin y al cabo, si sus operarios estaban contentos, trabajarían mejor y eran el mayor tesoro de la empresa. De paso, pediría nueva información acerca de las pesquisas de la policía sobre la invasión a su casa.

La puerta hizo ruido al cerrarse y despertó a su dama de compañía, que dormitaba en uno de los sillones frente a la chimenea. Helen Woodman dio un respingo, se despejó de golpe, enderezó la espalda y recuperó el libro que se le había caído al suelo.

—Veo que ya se encuentra mejor, señorita.

—Algo cansada y aburrida, pero sí. Lamento haber interrumpido su descanso. ¿Qué leía?

—*La Belle et la Bête*, de Jeanne Marie Leprince de Beaumont. ¿Lo conoce?

—Pues no. ¿De qué trata? —Se acomodó en el sillón de al lado para ojear el ejemplar que la otra le tendía. Estaba encuadrado en piel roja, como roja era la cinta para marcar las páginas—. ¿Es un cuento?

—Había una vez un mercader que tenía tres hijas...—empezó a decir Helen, con una sonrisa en los labios—. Dos de ellas eran egoístas, pero Belle, la más pequeña, era bondadosa. Cuando las dos primeras pedían a su padre joyas y vestidos suntuosos, Belle solo le rogaba una rosa. El hombre se perdió en el interior de un bosque oscuro, pasó la noche en un lúgubre castillo y arrancó del jardín una hermosa rosa roja. Fue entonces cuando la Bestia, que habitaba allí, le descubrió.

Barbara escuchaba con suma atención, fascinada por su voz susurrante. ¿Por qué no se había dado cuenta, hasta ese momento, de lo dulce que era su tono? ¿Por qué hasta entonces la había visto como una mujer tediosa, que solo tenía la misión de vigilarla? Recogió las piernas bajo la falda y se abrazó las rodillas, apoyando el mentón en ellas.

—Siga, por favor.

Helen Woodman se levantó para dejar el libro en su lugar. Regresó a su sillón, volvió a sonreír con dulzura a la muchacha, cruzó las manos sobre su falda y prosiguió:

—El castigo por robar la rosa, era quedarse en el castillo para siempre. Sin embargo, Belle se ofreció para tomar el lugar de su padre. Día a día, Bestia le pedía que se casara con él, pero la muchacha solo podía ofrecerle su amistad. Pasaron los meses, y ella continuaba siendo agasajada y mimada por el monstruo, que insistía en desposarla. ¿No le aburro?

—¡No, por Dios! Me está encantado el cuento, hace que me vengan a la mente los relatos de mi vieja aya.

—Bien. Pues ocurrió que un día, mirando a través de un espejo mágico, la joven vio que su padre estaba enfermo. Pidió permiso a su carcelero para ir a verle y él le concedió ocho días. Decidida a cumplir su promesa, Belle partió hacia su casa. Pero las envidiosas hermanas consiguieron que se quedara más tiempo y, cuando regresó al castillo, Bestia agonizaba debido al dolor de su ausencia. Ella, entonces, le declaró lo que sentía su corazón: había llegado a amarle.

—¡Qué romántico!

—Y fue en ese momento cuando Bestia se convirtió en un guapísimo príncipe. Porque debe saber, querida, que él soportaba la terrible maldición de una malvada bruja, con el fin de que ninguna mujer quisiera casarse con él.

—Entonces... ¿se casaron?

—Y vivieron felices junto al padre de Belle.

—¿Qué fue de las hermanas?

—Quedaron convertidas en estatuas.

—¡Les estuvo bien empleado! —Barbara dio palmas como una chiquilla—.

Adoro las historias que acaban bien. Los cuentos en nada se parecen a la vida real, pero son fascinantes, ¿no cree usted?

La señora Woodman, con una triste mueca en los labios, desvió su mirada.

—Es cierto: los cuentos no se parecen a la realidad; en ella existen auténticas arpías y no todos los monstruos son príncipes dignos de ser amados.

—¿Por qué dice eso?

—Porque yo estuve enamorada de uno. El orgulloso, petulante y despectivo Oswald Rowen, conde de Lennox. Yo era joven, inocente y tonta; quedé fascinada por aquel hombre alto y apuesto que empezó a cortejarme. A mí —se le escapó una risa que más pareció un sollozo—, que nunca fui hermosa.

—¿Entonces es usted condesa!

—Nunca quise un título. Lo quise a él, aunque se casó conmigo por mi abultada dote. Al enviudar tomé de nuevo mi apellido de soltera y desde entonces me he ganado la vida como institutriz o dama de compañía.

—¿Por qué? Usted era la condesa de Lennox; debería haber seguido con...

—No dejó nada a su muerte, solo la ruina y la vergüenza.

Helen tenía la mirada perdida, hablaba despacio, ausente, sin darse siquiera cuenta de estar contando su vida a Barbara, que la escuchaba con el alma en un puño.

—Lamento mucho que perdiera a su esposo y su posición en la sociedad, señora Woodman. A veces el amor nos hace desgraciados —musitó pensando en el suyo por Alan.

De repente, Helen parpadeó, regresó al presente y en sus ojos refulgió algo similar a la cólera. Carraspeó, se atusó la falda y abandonó la butaca. Parecía desconcertada por haber revelado más de la cuenta.

—No me haga caso, son asuntos olvidados. Eso sí, le agradecería que lo que le he contado quedara entre nosotras. No quiero que me relacionen con un pasado que he tratado de marginar.

—Mis labios están sellados, Helen.

—Gracias —le dijo con ternura—. ¿Querrá salir a dar un paseo hoy?

—Tengo trabajo que hacer.

—Había pensado acercarme a comprar unos guantes, pero lo dejaré para otra

ocasión.

—De ninguna manera. Se merece unas horas de descanso y yo estaré atareada toda la tarde. Pida al señor Kipling que le preparen el carruaje y entreténgase. Si pilla usted alguna de esas revistas de moda francesas...—le guiñó un ojo.

Tras su primer encuentro, Alan había acudido a su cuarto las dos noches siguientes.

No hablaban, solo caían uno en brazos del otro y hacían el amor entre risas discretas y silencios. Siempre, antes del amanecer, mientras ella dormía saciada de sus caricias, él se escabullía del lecho para ir a su propio dormitorio.

Salvo la última noche.

Barbara la recordaba con congoja porque fue cuando descubrió el secreto que atormentaba a Maine.

Un sollozo hizo que abriera los ojos. A su lado, Alan giraba la cabeza a uno y otro lado, repetía con insistencia «no» y parecía que intentara escapar de algo. Encendió un par de velas del candelabro, le abrazó, le acarició el rostro, le susurró quedo al oído para arrancarle del sueño y él despertó con un apagado grito en los labios.

—Tenías una pesadilla.

Maine abandonó la cama, cubrió su desnudez con la bata, se acercó a la ventana y apoyó la frente en el frío cristal buscando calmar los agitados latidos de su corazón. Hacía muchos días que no sucumbía a la tortura de ese delirio, pero esa noche había sido tan real que casi lo enloqueció.

Barbara se levantó también para acercarse a él y abrazarlo por la espalda. Notó que Alan se estremecía.

—Solo ha sido un mal sueño; vuelve a la cama.

Alan se volvió para estrecharla en sus brazos, con tanta fuerza y desesperación que la asustó. Enlazándole de la cintura, le hizo regresar al lecho.

—Todo ha pasado —le dijo tras arrojarle de nuevo, como a una criatura. Pero

él negó en silencio y volvió a estrecharla contra su cuerpo—. ¿Quieres contármelo? Los temores nocturnos son menos terribles si se comparten.

—Es ella, Babs. Siempre ella. He tratado de pasar página, pero vuelve una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez... No puedo olvidar sus ojos mirándome desde la muerte. No puedo.

—¿Quién vuelve, Alan? ¿Quién te inquieta en sueños?

—Olvidalo.

—Por favor...

Él la miró durante un momento y luego dejó escapar un suspiro de capitulación. Llevaba años soportando el dolor a solas, sin contarle nada a nadie, y necesitaba liberarse, compartirlo con otra persona.

—Mi madre.

Barbara sintió que un escalofrío de aprehensión le recorría la columna vertebral. Desde que viera por primera vez el cuadro de la difunta duquesa de Hatfield presintió que existía un secreto sobre ella, pero ahora le daba miedo conocerlo. Se pegó más a Alan y apoyó la cabeza en su pecho, donde escuchó los furiosos latidos de su corazón, preguntándose qué podía hacer para ayudarlo.

—¿Quieres contármelo?

Alan tardó un par de minutos en empezar a hablar, como si le costara hacerlo.

—Tenía que salvar a mi padre y el honor de la familia ocultando lo que pasó en el *cottage* —empezó diciendo con voz ahogada mientras intensificaba el abrazo, porque teniéndola junto a él se sentía seguro y se difuminaban sus demonios—. No podía permitir que él fuera juzgado y encarcelado si creían que había sido un crimen. Ella, mi madre, nunca le amó y Vincent y yo supusimos un escollo más en su desenfadada vida. Al menos a Vin le relegó al olvido, se olvidó de que existía, pero a mí...

Barbara presentía que el dique que contenía las pesadillas de Alan se había resquebrajado por completo. Quería saber, pero la palabra «crimen» la dejó paralizada. Ella había oído que la madre de Alan había fallecido en un accidente. ¿Por qué hablaba entonces de un crimen? Guardó silencio, sin acertar a pronunciar palabra.

—Mi padre tardó mucho en superar la muerte de Margaret, la madre de

Conrad, pero el destino puso ante él a Katherine Falls, una mujer joven, casi una niña. Se enamoró perdidamente de ella, pidió su mano y se casaron un mes después. Desde el primer momento ella le dejó patente que le aborrecía, pero mi padre creyó que llegaría a amarlo con el tiempo. Le dio todo cuanto se puede desear. Sin embargo, mi madre se limitó a despreciarlo haciéndole de menos con otros hombres. Mi nacimiento, y después el de Vincent, acrecentó su inquina hacia el hombre con quien le habían obligado a casarse.

—Alan, no hace falta que me...

—Yo solo quería que me amara, Babs —siguió diciendo sin escucharla, con los ojos llenos de lágrimas que se negaba a derramar, perdido en los recuerdos—. Hacía todo cuanto ella quería, la seguía como un perro faldero, arrancaba flores del jardín para dejarlas sobre su almohada... Pero cada vez que me miraba veía a mi padre. Al menos a Vin le obvió y se salvó de sus castigos.

—¿Castigos?

—Cualquier cosa que yo hacía significaba una paliza. Aún tengo cicatrices de su fusta en mi espalda. Guardé silencio para que mi padre no lo supiera confiando, tan iluso como él, que podría ganarme su cariño. Hubiera dado lo que fuera por sentir su abrazo, por una palabra amable, por un beso o una caricia, Babs. Pero después de un tiempo dejé de buscar su amor.

A ella se le hacía el alma pedazos escuchándole. ¿Qué tipo de monstruo había sido Katherine Chambers? Imaginarse a Alan de niño limosneando el afecto materno y sufriendo castigos en silencio hizo que odiara a aquella mujer.

—Su último amante desquició a mi padre. Contrató a un hombre para seguirla y una noche, mientras él y yo hablábamos, le llegó una nota. Había quedado en encontrarse con aquel hombre. No quise dejar ir solo a mi padre porque temía lo peor.

—¿Los encontrasteis juntos?

—Él no había llegado. Mi madre, pensando que era su cita, nos recibió ataviada con un *negligé* transparente y el cabello suelto. Parecía una buscona —aseguró con rabia—. ¿Crees que se asombró al vernos? ¿Qué trató de justificarse ante nosotros? Todo lo contrario: nos miró con desprecio y comenzó a gritarnos, a decirle a mi padre cuánto asco le daba, a decirme el odio que me tenía, a reírse

en nuestra cara de la cantidad de hombres que habían pasado por su cama asegurando, sin vergüenza alguna, que pasarían muchos más y que, además, tenía pensado fugarse con su amante.

—Dios...

—Mi padre se volvió loco y fue hacia ella. Trató de apartarse, con tan mala fortuna que se pisó el *negligé*, cayó y se golpeó la cabeza con el borde de la coqueta. Murió en el acto.

—¡Oh, Alan! Lo siento, mi amor. Lo siento mucho.

—Mi padre no reaccionaba, solo la abrazaba, lloraba y hablaba con ella como si aún pudiera escuchar sus súplicas para que no le abandonase. Tomé el control de la situación, no podía permitir que aquella pécora acabara con el honor de los Chambers y que mis hermanos sufrieran el desprecio de toda la sociedad si a él le acusaban de asesinato. ¡Porque no lo fue, Babs! ¡Fue un desafortunado accidente! Obligué pues a mi padre a volver a Hatfield Manor y me encargué del cadáver. La encontraron al día siguiente, tirada en el asiento de su faetón, con la ropa desgarrada y sin joyas. Todos pensaron que había sido un robo. Mi padre se quitó la vida una semana después de enterrarla.

A Barbara las lágrimas le empapaban las mejillas. Tragó saliva con dificultad y sintió una lástima infinita por él. No quiso ni plantearse cómo actuaría ella en un caso similar para salvar a los suyos del descrédito, pero Alan había echado sobre sus hombros aquella pesada carga que le había marcado desde entonces. Sin saber cómo recomponer el corazón del hombre al que amaba, hecho añicos por la culpa, no encontró otro modo de hacerle ver que estaba a su lado más que besándolo.

Alan profundizó el beso como si se tratara de una absolución, la abrazó con todas sus fuerzas y volvió a hacerle el amor para olvidar.

Desde esa noche, fue como si Alan quisiera escapar de ella, como si se avergonzara de haber compartido su secreto y llevaba varios días rehuyéndola. Por eso aquella tarde, echándole de menos y cansada de jugar con él al gato y al ratón, fue en su busca. No lo encontró y su mal humor se acentuó, yendo entonces a hablar con Kipling para interrogarle.

—Si Alan piensa que puede tratarme como un objeto más de la casa, está muy confundido —se dijo en voz alta para darse valor.

Estaba dispuesta a montar guardia en la puerta hasta que apareciera. Tenían que hablar, lo quisiera él o no. Iba a dejarle claro que no contaría su secreto a nadie y que tampoco quería nada de él; no tendría que reparar su honor y lo sucedido hacía años quedaría salvo con ella, pero no consentiría que la hiciera a un lado.

—¿Sabe cuándo regresará lord Maine, Benjamin?

—Lo ignoro, señorita.

—Por favor, avíseme cuando vuelva, es importante.

Barbara entró en la biblioteca. Pasó las manos por la mesa, por el libro a medio leer que él dejase sobre ella, por los brazos del sillón que solía ocupar. Tocar sus cosas siempre hacía que se sintiera más cerca del hombre del que se había enamorado.

No buscaba nada específico, pero le llamó la atención el lomo de color esmeralda con letras doradas en relieve de un libro casi oculto en la tercera estantería. Arrimó la escalerilla, subió y se hizo con él. El título era extraño: *Vātsyāyana kāma sūtra*.

Tomó posesión del sofá, abrió el libro y pasó las hojas para ver de qué trataba.

Los ojos casi se le salieron de las órbitas, tuvo un acceso de tos, lo cerró de inmediato y lo soltó como si quemara.

—¡Por todos los santos! —exclamó, con un calor sofocante en el rostro.

Miró el volumen con cierto reparo. ¿Realmente había visto lo que creía? No estaba muy segura, igual era todo fruto de su imaginación porque ¿quién iba a dibujar escenas como esas? Un libro así tenía por fuerza que estar prohibido. ¿O no? Sí, por supuesto que se trataba de un libro prohibido y, por tanto, adquirido por un hombre al que las normas le importaban un pimiento: el vizconde de Maine.

Lo malo era que a ella tampoco le importaba saltarse las reglas: había seducido nada menos que a su tutor.

Con reticencia, volvió a hacerse con el ejemplar.

«No puede tener nada de malo echar un vistazo».

Incapaz de entender el texto escrito en sánscrito, dedicó toda su atención a los dibujos. En cada uno descubría algo inaudito. ¿Realmente se podía hacer el amor en aquellas posturas? Todos los dibujos eran hermosos, de vivos colores, repletos de sensualidad y tan eróticos que empezó a sentirse excitada al verse reflejada en algunas posiciones.

Tan abstraída estaba que no escuchó abrirse la puerta.

Alan olvidó todas y cada una de sus preocupaciones al verla sentada en el sofá, concentrada por completo en la lectura. Tenía el ceño fruncido y las mejillas habían adquirido el color de los melocotones maduros. El cabello, recogido en una sencilla trenza que descansaba sobre su hombro derecho, le hizo recordar su maravilloso tacto.

«No me importaría verte así cada día de mi vida».

Con sigilo, para poder disfrutar de aquella imagen casi celestial, se acercó por detrás. Barbara olía a violetas, su perfume favorito. Se inclinó hacia ella y cerró los ojos para extasiarse con ese aroma. Así era como quería que olieran sus sábanas cada noche, es lo que deseaba percibir cada mañana. Barbara había conseguido hacerle olvidar sus pesadillas; llevaba varias noches sin despertarse bañado en sudor, con el corazón agitado y el peso de la culpa en el alma. Declararle a ella sus fantasmas lo había liberado. No lo buscó, ni siquiera lo

quiso, pero estaba enamorado de aquella díscola y rebelde mujer. Barbara lo había seducido con sus ojos verdes, con su sonrisa traviesa, con sus censuras, su constante oposición, su valentía y su comprensión. No le recriminó su proceder de antaño, solo le amó con pasión hasta el amanecer, entregándose en cuerpo y alma. Era un ser puro, capaz de arriesgar su integridad en favor de otros; Charlotte la mimaba, el servicio la adoraba y él no podía más que pensar en volver a tenerla, en disfrutar de un futuro a su lado.

«No es como *ella*».

—¡Qué barbaridad!

La exclamación de la muchacha le despertó de su ensoñación y miró por encima de su hombro para ver qué era lo que le asombraba tanto. Bizqueó al encontrarse cara a cara con el dibujo de una pareja de amantes en una pose bastante perturbadora. Antes de que ella pudiera evitarlo, pasó el brazo por encima de su hombro y le arrebató el libro.

Barbara, que se creía sola, dejó escapar un grito de alarma y se volvió. Al verle allí, sin embargo, su malhumor y sus temores se esfumaron; hasta olvidó que quería hablar con él por haberla marginado.

—¿Puede saberse qué demonios haces con esto?! No es una lectura decente.

A ella se le atascaron las palabras. Alan acababa de pillarla con las manos en la masa y no encontraba modo de explicarse al verle tan alterado y casi ofendido por haber estado mirando ese intrigante y bochornoso libro.

«¡Será bribón! El ejemplar es suyo y se hace el puritano».

—Me has asustado. Y ese libro estaba en una de las estanterías. Se me dijo que podía usar la biblioteca y, que yo recuerde, nadie me ha dado una lista de los que no deba tocar.

—Pues este es uno de ellos.

—¿Por qué?

—Porque no es adecuado.

—¿Para ti o para mí? Porque digo yo que si lo compraste sería por algo, no solo por la exquisita encuadernación.

—Venía con un lote que adquirí en Francia hace años.

—¿Es de él de dónde has aprendido a hacer el amor a una mujer? Un par de

posturas me han resultado familiares. Otras, sin embargo... aún no.

Maine se quedó en blanco. Barbara lo miraba muy seria, pero tenía un brillo malicioso en sus ojos. Se había colocado de rodillas en el sofá y apoyaba los codos en el respaldo. Parecía una alumna deseosa de aprender. La tela de los ceñidos pantalones, oprimiendo su repentina erección, empezó a ser un suplicio. Babs esperaba una respuesta, pero ¿qué podía él contestar a una pregunta tan directa y llena de insinuaciones? Carraspeó para evitar echarse a reír, fue hacia las estanterías, retiró un par de ejemplares de la primera y ocultó el libro detrás de los otros.

—Una dama no habla de ciertas cosas.

—Estoy harta de que esa frase la usen los hombres con frecuencia. Una dama no habla de esto, una dama no habla de lo otro... Hay mujeres que no quieren aprender, pero a mí siempre me gustó sacar buena nota en el internado.

—Barbara...

La vio levantarse e ir hacia él pasándose la punta de la lengua por los labios. Al sentir las manos femeninas en su pecho, cerró los ojos.

—Te he echado de menos estos días, Alan. ¿Dónde has estado?

El gesto de Maine se volvió grave.

—Recabando información sobre el sujeto que entró en la casa y te atacó; el hombre de la cara marcada.

—¡Ah! —Se quedó repentinamente desconcertada y se apartó de él—. ¿Qué has podido averiguar?

—Poca cosa. Ese desgraciado era solo un sicario y sicarios hay muchos, pero lo encontraré. De todos modos, el Ojo de Taimir ya no está aquí sino en el banco, así que no creo que vuelvan a intentar nada —le dijo para calmarla. Se acercó, rodeó su talle con un brazo, la pegó a él y la besó con deleite hasta que notó que a ella le fallaban las rodillas.

—Alan...

—Así que a mi aventajada pupila le gustaría aprender un par de posturas más.

Barbara se echó a reír. Juguetona y feliz, metió su dedo índice entre los labios masculinos y Alan lo succionó, provocándole un escalofrío de placer.

—Todas.

—Barbara, lo que estamos haciendo podría tener consecuencias.

—No soy boba, sé a lo que te refieres. También sé que existen maneras de que no las haya y por eso utilizas esas... «cosas» cuando vienes a mi cama —dijo, refiriéndose a los condones.

—Ya.

Ella lo dejaba perplejo. A un hombre como él, con su andadura. ¡Al idiota que no se le había pasado por la cabeza utilizar protección la primera vez, en la biblioteca! ¡Al que tampoco había usado nada cuando se unieron después de su pesadilla! A esas alturas, Barbara podría estar embarazada y el pensamiento hizo que fluyera por su cuerpo una sensación de miedo y, a la vez, de felicidad.

«¿Qué estoy haciendo? ¿Desde cuándo esta mujer ha pasado a ser algo tan importante en mi vida? ¿Cómo he podido olvidar que es mi pupila?» se preguntó.

La cabeza le daba vueltas, le abrumaba que ella lo mirara de aquella forma, como si fuera todo su mundo porque se encontraba indefenso. El sentimiento de posesión y cariño que poco a poco había ido arraigando hacia ella, lo desconcertaba.

«En lugar de sonreírme y bromear conmigo, deberías descerrajarme un tiro. Tendría que haber cuidado de tu honor, pero te he seducido; debería haberte buscado un esposo, pero te he malogrado para otro hombre. ¿Y si estás encinta? ¿Consentiré que mi hijo sea criado por otro?» se flageló.

Tal y como le dijera Vivien, por mucho que le atormentara reconocerlo, había pasado de ser tutor a ser amante. No había hecho una a derechas desde que Barbara entró en su vida. Y es que ella le nublabla la razón, no tenía fuerzas para resistírsele, era incapaz de mirarla y no desearla.

«¡Dios! ¡Estoy perdido!» admitió.

—¿Qué pasa, Alan? —preguntó ella al verle tan callado.

«Pasa que me he enamorado de ti. Pasa que no te imagino junto a otro hombre, que no admito que pueda perderte, que te quiero en mi vida y que, si hay un niño en camino, deseo cuidarlo y cuidarte. Pasa, mi amor, que me has vencido con tus sonrisas, tus ojos, tus cabezonerías y tu cariño».

Tomó el rostro de ella entre sus manos y la besó con frenesí. Y besándola se

dio cuenta de que sí, de que a pesar de haber estado años diciéndose que no creía en el amor y que no se dejaría atrapar por una mujer, estaba completa y felizmente atrapado. De una forma u otra, conseguiría que ella lo aceptara. Si estaba en estado, tendría en su mano un argumento poderoso para hacerla su esposa. Porque eso era lo que quería más que nada, que Barbara fuera suya para siempre.

Deseaba volver a hacerle el amor, perderse en ella. Pero no debía. En ese instante, se prometió no volver a tocarla hasta que lo aceptara como marido y luciera un anillo en el dedo. La besó con más ardor hasta escucharla gemir en su boca y luego se apartó de ella.

—Tengo que salir —le dijo yendo hacia puerta—. Hablaremos de lo que has visto en ese libro en otro momento.

—¡Alan! —protestó ella viéndole escabullirse—. ¿Alan? ¡Serás cobarde!

Dejó la copa de champagne que tenía en la mano sobre la lacada mesita y ahuyentó el humo del tabaco.

—¿Es mucho pedir que apagues ese asqueroso cigarro?

—Podría concederte otras cosas, pero nunca renunciar al excelente puro que acabo de encender.

—No eres un caballero.

—Ya sabías que no lo era antes de ofrecerme tus encantos.

—Por favor, Andrew. Me irrita los ojos.

Rushy sonrió como un lobo. Le atraía aquella mujer, no lo negaba, aunque resultaba demasiado exigente para su gusto. Desde que aceptara su propuesta habían intimado y pasado muy buenos ratos juntos; ella era ardiente y él sabía aprovechar las oportunidades.

—Podría acostumbrarme a ti.

—No digas tonterías, querido. Tú y yo solo tenemos un acuerdo; una vez finalizado no volveremos a vernos.

—Entonces disfrutaré de ti hasta que consigas tu objetivo. Ven aquí. —Apagó el cigarro, la enlazó de la cintura para hacer que se sentara en sus rodillas y ella le sonrió con coquetería.

A pesar de todo, Vivien no las tenía todas consigo. Estaba acostumbrada a conseguir lo que quería de los hombres, sabía cómo encandilarlos y que comieran de su mano, pero Rushy era imprevisible; carecía de honor y ni siquiera después de haberse acostado con él estaba convencida de que cumpliera su palabra. Por eso no pagaría ni un chelín hasta enterarse de la muerte de su rival.

—¿Cómo vas a hacerlo?

—Los detalles déjamelos a mí.

—Está bien, ya veo que no vas a soltar prenda. —Se distanció de él, se puso la capa y caminó hacia la puerta, volviéndose antes de salir para mirarlo—. Lo hagas de una forma u otra, que sea cuanto antes; no me gusta esperar.

—Cualquiera diría al oírte que estás deseosa de acabar con lo nuestro.

—¿Lo nuestro? Y ¿qué es lo nuestro, Andrew? Ni siquiera serás un recuerdo cuando me convierta en la vizcondesa de Maine —señaló con acritud antes de cerrar la puerta con demasiada fuerza.

Desapareció entonces la mordaz sonrisa en el rostro de Rushy, que juró en voz alta. Aquella zorra se creía mejor que él cuando su carencia de decoro la ponía incluso por debajo de una prostituta de los arrabales. Lo más gracioso era que creía tenerle en la palma de la mano por haber estado retozando con él. Había conocido a mujeres cien veces mejores que ella y solo la había usado aprovechando su buena disposición. Ni siquiera quería su maldito dinero porque no le hacía falta. Ya se había cansado de ella y él nunca dejaba cabos sueltos.

—¡George!

Su ayudante personal acudió de inmediato.

—Lady Vivien ya no me es necesaria. ¿Lo has entendido?

El pequeño reloj que sostenía la cola de un delfín de bronce dio las once; dejaba correr los minutos con una lentitud pasmosa que le estaba poniendo los nervios de punta.

Claro que estaba perturbada. No dejaba de darle vueltas a su descarado modo de comportarse frente a Alan, y no hacía más que imaginar lo que pensaría de ella. Aunque, en realidad, la culpa era de él y solo de él por tener el condenado libro y anular su sentido común cuando la miraba.

Media hora después seguía sin poder dormirse y el cargante tic tac del reloj acabó por alterarla. Se levantó de la cama, tomó la bata, se calzó las zapatillas y salió del cuarto; necesitaba tomar algo caliente o se pasaría la noche en vela.

Frenó en seco al ver que salía luz del despacho de Alan. No era inusual que él se quedara hasta altas horas revisando la documentación que le enviaba su administrador, pero sí escucharle blasfemar en voz alta. Estaba a punto de aplicar los nudillos a la madera cuando la puerta se abrió de par en par; ahogó un grito y retrocedió, aunque no pudo evitar que la imponente figura de Maine la arrollara al salir.

—¿Babs? —La sujetó por los hombros evitando que se fuera al suelo—. ¿Qué demonios haces en medio de la oscuridad?

—Iba a la cocina, no puedo dormir. ¿Qué sucede?

—Nada en absoluto.

—Te he oído maldecir.

—Vuelve a la cama, ahora no tengo tiempo para explicaciones.

Pasó a su lado como un vendaval y ella no reaccionó hasta oír cerrarse la puerta de la calle. ¿A dónde iba a aquellas horas de la noche y con ese

malhumor? Nunca explicaba nada, siempre esperaba que todo el mundo aceptara su palabra como si fuera ley. Si hubiera un premio nacional para hombres irritantes, Alan se llevaría el trofeo. Le mandó mentalmente al cuerno y entró en el despacho; él ni se había molestado en apagar las velas y era peligroso dejarlas prendidas.

Le llamó la atención un papel arrugado sobre la mesa. Aquella cuartilla podía ser el motivo de su impetuosa salida, así que no sintió culpa alguna por echarle un vistazo. Pero se le fue el color de la cara al leer el contenido.

«Sé dónde se esconde el tipo al que busca. Si le interesa, traiga cien libras esta noche a la taberna El Escocés. Yo le reconoceré».

Sabía dónde estaba aquel garito. Pasó frente a él en una de las nada tranquilizadoras salidas con Lili y se acordaba porque tenía el mismo nombre que una de las tabernas de Culross; en esa pequeña ciudad pasó algunos de sus mejores veranos, cuando era pequeña, entre sus callejuelas del siglo XVI, donde la extracción de carbón y de sal convirtieron la aldea varada en el tiempo en una población próspera.

¿Al tipo? ¿A qué sujeto se refería la nota y quién se la había enviado? ¿Podría tratarse del hombre de la cara marcada? Tenía que ser eso, no había otra posibilidad porque Alan dijo que seguía buscando al ladrón y, al parecer, alguien acababa de encontrarlo.

Respiró hondo, notó que una corriente de tranquilidad la embargaba al saber que lo habían localizado... Pero solo fue un segundo. Luego, el miedo la dejó bloqueada al pensar que Alan iba a meterse de cabeza en aquellas infectas calles.

«No seas tonta, sabe lo que se hace. Conoce ese barrio, ni siquiera le dan la dirección de la taberna, de modo que sabe dónde está».

Ese pensamiento, de todos modos, no la tranquilizó. Si a él le pasaba algo por buscar al hombre que la había atacado, no se lo perdonaría nunca.

Le dolía la cabeza y el costado derecho.

Sentado en el suelo húmedo de aquel almacén que apestaba a pescado, repleto de barriles, fardos y aparejos marinos, con las manos atadas a la espalda, se preguntó por enésima vez desde que despertara qué buscaban los que le encerraron allí. Lo único que tenía claro es haber caído en una trampa como un estúpido.

No era la primera vez que acudía a El Escocés; se trataba de un tugurio situado en una calle relativamente ancha, cerca de los muelles y tenía una puerta trasera, lo que lo convertía en el sitio idóneo en caso de tener que salir con cierta premura.

Penetraba la luz de la luna por la mugrienta claraboya del techo, único tragaluz de la nave puesto que las ventanas estaban clausuradas por tablones de madera. Al notar el frío, cayó en la cuenta de que no tenía su capa y supuso que sus asaltantes se la habían quedado. Maldiciendo su mala suerte, se recostó contra la columna ahogando un gemido de dolor y recapacitó acerca de lo sucedido, por si encontraba una explicación a su captura.

Tras dejar el carruaje a buen recaudo al cuidado de Jess y Jack, dos jóvenes ladronzuelos conocidos, se había encaminado hacia la taberna. Llevaba un arma y las libras que pidieran, por lo que anduvo poniendo cien ojos en cada rincón y cada esquina. Divisaba ya la puerta de la cantina cuando vio en un rincón a un sujeto que parecía estar herido. Acercarse para proporcionarle socorro le supuso encontrarse con el cañón de una pistola apuntándole a la cara y acto seguido dos hombres cayeron sobre él, golpeándole y haciéndose con su pistola.

De poco le sirvió conseguir arrebatarse el arma al primero de sus rivales y

sacudirle con ganas, rompiéndole el tabique nasal de un derechazo; los otros dos arremetieron contra él al mismo tiempo. Las consecuencias de la corta pelea eran un martilleo incesante en la cabeza y una herida de arma blanca en el costado, que empapaba sus ropas y le estaba debilitando a marchas forzadas. Le irritaba haberse dejado engañar, pero si se fallaba había que correr con las consecuencias.

De todos modos, sus atacantes no buscaban robarle; de ser así no conservaría ni los calzones y en ese momento estaría tirado en cualquier callejón, probablemente con el cuello cortado. Así que era otro el motivo del secuestro.

Antes nunca se hubiera descuidado, pero la impaciencia por ponerle las manos encima al individuo que llevaba días buscando, le hizo actuar como un irresponsable y lo estaba pagando caro.

El chirrido de la puerta al abrirse le puso en alerta. Levantando sobre su cabeza un candil, entró un sujeto bajo, de hombros anchos y voluminoso vientre que vestía ropas desgastadas... salvo la capa, que no era otra que la suya y debido a la diferencia de estatura le estaba demasiado larga.

—¿Dónde estoy?

El otro se limitó a dejar el candil en el suelo y ponerle en los labios la botella que llevaba en la otra mano.

Alan bebió con medida; era un vino de malísima calidad, pero le ayudó a recuperarse un poco y calmar la sed. Luego, en un estúpido acto de rebeldía, levantó la pierna para atacarlo; no le alcanzó, pero sí a la botella que se estrelló contra el suelo. A modo de respuesta, el bandido le lanzó una patada al costado que le hizo gritar y casi desmayarse.

—¿Qué queréis? —preguntó sin apenas resuello—. ¿Dinero?

Tampoco aquella vez obtuvo respuesta, solo una mueca sarcástica por parte del fulano antes de volver a dejarle a solas. El ruido de la puerta al cerrarse aumentó la rabia de Alan, que tironeó con todas sus fuerzas de la cuerda que lo maniataba, aunque lo único que consiguió fue despellejarse las muñecas y sumar un dolor más a los que ya le atormentaban.

Barbara dio otra vuelta más en la cama, convertida a esas horas en un revoltijo de sábanas y mantas.

Le era imposible conciliar el sueño.

Se incorporó para alcanzar el vaso de leche que tenía sobre la mesilla, bebió un poco, aunque ya estaba fría, y se arropó de nuevo. Los ojos se le fueron al brillo centelleante de la luna que se filtraba por los ventanales e incidía sobre la alfombra.

Estaba quedándose por fin dormida cuando una mano áspera le cubrió la boca y una rodilla se clavó en su estómago inmovilizándola. Presa del pánico, se retorció como una loca y quiso alcanzar los ojos de su agresor con las uñas, pero al sentir el filo de un cuchillo en su garganta se quedó paralizada.

—No me gustaría tener que cortarte el cuello, preciosa, de modo que quédate quietecita y sin hacer ruido.

Barbara no opuso más resistencia y se obligó a pensar con celeridad. ¿Por dónde había entrado aquel malhechor? Desde la anterior intromisión, Kipling se encargaba de revisar, una a una, puertas y ventanas, reforzadas estas con dobles cerrojos instalados al día siguiente.

—Voy a retirar la mano —avisó él—, pero si se te ocurre gritar será lo último que hagas. ¿Has comprendido?

Ella asintió con la cabeza. Nada más verse libre le insultó con la palabra más soez que conocía, ganándose una bofetada que lanzó su cabeza hacia un lado. Ahogó un grito y trató de distinguir el rostro del sujeto en la penumbra del cuarto.

—Escucha con atención, señorita listilla: tenemos al vizconde de Maine. — Barbara abrió los ojos como platos y un escalofrío le recorrió la espalda—. Tienes hasta mañana a las doce de la noche para entregar el Ojo de Taimir a cambio de su vida. Un hombre te estará esperando en los muelles, junto a una nave llamada Dolphin.

—¿Cómo puedo estar segura de que tienen al vizconde y que sigue vivo?

—No puedes.

Barbara pensó con toda la rapidez que el pánico le permitía.

—Puede que alguien sospeche si mañana voy al banco a retirar la joya.

—Ese no es nuestro problema. Busca el modo de que no lo hagan porque si te siguen, Maine morirá; si no te presentas con esa esmeralda mañana por la noche, Maine morirá; si pides ayuda, Maine morirá. ¿Queda claro?

—Se repite usted demasiado.

—Tienes más agallas que muchos hombres, como me dijeron —rio el tipejo—. Recuerda: mañana a las doce de la noche. Que tengas dulces sueños.

Un instante después se cerraba la puerta que no había oído abrirse antes y se encontraba sola.

Al ver el miedo en los ojos de Helen Woodman, Barbara supo que no había tomado la decisión correcta. Lo mejor hubiera sido pedir ayuda a Lili, pero conociendo a su amiga, se habría empeñado en burlar su arresto domiciliario e ir con ella; no quería meterla en aquello y que tuviera más problemas. Por eso decidió que su dama de compañía, en la que confiaba que mantuviera la boca cerrada, era la más apropiada para ayudarla. Sin embargo, ahora lo lamentaba porque Helen no disimulaba que estaba aterrada y no cesaba de retorcerse las manos.

Le había pedido que le consiguiera un faetón de alquiler para aquella noche, pero tras su resistencia a hacerlo sin entender qué pretendía, hubo de contarle la desagradable visita a su cuarto.

—Olvídelo, por favor. Solo le ruego que mantenga en secreto cuanto le he contado porque la vida del vizconde pende de un hilo.

Helen no hacía más que mover la cabeza a un lado y otro, como si no terminara de entender. Luego, sus ojos, agrandados artificialmente tras los cristales de sus gafas, quedaron fijos en la muchacha.

—No puedo callar sobre lo que me ha contado —dijo al cabo de un minuto.

—Por favor.

—Tiene usted que hablar con la policía. O con su excelencia; ella sabrá qué hacer.

—No es posible. Las órdenes que me dieron fueron muy concisas y si alguien se entera, lo matarán.

—¡Pero no puede ir sola a dondequiera que le hayan dicho, por todos los santos! —Se alteró la mujer—. Y mucho menos, pedirme que yo haga como si

nada pasase.

—Usted me pidió que guardara silencio sobre su auténtica identidad, Helen.
La señora Woodman se envaró y agachó la mirada.

—Eso es jugar sucio.

—Lo siento, pero necesito que me guarde el secreto.

Helen quedó callada durante un momento y después suspiró, dándose por vencida.

—De manera que necesitaremos un medio de transporte.

—¿Perdón?

—No estará imaginando que voy a dejarla ir sola a meterse en la boca del lobo, ¿verdad?

—¡No quiero que...!

—Baje la voz, por amor de Dios —rogó mirando hacia la criada que trajinaba en el pasillo sacando brillo a los suelos—. Acaba de decirme que la vida de milord está en peligro, que debe entregar algo a cambio de su liberación y que necesita un vehículo para esta noche. ¿Pretende que le consiga ese carruaje y me quede aquí tan tranquila, esperando a ver si los dos regresan o he de leer su deceso en el periódico?

Barbara miró a la mujer, que había llegado a ser su amiga, con una mezcla de adoración y espanto. Para ser una dama de apariencia sosegada, después del primer impacto de asombro y miedo estaba actuando con un valor admirable; otra hubiera montado un escándalo o se hubiese desmayado por la impresión.

—Debo ir sola, usted solo consígame el faetón.

—¿Sabe conducir uno?

—Me las apañaré. —Dudó; podía cabalgar como el mejor de los jinetes, pero nunca antes había conducido caballos enganchados a un carruaje.

—Yo sé cómo hacerlo.

—Si no voy sola, matarán a Alan. —No pudo reprimir un sollozo.

—Lo ama, ¿no es cierto?

—Con todo mi corazón, Helen.

La sonrisa de la señora Woodman le restó años a su severo rostro. Tomó las manos de Barbara entre las suyas y le dio unas palmaditas de consuelo.

—No se preocupe, todo saldrá bien si tenemos cuidado.

—No puedo permitir que se arriesgue, Helen —insistió la joven.

—No puede impedirlo. Sé lo que es estar enamorada y lo que es perder al ser amado; no consentiré que usted pase por lo que yo, si puedo hacer algo para evitarlo. Perdone si soy indiscreta, pero... ¿qué es lo que quieren a cambio de liberar a milord?

—El Ojo de Taimir.

—¡Ah! ¡Vaya! Se diría que esa joya no da más que problemas. ¿No la llevó al banco? —Barbara asintió— Tal vez les extrañe que ahora quiera recuperarla.

—Diré que volveré a dejarla a su cuidado después de la fiesta de final de mes. En el fondo, casi me alegro de desprenderme de ella; lleva razón, Helen, esa maldita esmeralda no ha dado más que quebraderos de cabeza y Alan está en peligro por su culpa.

—Ninguna alhaja vale lo que la vida de una persona. Bien, pongámonos en marcha —indicó levantándose.

—Helen, no sabe lo que le agradezco...

—No haga que me lo piense mejor y retire mi oferta; sigo muerta de miedo. — Sonrió a medias, demostrando que no las tenía todas consigo.

Aquella mañana, Helen y ella se dedicaron a pasear por la ciudad y antes de ir al banco visitaron un par de librerías en una de las cuales adquirió un ejemplar forrado en piel de *Coriolano*, una de las tragedias escritas por Shakespeare. Lo mismo hubiera podido comprar un tratado de cómo engordar pollos, el contenido del libro le importaba un comino; se trataba de hacer tiempo para no volverse loca, para no imaginar a Alan en poder de unos facinerosos que podrían estar maltratándolo. Pensar que podía no volver a ver a Alan le provocaba una congoja que la ahogaba. Lo amaba. Haría lo que fuera necesario por volver a ver sus ojos y escuchar su voz.

Helen, aunque nerviosa también, se las compuso para mostrarse animosa y fortalecerla a ella.

Uno de los tres ocupantes del coche dejó escapar una sonora carcajada al escuchar el comentario del más joven. Echó mano al manillar de la puerta, dispuesto a bajar, cuando un movimiento en el callejón llamó su atención. Entrecerró los ojos para ver mejor lo que sucedía bajo la tenue luz de la farola de gas.

—¿Qué pasa? —preguntó uno de sus compañeros.

—Shhhhh.

—¿Qué demonios estás mirando? Nos está esperando y ya llegamos tarde.

—Fijaos en eso. —Señaló con el mentón—. ¿A vosotros qué os parece que están haciendo?

—¿Son ladrones?

—Ladronas, en todo caso.

—¿Salen o entran?

—Diría yo que salen.

—Deberíamos detenerlas.

—¿Detener a la pupila de tu hermano? A ti te falta un tornillo, chico. Esa muchacha es capaz de descerrajarnos un tiro si lo intentamos.

—¿Cómo sabes que es...? ¡Oh, oh! Sin duda lo es —confirmó el otro cuando la luz incidió en la cabeza de una de las intrusas—, ese color de cabello es inconfundible. Y juraría que su compinche no es otra que su dama de compañía, la señora Woodman.

—¿Por qué puñetas están saltando por la ventana?

—¿Para que nadie se entere de que salen de casa a estas horas? —ironizó Rowland—. Espero que no quiera ir de nuevo a Whitechapel.

—¡Joder! —blasfemó Vincent—. Están locas si lo intentan. ¿Qué hacemos?

—Seguir las, desde luego.

—Tenemos una cita con Alan.

—Al diablo con la cita, esto es mucho más divertido.

Ajenas a estar siendo observadas por los tres individuos del carruaje estacionado al otro lado de la calle, Barbara ayudó a Helen. Cerraron la ventana y después, medio agachadas, echaron a correr hacia el faetón. A los pocos segundos, el carruaje enfilaba la calle pasando a escasa distancia de los curiosos, con la señora Woodman a las bridas.

Los tres hombres se quedaron sin palabras.

—James, sígalas a distancia. Y apague las luces —le pidió el dueño del carruaje a su cochero.

—Por mucho que nos parezca entretenido seguir las, si le pasa algo a esa chica mi hermano nos rebana el cuello; aunque se resista a verlo, está enamorado como un pollino de ella —rezongó Vin.

Empezaron a cambiar de parecer respecto a que aquella excursión iba a ser interesante, cuando el faetón enfiló el camino hacia los muelles internándose ya por estrechas callejuelas.

El tiempo se les hizo eterno y el viaje no auguraba nada bueno. Minutos después, el cochero sofrenó a los animales viendo que el carruaje de ellas se paraba. Distinguieron a Barbara hablando con un sujeto y se les dispararon las alarmas. Vin saltó de la cabina en cuanto el faetón inició de nuevo la marcha, y agarró al individuo con el que habían hablado por las solapas de la chaqueta.

—¿Qué te han preguntado?

El otro hipó, le miro sin verle porque estaba borracho como una cuba y se encogió de hombros.

—Las señoras buscan delfines.

Vincent lo soltó y el tipo se alejó haciendo eses.

—¿Delfines? ¿Puede tratarse del Dolphin? —les preguntó a los otros—. Atracó hace tres semanas y se hace a la mar al amanecer.

—¿Insinúas que están intentando subir a ese barco?

—¡Y yo qué mierda sé! Solo busco sentido a todo esto. Vámonos o las

perderemos —les apuró antes de volver a subir a la cabina a toda prisa.

Doblaron por la misma calleja que lo hiciera el faetón... solo para encontrar el carruaje abandonado poco más allá. De las dos mujeres no había ni rastro.

—¡Maldita sea! ¿Dónde se han metido esas dementes?

Rowland se apeó y los otros hicieron lo mismo. Se encontraban en una zona desierta, con almacenes a uno y otro lado, no se veía un alma y ellas podrían haber entrado en cualquiera de aquellas naves.

—Esto me huele a chamusquina —protestó Sheringham mientras ponía todo su empeño en escuchar algo que pudiera darles una pista de por dónde habían ido —. ¿Vais armados?

—Siempre —repuso Vin.

—Una Remington —contestó Jason.

Para colmo de males, comenzó a caer una fina llovizna.

—Esto se pone cada vez más feo.

—Muy feo.

Los tres eran hombres de acción; tenían el mismo porcentaje de aventureros que de canallas, de modo que se pusieron en movimiento.

—Quédate junto al coche, James. Nosotros, dividámonos. Si alguno ve algo, que silbe.

Había conseguido alcanzar con el pie un trozo de cristal de la botella rota, con el que intentaba cortar las ligaduras. Estaba destrozándose las muñecas, pero cualquier suplicio era bienvenido si ello le llevaba a soltarse. Fuera como fuese tenía que hacerlo porque Barbara estaba en peligro. Le creyeron desmayado cuando volvieron a ver cómo estaba, y le costó un esfuerzo sobrehumano permanecer en silencio mientras escuchaba a dos de sus captores hablar sobre lo que harían cuando ella acudiese. Porque Barbara había accedido a entregar la joya a cambio de su vida, la muy loca.

La amaba, así de sencillo.

Por eso le aterraba que Barbara fuera a arriesgar su integridad por él; era tan obstinada y valiente como para hacerlo.

Nunca en toda su vida había sentido aquel miedo, nunca el pánico le causó un dolor físico como el que en esos momentos padecía. No le importaba morir, pero perderla lo trastornaba por completo.

—Un poco más, chico. Un poco más —se dijo, dándose ánimos para acabar de cortar la cuerda.

Notaba que la soga se iba aflojando, pero estaba mareado por la paliza recibida y la herida del costado; empezaba a nublársele la visión. Tiró con furia y el dolor se hizo insoportable hasta el punto de caer de nuevo en el pozo oscuro del desmayo.

Ni Barbara ni Helen se resistieron a que el sujeto, que no había dejado de

apuntarlas con una pistola, las empujase para que entraran en el almacén. La muchacha distinguió de inmediato a Alan, que parecía estar inconsciente. El corazón le instó a ir hacia él, pero resistió el imperioso deseo, apretó los puños contra los costados y juró que arrancaría los ojos a los que le hubiesen maltratado.

Tras el hombre que las amenazaba entraron tres más. A Barbara no le extrañó encontrarse entonces cara a cara con el individuo de quien ya sospechaba. Sin embargo, a él si pareció alterarle que estuviera acompañada por Helen.

—Debía venir sola.

—Nunca he sabido conducir un carruaje, señor Rushy, y no era cuestión de venir andando —contestó mostrando una serenidad que no tenía.

Rushy torció el gesto y estiró la mano.

—La esmeralda.

—¿Por qué tanto interés en ella? Si voy a dársela, al menos explíquemelo.

—No tengo inconveniente: solo hay dos piedras como esa en el mundo; yo poseo una y pretendo destruir la suya en cuanto esté en mi mano.

—Comprendo. Por separado, valen una fortuna; una sola, triplicaría su valor.

—No. Tendría un valor incalculable. —Chascó la lengua y se rascó el lóbulo de la oreja—. Usted no debería estar metida en este embrollo, pero su tío fue un estúpido al no querer entregármela. No esperaba que le diera un ataque al corazón mientras le interrogaba.

—¡Que usted...! —La furia obligó a Barbara a avanzar hacia su enemigo, aunque se lo pensó mejor y se detuvo. Debía conservar la calma—. Ahora recuerdo dónde nos habíamos visto antes: usted montaba en un carruaje cuando yo llegaba a casa de mi tío.

—Es posible. Y extraño en mí no haberme fijado en una preciosidad como usted.

—¿Fueron también sus esbirros quienes registraron mi casa en Escocia?

—Un esfuerzo perdido —asintió—, puesto que la joya ya estaba aquí, en su poder. Ross fue muy avisado al quedarse con ella, como pago a una partida de naipes, cuando yo estaba a punto de conseguirla. Y bastante astuto, debo admitirlo, al no incluirla en el testamento, haciéndome pensar que la tenía

escondida en alguna parte de la casa.

—A mi tío no le gustaban las cartas.

—¿Eso cree? —preguntó con ironía—. Me parece que no le conocía demasiado bien, encanto. Pero dejémonos de explicaciones y deme la esmeralda de una vez.

—Primero, libérela —exigió señalando a Maine con la barbilla.

Andrew achicó los ojos y un músculo se tensó en su mandíbula. Era un rufián, sí, la vida le había obligado a serlo, pero admiraba la sangre fría en sus oponentes y aquella muchacha la tenía. Iba a ser una lástima tener que matarla, pero no podía dejar pistas que pudieran usar los agentes de la Ley para atraparlo.

—Al conocerla me pareció una muchacha cándida. Ahora, me descubro ante usted; no siempre se puede uno enfrentar a rivales con coraje, mucho menos siendo mujer.

—Tomaré eso como un cumplido.

Andrew soltó una sonora carcajada.

—Atrevida e insolente. Me gusta su estilo, no como el de esa zorra de Vivien. No es extraño que Maine esté loco por usted.

—¿Lady Vivien? —Se puso a la defensiva—. ¿Qué tiene ella que ver en todo esto?

—Nada. Está muerta. No se altere por su pérdida —pidió al ver que la muchacha palidecía—, ella quería que la matara para convertirse en vizcondesa.

—Se le escapó otra vez la risa—. ¡Pobre infeliz! No servía ni para descalzarla.

—¿La ha matado?

—Se puso demasiado impertinente y hube de quitármela de encima.

—Acabará en la horca.

—Definitivamente, señorita Ross, me gusta usted.

—Usted a mí, no. Es un indeseable, un repugnante asesino, un hombre que ni siquiera sabe cómo se escribe dignidad... En definitiva, Rushy: es usted un hijo de perra.

—¡Basta ya de insultos que me atañen, muchacha! Denos la maldita esmeralda si no quiere que nuestros hombres la registren y yo le vuele la cabeza a su amado vizconde —se escuchó una orden tensa a sus espaldas.

Barbara se giró como una peonza hacia esa voz conocida y la sorpresa la agarrotó.

—Helen...

—La lleva colgada al cuello, Andrew; quítasela y acabemos.

—¿Qué significa esto, señora Woodman? —Barbara no acababa de asimilar lo que estaba viendo.

La aludida se quitó las gafas tirándolas a un lado y se desprendió de la cofia que cubría su cabello. El cambio impresionó a la muchacha: Helen era una mujer mucho más joven de lo que aparentaba hasta entonces. Apuntaba a la cabeza de Alan y la miraba con una frialdad que la dejó sin aliento.

—Woodman no; Rushy. Andrew es mi hijo.

—Todo en usted ha sido entonces una burda mentira para vigilarme, para meterse en nuestras vidas y conseguir la esmeralda.

—No fue complicado obligar a una de las deudas de mi hijo para que me recomendara a lady Hatfield como dama de compañía. Pero no todo lo que le dije es mentira. Todo, no. Fui Helen Rowen y ostenté el título de condesa de Lennox, solo que volvió a manos reales cuando Andrew y yo tuvimos que desaparecer y nos dieron por muertos.

—¿Por qué? No lo comprendo, Helen. Que su esposo falleciese no implicaba que ustedes hubieran de...

—No nos quedó otra salida. No podíamos enfrentarnos a la vergüenza, a la ruina, al desprecio de nuestros conocidos y al estigma de un esposo y un padre incapaz de hacer frente a la desgracia. Por eso escapamos de Londres hace diez años, nos instalamos en Liverpool y Andrew tomó mi apellido de soltera. Y todo, gracias a él —señaló ahora con rabia contenida a Alan, a un paso de dispararle.

—¿Maine les hizo caer en desgracia? —Estaba perpleja y el pánico a que la otra perdiera el control y matara al hombre que amaba hacía que temblara. Alan podía ser un hombre orgulloso, arrogante hasta límites insospechados y terco como una mula, pero también un ser preocupado por los más débiles, se lo había demostrado; nunca hubiera llevado a cabo una acción tan denigrante como la que ella insinuaba—. Perdóneme si no creo una palabra de lo que dice.

—El amor nos vuelve ciegos y estúpidos —intervino entonces Rushy—. Su querido vizconde descubrió la relación que unía a mi padre y a su madre y, en venganza, compró todos y cada uno de los pagarés que el imbécil de mi padre fue entregando por sus pérdidas en el juego. Maine ejecutó luego los pagarés, nos dejó sin nada y él, viéndose en la ruina y comido por las deudas, decidió que lo más sensato era suicidarse y que nosotros nos apañásemos solos.

—¡Eso no puede ser cierto!

—No lo es.

La voz agotada de Alan, que había despertado a tiempo de escuchar la acusación, insufló un halo de esperanza en Barbara. Resistió de nuevo el deseo de acercarse a él por miedo a que Helen disparase, pero hubo tanto amor en sus ojos al mirarle que Maine se sintió el hombre más afortunado del mundo.

—Oswald Rowen fue un cabrón que engañó a su esposa y no supo proteger la herencia de su hijo —dijo con los ojos clavados en Rushy, mientras acababa de aflojar las cuerdas sin que se dieran cuenta—. Fue él y las artimañas de mi «querida» madre las que arrastraron a mi padre al suicidio. No fui yo quien destruyó su familia, Andrew; fue Lennox el que hizo añicos mi vida.

—¡Compró los pagarés! —gritó Helen con el gesto descompuesto, acercándose a Alan; le temblaba la mano que empuñaba la pistola, podía apretar el gatillo al segundo siguiente.

—¡Pero no los ejecuté! —negó Maine con vehemencia— Quería vengarme de Lennox, sí, no voy a negarlo. Quería que mordiera el polvo, que supiera qué era estar arruinado, que se revoliera en el fango viendo cómo cada uno de sus conocidos y presuntos amigos le daban la espalda. Tampoco voy a decir que lamente su muerte, no soy tan cínico. Pero ni siquiera me quedé en Londres para saborear la venganza, pudo más el dolor por el suicidio de mi padre y me alisté para luchar contra Napoleón. Necesitaba alejarme de todo.

—¿Recuerda a Simon Mayer? —preguntó entonces Rushy.

Alan frunció el entrecejo. ¿A son de qué salía ahora ese nombre?

—Era mi antiguo administrador.

—Al que le dio poderes absolutos cuando se marchó, ¿no es verdad?

—Lo es. Confiaba plenamente en él. Pero ¿qué...?

—Él ejecutó los pagarés. ¡Lo hizo! —aseguró dando un paso hacia él—. Todo pasó a su nombre y luego su administrador lo subastó. Nunca se preguntó de dónde venía el incremento de su fortuna, claro; los hombres como usted nunca lo hacen, están tan ahítos de dinero que no se preocupan más que en gastarlo.

A Barbara le daba vueltas la cabeza. Ahora lo entendía todo y en su pecho aleteó, más fuerte que nunca, el amor hacia Alan. Él no le había contado la historia completa, pero las piezas iban encajando una a una. Los constantes engaños de Katherine con otros hombres habían acabado por desquiciar a Joel Chambers, y tras la muerte por accidente de la mujer de la que estaba enamorado, se suicidó, destrozando de paso a Alan. Él tomó venganza contra Lennox, como lo hubiera hecho cualquiera, pero sus palabras dejaban ver que nunca tuvo intenciones de perjudicar a Helen o Andrew; a fin de cuentas, ellos no eran sino otras víctimas. Todo se debía a una sucia jugada del destino.

—Acabemos con esto —indicó Helen—. Andrew, hazte con la joya, matémoslos y salgamos de aquí.

—Patrón, nos prometió que tendríamos un rato de diversión con la muchacha —le recordó uno de los secuaces.

Andrew pareció pensárselo. Después de tantos años, por fin iba a desquitarse y acabar con el hombre que le obligó a mezclarse con la peor calaña para hacerse con un futuro. Desde que regresara a Londres intentó buscar algo con lo que arruinarle, pero el vizconde jugaba siempre sobre seguro y le había sido imposible. No tenía flaquezas. Hasta que llegó su pupila y se enamoró de ella. Barbara era la debilidad que iba a darle la victoria. Matar a Maine y, al mismo tiempo, obtener el Ojo de Taimir que poseía Barbara Ross era un lance que no había esperado, pero a veces los hados jugaban a favor de uno y ahora estaban de su parte. Le sabía mal tener que matar también a la muchacha, pero allí adonde iban podría tener todas las mujeres que quisiera y, al fin y al cabo, permitir a sus hombres el entretenimiento de tenerla imprimiría un castigo a Maine mucho mayor que la misma muerte, porque estaba claro que la amaba.

—Media hora —aceptó Andrew dándoles la espalda.

—¡¡Si os atrevéis a tocarle un solo pelo, os mataré!! —gritó Alan fuera de sí.

Sacando fuerzas de flaqueza se levantó, empujó a Helen haciéndola caer y

perder la pistola y se lanzó hacia el sujeto que tenía más cerca. Su cabeza impactó de lleno en el estómago del rival y ambos rodaron por el suelo.

Barbara aprovechó el momento de desconcierto para hacerse con la pequeña daga que había escondido en su botín y atacar a su vez a otro de los rufianes; no era experta en el uso de un arma blanca, ni siquiera sabía por qué la había guardado, pero la desesperación le dio coraje suficiente para esquivar los brazos del bandido y rajarle el rostro. El tipo retrocedió aullando, ella se quedó paralizada un instante ante la visión de su cara cubierta de sangre y no vio llegar el puño del tercer sicario. El golpe le alcanzó en el hombro, con tal fuerza que la mandó hacia una pila de barriles y aparejos, contra los que se estrelló.

Una milésima de segundo más tarde estalló el caos.

Barbara, mareada por el golpe, consiguió sujetarse a uno de los barriles para ponerse en pie en el momento en que la puerta del almacén se abrió de golpe y tres figuras se atropellaron para entrar.

—¡Al suelo, Babs! —Le gritaron al tiempo que la empujaban, haciéndole caer de nuevo.

Un halo de esperanza se abrió paso en el cerebro de la muchacha al reconocer esa autoritaria orden. ¡Vincent! Se quedó allí, medio tumbada en el suelo y cubriéndose la cabeza con los brazos, mientras hablaban las armas de fuego y se escuchaban gritos amenazantes, alaridos de dolor y blasfemias. Hasta ella llegó el olor acre de la pólvora y, sin importarle el peligro, se incorporó para buscar a Alan entre el barullo de hombres que peleaban. Lo vio al otro lado de la nave, enzarzado con el sujeto al que había atacado un momento antes y ahogó un chillido de espanto cuando él recibió una patada en pleno tórax que le tumbó cuan largo era.

Vin, el vizconde de Wickford y el barón de Sheringham se las veían con Rushy y sus otros dos esbirros. Se desentendió de ellos, sus ojos volaron hacia Helen y la sangre se le congeló en las venas. Su, hasta entonces, dama de compañía, había conseguido recuperar su pistola y la empuñaba con determinación apuntando a Alan. No le dio tiempo a pensar, solo actuó: agarró lo primero que encontró a mano, que no fue otra cosa que una polea, y se lanzó contra ella como una loca. Helen la vio llegar y le hizo frente, pero a Barbara no le importó que la pistola se volviera contra ella, la nube roja de la rabia y la desesperación dominaba sus movimientos y, antes de que su enemiga pudiera apretar el gatillo, arrojó la polea con tanta fuerza que cayó de rodillas. Mientras lo hacía, pudo ver

que Helen, alcanzada de lleno en la cabeza, exhalaba un gemido y se derrumbaba como un peso muerto a la vez que soltaba el arma.

Se oyó otro disparo, escuchó la voz de Wickford ordenándole a alguien que se rindiera y un momento después todo fue silencio.

Unas manos ayudaron a Barbara a levantarse y luego se encontró envuelta por unos brazos fuertes que la estrechaban. Alzó el rostro y se echó a llorar al ver que era Alan. Estaba pálido, tenía un rictus de dolor en los labios y ella hubiera jurado que estaba a un paso de desmayarse, pero no dejó de abrazarla. Sacando fuerzas de dónde no tenía, rodeó la cintura masculina para evitar que él se derrumbara.

—¿Estás bien, mi amor? —Le preguntó, apenas sin voz, ahogada por un llanto de liberación al verle de una pieza.

—¿Y tú?

Ella notó su pánico e hizo un esfuerzo para bromear, sobreponiéndose al dolor de sus propias magulladuras.

—Bueno... Creo que aún soy capaz de ayudar a que un orgulloso vizconde no dé un espectáculo desplomándose a la vista de todos.

—¡Salid de aquí de una vez, Maine! —escucharon que les decía Jason—. Nosotros nos encargamos de empaquetar la mercancía.

La lluvia les azotó con fuerza al llegar al exterior, apoyados el uno en el otro, pero ninguno de los dos fue consciente de que se empapaban. A ella solo le importaba saber que Alan viviría; a él, que la mujer que le había salvado de las tinieblas y a la que no pensaba dejar nunca, estaba fuera de peligro.

El pozo de la inconsciencia amenazaba de nuevo con tragarse a Maine. Estaba tan débil como un niño de pecho y, de no ser porque ella le sostenía por la cintura, instándole a mantenerse lúcido, ya se habría dejado arrastrar hacia el sosiego del desmayo. Supo, en ese instante, que Barbara era su fuerza, el cayado en el que apoyarse, la mujer que con solo mirarlo le hacía mejor persona. La amaba más que a su propia vida.

—Un beso, mi vida —pidió—, aunque Satanás me lleve luego.

Con las últimas fuerzas que le quedaban la pegó a él para tomar su boca. Fue una caricia dulce y delicada que no exigió nada, que solo daba. Barbara salió al

encuentro de esa boca que le quitaba las fuerzas, que hacía que se sintiera pequeña y frágil y, a la vez, poderosa. Le entregó el alma en aquel beso y supo que Alan le estaba ofreciendo la suya.

—Mi vizcondesa... —le escuchó musitar como si se tratara de una oración, justo antes de que se desmayara.

—¿Vais a explicarme ahora cómo es que aparecisteis de repente?

Después de escapar de la muerte, poco importaba el por qué sus dos amigos y su hermano pequeño habían llegado justo a tiempo de echarles una mano, pero a Alan le intrigaba. Se encontraban en el salón, con unas copas en la mano y al calor de la chimenea, tranquilos después de que Conrad, Sarah, Lili y Charlotte les hubieran dejado a solas.

Atrás quedaban siete largos días luchando contra la fiebre por la herida del costado, durante los cuales estuvo más inconsciente que lúcido, y el interés agobiante de la familia por su estado de salud y el de Barbara. Ella, a pesar de sus contusiones, no se había alejado ni un solo momento de la cabecera de su cama, dispensándole sus cuidados y haciendo que siguiera al pie de la letra las indicaciones del doctor Penrose, que acudió a diario para hacerle las curas. Por fortuna, Charlotte no había puesto pegas para que la muchacha ejerciera de enfermera.

—Solo fuimos tras los pasos de tu dama, que escapaba por una ventana en plena noche —explicó Ken—; si tardamos algo en entrar en acción fue porque tu preciosa pupila nos dio esquinazo sin saber que la seguíamos. Es toda una amazona, muchacho.

Babs agachó la cabeza, azorada por lo que sabía era un cumplido.

Alan la atrajo hacia él. Le hubiera importado poco besarla a placer incluso en presencia de los otros, pero las normas de buena educación se lo prohibían.

—Una guerrera que me ha robado el corazón, sin la que mi vida no valdría nada. Ambos os debemos mucho; no es algo que vayamos a olvidar con facilidad.

—Desde luego yo no pienso dejar que lo olvides, hermano —aseguró Vincent mientras se servía una segunda copa—. ¿Qué me dices de Perseo? Siempre me gustó ese caballo.

—Es tuyo.

—¿Así de fácil? Si llego a saberlo te pido también a Argos —bromeó haciendo reír a todos.

—¿Qué ha pasado con Rushy y los suyos?

—Uno de ellos no sobrevivió a la reyerta, tuvo la mala fortuna de recibir mi disparo en la nuca al tratar de huir, aunque mi intención era darle en el hombro —detalló Rowland—. Los otros dos están a buen recaudo en Newgate y pasarán allí una muy larga temporada, en el supuesto de que no acaben ahorcados. Helen Rowen se recupera del golpe propinado por Barbara y será acusada de intento de asesinato y confabulación. En cuanto a Andrew, tiene una larga lista de cargos sobre su cabeza: robo, el asesinato de Vivien y otros cuantos crímenes más, entre los que suponemos está el del sicario que entró a robaros; ten por seguro que acabará ajusticiado.

—En el registro que hicieron de su casa, hallaron el otro Ojo de Taimir —informó Sheringham—. Le ha sido entregado a Sergei Varinov con los saludos personales del Regente.

—Yo le daré el mío —terció la muchacha—. Esas esmeraldas deben regresar a su lugar de origen.

—Ese condenado ruso va a obtener una medalla sin hacer nada —se echó a reír Vin.

—Vuestra abuela y Sarah tenían razón: hay joyas que están malditas. Por mi parte, no quiero volver a saber nada de esmeraldas, les he tomado antipatía.

—Te cubriré de diamantes. La vizcondesa de Maine no puede andar por ahí sin joyas —declaró Alan con vehemencia, quedándose prendado de sus pupilas verdes.

Barbara abrió mucho los ojos y se le quedó mirando como si acabaran de decirle que había desaparecido la luna del firmamento. Una opresión en el pecho le impedía respirar y una lágrima surcó su mejilla derecha. Tragó saliva y hubo de aclararse la garganta porque se le atascaron las palabras.

—¿Qué quieres decir con eso de... vizcondesa de Maine? —preguntó, sin acabarse de creer lo que acababa de escuchar.

—Que ya no deseo ejercer de tutor, sino de esposo. Y en presencia de testigos, te pido que me aceptes.

—Yo...

Desvió la mirada y se dedicó a retorcer la tela de su falda. Era lo que había soñado, aunque no imaginaba una declaración tan poco romántica y delante de otras personas. Claro que Alan nunca hacía las cosas como debían hacerse. La estimaba y habían compartido momentos de intimidad maravillosos, pero él nunca había pronunciado la única palabra que ella deseaba escuchar: amor. Y un matrimonio basado solo en el sexo, no era suficiente para ella. Lo quería todo o nada. Prefería vivir sola el resto de su vida que atarlo a ella con lazos tan débiles.

Jason, percatándose del problema, carraspeó, dejó su copa y abandonó su asiento a la vez que hacía una seña a los otros dos.

—Tengo asuntos que atender, he de marcharme y aquí estamos de más.

—Yo he quedado con el sastre —se excusó Ken estúpidamente, porque ya era muy tarde como para visitarlo y tomó el camino de la puerta.

—Pues yo no tengo nada que... —empezó a protestar Vin. Rowland le agarró del cuello de la chaqueta y lo empujó hacia la salida—. Bueno, ahora recuerdo que he de ir a...

Rowland, antes de cerrar la puerta, se volvió para decirle a Alan moviendo los labios: «amor, idiota».

Maine se percató entonces de su terrible fallo y cerró los ojos; Barbara tenía los suyos fijos en la punta de sus zapatos y estaba muy callada. Pero él no encontraba las palabras para decirle lo que ansiaba su corazón y se maldijo por ello. Llevaba tantos años protegiéndolo tras la coraza de la desconfianza, que ahora se sentía como un párvulo ante un examen que no sabe resolver.

—Babs...— Ella alzó sus ojos y él tomó sus manos entre las suyas—. No sé decirte lo que siento con palabras grandilocuentes, pero te quiero. No creía en el amor y tú me has enseñado, estaba atrapado por mis fantasmas y tú los has ahuyentado. Te has convertido en el centro de mi universo y no me imagino la

vida sin que estés a mi lado. No quiero pasar un segundo de mi existencia sin ti, Barbara.

—Alan...

—Te amo. ¡Dios! Te amo tanto que me duele, mi vida. Necesito saber si tú también me...

—Creo que te he amado desde que te vi por primera vez —confesó entonces ella, dejando ya que las lágrimas cayeran con libertad.

Alan la abrazó con fuerza, buscó su boca y se perdieron en un mundo y un espacio en el que solo existían ellos.

—Quiero que nos casemos cuanto antes, mi amor —dijo Maine después de saciarse de los labios femeninos.

—Charlotte, Lili y Sarah nos matan si no les damos tiempo para prepararlo todo y encargar vestidos para el acontecimiento.

—Fuguémonos y al diablo con ellas. Un par de días y tendré la licencia en mis manos, no puedo ni quiero esperar más para convertirte en mi vizcondesa.

—Tampoco yo quiero esperar para poder llamarte esposo, mi amor, pero las cosas deben pensarse.

—Y eso me lo dices tú, que saliste en plena noche para enfrentarte con unos desalmados y te arriesgaste por mí.

—Bueno... —sonrió acurrucándose contra él—, es que estaba mucho en juego: ni más ni menos que mi vida. Porque tú eres mi vida, Alan.

—Hablamos entonces de una gran boda, con cientos de invitados, flores y toda esa parafernalia... —Torció el gesto, aunque en sus ojos brillaba la felicidad.

—Solo quiero convertirme en tu esposa. No me hace falta una gran ceremonia, me conformaría con aceptarte en una pequeña capilla perdida en medio de la Nada, pero no quiero quitarle la ilusión a tu familia y amigos. Aunque sí he de pedirte un favor.

—Lo que quieras.

—Quita de tu despacho el cuadro de tu madre. No quiero que regrese a tus sueños nunca más.

—Albert lo ha subido al desván esta misma mañana. Olvídate de ella, yo lo he hecho. Ahora solo tenemos que pensar en nuestro futuro.

Se fundieron en otro beso apasionado que les dejó a ambos sin aliento. Al separarse, Barbara tenía la expresión de una bribonzuela.

—¿Crees que la familia se enfadaría si el heredero del vizconde de Maine llega antes de tiempo?

Alan dio rienda suelta a la risa. Se levantó, la tomó en brazos, salió del salón y empezó a subir las escaleras.

—¡Alan! Se te puede abrir la herida. —La silenció con un beso—. Los sirvientes pueden vernos. —La hizo callar de nuevo con otro—. Tu abuela... — Se ganó otra caricia que la dejó sin aire y la volvió más juguetona. Suspiró y se abrazó más a él—. Bueno, puestos así ¿podríamos probar algunas otras posturas de ese libro tan... interesante, milord?

Él no dijo nada, pero su mirada contestaba por él: por descontado que sí.

EPÍLOGO

Saint Stephen Walbrook, la iglesia elegida por ambos desestimando otras de mayor amplitud y boato, estaba repleta de flores blancas. El templo había sido levantado de nuevo seis años después del Gran Incendio de 1666, y Sir Christopher Wren había realizado una obra extraordinaria donde primaba el color blanco de sus techos y la majestuosidad de sus columnas, recordando a las iglesias bizantinas.

Barbara ascendió los dieciséis escalones como si flotara y avanzó despacio. En cuanto llegó a la puerta, se soltó del duque de Hatfield, que estaba orgulloso como un pavo real por haberla conducido hasta la iglesia desde Hatfield Manor en el coche ducal, y él entró primero para ocupar su puesto en el primer banco.

Barbara apenas podía respirar por la emoción y recordaba con infinito cariño las muestras de afecto de los sirvientes de Alan antes de partir hacia la propiedad del duque. Se había despedido de ellos con un efusivo abrazo y, aunque admitía que desestimaban sumarse a la ceremonia por su condición de criados, le hubiera gustado que estuvieran ahora allí.

Las suelas de sus zapatos pisaban ya las baldosas del templo, estaba a un paso de unirse para siempre a Alan Chambers, vizconde de Maine, pero seguía sin creérselo.

Saint Stephen Walbrook estaba a rebosar y, a un lado y otro del pasillo central, los invitados la observaban expectantes y sonrientes.

Continuó avanzando con pasos medidos, rezando para no tropezar debido a los nervios, mirando siempre al frente, pero captando la presencia de duques, condes, vizcondes... La flor y nata de la sociedad se había dado cita allí para ser testigos de los esponsales. Para ella empezaba una nueva vida que nunca

imaginó, aunque lo único que le importaba era el hombre al que iba a unirse, el espléndido y atractivo caballero que la esperaba en el altar.

Alan impresionaba vestido de oscuro. El traje le quedaba como un guante, le hacía parecer incluso más alto de lo que era: la chaqueta realzaba la anchura de sus hombros, el níveo de la camisa hacía destacar más su moreno rostro y sus ojos brillaban de anticipación. Benjamin se había esmerado para la ocasión y ella no podía ver a nadie más que a él. De todos modos, tras sonreírle, desvió los ojos hacia la cúpula que le recordó la de San Pablo. El sol penetraba a través de las cristaleras, que parecían azules, formando haces de luz; se escuchaba la suave música del órgano y ella se sintió la protagonista de un cuento de hadas.

A la derecha, en los primeros bancos, se encontraban Conrad, Sarah, Vincent, Lili, Charlotte y Julian, el hijo pequeño y heredero de los Hatfield, a quien había conocido hacía solo dos días, cuando regresó de Eton con permiso para asistir a la boda. Tras ellos, el vizconde de Wickford y el barón de Sheringham, a quienes las damas no dejaban de mirar por su inmejorable estampa; los mejores amigos que alguien pudiera tener.

Barbara casi tropezó con el ruedo del vestido al advertir la presencia de una mujer en la primera fila de los bancos de la izquierda. Por unos segundos olvidó el rol que debía representar, dejó de caminar y los ojos se le inundaron de lágrimas.

—Cliona...

Iba vestida como una auténtica dama y hasta lucía un ridículo sombrerito sobre sus encanecidos y perfectamente peinados cabellos. Se hablaron sin palabras y ella vio el orgullo en los ojos acuosos de su antigua aya. Imaginó que había sido cosa de Alan y juró que se lo comería a besos por hacerle ese maravilloso regalo.

«Si lloras, quedarás en ridículo, y la futura vizcondesa de Maine no puede permitirse una cosa así» se dijo volviendo a mirar al frente y reemprendiendo la marcha.

Maine estaba tan nervioso como un potrillo sin domar. Intentaba guardar las formas retorciendo las manos a la espalda y manteniendo el semblante sereno,

pero por dentro temblaba. Era incapaz de oír nada porque el corazón le retumbaba en los oídos. Y no podía apartar los ojos de la mujer que, en pocos minutos, se convertiría en su esposa. Barbara lucía un vestido de seda azul cielo de corte imperio, de escote y cola cuadrados y mangas abullonadas; la infinidad de perlas cosidas en el bajo refulgían con cada suave movimiento. Llevaba el flamígero cabello recogido en un exquisito peinado que dejaba libres algunos mechones que enmarcaban su rostro, y dos sartas de perlas se entremezclaban con los bucles. No llevaba pendientes ni collar, pero ella por sí sola era una joya.

En un atisbo de flaqueza, se preguntó si conseguiría ser un buen esposo. Barbara le superaba en todo: en alegría por vivir, en el amor hacia los demás, en valentía y hasta en inteligencia. A su lado, se veía como un pobre hombre deseoso de aprender. Luego ella lo miró de frente mientras se acercaba a él y le sonrió, con tal amor, que el miedo se evaporó de su corazón y solo quedó el deseo de hacerla feliz. Aunque le costase la vida, haría que ella fuera dichosa.

Le tendió la mano, que temblaba, estrechando entre sus dedos los de Barbara. Una corriente de amor les traspasó a ambos y, por unos segundos, todo desapareció a su alrededor. Unidos incluso antes de que la ceremonia finalizara, miraron al representante de Dios en la tierra.

—Te amo —susurró él, muy quedo, para que solo ella lo escuchase.

—Te amo —repitió Babs.

Minutos después, ella lucía el anillo que le unía a Alan para siempre. Como en un sueño, notó las fuertes manos masculinas tomarla por los hombros y acercarla a él.

—Mi esposa. Mi amada vizcondesa.

—Mi esposo. Mi amado vizconde.

Y el beso que compartieron fue tan dulce y lleno de promesas, que ni siquiera escucharon los vítores de los invitados ni las campanas tañendo al cielo de Londres.

FIN

NOTA DE LA AUTORA

Una de las cosas que más debería preocuparnos es el bienestar de los niños. Por eso, en alguna que otra novela de las que ya tengo publicadas, hago referencia a este tema. En *Rivales de día, amantes de noche*, he vuelto a sacar el problema porque, además, en la Inglaterra de 1818 fue espantoso.

Mientras se libraba la guerra contra Napoleón, Inglaterra no pudo conseguir grano a buen precio, lo que dio lugar a una subida en el pan. La paz de 1815 no resolvió nada y la mayoría de los trabajadores que se dedicaban a la agricultura y a la industria se vieron empobrecidos. El desempleo fracturó familias enteras, muchos niños perdieron a uno de sus padres, o a ambos, viéndose obligados a vivir en orfanatos que, lejos de cuidarlos, los explotaban. Las condiciones de esos lugares eran terribles y los menores se convirtieron en mano de obra barata para fábricas y minas. Los menos afortunados, acababan en las calles o en bandas de delincuencia que se aprovechaban igualmente de ellos.

Por desgracia, la escolarización hasta los diez años para los niños no se promulgó hasta 1880.

Me he tomado la libertad de decir que en 1818 muchos nobles hicieron frente común ante el Regente, para que se tomaran medidas que paliasen la hambruna de los más desfavorecidos, pero lo cierto es que ya en 1815 se revisó el sistema y en 1817 se aprobó la Ley de Empleo de los Pobres, emitiendo Letras del Tesoro para conseguir dinero y emplearlo en las mejoras. No resultó milagroso, pero fue un paso importante.

También he querido hacer un guiño a Disney, que ha alegrado muchos momentos a los más pequeños y que a mí, en concreto, me hace volver a la niñez cada vez que veo una película de dibujos animados. De ahí que haya hecho

referencia a *La Belle et la Bête*, el último cuento escrito por Jeanne Marie Leprince de Beaumont, nacida en Ruan en abril de 1711. Acababa de ver la película, una vez más, y no pude resistir la tentación de buscar el texto original y enterarme de la vida de esta autora que, entre otros cuentos, escribió *El almacén de los niños*, *El almacén de las señoritas adolescentes* y *El almacén de los pobres*.

AGRADECIMIENTOS

A los libros. A cada ejemplar que ha caído en mis manos, sea del género que sea, desde que empecé a juntar las letras formando palabras. Cualquier texto escrito es un tesoro para mí.

A mi familia, a la que tanto tiempo robo cada vez que empiezo una de mis novelas; nunca podré compensaros.

A Lola Gude por liarme, como hace siempre, para que me pusiera con una nueva novela y por su inestimable ayuda; Almudena Muñoz, el ratoncito de la red que me prohíbe meter la pata y vigila todo, todo, todo lo que escribo; Laura Socías, que corrige con suma paciencia todos mis errores y, de paso, me anima. Tampoco a vosotras puedo compensaros el tiempo que me dedicáis más que con un tremendo cariño.

A Penguin Random House, por querer seguir contando conmigo.

A vosotros, lectoras y lectores, por tener esta novela en vuestras manos. Espero que no juzguéis duramente el trabajo de una simple contadora de aventuras que busca haceros pasar un ratito entretenido.

Podéis seguirme en FB: <https://www.facebook.com/nieves.hidalgo>, en twitter: @Orgullosaj0n, y en mi blog: <http://nieveshidalgo.blogspot.com.es/>

Mi correo está a vuestro servicio si queréis escribirme:

nhidalgodelacalle@hotmail.es

PRÓXIMAMENTE...

Ódiame de día, ámame de noche

Trilogía Un romance en Londres, 2

PRÓLOGO

S*evilla. Agosto de 1817*

Los ojos almendrados y oscuros de María Vélez se entornaron al mirar a su nieto y observar sus rasgos aristocráticos. Estaba sentado frente a ella, en uno de los sillones de mimbre y mantenía los párpados cerrados y las piernas estiradas, una bota sobre la otra. Le vio mover una mano con dejadez para espantar a la impertinente mosca que le zumbaba junto a la oreja y sonrió. Era como ver a un animal salvaje en reposo, en apariencia inofensivo pero peligroso en el la realidad.

María acercó el vaso de jerez frío a sus labios y bebió un pequeño sorbo.

—Hummm.

—¿Cuándo piensas regresar a Inglaterra?

—¿Tantas ganas tienes de perderme de vista, abuela?

—No seas necio.

—Cuando tú regreses conmigo.

—Entonces, nunca.

La respuesta hizo abrir los ojos a Jason Rowland, vizconde de Wickford y futuro conde de Creston. Tan oscuros como los de ella, tenían en ese momento un brillo tormentoso; una mirada que seducía a las mujeres e intimidaba a los

hombres. Pero de inmediato perdió la dureza y se tornó en otra divertida. Se sentó derecho, tomó su copa de jerez y bebió mientras fijaba la mirada en el rostro arrugado, pero aún señorial y hermoso, de la anciana.

—Si entendiera tu punto de vista, tendría ganado el cielo. Pero no lo entiendo. Permanecer bajo la injusticia de un rey que se ha burlado de las decisiones de su pueblo derogando la Constitución de Cádiz y persiguiendo sin tregua a los liberales, es de locos.

—¿Acaso estaría mejor en un país regentado por un hombre sin demasiados escrúpulos, que dedica su tiempo a comilonas y está casado con dos mujeres?

—No defiendo a Prinny y lo sabes, pero aquí no estás segura debido a tus miras políticas.

—Soy una vieja a la que ya nadie hace caso y España es mi hogar.

—Tu hogar ha sido Creston House desde que te casaste con el abuelo. Y allí es donde deberías estar, con tu hijo y conmigo.

—Tu abuelo nos abandonó hace ya años, Dios le tenga a su lado. Caminar por los lugares en los que fuimos felices, sería una tortura, por eso decidí regresar a Sevilla; en Inglaterra todo me recordaba a Adrian.

—Aún le echas de menos.

—Lo haré hasta mi último aliento.

—Mi padre, te añora a ti.

—James tiene muchas ocupaciones, yo solo sería una carga para él.

—Ahora, la que dice tonterías eres tú.

—Quiero ser enterrada aquí, cerca del Guadalquivir. Sin embargo, a ti te harán ya de menos, hace mucho que faltas y recuerda que tienes una esposa.

El rostro de Jason se tensó al escuchar hablar de la mujer a la que odiaba. Dejó la copa sobre la mesa de hierro forjado con demasiada fuerza y desvió la mirada hacia los parterres de geranios.

—Ni mi padre ni ella notarán mi ausencia —dijo con voz dura.

—No eres justo, muchacho.

—¿Eso crees? —Se inclinó hacia ella y apoyó los codos sobre las rodillas—. Casandra estará muy a gusto gastando mi fortuna a manos llenas sin necesidad de soportar mi presencia en su cama; seguro que ya ha encontrado a algún idiota

que se la caliente. En cuanto a mi padre...

—¡Jason, no seas vulgar!

—En cuanto a mi padre —repitió con un retintín irónico, haciendo caso omiso de la regañina—, tiene lo que quería: una nuera. Que no le haya dado un nieto aún, no es mi culpa; te aseguro que hasta que mi «adorable» esposa me echó de su cuarto, hice todo cuanto estuvo en mi mano para tener un heredero.

—¡Es suficiente, muchacho! —Palmeó enojada el brazo del sillón.

—Perdona. Siento haberte hablado así, abuela, pero la culpa ha sido tuya por sacar el tema.

—Tu padre te quiere, lo creas o no. Es vuestro carácter irascible el que os ha enfrentado desde que eras un mocoso, no la falta de cariño por su parte. Alguno de los dos deberías, como decimos aquí, apearse del burro.

Jason de echó a reír; los dichos y refranes de su abuela conseguían casi siempre devolverle el buen humor.

—Lo que pasa es que no soporto que se meta en mi vida.

—Vas a cumplir treinta años y es lógico que él quiera un nieto al que mimar. Y yo, de paso, un bisnieto que alegre mis últimos días. Creston House debe tener un heredero y eso, muchacho, es inapelable. En lo referente a tu esposa... Dale tiempo, hijo, apenas os conocéis, ni siquiera la cortejaste como es debido.

—No fue un cortejo al uso, desde luego. Aunque ella tampoco puso trabas para meterse entre mis sábanas.

—Jason... —avisó María Vélez.

—Mi padre me quería casado, yo estaba harto de discusiones y ella era muy hermosa. ¿Por qué no pedirle matrimonio? Era el único modo de que él me dejara en paz de una vez por todas.

—Un modo poco apropiado para forjar la base de una convivencia feliz.

—Lo hubiera sido de no comportarme yo como un imbécil. Me enamoré igual que un pollino y ella, por el contrario, me engañó y pisoteó mi orgullo. Eso sí, reconozco que durante el escaso tiempo que duró nuestra unión, me satisfizo en la cama.

—¡Ya está bien! Serás mucho vizconde y futuro conde, pero aún puedo cruzarte la cara —amenazó la anciana hecha un basilisco.

Jason recostó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos. Lamentaba su comportamiento soez, pero no podía remediar perder los estribos cada vez que recordaba a su condenada esposa: la perra que se burló de él, que le despreció y echó su corazón a los perros.

Cuando quiso darse cuenta, ella no estaba en el patio. Se levantó, pesaroso y avergonzado por haberla hecho enfadar y fue en su busca. La encontró en las cocinas hablando con Rocío, a la que saludó con un guiño. Abrazó a su abuela por la espalda, besó sus blancos cabellos y rogó:

—Perdóname una vez más, nana. Soy un imbécil sin remedio.

María se giró en sus brazos y él depositó otro beso en la punta de su nariz.

—Lo que eres es un bribón.

—Al que habréis preparado algo de comer, imagino; estoy famélico. ¿Qué tenemos hoy?

—¿Qué le parece un gazpacho y unos andrajos con bacalao, señorito?

La cocinera estaba pendiente de todos sus caprichos, como el resto de los sirvientes de la casa y no había día que no le sorprendiera con algún nuevo plato. Era bajita, regordeta, con el cabello negro como la noche y unos ojos que siempre relucían de buen humor.

—Suena fantástico, Rocío. Bueno... salvo eso de los andrajos. ¿Qué lleva además del bacalao?

La mujer sonrió y movió la cabeza sin dejar de picar tomates.

—Ajos, tomates, pimentón, cebollas, almejas... Un poquito de hierbabuena. Usted déjeme a mí. ¿Alguna vez le he puesto en la mesa algo que no se haya comido hasta hacerle rebañar el plato?

—No tiene mucho mérito —bromeó enlazándola de la ancha cintura—; soy un estómago agradecido.

—Eso sí que es cierto. Come como una verdadera lima, no entiendo cómo puede estar delgado.

—¿Qué tal un poco de crema andaluza de postre? Pero dulce, dulce; la de la semana pasada tenía un extraño sabor a... comino.

—¡Comino! —Se escandalizó ella, girándose hacia de golpe—. ¿Que yo he puesto comino en «mi» crema?

Jason hubo de dar un salto hacia atrás porque Rocío blandía el cuchillo y lo movía bastante cerca de sus narices. Alzó las manos en señal de rendición y se echó a reír. Le encantaba hacerla rabiar.

—Me la tomaría, aunque echaras sal en ella.

Ella torció un poco la cabeza y se quedó mirándole unos segundos.

—Pobre de la mujer que caiga realmente en sus redes, señorito; es usted un pícaro de tomo y lomo. ¡Hala, hala, fuera de mi cocina! Déjeme trabajar a gusto, que ya les avisaré cuando esté lista la comida.

Divertidos nieto y abuela por el aparente enfado de la sirvienta, regresaron al porche.

—Comino, dice el muy bandido... —se escuchaba tras ellos la protesta de Rocío—. ¡A quien se le ocurre más que a él! ¡Acabará por volvernos locos a todos!

Si te ha gustado

Rivales de día, amantes de noche

te recomendamos comenzar a leer

Mariposa de hielo

de *Concha Álvarez*



PRÓLOGO

Las cazadoras de almas serán entregadas por los ángeles a sus superiores, en caso contrario, se considerará traición. Libro III, Capítulo 2 vers. 3.

Desde que recordaba, Lucien había cuidado de sus hermanos y, ahora, debía alejarse de ellos. A veces, la felicidad lo embargaba al saber que ambos tendrían una vida plena y satisfactoria al lado de las personas que amaban. Sin embargo, en otras ocasiones, albergaba en su corazón un resentimiento hacia ese nuevo mundo al que ya no pertenecía. Además, don Ángelo lo sometía a una espera sin fin, en pago por la salvación de Gerard. En esos momentos de sentimientos encontrados invertía el tiempo en desarmar motores de motocicletas. Se limpió las manos manchadas de grasa en un trapo que lanzó a los pies de la sombra.

—¿Qué haces aquí?

Le alivió la idea de que hubiera llegado el día de ajustar cuentas con el viejo. A Lucien no le gustaba arrastrar asuntos pendientes y, menos aún, con un bastardo de la categoría del rey de las sombras.

—Don Ángelo quiere verte —respondió el mensajero.

Lucien estudió la postura tensa del perdido y sus ganas de pelear. Evaluó las posibilidades de ganar y concluyó que no lo vencería con facilidad, apostaría un milenio a que esa marioneta infernal lo había visitado en compañía de unos cuantos amigos. El ángel, sin dejar de vigilar a la sombra, se vistió con otra ropa limpia que sacó de una taquilla metálica.

—No lo hagamos esperar.

Obedeció el mandato de don Ángelo, cumpliría lo que le pidiera, aunque no le agradara. Nunca jugaría con las vidas de Denis y Gerard.

Dos segundos más tarde, contemplaba la plaza de San Marcos. El lugar preferido del viejo, donde se dedicaba a su entretenimiento favorito. Escogía una paloma que sobrevolaba la turística plaza, la apuntaba con uno de los dedos y esta se lanzaba en un vuelo suicida hacia el suelo. Al verla morir, dibujaba una

sonrisa pícaro, como un niño ante una travesura sin importancia, mientras bebía un capuchino y elegía otra ave inocente.

—Me alegra verte, hace mucho que no me visitas —dijo igual que si fueran viejos amigos.

—He estado ocupado —mintió.

—Cierto y apestas a gasolina, querido niño —afirmó, y sus ojos mostraron una ironía que provocó que el caído frunciera el ceño.

A Lucien le disgustó que ese bastardo lo vigilara. Guardó silencio hasta que el camarero colocó sobre la mesa un capuchino y se retiró a servir a otros clientes. Tomó la taza y la retiró con desdén a un lado. El perdido sonrió al ver la arrogancia de ese muchacho. Se reconocía en él.

—¿Qué es lo que quiere?

—Tener una charla con un amigo.

—No somos amigos, así que no perdamos el tiempo.

—Tiempo es lo que nos sobra, querido niño.

Lucien estaba a punto de perder la paciencia. Don Ángel poseía una mentalidad retorcida, incapaz de tolerar que un caído se sublevara sin tomar medidas contundentes. Observó a una de las aves y se dispuso a realizar el mismo juego, pero Lucien lo sujetó de la muñeca.

—Dígame por qué me ha hecho venir o me largo ahora mismo.

El arcángel oscuro se soltó del agarre de Lucien. Luego, lo inmovilizó con una gélida mirada.

—No consiento los malos modales. —Un fulgor rojizo apareció un instante en los ojos de don Ángel. Con un leve aleteo de los dedos, sin rozarlo, oprimió con una fuerza invisible el cuello de Lucien. Durante unos segundos, el joven creyó que moriría en aquella plaza veneciana—. Vamos, no luches contra mí —le pidió soltándolo—. No puedes vencer. Tan solo quiero que busques a alguien.

—¿Quién es? —consiguió pronunciar, aunque su voz le sonó ronca.

—La mujer de la fotografía que te entregué. Se llama Cinthia, poco se sabe de ella, salvo que es una estafadora y...

—Y... —dijo Lucien ante el repentino silencio y desconfianza del viejo perdido.

—Una cazadora de almas.

—¿Está seguro? Ese linaje se extinguió hace varios eones.

—Hasta que nació ella.

Lucien no daba por cierta la historia, si bien no discutiría con el rey de las sombras. Le entregaría a esa mujer o bruja, de ese modo, cumpliría con su trato y jamás volvería a ver al viejo.

—¿Lo sabe?

—Ignora qué es y desconoce de nuestra existencia.

—¿Cómo ha dado con ella?

—Es una larga historia.

—No pienso correr el riesgo, si no me cuenta todo lo que sabe —mintió.

Don Ángelo evaluó al caído, cualquiera que poseyera a una cazadora vencería la batalla entre el cielo y el infierno. Los mortales, con su falta de humanidad, viajaban al infierno sin necesidad de corromperlos. Pero no era tan ingenuo, en manos de los ángeles, rompería el equilibrio entre las distintas fuerzas y se negaba a convertirse en el botones de ese hotel que era el Paraíso y el Averno.

—Es mi hija... —reconoció al fin.

—¿Cómo es posible?

—Por favor, mi querido niño, no pretenderás que te explique el cuento de las abejitas y las flores. —Lucien lo miró con intención de destrozarlo, en cambio, él reanudó su relato—. No es ninguna leyenda —explicó—. Las cazadoras de almas nunca mueren, solo agotan sus años mortales. Se reencarnan en nuevas vidas sin recordar las anteriores. Si alguna de ellas lo hiciera, perdería el don de cazar almas y se transformaría en una simple mortal.

—¿Quién sabe de su existencia?

—No estoy seguro...

—Si quiere que lo ayude, debe ser sincero —exigió Lucien al interpretar que le mentía.

Don Ángelo fijó los ojos en los del ángel. Dudó si poner en manos de ese muchacho la seguridad de su hija e incluso la de su propio reino. Lo tranquilizó comprobar que en su interior albergaba cansancio y soledad; carecía de ambición.

—Rafael la busca.

Todos conocían la crueldad del sustituto de Gabriel. Rafael no descansaría hasta que diera con ella, pero no se acobardó ante las palabras de la sombra. Todo lo contrario, sin saberlo le había dado la oportunidad de vengarse, tenían una cuenta pendiente. Por supuesto, sus dificultades aumentarían, si Rafael descubría que esa joven era la hija de don Ángel. El arcángel la mataría con el único propósito de dañar a su enemigo. Se removió en la silla, porque la cicatriz de su pecho palpó al revivir el recuerdo de cómo y quién lo hirió.

—¿Cuándo la encuentre qué hará con ella?

—Eso no te concierne —dijo con voz dura—. Tú solo tráela y recuerda que su voz es ambrosía a los oídos de un ser que en algún momento fue celestial. Algunos dicen que causa enajenación en un ángel, locura a un caído; mientras que a una sombra la vuelve inestable y peligrosa.

—¿Cómo puedo evitar la locura?

—No permitas que te toque o dominará tu voluntad, ¿entendido?

Lucien asintió y miró la fotografía una vez más. Era una muchacha sin un atractivo especial. Poseía unos ojos pardos y vivarachos endurecidos por las duras vivencias que había padecido en los últimos años. Su pelo castaño y largo disimulaba un rostro desigual. Su constitución distaba de ser perfecta; de corta estatura, costaba imaginar que fuera hija del corpulento rey de las sombras. Le resultaba difícil de admitir, y menos entender, que esa chica de aspecto anodino fuera un monstruo tan temible como una cazadora de almas.

Tras el éxito de *A las ocho*, en el Thyssen, Nieves Hidalgo vuelve a deleitarnos con una novela de época llena de amor, pasión y aventuras. No te pierdas esta fascinante primera entrega de la trilogía *Un romance en Londres*.

**Una promesa que él romperá por culpa del amor...
Un amor por el que ella arriesgará la vida...**



Barbara Ross, tras la muerte de su único pariente, se ve obligada a viajar desde Edimburgo a Londres para ponerse a cargo del tutor elegido por su tío para ella. No sabe nada de ese sujeto salvo su nombre: Alan Chambers, vizconde de Maine. Imagina que será un caballero de edad avanzada, como lo era su tío, pero Maine no es, ni por asomo, lo que la muchacha espera encontrar.

Alan Chambers, segundo hijo del duque de Hatfield, ha aceptado la tutoría por la amistad que le unía a Thomas Ross, esperando tener como pupila a una niña.

Tampoco él se imagina que va a encontrarse con una mujer en edad de casarse.

La atracción que siente por ella desde el primer momento va a ponerle las cosas muy difíciles, sobre todo porque ha jurado no permitir que ninguna mujer domine su vida... como le sucedió a su padre.

Una antigua afrenta y el enfermizo deseo de venganza de un hombre, unido a la codicia de poseer una famosa esmeralda, propiedad de Barbara, harán que sus vidas peligren y que deban poner a prueba la fuerza de su amor.

Nieves Hidalgo es madrileña de nacimiento y devoradora impenitente de lectura. Escribe desde siempre por simple afición y durante años lo compaginó con su trabajo. En la actualidad se dedica en exclusiva a escribir. Comenzó escribiendo novelas románticas a principios de los 80, para el disfrute de sus amigas y compañeras de trabajo. En el 2007, movida por la insistencia de su más querida amiga, envió a varias editoriales algunas de sus novelas, y pronto tuvo respuesta de uno de los más importantes sellos de novela romántica en nuestro país: Ediciones B. Su primera novela publicada, *Lo que dure la eternidad* vio la luz en Marzo del 2008 de la mano del sello Vergara, que ha seguido apostando por sus novelas. Ha publicado también con Esencia y Booket, ambos sellos de Planeta.

Edición en formato digital: junio de 2018

© 2018, Nieves Hidalgo

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-1607-655-0

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Índice

RIVALES DE DÍA

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

CAPÍTULO 37

CAPÍTULO 38

CAPÍTULO 39

CAPÍTULO 40

CAPÍTULO 41

CAPÍTULO 42

CAPÍTULO 43

CAPÍTULO 44

CAPÍTULO 45

EPÍLOGO

NOTA DE LA AUTORA

AGRADECIMIENTOS

PRÓXIMAMENTE

SI TE HA GUSTADO ESTA NOVELA...

SOBRE ESTE LIBRO

SOBRE NIEVES HIDALGO

CRÉDITOS